

# LOS UNIVERSOS VISLUMBRADOS

Antología de Ciencia Ficción Argentina

**Bajarlía - Bioy Casares**  
**Boido - Borges - Dabove**  
**Fernández - Gandolfo**  
**Gorodischer - Grassi**  
**Mouján Otaño**  
**Sábato - Suárez**  
**Vanasco**

Selección y notas:  
Jorge A. Sánchez

SEGUNDA EDICIÓN

Lectulandia

La voluntad utópica que el fin del milenio concita en los hombres, como larvario de un espacio inasequible e impoluto que desande la entropía hegemónica del universo, encuentra en la ciencia ficción un núcleo eficaz y propicio: una disciplina rectora de la imaginación. *Los Universos Vislumbrados* reúne trece relatos argentinos que, oscilantes entre avatares del género que sistematiza las especulaciones de la mente, solidifican el fervor de una lectura plena: aquella que sacia la sed de un lenguaje pertinaz, definitivo, nuevo, y otorga la posibilidad reflexiva por la emergencia espectral de un cosmos alternativo. Enhebrando nombres capitales de nuestras letras con trayectorias menos célebres, *Los Universos Vislumbrados* instala la certeza de una literatura nacional de fuerte raigambre poética y de una voracidad exaltada, dispuesta siempre a colonizar —a instaurar su demarcación— en todas las comarcas ficticias.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Los universos vislumbrados**

**Antología de ciencia-ficción argentina**

ePub r1.0

Colophonius 24.04.2017

Título original: *Los universos vislumbrados*  
AA. VV., 1995  
Diseño de cubierta: Marcelo Bigliano  
Prólogo y notas primera edición: Elvio E. Gandolfo  
Cronología: Héctor R. Pessina y Jorge Alberto Sánchez  
Prólogo segunda edición: Marcela A. Testadiferro

Editor digital: Colophonius  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

EDICIÓN  
CONMEMORATIVA  
4.º ANIVERSARIO

**"MÁS  
LIBROS,  
MÁS  
LIBRES"**



  
epublico

*a Cristina*

*Nada en un principio.*

*En el principio Dios creó los cielos y la Tierra.*

*En el primer día Dios hizo la luz y vio que era buena, dándole el nombre de Día.*

*En el segundo día separó las aguas de las aguas. Y el agua de la tierra seca.*

*En el tercer día Dios hizo la hierba verde y el árbol de fruto. Vio que eran buenos.*

*En el cuarto día Dios hizo el Sol, la Luna y las estrellas.*

*En el quinto día Dios hizo las ballenas y otros mamíferos acuáticos, los peces, los cefalópodos y frutos del mar. También hizo aves e insectos voladores.*

*En el sexto día Dios hizo a todos los animales y luego al hombre.*

*En el séptimo día Dios, habiendo completado su obra, descansó.*

*Y al día siguiente, ya descansado, se fue.*

*EMILIO RODRIGUÉ*

*«Ocho al infinito»*

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Cinco años distan para que el hombre penetre en el nuevo milenio. Esa grieta —¿umbral, sentencia, precipicio?— ressignifica íntegramente el diseño de los andariveles sociales. La conflagración ideológica, que estas postrimerías ejecutan ávidamente, promete y reclama un anclaje reflexivo libertario para afrontar el sentido ulterior de la existencia. Pero la guadaña del tiempo acecha y afila su designio cada día sobre los márgenes de la hoguera, sin que esa zona heroica anhelada se erija como plataforma sólida para combatir el destierro.

Las utopías, esos *no-lugares* instalados en la imaginación como armas contra el veneno de la realidad, pueden conformar en el estadio terminal que supone el final del siglo y del milenio, geografías fértiles para el dislocado y múltiplemente enardecido —de fervor y de combustión devastadora— dominio perceptivo del hombre. Capturar el espíritu utópico se inscribe como la consigna necesaria. Tal parece ser el mandato: restituir esa ausencia espacial como núcleo refutador del presente, cuyas implicancias desquiciantes concitan una revolución disciplinada, una sedición de ordenadores que sanen esta redundancia de lugar, la omnipresencia material y expugnable que es el mundo.

En una auténtica relación filial con la utopía, la ciencia ficción constituye una de las matrices más acuciosas y eficaces para cumplir los requerimientos perceptivos de la instancia presente.

En concordancia con un auge mundial de los así denominados «géneros menores», que transitan hoy en un reflujo incansable, principalmente enarbolados por el cine, pero también por la crítica cultural, la reedición de *Los universos vislumbrados* —una de las primeras antologías argentinas de ciencia ficción— viene a acompañar un ademán ya instalado por los cultores del género en el país, a las luces del milenio que se acaba.

La reciente reedición de uno de los ensayos más íntegros en lengua española sobre el género, *El mundo de la ciencia ficción*, de Pablo Capanna (Buenos Aires, Ed. Letra Buena, 1992), y la más reciente aparición de *Escalera al cielo* (Buenos Aires, La marca, 1994) —una antología de textos teóricos sobre la utopía y la ciencia ficción—, constituyen movimientos precisos en el desentumecimiento de un espacio narrativo, que luego de haber vencido el desdén de la «alta literatura» se postula hoy como una zona genérica plausible de complejas cavilaciones.

Para proseguir estos gestos, actualmente se encuentra en preparación una segunda antología del género que próximamente formará parte del catálogo de Ed. Andrómeda.

No obstante, toda maquinaria instituida en favor de excitar una órbita de la literatura, es infinitesimal en comparación con la eficacia de la lectura. Discurrir por las páginas de *Los universos vislumbrados* atiza el arrebató irracional que exige —

para la saturación gozosa de los sentidos— la instauración de esos no-lugares, furtivas residencias imaginativas del hombre.

La precisa selección de los relatos, que enlaza a algunos de nuestros clásicos del siglo XX con escritores más jóvenes —muchos de los cuales han encontrado diecisiete años después un prestigio merecido que no conocían entonces—, como la completa y puntual revisión de Elvio Gandolfo y la pertinente cronología de Jorge Sánchez y Héctor Pessina, conforman un material inexcusable para todo lector ávido del género y curioso de sus albores en Argentina.

Los trece cuentos recogidos en la antología potencian la certeza de una particularidad vernácula infringida en el género: la densidad de la materia verbal —la palabra— como operador hegemónico de la ficción.

En tal sentido, quizás sea «Gu ta Gutarrak» el relato que mejor atenaza esta premisa, modelando ciertos vocablos de una antiquísima raíz familiar como ejes de traslación hacia espacios insospechados. El pasaje hacia ellos también se posibilita a partir de ciertos términos ignotos en «La trama celeste». Pero lo cierto es que en todas las narraciones rezuma la orientación poética de la palabra que, como es indudable, construye la traza más legítima para la voluntad utópica.

Buenos Aires, julio de 1995  
Marcela A. Testadiferro

## INTRODUCCIÓN

Es costumbre que todo antologista que se precie de tal presente su libro. Yo no podía eludir las reglas del Juego. Al igual que Domingo Santos creo que «el único talento que debe reunir un antologista es la oportunidad de leer un determinado número de relatos susceptibles de ser incluidos en ella, escoger los que más le gusten o crean ser más adecuados... y simplemente publicarlos»<sup>[1]</sup>. Eso es más o menos lo realizado aquí, pero es menester tener en cuenta que no siempre los resultados equiparan a las intenciones: por lo general es necesario limitar el material elegido por una u otra causa. En este caso hubo cuentos que no pudieron incluirse, en general por no haber podido contactar al autor o en su defecto a sus representantes. Con la convicción de que ésta no es la última antología de cf argentina que publicamos detallo a continuación los relatos que debieron estar pero...

Julio Cortázar: Instrucciones para John Howell

Eduardo Goligorsky: El vigía

Leopoldo Lugones: Yzur

Alejandro Vignatti: En el primer día del mes del año

Emilio Rodríguez: Viajes

Sólo me resta, antes de dejarlos en las manos de Elvio Gandolfo, agradecer a todos, los que de un modo u otro me han ayudado en la confección de esta antología, especialmente a mi amigo Ramón Lima.

J. A. S.

## PRÓLOGO: LA CIENCIA-FICCIÓN ARGENTINA

La ciencia-ficción argentina no existe. Tal como la define en términos generales (y quizás en ese sentido injustamente) el título de un ensayo francés, en nuestro país es una «sucursal de lo fantástico», o de la literatura. Casi no hay escritores dedicados con exclusividad a su cultivo, ni revistas especializadas que hayan brindado o brinden un campo regular para los relatos locales, ni una cantidad suficiente de autores buenos, mediocres y malos que en su totalidad conformen la existencia de un género con características propias. Sin embargo, una selección más o menos rigurosa de los relatos desperdigados que se relacionan con él puede competir, y hasta destacarse, respecto a antologías similares de países con un desarrollo más amplio y consecuente del género, como España, Francia, o la Unión Soviética.

En la Argentina no existe una crítica especializada de ciencia-ficción digna de ese nombre, y la lectura de los comentarios aparecidos en diarios y revistas es la mejor confirmación. Sin embargo, es en nuestro país donde se publicó uno de los primeros ensayos integrales y extensos de cierta profundidad y con enfoque global.

Entre las escasísimas novelas del género, una de las mejores se expresó a través de un medio poco común: la historieta.

Esas contradicciones y características particulares han ido dibujando, a través del tiempo, una desperdigada red de hilos que aún no se han unido con la densidad necesaria para formar una corriente. El propósito de este prólogo es describirlos mínimamente, en un inventario con seguridad incompleto que pueda servir de primitivo esquema para manejarse dentro del ambiguo campo de eso que con el tiempo quizá llegue a ser la ciencia-ficción argentina. Un beneficioso efecto lateral sería el de que dos tipos de lectores por lo general separados (el de narrativa a secas y el de ciencia-ficción), a menudo exclusivistas y monotemáticos, vieran aumentado su interés por el otro campo, mutuamente atraídos por la confluencia en todo autor argentino de lo literario y lo prototípico del género, factor que conforma un panorama quizá menos clasificable pero más rico que el que predomina en otros países.

Un primer problema, en una literatura tan rica en relatos fantásticos como lo es la nuestra, es deslindar lo que pertenece a ese género de la ciencia-ficción, ya que la definición de los dos conceptos es aún objeto de intensa controversia en los medios críticos. Nos hemos guiado por los factores más evidentes en primer lugar (utilización muy clara de elementos de ciencia-ficción) y luego por una cuestión de tono, eligiendo lo que evita la atmósfera fatalista, densa e irracional de lo fantástico, a favor del predominio de la inteligencia que busca una clase o de la descripción minuciosa de lo extraño que caracteriza a la ciencia-ficción. La elección está influida también por la amplitud que ha alcanzado el género en los últimos años, de manera tal que no sólo se tendrán en cuenta los cohetes y las sociedades y seres extraños, sino

también la exploración de lo psicológico, lo filosófico o lo lingüístico.

Al fin del libro agregamos una bibliografía mínima, realizada con el propósito de ser útiles más al lector que al estudioso, y una Cronología, a cargo de Héctor R. Pessina (uno de los mayores expertos del género) y Jorge A. Sánchez. De allí que se citen las ediciones más fáciles de obtener, no las originales. En el caso de libros de reedición permanente, no figura la fecha. Los números indican la sección del prólogo con la que se relacionan los títulos.

## 1 — Holmberg

«Soñador de laboratorio», como lo definiera Roberto J. Payró, Eduardo Ladislao Holmberg fue a un mismo tiempo fundador de las ciencias naturales y de la literatura de ciencia-ficción en nuestro país. Ya en su segundo texto narrativo, *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac* (1875), desarrollaba un argumento digno de Edgard Rice Burroughs: el protagonista viaja al planeta Marte mediante una técnica de desencarnamiento: deja de comer hasta que su alma se desprende del cuerpo y llega al planeta rojo. Allí se suceden numerosas y confusas aventuras, que son aprovechadas, a partir de la similitud de parte del planeta con nuestra propia zona geográfica, para ejercitar la crítica de costumbres y la ironía. El planeta Marte como contorno se repetirá en «*Insomnio*», un corto texto de 1876.

Aunque algunos de sus relatos sean ubicables dentro de lo fantástico o policial (entre ellos, excelente, «La bolsa de huesos») muchas veces algún fragmento resuena con ecos propios de la ciencia-ficción. Así en «La pipa de Hoffman» (1876) el protagonista penetra en una zona desconocida de lo real a través de los efectos alucinantes de una pipa; la descripción del proceso recuerda, por lo minucioso del detalle y lo concreto de los efectos, a cualquier texto actual sobre el LSD o la mescalina.

La crítica ha exagerado los defectos de su estilo: cierta incoherencia en la construcción, la desprolijidad de lo repentino, la falta de espesor psicológico de los personajes. Lo cierto es que sus relatos se disfrutan hoy más que los de muchos pulidos estilistas. Detrás de ellos se alza, sosteniéndolos, la poderosa y completa personalidad del autor. Holmberg había estudiado medicina, pero casi no llegó a ejercer. Se dedicó fundamentalmente a las ciencias naturales. En ese terreno se especializó en entomología y botánica. Realizó diversas excursiones científicas, con el propósito de ir levantando el inventario de la flora y la fauna de nuestro país. En cada caso redactó un informe preciso y de rico lenguaje. Se había transformado, por la amplitud de sus intereses y su incansable espíritu de polemista y de trabajador, en un destacado personaje de la época, sobre quien se solían escribir artículos en diarios y revistas de información general. Participó en el establecimiento de la Academia Argentina de Ciencias y Letras, fundó una revista dedicada a las ciencias naturales, fue ardiente defensor del darwinismo. En 1888 lo nombraron director del Zoológico

de Buenos Aires y en denodado esfuerzo lo reformó hasta otorgarle el aspecto que aún hoy tiene. Redactó un poema patriótico de 3000 endecasílabos. Su vida y su posteridad no carecieron de sinsabores: cuando había culminado con su sacrificada obra en el zoológico, fue sancionado por motivos burocráticos. Años después de su muerte, cuando ya estaban corregidas las pruebas de página de sus cuentos y novelas, que iban a ser editados por el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras, se ordenó suspender la edición y fundir los plomos, casi dos toneladas de material. La edición, de más de 600 páginas, era dirigida por Ricardo Rojas. Uno de sus discípulos, Antonio Pagés Larraya, ordenó y prologó admirablemente *Cuentos fantásticos*, una versión reducida de aquéllas, que nos ha permitido entrar en contacto con la obra de Holmberg, desperdigada en publicaciones periódicas y libros inconseguibles.

En el estilo de Holmberg influyó sobre todo la sombra de Hoffman, no sólo en el cuento que ya citamos, sino también en otros, como «Horacio Kaliban o los autómatas» (1879), plagado de nombres alemanes, de humor grotesco y robustas descripciones de vinos y viandas. Otras influencias destacadas son la de Poe, Flammarion, Verne, Conan Doyle, H. G. Wells. De los dos últimos Holmberg había realizado traducciones para las revistas de la época. Entre los intereses extraliterarios trasladados a la obra pueden mencionarse la frenología, el espiritismo, la psicopatología, el darwinismo, la psiquiatría, temas todos que hacían furor en esos años.

En sus relatos campeaba destacadamente, como en otros escritores del 80 (Cané, Wilde, Mansilla) un permanente humor. Al respecto puede citarse la extraña personalidad de «El tipo más original» (1878, inconcluso), descrita por Pagés Larraya en su estudio:

«No solamente es raro el profesor en cuanto a su lenguaje, sino en todo. Viste en forma absolutamente anárquica y pintoresca, habita una casa en la cual ha construido una torre para engañar a los murciélagos, tiene vastas habitaciones llenas de retratos de sabios que desprecia, cajones en donde guardará “objetos que todavía no posee”, y ya ha comprado todo el papel donde escribirá su magna obra la *Fauna rusa*, en la cual dedicará quinientas páginas a cada especie, pero de la cual sólo editará cien ejemplares, para que su copioso saber no se divulgue. De más está decir que todavía no ha escrito una línea del fundamental trabajo, y que no piensa completarlo con el estudio de la flora, pues él “no se ocupa de yuyos”. Entre sus muchas y extraordinarias teorías tiene una acerca del sonido, por la cual asegura que puede, él solo, cantar una *sinfonía*, y otra acerca de la gimnástica de los nervios. Practicando esta última espera por dormir con sólo medio cuerpo por vez, para poder vigilar constantemente los manuscritos valiosísimos que todavía no ha compuesto, pero que teme le serán robados por un sabio vecino.

Además de zoólogo, el profesor Burbullus es un experto fisiólogo, meteorólogo, y sobre todo eximio dibujante».

De todos sus trabajos relacionados con el género, el más perfecto es sin duda «Horacio Kalibang o los autómatas». Influida hasta cierto por «El hombre de arena» de Hoffman, construye con intensidad y casi sin digresiones una red alrededor de un fabricante de autómatas, que llega a poner en duda, en las últimas líneas, la realidad de *todas* las personas, y en consecuencia del mundo supuestamente real, en la mejor tradición de Philip K. Dick.

Aparte de los títulos anteriores podemos mencionar, sin conocerlos, «Filigranas de cera» (1884), una teoría acerca de la posibilidad de volver a oír los sonidos grabados en el cerumen del oído, y uno de sus relatos inéditos, que por su título recuerda a Lovecraft: «El viaje por el método de Litoria».

## 2 — *Lugones*

En 1896 Leopoldo Lugones comentó generosamente «Nelly», uno de los cuentos fantásticos de Holmberg. Exactamente diez años más tarde reuniría en *Las fuerzas extrañas* (1906) una docena de relatos y una teoría del cosmos que constituyen un pilar fundamental del desarrollo de la literatura fantástica y de ciencia-ficción en nuestro país.

Si aún en los más oscuros relatos de Holmberg predominaba un esencial optimismo, donde los arranques dramáticos sonaban más a decoración romántica que a verdadera convicción del autor, inmerso como estaba en el positivismo de la generación del 80, en Lugones se advierten las contradicciones y desgarramientos que marcan el paso del siglo XIX al XX. Por un lado está el amasijo de teorías ocultistas, espiritistas y parapsicológicas cuya validez aún hoy no se ha resuelto, por el otro el avance de las teorías más modernas sobre la física y las matemáticas. Respecto a lo primero, Lugones fue un decidido seguidor de las teorías teosóficas, sobre todo de Madame Blavatsky, de la que había leído cuidadosamente *Isis sin velo* y *La doctrina secreta*. Este elemento ha sido considerado tan importante por Canal-Feijóo que lo supone no sólo decisivo en el terreno literario sino también en el vital, hasta el punto de haber marcado el día, el sitio y el sentido del suicidio de Lugones en 1938. En cuanto a lo segundo, Lugones fue autor de uno de los primeros ensayos en cualquier idioma sobre las teorías de Einstein: «El tamaño del espacio» (1921), demostrando la amplitud y complejidad de su saber autodidacta.

Los cuentos de *Las fuerzas extrañas* siguen en varias ocasiones una especie de «cuento maestro», que ha sido descrito por Paula Speck en un acertado estudio:

«Un sabio solitario invita a un amigo (el narrador) a testimoniar el

resultado de una serie de experimentos. Se sugiere que las investigaciones son diabólicas o blasfemas: violan los límites sagrados del conocimiento humano dependen de la ayuda de seres equívocos, medio humanos. El experimento acierta, pero libera “fuerzas” terribles que destruyen al sabio, directa o indirectamente».

Caen dentro de ese esquema «La fuerza Omega» (acerca de los poderes violentos del sonido), «La metamúsica» (sobre la visualización de la música), «Viola acherontia» (donde un jardinero intenta dotar de poderes asesinos a las flores), «El psychon» (un sabio que quiere obtener una especie de materialización del pensamiento). En todos ellos el relato se concentra en la teoría que se quiere demostrar. Prácticamente no hay desarrollo narrativo ni relieve en los personajes. Se destaca la originalidad de los planteos, desplegados con abundancia de explicaciones pseudo-científicas que resultan convincentes dentro de la ficción y que en algunos casos se acercaron a posteriores realidades científicas de modo tal que el autor, en la segunda edición del volumen (1926) se creyó obligado a advertir: «Algunas ocurrencias de este libro, editado veinte años ha, aunque varios de sus capítulos corresponden a una época más atrasada todavía, son corrientes ahora en el campo de la ciencia».

Más interesantes resultan los otros tres relatos de ciencia-ficción del libro. En «Un fenómeno inexplicable» e «Yzur» se manifiesta un tema recurrente de la época, que podríamos llamar «el espectro del mono». Uno de los primeros ejemplos literarios sería el de «Los asesinatos de la calle Morgue» de Poe. En este caso, y en muchos posteriores, el mono está utilizado como símbolo condensador de lo primitivo y lo violento. Luego la aparición del darwinismo y su difusión masiva aportarían un matiz aún más profundo: la idea traumática de que el ser humano descende de ese animal, y su consecuencia psicológica: una mezcla de fascinación y terror frente a ese hermano a un tiempo cercano e incomprensible. Esa mezcla de sentimientos (que se repetirán en cuentos posteriores de Quiroga) brinda mayor calor emotivo a los dos cuentos mencionados. En el primero un inglés ve su sombra como la de un mono, y siente también parte de su cuerpo como ajena, hasta el punto de apretar la mano de «otro» cuando se toma una con la otra. En el segundo, el narrador intenta hacer saltar a un simio el abismo que lo separa del lenguaje. Aunque sólo logra lanzarlo a una mortal melancolía, consigue su propósito en una patética escena final, donde coinciden las primeras palabras del animal con su muerte.

«El origen del diluvio», por último, describe con minucia y vuelo imaginativo dignos del Stapledon de «Hacedor de estrellas» los seres y el pasaje anteriores al diluvio, para culminar con un destellante nexo concreto (una sirena primitiva en una bañadera porteña) que une el presente desde el que una médium transmite el relato con la remotísima época del espíritu hablante.

Si a estos relatos se agrega el interés de dos títulos fantásticos sin duda lo mejor

del libro por la densidad de su atmósfera decadente y lujuriosa («Los caballos de Abdera» y «La lluvia de fuego») y el «Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones», que lo cierra con una extensa teoría del origen y desarrollo del universo, supuestamente transmitida por un «casual interlocutor» en un paso de los Andes, se hace aún más evidente la necesidad de una pronta reedición de este volumen, hace largo tiempo agotado.

El interés múltiple que presenta *Las fuerzas extrañas* no se repite en ningún sentido en los *Cuentos fatales* (1924). Si sus tres primeros relatos («El vaso de alabastro», «Los ojos de la reina» y «El puñal») pueden vincularse a la ciencia-ficción por las descripciones documentadas y precisas sobre la historia y los rituales egipcios, es necesario reconocer que no tienen mayor peso narrativo. Vinculados entre sí por personajes y desarrollo, conforman una especie de serial en el que faltan elementos imprescindibles: la acción, las ideas originales, una mínima atmósfera. Aquí Lugones obra como personaje y los relatos parecen referirse más a una investigación personal acerca de los orígenes e implicancias esotéricas de su nombre y ascendencia que a la literatura.

### 3 — Quiroga

En 1903 Horacio Quiroga acompaña a Lugones en un viaje a las misiones jesuíticas del norte de nuestro país. Lo admiraba desde sus primeros años de actividad literaria, y parte de la obra de ambos es encuadrable dentro del modernismo. La influencia de Lugones sobre Quiroga iba a ser doble: estilística sobre la parte fantástica y de ciencia-ficción de su obra; existencial e indirecta por las consecuencias que iba a tener el viaje que realizaron juntos. Como se advertiría posteriormente, sería mucho más importante esta última, ya que daría como resultado su traslado a Misiones y la mejor parte de su obra narrativa: los cuentos de ambientación y tipología selvática.

Sin embargo, la parte fantástica y de ciencia-ficción serían intereses permanentes de Quiroga, como otra zona poco estudiada de su obra (los cuentos del «amor turbio»). Ambas se entremezclarían sin cesar con los cuentos misioneros, destruyendo la idea de una evolución pareja y ascendente hacia una cima constituida por esas narraciones.

Los primeros títulos relacionados con la ciencia-ficción se publicarían en revistas periódicas, como *Caras y Caretas*, bajo nítidas exigencias (corta extensión, importancia de la anécdota, inclusive cierta superficialidad), provocando a veces un tono rígido, veloz y de intención impactante, que hace sonreír en una lectura actual. Es el caso de «El globo de fuego» (1907) donde una pareja se comunica sentimentalmente por primera vez ante la aparición de «un rayo globular, una bomba eléctrica» que penetra por el ojo de la cerradura; o de «Lógica al revés» (1908), donde una disquisición preliminar de tono ensayístico se ve confirmada por un hecho

de la segunda mitad del relato. En «El mono ahorcado» (1907) en cambio, se repite puntualmente le tema de «Yzur» de Lugones: el narrador trata de hacer hablar a un mono, y el tono se hace más sobrio. Aunque varíen el sistema didáctico y la elaboración del relato, también aquí el saber (o el intento de saber, porque el animal no llega a hablar) termina en tragedia, como el título del relato lo previene.

Aparte de estos cortos relatos, Quiroga escribió entre 1908 y 1913 seis folletines, a razón de uno por año. Los firmó con el seudónimo de S. Fragoso Lima. Este ocultamiento de identidad, y la poca importancia que les da a estos títulos en su correspondencia, parecen indicar que los consideraba literatura alimenticia, lejanos de sus preocupaciones estéticas. Sin embargo, dos de ellos mantienen hoy, sobre todo para el lector de ciencia-ficción, un evidente interés. En *El mono que asesinó* (1909) teje un complejo tema de metempsicosis para ejecutar una venganza postergada durante tres mil años. La extensión permite una mejor elaboración del clima y del tono determinista y fatal, aunque abunden los «ganchos» clásicos de lo folletinesco. *El hombre artificial* (1909) encara un tema más definido: la construcción de un hombre artificial, con toda la chatarra impuesta por el *Frankenstein* de Mary Shelley: el laboratorio de rincones oscuros y máquinas extrañas, la tensión entre los fines de la ciencia y los de la moral, el sabio que raya en la demencia, de nombre extraño (en este caso Donisoff). Lo que hace superar con creces los inconvenientes estilísticos (las exclamaciones, el acartonamiento de los personajes, las «frases célebres» lanzadas en los momentos más inesperados) es la fuerza de la idea central: la de dotar de experiencia al hombre recién creado mediante la transmisión de una dosis de dolor, suministrada mediante la tortura atroz de un inocente. Esas crispadas escenas, que abarcan la segunda mitad, se imponen a pesar o gracias al tono grotesco con que han sido construidas, comparando el proceso de transmisión de dolor con la carga de una batería eléctrica, y denominando «arcángel» al científico Donisoff justamente en los momentos en que más diabólica es su actividad.

«El salvaje», publicado en el libro del mismo nombre en 1920 es uno de los cuentos mejor logrados. Una de las causas es que transcurre en un ambiente bien conocido por el autor: el río Paraná. Allí viaja el que narra para investigar los motivos del extraño informe de un encargado de una aislada estación meteorológica acerca de lluvias imposiblemente torrenciales. El paisaje se interpenetra hábilmente con el relato, que va y vuelve entre el diálogo de los dos hombres y el tono objetivo, describiendo la extraña experiencia del meteorólogo: el encuentro con un dinosaurio y su casi amistad con el animal, la inmersión en el contorno del período terciario. Lo que da profundidad al argumento, que tratado de otro modo tendría el mismo efectismo que los anteriores, es el tono pausado, nostálgico, casi elegíaco con que nos es transmitido, y que lo acerca a algunos cuentos de Ballard («Regresa el mar»). En una segunda parte, «La realidad» (la primera lleva como subtítulo «El sueño»), que constituye un relato independiente por completo, se reconstruye la vida de los primates del terciario, los trabajosos pasos de la inteligencia, con economía de

recursos y buena información científica, si se tiene en cuenta la época. Es un intento similar a algunos contemporáneos, como «En el principio» de Jack London, o actuales, como *Los herederos* de William Golding.

Como para no desmentir el interés permanente de Quiroga por la utilización imaginativa de lo científico, volvería a reincidir en este tipo de cuentos en su último libro, *Más Allá* (1935). En el relato homónimo intenta, en medio de un absoluto desorden estilístico y argumental, concentrarse en la teoría de unos rayos especiales (los *rayos M1*) que podrían solidificar la imagen cinematográfica y darle existencia corpórea. Aunque haya muchos elementos de interés extraliterario (por momentos creemos leer una descripción de la televisión, en otros se elaboran teorías por lo menos impactantes sobre la función y efectos del cine) hay tal cantidad de tonos incompatibles (el científico y el romántico, por ejemplo: se entremezclan los rayos M1 con el blanco esqueleto de una mujer) que cuesta lisa y llanamente entender el relato. El interés de Quiroga por lo cinematográfico había alcanzado una elaboración más pausada y original en un relato fantástico de 1924, «El espectro». En medio del caos que predomina en «Más Allá» se mencionan un par de veces «las fuerzas extrañas», como una especie de velado y lejano homenaje o recuerdo de Lugones.

Antes de continuar queremos definir una sensación que surge en muchos de los relatos tratados. Aunque la mayor parte repita con menos elaboración los métodos y tics de los autores ingleses (Conan Doyle, Wells) o franceses (Verne, Flammarion) de la época, su peculiar mezcla de elementos, el tono crispado, a saltos, de la prosa y la importancia concedida a la idea científica central, anticipan en cierto modo el sabor que iba a predominar en la ciencia-ficción americana de los comienzos, más concretamente la que iba a insertarse en el mundo de los pulps (revistas populares de narraciones) a partir de la creación de *Amazing Stories* por Hugo Gernsback, en 1926.

#### 4 — *Macedonio Fernández*

Intentar la lectura de la obra de Macedonio Fernández es hundirse en un mar de corrientes opuestas, de zonas oscuras, de juego de espejos infinitos que terminan por derruir cualquier certidumbre brindando, al mismo tiempo, una sensación permanente de goce, de humor y cortesía. Las contradicciones comienzan con la composición misma de esa obra. Se publicó una mínima parte en vida de su autor. La escala de valores que impera en otros casos aquí se derrumba: puede resultar tan esencial una carta como una novela, una nota al margen como un poema. A su vez todos los textos se interpenetran: la carta participa del poema o viceversa y así sucesivamente. Este tipo de dispersión, de elusión de un centro de gravedad definido, fomenta la equivocación de considerar todo Miscelánea, o de convertir al autor en recipiente de innumerables anécdotas que paradójicamente lo privan casi por complejo de biografía real. Una lectura por fin amplia, permitida por la Obra Completa en curso de edición, amplía la fascinación y el dinamismo interno que habían abierto los títulos editados

en la década del 60 (*Museo de la novela de la Eterna, Papeles de Recienvenido, No todo es vigilia la de los ojos abiertos*).

Lo que conecta a Macedonio con gran parte de la ciencia-ficción, sobre todo con la de los últimos quince años, es su voluntad franca y permanente de contra decir todo lo aceptado, de levantar una masa de palabras contra la Terapéutica, el Realismo de lo novelístico, los límites de lo Psicológico, con una profundidad y variedad tales que resulta al fin y al cabo más un enciclopedista de nuevo estilo que un autor de miscelánea.

El lector interesado podrá encontrar esbozos de cuentos, teorías desarrolladas, situaciones absurdas, retruécanos y mera ejercitación de las facultades mentales con la misma seguridad en el tomo de correspondencia que en el de relatos o las novelas, en la exposición extensa de sus teorías que en un brindis.

Como guía elemental puede citarse ante todo su *Museo de la novela de la eterna* (1967), destinada a destruir la Ilusión de lo Real en Novela, y a la que el autor denominó «La primera novela buena». Mediante la articulación de innumerables prólogos, y la irrealización de toda acción o profundidad psicológica de los personajes (que viven en una estancia llamada La Novela, esperando que algo ocurra) Macedonio consigue que el lector tenga la impresión no de leer, sino de ser leído, propósito declarado de la obra.

De los relatos el más «terminado» es «El zapallo que se hizo Cosmos», que narra una catástrofe natural transformada en ontológica en los últimos párrafos. «Tantalia» anticipa el interés despertado en los últimos años por la sensibilidad de los vegetales, aunque la carga de significación filosófica embrolle un poco el argumento. «Cirugía síquica de extirpación» describe las sensaciones de Cósimo Schmitz, un herrero a quien se le ha reducido artificialmente su sentido de futuridad, de previsión, a ocho minutos. «Donde Solano Reyes era un vencido y sufría dos derrotas cada día» expone con detallada argumentación e hipótesis un sencillo procedimiento para acelerar o frenar la cercanía de la muerte. «Un paciente en disminución» es un brevísimo relato que extrapola el afán extirpador de los médicos en el estilo de Sheckley, y merece citarse completo:

El señor Ga había sido tan asiduo, dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegaba el valet del señor Ga a llamar al doctor Terapéutica para que atendiera el pie del señor Ga, que lo mandaba llamar.

El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y meneando con grave modo la cabeza resolvió: «Hay demasiado pie, con razón se siente mal; le trazaré el corte necesario, a un cirujano».

Entre los innumerables textos no narrativos que se relacionan con la ciencia-

ficción «El bobo inteligente» describe un país en el que «sus habitantes están de vuelta de todos los inventos, uno por uno», de manera tal que se pasa de la electricidad al gas, al petróleo, al brasero, a las teas, y los transeúntes se colocan pesos en la espalda para ir despacio y no llegar pronto, y se usa el reloj «invisible y epiléptico, que salta de hora», etcétera.

Como utopista, las actividades de Macedonio fueron tanto prácticas como teóricas. En 1897 intentó fundar con unos amigos una colonia anarquista en Paraguay, que fracasó. Cuarenta y cinco años más tarde describía su utopía teórica a Gabriel del Mazo, en una carta:

«Quizá por vanidad, quizá por ser útil, me acuerdo de un descubrimiento que tengo sobre Urbanismo: la Ciudad-Campo, de un millón de chacras y diez mil fábricas, exenta totalmente del horror de la palabra alquiler, que tendría las ventajas que pongo en la siguiente lista (que como todas las listas de beneficios de los inventores puede resultar larga):

—Inatacabilidad militar.

—Inatacabilidad por sitio o bloqueo.

—Ni bomberos ni policía.

—Escasez desesperante de enfermedades.

—Reducción en más de un 40% de los trueques comerciales, improductivos, estériles; y aleatorios, de agio.

—Reducción en un 40% de la numerosidad del proletariado, que no es conveniente a la tranquilidad social y política, aparte de que no debe haberlo sino pasajera.

—Y posibilidad de que usted y yo tengamos una chacra en ella, lo más cercanos posibles».

## 5 — *Borges y Dabove*

Fueron dos de los amigos y corresponsales más fieles de Macedonio. El primero elaboró una amplia *Obra completa* en la que se mezclan, como en la del maestro, aunque con mayor orden y concierto aparentes, el ensayo y la narración, los prólogos y la poesía. Alcanzó además una celebridad rayana en el producto industrial. El segundo superó a Macedonio en el no publicar: recién a casi diez años de su muerte se reunieron todos sus relatos en un delgado volumen. Los tres solían reunirse en la casa de los hermanos Dabove, en Morón, para discutir sobre metafísica, William James, teorías de la salud o de la muerte, siendo esta última una de las obsesiones de Santiago Dabove. Con posterioridad Borges, el más joven los tres, redactaría prólogos ajustados y conmovidos sobre sus dos amigos.

En la obra narrativa de Borges la ciencia-ficción es un elemento marginal. Se mezcla a otros más importantes, y cuando un cuento es encuadrable dentro del

género, es más fácil ubicarlo junto a las fuentes del mismo que en el tono contemporáneo. Por otro lado su estilo, su universo personal, la forma de encarar en palabras un tema, se han vuelto tan típicos e identificables, tan influyentes o coincidentes con otros autores, que resulta más justo decir que gran parte de la ciencia-ficción contemporánea es borgeana que forzar el movimiento inverso.

«Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» (1940) describe la insidiosa infiltración, por canales bibliográficos, de un universo extraño hacia el nuestro. «La lotería de Babilonia» (1944) desarrolla con precisión kafkiana la complejidad de un sistema de premios y castigos. «Funes el memorioso» (1942) es uno de los que más se aproxima a la ciencia-ficción. Al extrapolar al máximo una función cerebral, la memoria, podría catalogarse junto con los innumerables relatos norteamericanos que utilizan el mismo método y que suelen identificar el elemento magnificado desde el título, agregándole el sustantivo «man» (en una revista estadounidense, Funes sería «The Memory-Man»). «El informe de Brodie» (1970) retorna al tono de los viajes de Swift para describir, en una mezcla de monografía antropológica y relato de viaje, las extrañas costumbres de una tribu. «Utopía de un hombre que está cansado» (1975), por último, es casi un recipiente para algunas repetidas obsesiones de Borges. En los ensayos su relación con el género ha sido más explícita. Véase al respecto la nota que acompaña el cuento incluido en este volumen.

En la breve obra de Santiago Dabove, *La muerte y su traje*, (1961), en cambio, hay varias muestras claras de lo que Borges denomina en su prólogo «imaginación razonada», agregando una nueva denominación a la larga lista de las que han intentado desplazar la inadecuada y ya inamovible de «ciencia-ficción». El relato que más se destaca por su calidad y síntesis es sin duda «Ser polvo», vastamente antologado, donde un hombre se transforma parsimoniosamente en vegetal. «El experimento de Varinsky», en cambio, depende demasiado de la imaginería de Poe, y resulta poco convincente. «Finis» recuerda con intensidad al Héctor Servadac de Julio Verne, incluso por las explicaciones seudocientíficas de los hechos (radiaciones infrarrojas, análisis estreptosκόpicó, etc.). El tema es el cambio de velocidad de la rotación terrestre y la consiguiente catástrofe general, que adquiere el tono tópico de las novelas o cuentos «post-catástrofe» que plagan el género: desorden social, pérdida de las máscaras, rápida regresión histórica de toda la raza humana. El cuento se ubica en esa especie de subgénero con comodidad, gracias a la intensidad de las descripciones. Dos breves viñetas ganan en efectividad e impacto lo que pierden en desarrollo: «El recuerdo» es un texto poético que simula ser escrito después no sólo del fin de la humanidad, sino de toda la vida, lo que lo aproxima a Stapledon; «Dos bocas» es casi un chiste, donde se mezclan la imagen surreal con la sátira.

## 6 — Bioy Casares

Aunque haya publicado algunos libros anteriores, Adolfo Bioy Casares prefiere

comenzar su bibliografía —y los críticos lo han seguido en ese criterio— con *La invención de Morel*, una novela publicada en 1940. Esa preferencia parece haberse trasladado con el tiempo al género al que la novela pertenece. Bioy Casares y Angélica Gorodischer son, en efecto, los dos escritores argentinos que con más persistencia, originalidad y estilo propio han encarado el género que nos ocupa. Aunque esa dedicación no sea exclusiva, muchos de los trabajos más logrados de ambos coinciden con su pertenencia a la ciencia-ficción.

*La invención de Morel* (1940) y *Plan de evasión* (1945) son novelas casi gemelas. Ambas ocurren en una isla, ambas ocultan hasta las últimas páginas el secreto del aparente caos que hasta entonces las domina, ambas acusan una marcada influencia de Wells y otros escritores ingleses, y ambas recurren a un sutil, complejo juego de espejos conceptuales que carcome a la narración misma, multiplicando los narradores, los puntos de vista y las posibilidades de que lo que se está leyendo sea falso, modificado por los intereses de cualquiera de los lectores anteriores al lector propiamente dicho que la tiene en sus manos. Quizá por ello se han convertido en centro de los estudios y las tesis universitarias, que encuentran en ellas el medio ideal para aplicar las lecturas lingüísticas y estructurales al uso. Lo que les presta interés para el simple lector es la habilidad de Bioy Casares para introducir un nuevo elemento intrigante cada vez que la acción amenaza hundirse en minucias triviales o en el despliegue de la erudición y la bibliografía. En *La invención de Morel* la explicación final, que llega a través de una Máquina tan imprecisa como la de la colonia penitenciaria de Kafka, desilusiona un poco, ya que circunscribe a límites lógicos el clima blanco, casi metafísico que hasta entonces predominaba en el texto, con una frialdad y desapego que preanunciaba los posteriores desarrollos de la «novela nueva» en Francia. En *Plan de evasión*, en cambio, la brillantez de la clave ayuda a digerir la ambigüedad excesiva de las páginas que la han precedido. En ambas los personajes no son argentinos, el paisaje es una especie de página en blanco (islas de las que se describen pocos detalles) y el estilo comunica una intranquilidad puramente intelectual, aunque recurra en ocasiones a imágenes del cuento de terror, que suenan a recursos justamente por la sólida armazón mental que los rodea.

En «La trama celeste» (1948) los personajes comienzan a hablar en un lenguaje reconocible como cotidiano, viven en Buenos Aires, mezclan en su personalidad rasgos plenamente humanos (rasgos que se diferencian de los típicos en otros protagonistas literarios: predominan la fanfarronería, la estulticia, la mezquindad). Esa adherencia a la realidad identificable vuelve más intensa y verosímil la idea central del cuento: el traslado casual de un aviador a un universo paralelo, que permite a Bioy describir en pocas páginas, y de modo tangencial, cómo sería un Buenos Aires ucrónico, en el que las diferencias colosales de su pasado con el nuestro se manifiestan en detalles nimios pero aterrorizantes de su presente: cortadas que no existen, calles con nombres distintos, inexplicable diferencia en el comportamiento de los amigos del protagonista.

«El calamar opta por su tinta» (1962) repite una historia humorística clásica en el género: la del visitante extraterrestre que en vez de caer en el lugar indicado (Washington, la Unesco o Londres) aterriza en un pequeño pueblo y es destruido meticulosamente por la pequeñez de sus habitantes, aun cuando, como en este caso, se sepa su origen y las posibilidades del encuentro. El estilo acentúa lo cotidiano característico en la expresión, acercándose a lo culterano en su cultivo cuidadoso, que había sido iniciado en *El sueño de los héroes*, una buena novela fantástica de 1954, y terminaría desvirtuándose en los alambicados cuentos policiales escritos en colaboración con Borges (*Seis problemas para Isidro Parodi*).

En *Los afanes* (1967) se filtra el tono de los cuentos de amor de Bioy Casares, casi siempre ocupados en una sutil y liviana red de celos, rencores y malentendidos entre tres o más personajes (rara vez hay una relación entre sólo dos personas de sexo opuesto: el amor es competencia deportiva, desconfianza, equívocos). El elemento de ciencia-ficción, vital para la trama, es el que da peso al texto, salvándolo del tono superficial y cursi que suele abrumar a los demás relatos de ese género. Se trata aquí de Heladio Heller, un nuevo representante de la fauna del sabio porteño, que inventa bastidores en los que se pueden atrapar las almas de los perros o los hombres, ganándose el odio exagerado de Milena, amada por el narrador pero casada con el inventor, y encargada de ejecutar la venganza de lo cotidiano contra lo extraordinario.

*El gran Serafín* (1967) describe el fin del mundo en un aislado, melancólico balneario al que ha ido el protagonista por prescripción médica. En este cuento el fin es un lento apagarse, más un suspiro que un estallido, en uno de los textos más calmamente desesperados de una obra en la que la alegría se expresa sólo en sus aspectos más superficiales (la broma, la chacota, el chiste elegante) como queriendo dar más realce a la tristeza. La imaginaria poderosa, pictórica (una playa repleta de peces muertos, el lento descubrimiento de la estatua de un Serafín enterrado) recuerda a un tiempo a Ballard y García Márquez.

En sus dos últimas novelas, *Diario de la guerra del cerdo* (1969) y *Dormir al sol* (1973) se acentúa el predominio del lenguaje y las actitudes cotidianas. El fragmento social elegido se ha desplazado de los ambientes orilleros, o de los amigos frequentadores de bares y sitios de esparcimiento a la zona de la clase media. Es una prosa de vecinos de barrio, almaceneros, jubilados, que se expresa en diálogos de inflexiones laboriosamente coloquiales y espontáneas. En la primera novela ayudan a hacer más creíble y comunicativa la masacre nunca experimentada en forma directa pero siempre cercana de los viejos en un Buenos Aires no muy lejano en el tiempo. En la segunda, se vuelve tan esponjosa que ablanda el argumento, la estructura de la novela y desfleca las imágenes, las escenas, las psicologías, acercándose peligrosamente a la facilidad de los best-sellers. Cuando llegan las últimas páginas, únicas intensas del volumen, el lector no puede dejar de pensar en la inutilidad de tanta extensión previa.

La misma falla corroe el tema en «De la forma del mundo» (1976), un cuento no

recogido en volumen que supone una comunicación extraña y directa entre Uruguay y Argentina. También allí los detalles cotidianos producen más fatiga que verdad, y terminan por volver inverosímil no sólo la idea fantástica sino también los personajes y el medio.

Un cuento anterior, tampoco publicado en libro, tiene en cambio la solidez de sus mejores trabajos. Se trata de «Un nuevo surco» (1974). Como en Quiroga, el dolor es equiparado a la energía, y en este caso utilizado (por un nuevo Morel, o doctor Castel) para fines prácticos. Como en Buzatti, el sanatorio donde transcurre el relato está rígidamente organizado en habitaciones cuyos números indican el grado de empeoramiento progresivo del paciente. Como en otros cuentos de Bioy Casares, está contado desde un grupo heterogéneo, y progresa con pulso firme hacia el desentrañamiento del misterio y la tristeza final.

## 7 — Cortázar

Aunque casi todos los relatos de Julio Cortázar se sitúen en ambientes contemporáneos, y aunque abundan en intercambios espacio-temporales y psicológicos, pertenecen en su casi totalidad a la literatura fantástica, más específicamente a esa zona que introduce lo anormal en los medios más identificables para un lector actual, renovando magistralmente los viejos temas y climas del género (la casa invadida, el intercambio de personalidades, la reencarnación de viejos mitos, leyendas y sacrificios). Incluso cuando Cortázar desarrolla teorías aplicables a la organización del Cosmos, éstas se acercan más a las intuiciones místicas o a los sistemas de correspondencias imprevistas de los surrealistas que al rigor de la ciencia-ficción.

De tal modo, en un macizo cuerpo narrativo de más de cincuenta cuentos, hay pocos que puedan incluirse en el género, o lo rozan sin entrar en él. «La caricia más profunda» puede ejemplificar lo problemático de la clasificación. El progresivo hundimiento del protagonista en el piso está narrado con profusión de detalles cotidianos, verosímiles, y se llevan las consecuencias de ese primer postulado hasta sus últimas consecuencias lógicas. Podría por lo tanto ser un relato de ciencia-ficción «extraña», común en autores como Ballard o Disch. Pero los personajes que rodean al protagonista no advierten en absoluto su tragedia, ni siquiera en su evidencia visual. Y esa fractura total y no explicada entre la percepción de él y la de los demás es sin lugar a dudas típica de lo fantástico.

«Con legítimo orgullo», en cambio, no tiene fisuras. Lo inexplicable son las actividades en sí de la ciudad donde transcurre el cuento: juntar hojas secas, rociarlas con extracto de serpiente para que sean recogidas también por las salamancas. Sin embargo ese comportamiento social ilógico se vuelve creíble y natural mediante la descripción pormenorizada y objetiva, casi de informe burocrático (una lección aprendida de Kafka, no en vano el relato fue escrito «In memoriam K») que no olvida

ninguna de las consecuencias provocadas en la vida cotidiana. Se produce así un movimiento inverso: lo minucioso de lo extraño abre la posibilidad de que lo cotidiano del lector, sus actividades y obligaciones legales sean en el fondo tan faltas de sentido como las de los que están obligados a juntar o rociar con un extracto de serpiente hojas secas. Y ese desencajamiento de lo aceptado y conveniente, esa relativización de lo social es una de las características más definidas de la ciencia-ficción.

«Cefalea», es un cruce entre los detalles sobre la cría de manuscipias y la utilización de las posibilidades surrealistas y poéticas de un artículo médico sobre síntomas de vértigo y cefalea.

«Sobremesa» linda una vez más con los dos géneros. Utiliza un deslizamiento temporal para instalar el encono y la incomunicación entre dos amigos que tratan de entenderse en forma epistolar.

«La autopista del sur» extrapola con impecable precisión las consecuencias de un embotellamiento de tránsito de duración indefinida. El tema sería repetido con variantes por Ballard en «La isla de cemento» y *Crash* y por Godard en *Week End*.

«Una flor amarilla», por último, imagina un tipo de inmortalidad triste, y quizá por eso mismo verosímil, aunque el estado del que lo expone —la ebriedad— y la vuelta de tuerca de los últimos párrafos permiten suponer que todo es sólo una elucubración mental.

En todos estos autores (Macedonio, Borges y Dabove, Bioy Casares, Cortázar) la ciencia-ficción entra sin estridencias dentro del tono total de su obra, y por consiguiente forma parte de la mejor literatura argentina. Haciendo muy elásticos los límites de la selección, se podría incluir dentro de ese grupo otros textos, como algunos trozos o cuentos de *El jorobadito* (1933), de Roberto Arlt, particularmente el relato titulado «La luna roja», que construye un clima de apocalipsis preciso y sensible, que se transforma en cruda alegoría por su final simbólico; o «Martha Riquelme» (1956) de Ezequiel Martínez Estrada, compleja narración que describe una casa en la que predominan la incomunicación y el misterio, y cuyos límites se expanden hasta alcanzar dimensiones cósmicas; o fragmentos de *Sobre héroes y tumbas* (1961) de Ernesto Sábato, sobre todo en el «Informe sobre ciegos», que se acerca a Lovecraft en las descripciones de algunos paisajes extraños.

## 8 — *Más Allá* - Otras revistas

En 1953 aparece el primer número de una revista que iba a convertirse con el tiempo en un mito de los aficionados, y que pone por primera vez en contacto periódico al lector argentino con la mejor ciencia-ficción norteamericana producida en ese momento. Se trata de *Más Allá*, publicada por la editorial Abril. Como sucede con los mitos, hay datos que permanecen en las sombras, o al menos son de difícil ubicación: su tiraje, el equipo selector y redactor. El material literario extranjero

provenía en su casi totalidad de la revista americana *Galaxy*, pero el agregado de ilustraciones y relatos locales, de secciones fijas e ilustradas de ciencia y entretenimientos, y sobre todo, luego de los primeros números, de una ágil sección de cartas de los lectores («Proyectiles dirigidos») le brindaron un tono particular que no ha vuelto a tener ninguna revista del género en castellano.

Se ha mencionado más de una vez que sus secciones de divulgación científica despertaron vocaciones hacia ese campo. Existe por lo menos un caso inverso, el de Guillermo Boido, incluido en este volumen, y que declaraba en un reportaje ese paso de lo científico a lo poético, y una de las posibles causas del recuerdo imborrable de la revista en sus lectores: «creo que *Más Allá* tuvo el mérito de presentar una versión integrada del hecho científico y el humanístico, integración que en la actualidad parece cada vez más dramáticamente necesaria».

Los relatos de argentinos publicados en sus cuarenta y ocho números, en un espacio de cuatro años, fueron recogidos recientemente en un número de otra sacrificada revista, *Nueva Dimensión*, de España. Se destacan por su tono humorístico, arltiano, la serie de «los crímenes del L.I.O.», de Abel Asquini, la tristeza llana y efectiva de «Para todo servicio» de Maximiliano Mariotti, o el desenfadado humor y profesionalismo de «Inocente Maquiavelo Reforzado» de Héctor G. Oesterheld, un magistral guionista sobre quien volveremos en el apartado sobre historieta.

Ese relato provocó, por su tema relacionado con lo erótico, una tormenta de cartas polémicas en la sección de correspondencia. Dicha sección es lo más cercano que hubo en nuestro país al saludable clima que caracteriza el *fandom* americano: la crítica, la discusión, el humor, la creación de un vínculo dinámico y excitante entre un medio de difusión y su masa de lectores, fenómeno que no volvería a repetirse ni dentro ni fuera del género. Entre las memorables polémicas pueden citarse «Ese no sé qué tan fuerte», provocado por el impacto de ofensa moral que habían tenido unas ilustraciones de Emsh sobre la sensibilidad de una lectora, y «Hacia la verdad», que giraba alrededor de cuestiones religiosas. Un corresponsal consecuente, Mauricio Kitaigorodsky, por su parte, recibía innumerables bromas sobre la complejidad tipográfica de su apellido.

En el terreno de la divulgación del género, *Más Allá* publicó las primeras versiones de numerosas obras fundamentales: *El hombre demolido* de Bester, *El día de los trífidos* de Wyndham, *Crónicas marcianas* de Bradbury, *El clamor del silencio* de Tucker, y muchas otras. Además incluyó relatos de autores que sólo en los últimos años han sido reconocidos, como Dick, Brunner o Vonnegut. Junto con la colección Minotauro, fundada también en esos años (1955) y que aportaría textos de la corriente más «literaria» en cuidada selección y traducción, y los títulos de la colección «*Nebulae*» (España, 1955), *Más Allá* contribuyó a formar el gusto y la existencia misma de un público lector argentino.

Con posterioridad aparecían otras revistas, todas de corta duración, o de aparición

irregular. Tanto *Minotauro* (1964/69), de la que se publicaron diez números, como *La Revista de Ciencia-Ficción y Fantasía* (1976) de la que se editaron tres, siguieron sin mayores variantes el tipo de selección y diagramación de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, una revista norteamericana que se destacó por la calidad literaria de sus textos, pero también por la frialdad de su puesta en página y de sus secciones no literarias, que la convierten más en un libro de aparición periódica que en una revista.

H. G. Oesterheld intentaría algo aproximado a *Más Allá* con *Géminis* (1965). Incluía la idea de un concurso de cuentos periódicos entre los lectores, sección de cartas, ilustraciones, pero desaparecería en su segundo número.

Lo que es notable es la falta de un órgano de los aficionados argentinos, quienes hasta el momento no han llegado a producir un movimiento que tenga cierta resonancia o efectos fuera de su propio y muy reducido círculo. He vivido casi siempre en Rosario, una ciudad poco distante de Buenos Aires, y no he podido, a pesar de dos o tres intentos, comunicarme con algún grupo que los represente. Esa estructura dispersa (en dos o tres suplementos especiales dedicados últimamente al género se da como medio de comunicarse con ellos las reuniones informales del Parque Rivadavia) ha impedido la concretización de una revista medianamente sólida, que pudiera informar y suplementar lo que se recibirá a través de los canales editoriales o periodísticos. Sólo he conocido una revista redactada íntegramente en inglés, que más bien parecía un catálogo de *pocket-books*, algún «boletín» o un cuadernillo que bajo el nombre de *Tralfamadore* reunía relatos de Asimov, Miller y otras luminarias impreso en mimeógrafo. Para que esa zona no quede en penumbras por más falta de datos, se han incluido éstos en la Cronología ya mencionada.

## 9 — Oesterheld y la historieta

En 1957 se comienza a publicar *El eternauta*, una historieta con guion de Héctor G. Oesterheld y dibujos de Solano López. Por su extensión, por lo compacto del texto, por la cuidadosa elaboración de los personajes y los lugares en que se desarrolla la acción, y por la forma en que se transmite el paso del tiempo, se trata de una verdadera novela, hasta el punto de que el anuncio hecho muchos años más tarde, y nunca concretado, de transformarla en texto escrito no ofrecía demasiadas perspectivas de cambio con respecto al original historietístico, aun cuando los dibujos de Solano López contribuían en buena medida, con su expresionismo recargado y sombrío, a la densidad del impacto sobre el lector. Lo que diferenciaba a esta historieta de muchas anteriores (*Misterix* de Campani y Ongaro, *Bull Rockett*, de Oesterheld y Campani) y de casi toda la historieta de ciencia-ficción norteamericana, era el despliegue de una invasión extraterrestre en un paisaje nunca utilizado: Buenos Aires, sus avenidas, sus barrios, sus canchas de fútbol, sobre las que se movían, en un intento desesperado de resistencia, personajes humanos falibles y débiles,

completamente alejados de los héroes con pilas atómicas o superpoderes. El final incierto, abierto, contribuía a potenciar el efecto de realidad de esos elementos, y decía una vez más de la capacidad creativa de Oesterheld, sin lugar a dudas uno de los guionistas más importantes de la historieta mundial. Esa capacidad se concretiza siempre en la impecable *escritura* de sus guiones, en el pausado desarrollo de la trama, una virtud poco frecuente en el campo que nos ocupa, y que hace pensar en un escritor que ha elegido la historieta como herramienta para transmitir sus cuentos y novelas. Como ejemplo comparativo puede leerse una versión de *El eternauta* realizada con posterioridad con dibujos de Breccia, y en la que se ha reducido drásticamente la cantidad de texto escrito. Lo que ha ganado el dibujo en pura exposición plástica, no narrativa, lo ha perdido la obra como totalidad, como clima.

En historietas posteriores, como *Sherlock Time* y *Mort Cinder*, dibujadas por Breccia, y algunas laterales, de menor importancia, pero siempre atractivas (*Rolo el marciano adoptivo*, en la que se mezclaba el humor) confirman la importancia de la historieta de ciencia-ficción argentina, basada por lo general en los sólidos guiones de Oesterheld, importancia que no ha decaído a pesar de la desgraciada segunda parte de *El eternauta*, recientemente lanzada y que no cuenta con ninguno de los atractivos de la primera.

En un tono menos original (siempre es posible rastrear el cuento, novela o trozo de película en que se basan los argumentos) y más inclinado a la producción en serie o el uso indiscriminado de la violencia y el sadismo, pueden citarse los trabajos de Robin Wood (dibujados por Lucho Olivera, los Villagrán y otros), tales como *Gilgamesh el inmortal* o *Mark*, publicadas en las revistas de la editorial Columba.

El resto suele navegar en la mediocridad imitativa absoluta o en la falta de talento visual y argumental, aunque surja de vez en cuando algún ejemplo aislado de interés.

## 10 — La década del sesenta

Los años sesenta conocieron una repentina aceleración del ritmo editorial, provocada por el *boom* de la novela latinoamericana, que dinamizó el espectro de lectores y repercutió sobre la ciencia-ficción. La publicación de varios libros con antologías o selecciones individuales de autores argentinos en esos años puede provocar una reacción inicial de entusiasmo. Pero la lectura de los mismos la apaga. Aunque los cuentos estén en ocasiones mejor escritos, desde un punto de vista gramatical y estilístico, que los textos de quienes iniciaron el género (Holmberg, Lugones, Quiroga) falta un matiz esencial: la convicción, la creencia mínima del autor en lo que está escribiendo, quizá provocada en aquellos pioneros por el hecho de que el interés por lo científico o lo extraño superaba en casi todos el marco de lo literario. En general los textos del sesenta suenan a reflejo, no sólo de los ejemplos mayores (la ciencia-ficción norteamericana) sino de un interés puramente entusiasta, y en algunos casos oportunistas. En general predomina una robusta mediocridad.

De las tres o cuatro antologías publicadas en esos años, la más representativa es *Los argentinos en la luna* (1968), recopilada por Eduardo Gologorsky. Figuran allí casi todos los nombres que alguna vez hayan tenido que ver con el género, sobre todo en su faz moderna: Capanna, Vanasco, Gorodischer, Bajarlía, Marie Langer, Oesterheld, Holmberg, y algunos invitados, como Yanover, Yates, Mujica Láinez, Lagunas. Los cuentos están acompañados por notas informativas y por un prólogo en el que impera esa mezcla de buena intención y temas traídos de los pelos que caracteriza a los textos ensayísticos de Gologorsky.

Otras dos selecciones, *Cuentos argentinos de ciencia-ficción* (1967) y *Ciencia-ficción, nuevos cuentos argentinos* (1968) mezclan textos de tan desperejo nivel que hacen sospechar lo que mencionaba Capanna en un amargo y lúcido balance de 1972: «Si repasamos los índices de aquellos delgados volúmenes, comprobamos que todo su elenco se reduce a un puñado de nombres recurrentes: más que un grupo o una escuela, una red de amistades».

Otra antología, *Ecuación fantástica* (1966) entra en el campo de lo exótico: nueve psicoanalistas, llevados por su interés por el género, escriben 13 relatos. Aquí también el nivel literario es bajo, y sólo puede rescatarse algún chiste retozón de Emilio Rodríguez («De cómo en el año del Sesquicentenario los argentinos salvaron a la Tierra»). El resto circula entre la confusión y el aburrimiento.

Los autores más persistentes de la década son Juan-Jacobo Bajarlía, Anderson Imbert, Alfredo Julio Grassi, Emilio Rodríguez, Alberto Vanasco y Eduardo Gologorsky, ya que Angélica Gorodischer entrega sólo algunos relatos y una novela, que en ese momento de su evolución empalidecen junto a sus cuentos de tema realista y fantástico, no dejando prever su magnífica evolución posterior.

Bajarlía y Anderson Imbert repiten algunos elementos: ambos escriben cuentos por lo general breves, ambos confían excesivamente en el ingenio de la idea o el final impactante, ambos suelen utilizar una erudición tan excéntrica como innecesaria, haciendo que sus creaciones semejen, por su falta de espesor, esquemas de cuentos, o fábulas, o alegorías.

Alfredo J. Grassi es uno de los escritores más prolíficos de nuestro país, con su propio nombre o con seudónimos. Colaboró traduciendo innumerables cuentos y novelas en *Pistas del Espacio*, (de Ed. Acme). Sus relatos repiten con pocas variantes los ejemplos americanos y se benefician con respecto a los de Bajarlía e Imbert, por su modestia.

Emilio Rodríguez utiliza su bagaje de psicoanalista para ambientar muchos de sus cuentos y un humor fácil, comunicativo, que no cubre del todo las carencias del estilo. Además de los cuentos de la antología citada, publicó en 1967 un volumen de relatos, *Plenipotencia*, donde la originalidad real de algunas ideas no llega a solidificarse en un universo propio, en un lenguaje personal. Posteriormente abandonaría el género, como la mayor parte de los psicoanalistas autores.

Alberto Vanasco y Eduardo Gologorsky son los que se acercaron con mayor

seriedad al género. Goligorsky, es un ejemplo del escritor profesional, a destajo: redactó, con seudónimos ingleses, muchas novelitas de la serie negra, tradujo con acierto títulos de Chandler, redactó un volumen de cuentos fantásticos. En sus cuentos predomina en consecuencia un estilo caliente, directo, que va al grano y sabe ubicar en pocos trazos una situación o un personaje, aun cuando en ocasiones no pase más allá de la superficie. Sin caer en lo lacrimógeno o en lo cursi, matiza con toques de lirismo o tierno humor sus textos, como ocurre con «En sus alas me llevará» o «Los verdes», una especie de invasión de cronopios que se expande suave, inevitable por la Tierra. Una de sus obsesiones centrales es el carácter negativo de la censura y de toda opresión cultural o racial. Entre sus títulos «duros» es destacable «Cuando los pájaros mueran»<sup>[2]</sup>, que despliega con economía, la existencia en un mundo en quiebra, dominado por la violencia.

Alberto Vanasco es profesor de física y uno de los novelistas más versátiles y hábiles dentro del nutrido conjunto de buenos narradores argentinos. Para quien no conozca esos antecedentes sus cuentos pueden impresionar como sobresalientes dentro de la masa gris de esos años. Pero si se los tiene en cuenta, el entusiasmo disminuye. Porque su formación científica hace esperar más rigor en el desarrollo de las ideas, y su magnífico lenguaje y su dominio de las estructuras narrativas —puesto de manifiesto en *Sin embargo Juan vivía*, *Para ellos la eternidad*, *Los muchos que no viven*, *Nueva York Nueva York*— hacen esperar virtudes más sólidas que la fluidez y la agilidad. Sus relatos se reducen por lo general a exponer con velocidad y solvencia profesional la idea básica, sin ahondar en sus proyecciones ni elaborar un mínimo *tempo* narrativo. Teniendo en cuenta esos límites, se destacan por la limpieza de ejecución «Filidor y Cía.», una teoría fantástica sobre los triunfos de un jugador de ajedrez; «Robot Pierre», original explicación sobre el origen de algunos personajes históricos; «Los eunucos», en donde el problema del personaje central supera el mero ingenio, y la prosa el tono profesional volviendo comunicable una obsesión típicamente porteña, arltiana: la ferocidad castradora de las mujeres. «Todo va mejor con Coca Cola», «Paranoia», «Cibernética» y otros títulos, en cambio, repiten sin aportar mayor profundidad u originalidad, lo que ya ha sido agotado por incontables autores profesionales de lengua inglesa.

Los relatos de Vanasco y Goligorsky se publicaron en ediciones conjuntas de Minotauro: *Memorias del futuro* (1966) y *Adiós al mañana* (1967). Con posterioridad ambos recogerían sus relatos en volúmenes individuales, agregando algunos nuevos trabajos: *Nuevas memorias del futuro*, de Vanasco (1977) y *A la sombra de los bárbaros* de Goligorsky (1977).

## 11 — Angélica Gorodischer

Durante esa década de abundantes publicaciones aparece *Opus dos* (1967), de Angélica Gorodischer, segundo libro de su obra y primero relacionado con la ciencia-

ficción. Aunque no permita imaginar la amplitud de su obra posterior, ya impresionan en esta novela la economía de la prosa, el profesionalismo de la construcción y un tono *literario* general que hacen pensar en una lectora omnívora. Lo que la limita un poco es que esa solidez ahoga en gran parte la originalidad de los planteos: como si aún se sintiera insegura, la autora permanece en ambientes cerrados, evita la descripción de los momentos en los que justamente se centraría cualquier otro autor: las descripciones generales, los momentos históricos, la acción.

El libro anterior, y el posterior (*Cuentos con soldados*, de 1965, y *Las pelucas*, de 1968) incursionan por territorios más cercanos al realismo o a la pura fantasía, aunque comiencen a dar indicios de un universo propio de absoluta originalidad, transmitido por un desfile de imágenes barrocas, inmóviles, asfixiantes, a su vez ramificadas en numerosas direcciones.

Esas virtudes alcanzan una primera culminación en *Bajo las jubeas en flor* (1973). Allí el tipo de asociación ramificada que se anunciaba en algunos cuentos anteriores se realiza plenamente, sobre todo por la extensión de los relatos, que llegan a constituirse en nouvelles. Aunque aún rechinen algunos elementos, son arrastrados por la fuerza poderosa de las ideas del libro, que se encuentra tejido alrededor de algunos núcleos, principalmente uno: un texto donde estaría contenido el universo, «Ordenamiento De Lo Que Es Y Canon De Las Apariencias», libro infinito que interviene, sale y entra en la trama hasta que no sabemos si estamos leyendo el Canon o «Bajo las jubeas». El cuento que lleva el mismo título del volumen, «Onomatopeya del ojo silencioso» y, sobre todo, «Los embriones del violeta» pertenecen con claridad a la ciencia-ficción y son al mismo tiempo lo más destacado del sumario. «Los embriones del violeta», que describe lujurosamente los efectos provocados por unos probables «pedazos de Dios» con los que se puede lograr lo que cada uno desea, y por lo tanto la perdición en una libertad sin límites que equivale a la esclavitud, es sin duda uno de los relatos maestros de la ciencia-ficción escrita en nuestro país.

Ese acercamiento al género se ha acentuado en los últimos tiempos. A algunos cuentos no recogidos en volumen («Ecce Deus», «El ayer de las ratas») se agregan «Seis días con Max», calmosa descripción de un viaje temporal, y «A la luz de la casta luna electrónica», ambos incluidos en una recopilación de relatos ya publicados e inéditos: *Casta luna electrónica* (1977).

El último de los títulos citados integra un libro inédito: *Trafalgar*, que tuvimos la suerte de leer antes de redactar este prólogo. Está constituido hasta el momento por cuatro extensos relatos con un personaje común, Trafalgar Medrano; viajante espacial que relata, en un lenguaje nítidamente rosarino, sus aventuras en distintos planetas. Cada cuento suele comenzar con un diálogo que es la modesta versión local de los diálogos introductorios de las narraciones inglesas, aunque aquí el club exclusivo o la reunión alrededor del fuego estén reemplazados por un bar céntrico o una mesa de truco. La intersección entre lo absolutamente cotidiano (Rosario en la actualidad) y los extrañísimos planetas que visita Trafalgar, consigue una equilibrada mezcla de

factores contradictorios. El lenguaje quizá desilusione a los seguidores de Angélica Gorodischer, ya que del barroquismo visual anterior pasa aquí a un continuo empleo del humor, a una comunicación directa y poco solemne del tema, cuyo resultado positivo puede ser el de ampliar el espectro de lectores posibles de su obra. A nuestro juicio el volumen constituye un interesante cambio de rumbo: centrándose en la ciencia-ficción directamente, con toda su «chatarra» (cohetes, sociedades extrañas, viajes espaciales), construyendo una serie al estilo de las del Padre Carmody de Farmer, y dándole un tono marcadamente local al lenguaje, se constituye en un conjunto absorbente, entretenido, gracias al cual podemos conocer un planeta dominado por un aristomatriarcado con máquinas para hacer el amor («A la luz de la casta luna electrónica»); una segunda Tierra en un universo infinito y simétrico, a la que llega Trafalgar en vísperas del descubrimiento de América («De navegantes»); otro mundo en el que la realidad cambia totalmente día a día porque el tiempo es «concreto, constante, simultáneo y no uniforme» («El mejor día del año») y por último el extraño planeta Gonzwaledworkamenykaleidos (González para abreviar) donde todos son parientes y los muertos siguen viviendo y, lógicamente, no dejan en paz a los vivos («La lucha de la familia González por un mundo mejor»).

En un período de extraordinaria fecundidad creativa, Angélica Gorodischer ha escrito un segundo volumen, netamente fantástico (*Kalpa imperial*) y algunos relatos más de ciencia-ficción, entre los que se destaca «Carta desde Betancoort», una extensa misiva de un poeta extraterrestre a un crítico terrestre, que mezcla el ensayo, las teorías lingüísticas y las confesiones íntimas con ese tono absolutamente personal que ha convertido a su autora en uno de los islotes literarios más originales y dignos de ser recorridos de nuestra narrativa.

## 12 — *El ensayo*

La crítica del género en nuestro país es casi inexistente. Los comentarios de diarios y revistas, aún con el actual predominio de ediciones, que permite conocer a muchos de los autores más complejos y experimentales, parecen seguir considerando a la ciencia-ficción como un reducto de cohetes y monstruos o «ideas originales», y por lo común no tienen mayor extensión o sentido que los textos de contratapa de las ediciones mismas.

Uno de los pocos críticos que ha mantenido un permanente nivel de exigencia y ha paseado una mirada seria y documentada sobre los relatos y novelas publicados en castellano, es Pablo Capanna. Lo ha hecho en reportajes y artículos, en revistas tales como *Criterio* o, más recientemente, en *La revista de ciencia-ficción y fantasía*.

En 1966 redactó *El sentido de la ciencia-ficción*. En ese entonces el campo del ensayo sobre el tema era casi virgen a nivel mundial. Existían recopilaciones de críticas, laboriosas historias o visiones subjetivas como las de Kingsley Amis. De allí el asombro que provoca el libro de Capanna. Profesor de filosofía, el autor ha

levantado uno de los primeros relevamientos objetivos y ordenados del género, en cualquier idioma. Ha sabido desechar con firmeza la tentación del completismo en un campo que al mismo tiempo lo fomenta y lo hace imposible con su vastedad, y ha ubicado con certeza a la ciencia-ficción en sus aspectos literarios, míticos, filosóficos y religiosos. Impresionan además la aguda conciencia del desarrollo de los géneros literarios o los sistemas filosóficos y de la relación de lo creativo con lo social, que no se limita a lo sociológico y político, todo apoyado por un manejo preciso y nunca pedante de la información.

Con posterioridad Capanna publicó *La tecnarquía* (1973), que se relaciona sólo marginalmente con la ciencia-ficción, ya que describe las consecuencias de la explosión tecnológica en la sociedad humana. Se trata de su trabajo más importante hasta el momento, destacándose con perfiles propios en el huérfano campo del ensayo argentino. Por último, ha penetrado en la obra de Cordwainer Smith, uno de los autores fundamentales del género, para analizarla en sus múltiples niveles, en algo que se acerca bastante al estudio definitivo sobre el tema.

El ejercicio de la inteligencia no es el camino más directo hacia el éxito. Aunque Capanna es respetado por los aficionados, su primer libro puede conseguirse en su edición original. *La tecnarquía*, a pesar de su peso en un medio que escasea en ensayos orgánicos, no recibió mayores comentarios y el ensayo sobre Cordwainer Smith, terminado hace ya algún tiempo, hizo una prolongada gira por las editoriales porteñas. Una de ellas lo anuncia ahora como «de próxima aparición». Esperemos que la promesa se cumpla.

En 1959 Eduardo Goligorsky (a quien ya mencionamos en otro capítulo de este prólogo) y Marie Langer, una psicóloga interesada en el género, publicaron *Ciencia-ficción: realidad y psicoanálisis*. El enfoque está anunciado por el título. Goligorsky se dedica a encarar la parte del género que critica o refleja aspectos sociales de la realidad, y a la que considera como «la ciencia-ficción adulta», y Marie Langer trata de exponer las relaciones entre psicoanálisis y ciencia-ficción. El resultado no es muy feliz. En ambos casos prima lo adjetivo (la sociología y el psicoanálisis) sobre el tema central (la ciencia-ficción). Se citan más informes y estadísticas o textos psicológicos que obras de ciencia-ficción. La bibliografía narrativa que ambos manejan no excede en mucho los límites de la colección Minotauro. La sección de Goligorsky se beneficia de un estilo más ágil, la de Marie Langer se pierde en citas de Freud, de sus propios cuentos y de los de algunos otros autores argentinos.

Aníbal M. Vinelli, redactor y crítico de un matutino porteño, donde comenta con agilidad las novedades editoriales, dio a conocer hace poco tiempo una *Guía para el lector de ciencia-ficción* (1977). Aunque haya varios errores o baches de información y de juicio, el delgado volumen cumple con el modesto propósito del autor: «ofrecer un panorama ordenado (y de primaria sencillez) que de ninguna manera pretende competir con los diversos ensayos que desde una perspectiva histórica, crítica y aún filosófica, analizan la literatura de ciencia-ficción». El destinatario ideal sería un

joven lector que diera sus primeros pasos dentro del género. El estilo participa plenamente del tono periodístico y *fan*, hecho de espontaneidad y opiniones veloces. La brevedad del espacio constriñe extraordinariamente la consideración de obras y autores, pero el orden cronológico y la inclusión de los índices finales permiten contar con una guía de consulta rápida para ubicar nombres o fechas.

El crítico y traductor belga Bernard Goorden, por último, analiza en el ensayo «Nuevo mundo, mundos nuevos» (1978) la ciencia-ficción de los países latinoamericanos, haciendo especial énfasis en la producción argentina, y dando un vistazo general a la poca conocida narrativa de países como Cuba, Chile o Perú. A pesar de su brevedad, el artículo cumple con creces su papel informativo, y va acompañado de una útil bibliografía. Es digno de destacarse que el autor ha realizado y publicado numerosas traducción de obras latinoamericanas al francés, permitiendo una más amplia difusión de las mismas en Europa.

### 13 — Hoy. Esta antología

Abarcada por un marco más amplio (el predominio y la infiltración de la decoración típica del género en todos los medios de masa) la edición de ciencia-ficción en castellano conoce desde hace dos o tres años un nuevo auge. A diferencia del que se produjo en la década del 60, no se ha traducido en una abundancia de publicaciones de autores locales, siendo más frecuente la reedición de antiguos relatos, como los de Vanasco y Goligorsky. Como aquel boom, también éste carece de autonomía. Las ventas dependen hasta cierto punto del confusionismo que mezcla en las mesas de exposición las obras del género con la pseudociencia (Triángulo de las Bermudas, las pirámides, la Atlántida), la parapsicología y la bibliografía sobre ovnis, actualmente de moda.

Como resultado positivo puede mencionarse la variedad de títulos, que por primera vez incluyen autores y cuentos contemporáneos y prácticamente ignotos en nuestro idioma, aunque siga predominando en las diversas colecciones un desorden de criterio que hace imposible prever si su próximo título será una novela de Lafferty, una colección de viejos y poco valiosos cuentos de Asimov, o un liso y llano bodrio de la época de la *space opera*.

En el artículo de 1972 que ya hemos citado, Capanna atribuía la mediocridad de las «antologías» del sesenta (el entrecomillado le pertenece) a la manera como fueron hechas: «no seleccionando entre lo ya publicado, sino “encargando” cuentos de circunstancia, aderezados con uno o dos nombres prestigiosos que atraigan al lector». Este volumen sigue el camino opuesto. Ninguno de los relatos que lo integran fue «escrito especialmente para esta selección». Jorge A. Sánchez espigó entre lo publicado y lo inédito, sorteó de la mejor manera posible los inconvenientes clásicos relacionados con los derechos de autor, y consiguió armar un panorama que une a clásicos como los cuentos de Bioy Casares, Macedonio, Gorodischer o Borges con

las voces inéditas (Boido, Alicia Suárez, Moujan Otaño o el que esto escribe) en un despliegue dinámico de esos hilos que, como dijimos al principio, alguna vez pueden llegar a constituirse en la ciencia-ficción argentina.

Rosario, diciembre de 1977.

*Elvio E. Gandolfo*

## MACEDONIO FERNÁNDEZ

*Como ocurre con otros dos autores, Roberto Arlt y Juan L. Ortiz, Macedonio es un campo que suele ser utilizado por los argentinos para enfrentar cuestiones aún no dirimidas de la idiosincrasia nacional, impidiendo así la consideración objetiva. Ese enfrentamiento suele concretarse alrededor de un doble mito. El primero es el de un viejito original, cuyo principal valor e influencia habrían sido el magnetismo, de su charla, su presencia y su actitud vital (en lo que se aproximaría al mito paralelo de Juan L. Ortiz en lo poético). Se deja por completo de lado su obra, cuya importancia sería menor comparada con la magnitud de esos elementos. Ese mito tiene la ventaja para los que lo promueven (entre los que puede citarse a Borges, que en una de sus numerosas equivocaciones verbales disminuyó el valor de Macedonio como escritor) de mantenerlo en una especie de limbo al que sólo pueden acceder quienes lo conocieron u oyeron. El otro mito es el del gurú precursor, una especie de genio que elude la imagen más directa y romántica del mismo, para apoyarse sobre rasgos más contemporáneos, menos directamente ridículos.*

*Ambos espejismos se alzan sobre una circunstancia que recién en los últimos años ha comenzado a modificarse: La escasísima cantidad de obra publicada en relación a la escrita. La misma resulta una especie de décima parte visible de un iceberg cuyos nueve décimos restantes permanecían ocultos y daban pie a cualquier tipo de suposiciones. A los únicos libros publicados en vida (No todo es vigilia la de los ojos abiertos, 1928; Papeles de Recienvenido, 1929 y Una novela que comienza 1941) se agregaron durante la década del sesenta una nueva cantidad de trabajos que fomentaban aún la idea de lo misceláneo y una estructuración de textos relacionados que bajo el título de Museo de la novela de la Eterna (1967), transformaba en tímidos ensayos formales a la mayor parte de los experimentos narrativos del boom latinoamericano. Con la edición de sus Obras completas, comenzada en 1974 y aún en curso de preparación, los contornos reales de Macedonio Fernández van apareciendo con mayor exactitud y desmoronando en proporción directa el doble mito a que hicimos mención.*

*En lo que se refiere a la ciencia-ficción, los puntos de contacto son al mismo tiempo ambiguos y permanentes. En muchas de sus ideas sueltas, opiniones, teorías, esquemas de argumentos o cuentos terminados coincide con intereses de las últimas corrientes del género: la preocupación por la ecología orgánica y planetaria, por la crisis de la racionalidad occidental (filosófica, médica, política), por la naturaleza dudosa de lo real y de las definiciones de lo real.*

*«El zapallo que se hizo Cosmos» es uno de sus textos más clasificables, más terminados, más directamente relacionados, por su idea central y su estilo, con ciencia-ficción.*



## EL ZAPALLO QUE SE HIZO COSMOS

(Cuento del Crecimiento)

Érase un zapallo creciendo solitario en ricas tierras del Chaco. Favorecido por una zona excepcional que le daba de todo, criado con libertad y sin remedios fue desarrollándose con el agua natural y la luz solar en condiciones óptimas, como una verdadera esperanza de la Vida. Su historia íntima nos cuenta que iba alimentándose a expensas de las plantas más débiles de su contorno, darwinianamente; siento tener que decirlo, haciéndolo antipático. Pero la historia externa es la que nos interesa, esa que sólo podrían relatar los azorados habitantes del Chaco que iban a verse envueltos en la pulpa zapallar, absorbidos por sus poderosas raíces.

La primera noticia que se tuvo de su existencia fue la de los sonoros crujidos del simple natural crecimiento. Los primeros colonos que lo vieron habrían de espantarse, pues *ya* entonces pesaría varias toneladas y aumentaba de volumen instante a instante. *Ya* medía una legua de diámetro cuando llegaron los primeros hacheros mandados por las autoridades para seccionarle el tronco, *ya* de doscientos metros de circunferencia; los obreros desistían más que por la fatiga de la labor por los ruidos espeluznantes de ciertos movimientos de equilibración, impuestos por la inestabilidad de su volumen que crecía por saltos.

Cundía el pavor. Es imposible ahora aproximársele porque se hace el vacío en su entorno, mientras las raíces imposibles de cortar siguen creciendo. En la desesperación de vérselo venir encima, se piensa en sujetarlo con cables. En vano. Comienza a divisarse desde Montevideo, desde donde se divisa pronto lo irregular nuestro, como nosotros desde aquí observamos lo inestable de Europa. *Ya* se apresta a sorberse el Río de la Plata.

Como no hay tiempo de reunir una conferencia panamericana —Ginebra y las cancillerías europeas están advertidas— cada uno discurre y propone lo eficaz. ¿Lucha, conciliación, suscitación de un sentimiento piadoso en el Zapallo, súplica, armisticio? Se piensa en hacer crecer otro Zapallo en el Japón, mimándolo para apresurar al máximo su prosperación, hasta que se encuentren y se entredestruyan, sin que, empero, ninguno sobrezapalle al otro. ¿Y el ejército?

Opiniones de los científicos; qué pensaron los niños, encantados seguramente; emociones de las señoras; indignación de un procurador; entusiasmo de un agrimensor y de un toma-medidas de sastrería; indumentaria para el Zapallo; una cocinera que se le planta delante y lo examina, retirándose una legua por día; un serrucho que siente su nada; ¿y Einstein?; frente a la facultad de medicina alguien que insinúa: ¿purgarlo? Todas estas primeras chancas habían cesado. Llegaba demasiado urgente el momento en que lo que más convenía era mudarse adentro. Bastante ridículo y humillante es el meterse en él con precipitación, aunque se olvide

el reloj o el sombrero en alguna parte y apagando previamente el cigarrillo, porque ya no va quedando mundo fuera del Zapallo.

A medida que crece es más rápido su ritmo de dilatación; no bien es una cosa ya es otra: no ha alcanzado la figura de un buque que ya parece una isla. Sus poros ya tienen cinco metros de diámetro, ya veinte, ya cincuenta, Parece sentir que todavía el Cosmos podría producir un cataclismo para perderlo, un maremoto o una hendidura de América. ¿No preferiré, por amor propio, estallar, astillarse, antes de ser metido dentro de un Zapallo? Para verlo crecer volamos en avión; es una cordillera flotando sobre el mar. Los hombres son absorbidos como moscas; los coreanos, en la antípoda, se santiguan y saben que su suerte es cuestión de horas.

El Cosmos desata, en el paroxismo, el combate final. Despeña formidables tempestades, radiaciones insospechadas, temblores de tierra, quizá reservados desde su origen por si tuviera que luchar con otro mundo.

«¡Cuidaos de toda célula que ande cerca de vosotros! ¡Basta que una de ellas encuentre su todocomodidad de vivir!». ¿Por qué no se nos advirtió? El alma de cada célula dice despacito: «yo quiero apoderarme de todo el “stock”, de toda la “existencia en plaza” de Materia, llenar el espacio y, tal vez, los espacios siderales; yo puedo ser el Individuo-Universo, la Persona Inmortal del Mundo, el latido único». Nosotros no la escuchamos ¡y nos hallamos en la inminencia de un Mundo de Zapallo, con los hombres, las ciudades y las almas dentro!

¿Qué puede herirlo ya? Es cuestión de que el Zapallo se sirva sus últimos apetitos, para su sosiego final. Apenas le falta Australia y Polinesia.

Perros que no vivían más de quince años, zapallos que apenas resistían uno y hombres que rara vez llegaban a los cien... ¡Así es la sorpresa! Decíamos: es un monstruo que no puede durar. Y aquí nos tenéis adentro. ¿Nacer y morir para nacer y morir...? se habrá dicho el Zapallo: ¡oh, ya no! El escorpión, que cuando se siente inhábil o en inferioridad se pica a sí mismo y se aniquila, parte al instante al depósito de la vida escorpiónica para su nueva esperanza de perduración; se envenena sólo para que le den vida nueva. ¿Por qué no configurar el Escorpión, el Pino, la Lombriz, el Hombre, la Cigüeña, el Ruiseñor, la Hiedra, inmortales? Y por sobre todos el Zapallo, Personación del Cosmos; con los jugadores de póker viendo tranquilamente y alternando los enamorados, todo en el espacio diáfano y unitario del Zapallo.

Practicamos sinceramente la Metafísica Cucurbitácea. Nos convencimos de que, dada la relatividad de las magnitudes todas, nadie de nosotros sabrá nunca si vive o no dentro de un zapallo y hasta dentro de un ataúd y si no seremos células del Plasma Inmortal. Tenía que suceder: Totalidad todo Interna. Limitada, Inmóvil (sin Traslación), sin Relación, por ello Sin Muerte.

Parece que en estos últimos momentos, según coincidencia de signos, el Zapallo se alista para conquistar no ya la pobre Tierra, sino la Creación. Al parecer, prepara

su desafío contra la Vía Láctea. Días más, y el Zapallo será el Ser, la Realidad y su Cáscara.

(Vivimos en ese mundo que todos sabíamos pero todo en cárcara ahora, con relaciones sólo internas y, así, sin muerte.

Esto es mejor que antes).

## JORGE LUIS BORGES

*Aunque los elementos de ciencia-ficción son casi siempre accesorios dentro de su obra narrativa, o recuerdan sobre todo a los orígenes del género, Borges ha manifestado por él un interés de comentarista y divulgador que, teniendo en cuenta la variedad omnicomprendiva de su horizonte cultural, no deja de llamar la atención.*

*Prologó obras de Ray Bradbury y Olaf Stapledon; encaró con Bioy Casares un proyecto de colección que iba a transformarse luego en El séptimo círculo, dedicada en cambio a la novela policial, fundamentalmente inglesa; dedicó un excelente ensayo al «primer Wells», es decir, el de las novelas científicas; se sintió obligado a hacer notar, en el prólogo a un delgado volumen sobre la novela norteamericana (65 páginas) que había incluido «temas que no se encontrarán en volúmenes más extensos», refiriéndose al género policial, la Science-Fiction, los relatos del Oeste y a singular poesía de los pieles rojas; demostró en dicho libro que su interés no es el de un snob, eligiendo autores tan dispares y básicos como Lovecraft, Van Vogt, Heinlein y Bradbury, y haciendo mención a la importancia de las revistas y los clubes de fan de Estados Unidos. Matizó ese interés declarando que las novelas de Wells circunscriben y superan casi todo lo que se escribió posteriormente.*

*«Utopía de un hombre que está cansado» (que contrapone ya desde el título, y paradójicamente, el clásico perfeccionismo general de los proyectos utópicos con el escepticismo individual) elabora, en un terso intercambio de información entre dos hombres de distintas eras, muchas de las obsesiones y temas que Borges desgranó en conferencias y reportajes.*

E. E. G.

## UTOPIA DE UN HOMBRE QUE ESTÁ CANSADO<sup>[3]</sup>

*Llamóla Utopía, voz griega cuyo significado es no hay tal lugar.*

Quevedo

No hay dos cerros iguales, pero en cualquier lugar de la tierra la llanura es una y la misma. Yo iba por un camino de la llanura. Me pregunté sin mucha curiosidad si estaba en Oklahoma o en Texas o en la región que los literatos llaman la pampa. Ni a derecha ni a izquierda vi un alambrado. Como otras veces repetí despacio estas líneas, de Emilio Oribe:

*En medio de la pánica llanura, interminable  
Y cerca del Brasil,*

que van creciendo y agrandándose.

El camino era desaparejo. Empezó a caer la lluvia. A unos doscientos o trescientos metros vi la luz de una casa. Era baja y rectangular y cercada de árboles. Me abrió la puerta un hombre tan alto que casi me dio miedo. Estaba vestido de gris. Sentí que esperaba a alguien. No había cerradura en la puerta.

Entramos en una larga habitación con las paredes de madera. Pendía del cielo raso una lámpara de luz amarillenta. La mesa, por alguna razón, me extrañó. En la mesa había una clepsidra, la primera que he visto, fuera de algún grabado en acero. El hombre me indicó una de las sillas.

Ensayé diversos idiomas y no nos entendimos. Cuando él habló lo hizo en latín. Junté mis ya lejanas memorias de bachiller y me preparé para el diálogo.

—Por la ropa —me dijo—, veo que llegas de otro siglo. La diversidad de las lenguas favorecía la diversidad de los pueblos y aun de las guerras; la tierra ha regresado al latín. Hay quienes temen que vuelva a degenerar en francés, en lemosín o en papiamento, pero el riesgo no es inmediato. Por lo demás, ni lo que ha sido ni lo que será me interesan.

No dije nada y agregó:

—Si no te desagrada ver comer a otro ¿quieres acompañarme?

Comprendí que advertía mi zozobra y dije que sí.

Atravesamos un corredor con puertas laterales, que daba a una pequeña cocina en la que todo era de metal. Volvimos con la cena en una bandeja: boles con copos de maíz, un racimo de uvas, una fruta desconocida cuyo sabor me recordó el del higo, y una gran jarra de agua. Creo que no había pan. Los rasgos de mi huésped eran agudos y tenía algo singular en los ojos. No olvidaré ese rostro severo y pálido que no volveré a ver. No gesticulaba al hablar.

Me trababa la obligación del latín, pero finalmente le dije:

—¿No te asombra mi súbita aparición?

—No —me replicó—, tales visitas nos ocurren de siglo en siglo. No duran mucho; a más tardar estarás mañana en tu casa.

La certidumbre de su voz me bastó. Juzgué prudente presentarme:

—Soy Eudoro Acevedo. Nací en 1897, en la ciudad de Buenos Aires. He cumplido ya setenta años. Soy profesor de letras inglesas y americanas y escritor de cuentos fantásticos.

—Recuerdo haber leído sin desagrado —me contestó— dos cuentos fantásticos. Los Viajes del Capitán Lemuel Gulliver, que muchos consideran verídicos, y la Suma Teológica. Pero no hablemos de hechos. Ya a nadie le importan los hechos. Son meros puntos de partida para la invención y el razonamiento. En las escuelas nos enseñan la duda y el arte del olvido. Ante todo el olvido de lo personal y local. Vivimos en el tiempo, que es sucesivo, pero tratamos de vivir *sub specie aeternitatis*. Del pasado nos quedan algunos nombres, que el lenguaje tiende a olvidar. Eludimos las inútiles precisiones. No hay cronología ni historia. No hay tampoco estadísticas. Me has dicho que te llamas Eudoro; yo no puedo decirte cómo me llamo, porque me dicen alguien.

—¿Y cómo se llamaba tu padre?

—No se llamaba.

En una de las paredes vi un anaquel. Abrí un volumen al azar; las letras eran claras e indescifrables y trazadas a mano. Sus líneas angulares me recordaron el alfabeto rúnico, que, sin embargo, sólo se empleó para la escritura epigráfica. Pensé que los hombres del porvenir no sólo eran más altos sino más diestros. Instintivamente miré los largos y finos dedos del hombre.

Éste me dijo:

—Ahora vas a ver algo que nunca has visto.

Me tendió con cuidado un ejemplar de la *Utopía* de More, impreso en Basilea en el año 1518 y en el que faltaban hojas y láminas.

No sin fatuidad repliqué:

—Es un libro impreso. En casa habrá más de dos mil, aunque no tan antiguos ni tan preciosos.

Leí en voz alta el título.

El otro se rió.

—Nadie puede leer dos mil libros. En los cuatro siglos que vivo no habré pasado de una media docena. Además no importa leer sino releer. La imprenta, ahora abolida, ha sido uno de los peores males del hombre, ya que tendió a multiplicar hasta el vértigo textos innecesarios.

—En mi curioso ayer —contesté—, prevalecía la superstición de que entre cada tarde y cada mañana ocurren hechos que es una vergüenza ignorar. El planeta estaba poblado de espectros colectivos, el Canadá, el Brasil, el Congo Suizo y el Mercado Común. Casi nadie sabía la historia previa de esos entes platónicos, pero sí los más ínfimos pormenores del último congreso de pedagogos, la inminente ruptura de

relaciones y los mensajes que los presidentes mandaban, elaborados por el secretario del secretario con la prudente imprecisión que era propia del género.

Todo esto se leía para el olvido, porque a las pocas horas lo borrarían otras trivialidades. De todas las funciones, la del político era sin duda la más pública. Un embajador o un ministro era una suerte de lisiado que era preciso trasladar en largos y ruidosos vehículos, cercado de ciclistas y granaderos y aguardado por ansiosos fotógrafos. Parece que les hubieran cortado los pies, solía decir mi madre. Las imágenes y la letra impresa eran más reales que las cosas. Sólo lo publicado era verdadero. *Esse est percipi* (ser es ser retratado) era el principio, el medio y el fin de nuestro singular concepto del mundo. En el ayer que me tocó, la gente era ingenua; creía que una mercadería era buena porque así lo afirmaba y lo repetía su propio fabricante. También eran frecuentes los robos, aunque nadie ignoraba que la posesión de dinero no da mayor felicidad ni mayor quietud.

—¿Dinero? —repetió—. Ya no hay quien adolezca de pobreza, que habrá sido insufrible, ni de riqueza que habrá sido la forma más incómoda de la vulgaridad. Cada cual ejerce un oficio.

—Como los rabinos —le dije.

Pareció no entender y prosiguió.

—Tampoco hay ciudades. A juzgar por las ruinas de Bahía Blanca, que tuve la curiosidad de explorar, no se ha perdido mucho. Ya que no hay posesiones, no hay herencias. Cuando el hombre madura a los cien años, está listo a enfrentarse consigo mismo y con su soledad. Ya ha engendrado un hijo.

—¿Un hijo? —pregunté.

—Sí. Uno solo. No conviene fomentar el género humano. Hay quienes piensan que es un órgano de la divinidad para tener conciencia del universo, pero nadie sabe con certidumbre si hay tal divinidad. Creo que ahora se discuten las ventajas y desventajas de un suicidio gradual o simultáneo de todos los hombres del mundo. Pero volvamos a lo nuestro.

Asentí.

—Cumplidos los cien años, el individuo puede prescindir del amor y de la amistad. Los males y la muerte involuntaria no lo amenazan. Ejerce alguna de las artes, la filosofía, las matemáticas o juega a un ajedrez solitario. Cuando quiere se mata. Dueño el hombre de su vida, lo es también de su muerte.

—¿Se trata de una cita? —le pregunté.

—Seguramente. Ya no nos quedan más que citas. La lengua es un sistema de citas.

—¿Y la grande aventura de mi tiempo, los viajes espaciales? —le dije.

—Hace ya siglos que hemos renunciado a esas traslaciones, que fueron ciertamente admirables. Nunca pudimos evadirnos de un aquí y de un ahora.

Con una sonrisa agregó:

—Además, todo viaje es espacial. Ir de un planeta a otro es como ir a la granja de

enfrente. Cuando usted entró en este cuarto estaba ejecutando un viaje espacial.

—Así es —repliqué—. También se hablaba de sustancias químicas y de animales zoológicos.

El hombre ahora me daba la espalda y miraba por los cristales. Afuera, la llanura estaba blanca de silenciosa nieve y de luna.

Me atreví a preguntar:

—¿Todavía hay museos y bibliotecas?

—No. Queremos olvidar el ayer, salvo para la composición de elegías. No hay conmemoraciones ni centenarios ni efigies de hombres muertos. Cada cual debe producir por su cuenta las ciencias y las artes que necesita.

—En tal caso, cada cual debe ser su propio Bernard Shaw, su propio Jesucristo y su propio Arquímedes.

Asintió sin una palabra. Inquirí:

—¿Qué sucedió con los gobiernos?

—Según la tradición fueron cayendo gradualmente en desuso. Llamaban a elecciones, declaraban guerras, imponían tarifas, confiscaban fortunas, ordenaban arrestos y pretendían imponer la censura y nadie en el planeta los acataba. La prensa dejó de publicar sus colaboraciones y sus efigies. Los políticos tuvieron que buscar oficios honestos; algunos fueron buenos cómicos o buenos curanderos. La realidad sin duda habrá sido más compleja que este resumen.

Cambió de tono y dijo:

—He construido esta casa, que es igual a todas las otras. He labrado estos muebles y estos enseres. He trabajado el campo, que otros cuya cara no he visto, trabajarán mejor que yo. Puedo mostrarte algunas cosas.

Lo seguí a una pieza contigua. Encendió una lámpara, que también pendía del cielo raso. En un rincón vi un arpa de pocas cuerdas. En las paredes había telas rectangulares en las que predominaban los tonos del color amarillo. No parecían proceder de la misma mano.

—Ésta es mi obra —declaró.

Examiné las telas y me detuve ante la más pequeña, que figuraba o sugería una puesta de sol y que encerraba algo infinito.

—Si te gusta puedes llevártela como recuerdo de un amigo futuro —dijo con palabra tranquila.

Le agradecí, pero otras telas me inquietaron. No diré que estaban en blanco, pero sí casi en blanco.

—Están pintadas con colores que tus antiguos ojos no pueden ver.

Las delicadas manos tañeron las cuerdas del arpa y apenas percibí uno que otro sonido.

Fue entonces cuando se oyeron los golpes.

Una alta mujer y tres o cuatro hombres entraron en la casa. Diríase que eran hermanos o que los había igualado el tiempo. Mi huésped habló primero con la mujer.

—Sabía que esta noche no faltarías. ¿Lo has visto a Nils?

—De tarde en tarde. Sigue siempre entregado a la pintura.

—Esperemos que con mejor fortuna que su padre.

Manuscritos, cuadros, muebles, enseres; no dejamos nada en la casa.

La mujer trabajó a la par de los hombres. Me avergoncé de mi flaqueza que casi no me permitía ayudarlos. Nadie cerró la puerta y salimos, cargados con las cosas. Noté que el techo era a dos aguas.

A los quince minutos de caminar, doblamos por la izquierda. En el fondo divisé una suerte de torre, coronada por una cúpula.

—Es el crematorio —dijo alguien—. Adentro está la cámara letal. Dicen que la inventó un filántropo cuyo nombre, creo, era Adolfo Hitler.

El cuidador, cuya estatura no me asombró, nos abrió la verja.

Mi huésped susurró unas palabras. Antes de entrar en el recinto se despidió con un ademán.

—La nieve seguirá —anunció la mujer.

En mi escritorio de la calle México guardo la tela que alguien pintará, dentro de miles de años, con materiales hoy dispersos en el planeta.

## SANTIAGO DABOVE

*La obra total de Santiago Dabove es póstuma, escasa, obsesiva. Fue recogida en un delgado volumen (La Muerte y su traje) en 1961, casi diez años después de su muerte. Se componía de relatos y textos breves centrados casi exclusivamente alrededor de la idea de la muerte, y en más de una ocasión se canalizaba a través de los elementos formales típicos de la ciencia-ficción. Estaba precedida por un prólogo de Jorge Luis Borges, amigo e interlocutor asiduo de las veladas que los hermanos Dabove realizaban en Morón, y uno de los que más han hecho por la difusión de sus cuentos. La reedición reciente de ese volumen, hacía largo tiempo agotado, permitió reencontrarse con la extraña experiencia de leerlo, de penetrar en ese tono a un tiempo ingenuo y perverso que presenta su doble filo aún en textos aparentemente inocentes como «Finis».*

E. E. G.

## FINIS

En cierta circunstancia tuve que ir al cementerio de disidentes, hoy desaparecido, a sacar las cenizas de un pariente lejano que estaban en un antiguo sepulcro. Me había sido encomendado que las pusiera en una urna porque expropiaban la bóveda y además el cementerio iba a ser suprimido de ese lugar. El sepulcro era un simple cuadrilongo de mármol en cuya juntura sólo bastaba meter una buena y adecuada palanca para abrirlo. Así lo hicimos el encargado, yo y un peón, porque el enterrador ya no prestaba sus servicios.

A quienes no están acostumbrados les impresiona siempre la apertura de un sepulcro. Es como un falso misterio que se quisiera develar, o como una terquedad que pidiera esclarecimientos de donde no pueden venir... pues bien sabe uno todo el secreto que encierran las tumbas.

Cuando cedió la loza y pude ver el interior, me encontré con que el ataúd había reventado y estaba partido y raído en forma tal, que sólo unos listones de madera acompañaban a los huesos, todavía no desarticulados, como si quisieran entablillarlos. Nada más que un olor de humedad. ¿Sí? ¡No! Junto al brazo plegado, mis ojos descubrieron una especie de cilindro de metal que agarré enseguida. Le destornillé la tapa y encontré una envoltura de cuero o tafilete que guardaba unos papeles en parte deteriorados. Con la curiosidad que es de imaginar, me apoderé de ellos, esperando llegar a mi casa para leerlos. Regresé, pues, con un manuscrito y una urna chica que contenía unos huesos rotos y en parte pulverizados, trabajo lento del tiempo y de los agentes destructores que vienen a hacer lo mismo que el horno crematorio, pero más a la larga.

Con un buen fuego por delante —era en invierno— me puse a revisar el manuscrito que parecía a ratos una profecía, y otros, un simple desahogo literario. Pero noté cierto acento conmovido, como si el autor hubiera tenido una premonición. Hasta creo que él «sabe» más del futuro que muchos historiadores acerca del pasado, y, si se pudiera hacer una seria compulsión de las causas históricas, me atrevería a decir que la mayoría de los historiadores pasarían a ser artistas, novelistas, poetas semicreadores, o, simplemente, lastimosos inventores del pretérito (antiprofetos).

He aquí lo que decía el manuscrito:

En el primer tercio del año 1..34, (de la fecha estaban borradas dos cifras y la tercera quedaba dudosa, no podía verse bien si era 8 o 3). Los astrónomos descubrieron un hecho singular: las rutas de los asteroides o más bien planetoides, fueron casi repentinamente alteradas y sin causa aparente. Los que dirigieron sus potentes anteojos a esos planetitas telescópicos que están entre Marte y Júpiter, como se sabe, los observaron como picados de la tarántula. Fuera de la regularidad de sus movimientos, se conducían como un enjambre de efímeros, frente a un foco de luz.

Esto que podría haber sido un motivo de diversión para criaturas, fue un tema de cavilación para los astrónomos. ¿Cuál era la causa que alteraba la gravedad y solemnidad clásicas del enjambre estelar? Nuevas interrogaciones de los anteojos al cielo. Nada. Transcurrió un tiempo y algunos planetoides desaparecieron. Como la causa incógnita parecía intensificar su potencia, paralelamente entre los astrónomos aumentó el recelo. Por analogía se pensó que, tras los planetas telescópicos, vendríamos nosotros a ingresar en la danza. Ese justo temor fue como el alerta o el prólogo de lo que debía venir.

Algunos astrónomos, los menos académicos u oficiales, aseguraban haber visto, a una distancia inconmensurable, unos cuerpos vagos cargados de un gran potencial eléctrico que, por su radiación infrarroja y según el análisis espectroscópico, debían de poseer materias ferruginosas. Añadían, por deducción, que debían de actuar como gigantescos y monstruosos electroimanes. Ahora bien (continuaban), de acuerdo con esto, nuestro planeta que alberga tanto hierro, rocas ferruginosas y otros metales, no podía dejar de ser influenciado por aquellos enormes cuerpos, aunque fuesen pulverulentos como se pretendía. Lo sería en razón directa de su riqueza en metales, sobre todo en hierro.

El tiempo les dio la razón más pronto de lo que ellos mismos esperaban. Y ocurrió el caso singular de que el goce que experimentaban al ver que se cumplían sus asertos científicos, se les malograba por el temor de lo porvenir.

Lentamente, muchos humanos, sobre todo los que no eran navegantes de profesión, empezaron a sentir ese ligero mareo, vacío y depresión que causa la brusca subida y bajada del ascensor en los no acostumbrados. Otros, los que habían viajado en aeroplano, decían que era lo mismo que el efecto de un súbito descenso de planeo. La mayoría hablaba de una peste que concluiría haciendo grandes estragos; y los médicos, por las dudas, inventaron unas inyecciones y vacunas. Pero pronto se vio que no era nada de esto.

A la sazón yo, Marcos Prescott, acababa de dar mi palabra de casamiento a Amanda, que estaba pasando su convalecencia en un agradable hotel construido en medio de varias hectáreas arboladas. Yo estaba de licencia en la compañía «Alas para el Hombre», fábrica de aparatos mecánicos que, plegados, cabían en una valija, y que permitían hacer, blandamente y sin mayor estrépito, vuelos parecidos a saltos que transformaban a los hombres en una especie de ángeles barbudos, ángeles nada más que por el vuelo, porque su naturaleza íntima todavía no había podido ser modificada. Pero lo más grato de ver era la gracia con que las mujeres se tiraban del lecho, merced a estos aparatos, y os daban la mano con una sonrisa verdaderamente angelical.

En una de mis habituales visitas a Amanda, la encontré atacada del mal de moda: el mareo, las náuseas y la sensación de vacío. Yo que la creía ya sana del todo, me conmoví pensando en una recaída.

—No, no es nada de eso, me dijo mi novia. La verdadera causa de este malestar

estriba en que el planeta se mueve de un modo muy diferente al antiguo.

Yo la tenía a Amanda por muy inteligente, pero esta opinión me pareció locura. Sin embargo, al salir, creí observar que, en efecto, se sentía el movimiento del planeta y que ahora lo hacía con arrebatos. Me agarré un susto tremendo pensando que la impresión era subjetiva y que estaba loco, de la misma locura que Amanda. Pero muy pronto tuve que convencerme de lo contrario. A todos cuantos interrogué les pasaba lo mismo y no era necesario inquirir mucho para comprobar que experimentaban las mismas sensaciones.

Se sentía el movimiento de la tierra no como un terremoto, sino como un impulso. No necesito decirlo mucho que me mortificó este trastorno terráqueo y sideral en estas circunstancias de mi noviazgo.

El planeta aumentaba día a día sus movimientos arrebatados. Mareaba eso que parecían sus «décollages» y sus caídas. A veces parecía pararse como dudando y de golpe retomaba una carrera atroz, lo mismo que máquina mal frenada y dirigida. La gente, a veces, se tenía que asir de las manos y también de los árboles para sostenerse. Las señoras se quejaban de vértigos intensos; algunas abortaban. Los chicos y los locos estaban contentos. Los sabios, desconcertados, dijeron que no podíamos notar directamente el movimiento de la tierra, puesto que todo marchaba con nosotros, incluso la atmósfera, pero como la sensación de movimiento arrebatado existía, insinuaron que habíamos entrado en otra atmósfera, más vasta. Se edificaron torres para colgar de ellas péndulos que marcaban sobre unas pistas de arena los movimientos terrestres. Estos péndulos tenían una púa, una uña en su borde inferior. Descendían del cielo con una velocidad vertiginosa. Al tocar el suelo iniciaban un movimiento de culebreo o zigzag, arando la tierra con la púa. Causaron muchos accidentes y rompieron la dura cabeza de más de un sabio.

Los poetas eróticos decían que Geo, al saltar desordenadamente y en impulsos desiguales, ya no era el átomo mísero y regulado de los astrónomos, sino una pulga perseguida por los dedos humedecidos de una Deidad.

Los sacerdotes decían que todo esto era por la falta de fe y el abandono de los deberes del hombre para consigo mismo y sobre todo para con la Iglesia.

Como los fenómenos se prolongaran, los sabios eran los más desconcertados. De pasar pronto, se podían archivar, olvidar y casi desconocer, haciendo de cuando en cuando una alusión despectiva a ellos, como hace de las revoluciones que no triunfan el partido que está en el poder.

Los astrónomos, muchos de los cuales parece que le dictan leyes al Universo — tan engreídos están con sus cálculos, sobre todo después de la aventura de Le Verrier — hablaban de reformar la mecánica clásica y sudaban pensando en las muchas observaciones que tendrían que hacer, dada la anarquía actual de movimientos, para que sus observaciones y cálculos, sancionados y ratificados por una nueva experiencia, parecieran otra vez decretos.

Alteradas la rotación y traslación, teníamos días cortísimos y otros muy largos.

Apuros y desórdenes de toda especie. Trastornos en las ciencias económicas. Por ejemplo: un pagaré a 90 ó 180 días, había que hacerlo por horas, de acuerdo con un reloj patrón.

Mucha gente seria estaba indignada porque algunos seres degradados y «ciertos poetas» no se dolían de la irregularidad, sin participar tampoco del pánico y la sagrada rabia que les inspiraba el nuevo orden, o más bien desorden, de cosas. Estos seres pervertidos y viciosos habían llegado en su repugnante indiferencia hasta instituir un nuevo juego, como el rojo y el negro en la ruleta, a base de las rachas inesperadas, en cuanto a la duración de días y de noches, utilizando sus relojes que marchaban por la antigua regularidad...

Pero el miedo era casi general. Éste no debía aumentar en tanto que la tierra fuera sólo como una perdiz gorda, sorprendida, que echa a volar. Pero pronto se vio que los mares barrían las playas como escobas en los arranques súbitos del planeta, ocasionando terribles catástrofes; que las estaciones se alteraron completamente: el verano más tórrido y el invierno más crudo se sucedían en un espacio de días y aun de horas, lo que causó la ruina de la vegetación. Fue necesaria cada vez más la vida bajo tierra, y, con una técnica prodigiosa, íbanse socavando grandes recintos como falansterios subterráneos en los cuales se cumplían las tres condiciones que pedía Fourier: economía, utilidad y magnificencia. Había algo, sin embargo, en esta magnificencia, algo que no convencía, como cosa hecha no con vistas a la esperanza, sino más bien a lo que debe morir y desaparecer.

Algunas ventajas tuvo la raza humana entre tanta desdicha: con los bruscos cambios de temperatura, las moscas y mosquitos desaparecieron. La hedionda e inmundada chinche no salía de sus refugios, de miedo a un enfriamiento brusco, así fue muriendo de inanición. Se dispuso que todo en el falansterio fuera nuevo por temor a epidemias, pero muchas categorías de piojos, hongos, parásitos y bacilos, no eran tan delicadas y acompañaron al hombre en su vida subterránea. Había que alimentarse de hongos cultivados en sótanos y recintos ad-hoc. Algunos «sabios» sacaron del petróleo una combinación alimenticia. La que no tenía gusto era cara, y, la barata, la popular, causaba en la gente pobre que la consumía un asqueroso olor a lámpara que salía de las bocas. Había que pagar alto precio por una cosa que no tenía gusto. Todavía se guardaban provisiones vegetales y animales en gran cantidad, pero no se las prodigaba de miedo a la escasez y también por egoísmo. Ya se empezaban a fabricar alimentos concentrados y con sustancias químicas, cosa esta última conocida desde larga data, pero abandonada en su empleo por los estreñimientos pertinaces y muy peligrosos que causaba. En una palabra: bien considerado, todo esto era el adiós a la sensualidad y a la buena vida.

Muchos decían que estábamos abandonados de la mano de Dios, y a mí me parecía lo contrario, porque advertía una intención de violencia en Él. Estábamos abocados a riesgo y aventura.

Como hacía algún tiempo que recobrara todo el vigor de la salud, Amanda me

rogó que saliéramos un día de fiesta. Era otoño, y habríamos sentido en la naturaleza serena la copia de nuestra dicha, si no la alterara la sensación de viaje precipitado de la tierra. Yo me asía de las manos de mi novia que formaba corro con otras muchachas que también habían buscado a su novio. Resistíamos al viento en esa rueda de amor, no pensábamos en morir. Las muchachas impacientes por formar un hogar estable, pegaban pataditas coléricas contra el suelo del planeta, que no permitía reposo para el amor, ni seguridad, ni nada que se asemejara a las antiguas horas. En eso, la tierra hizo un arranque súbito como de ómnibus mal dirigido. Las macetas con las últimas flores que habían puesto las muchachas enamoradas, cayeron de lado, y los perros huían ladrando.

Otra vez, en ese corro de jóvenes, dábamos vuelta junto con las hojas que nos traía un viento circular, hojas de los últimos árboles de aquel último otoño. Algo en mi corazón me dicta esas palabras melancólicas que indican finales. Amanda y yo girábamos prendidos de las manos y asidos a otras manos juveniles que ahora temblaban de miedo de morir sin amor cumplido. En un vuelco loco, nos separamos del corro y empezamos a errar como desdibujados en un largo crepúsculo que me pareció duraba más de seis horas de tristeza. Los había más largos, así como, a veces, no había crepúsculo. Mi corazón se alebró.

—Amanda —dije— te amo ¡casémonos!

—Espérate a que todo se regularice. No se puede vivir a base de mal petróleo. No contamos con lo suficiente.

Mi pesadumbre se agravó. ¿Cómo esperar con ánimo tranquilo la catástrofe terrestre sin el amor de ella?

—Pero... ¿no comprendes?

—¿Qué?

—No nos casemos, pero amémonos.

—Ya nos amamos.

—No, no nos amamos. El amor debe ser así —dije entreverando y apretando los dedos con toda mi fuerza—. No es amor el que no deja una huella en nuestros cuerpos. Déjate de dilaciones: ¡amémonos que mañana moriremos!

Esto que en tiempo de Catulo o de Horacio olía a retórica, tenía ahora un significado serio y perentorio. Me pareció ver que los ojos de Amanda creían más en el amor como «hecho eterno» que en cualquier meteorología o cosmogonía. Amanda, que no era argentina, me acarició el cabello y dijo con franqueza y lealtad.

—Cierto, pobrecita, pobres de nosotros... Bueno... cuando la luna esté llena...

Ya se sabía y yo también, que la luna tenía las mismas perturbaciones que la tierra. ¿Amanda contaba, por olvido, con el período antiguo del astro de las mujeres? La luna estaba en el principio del crecimiento. Y he aquí que cumplió su evolución, hasta transformarse en luna llena, en unos pocos minutos. Igual que una magnolia o una «dama de noche» que se abre... Miré a Amanda.

—Vamos, me dijo acariciándome el cabello.

Mientras iba con ella, un brazo en su cintura, pensaba: «La humanidad, ¿podría perecer? ¿Hay réplicas de ella en todo el Universo? No sé, pero lo positivo parece ser que la nuestra, la terrena, por ahora y quizá para siempre, se eclipsa, se extingue». Consideré si, disponiendo de calor y del sustento necesarios, no la crearía yo de nuevo sirviéndome del amor de Amanda, forzándola a ser prolífica, por puro goce de diletante, de billarista desdeñoso e indiferente, que arroja con su taco al campo de las violencias, algo sensible que va a ser muy golpeado, chocado, hasta que pierda su carne tierna y después, al final triste, se haga el recuento de los choques — carambolas, ruidos de huesos— mientras sonrían los ángeles crueles. ¡Ah no lo querría *Dieu m'en préserve!*... Pero... entramos.

A pesar de las condiciones irregulares de la vida, y de la meteorología alterada, había cierto optimismo. Se confiaba quizás en que todo pasaría. Los comerciantes e industriales eran los que más «sentían» y proclamaban esta confianza llamando derrotistas a los asustados. El fin era seguir vendiendo sus productos. Yo fui llamado por la compañía «Alas para el Hombre» para que saliera en gira de propaganda, provisto de mi aparato que me hacía subir con arranque tan graduado y caer tan blandamente.

Después de un corto e infructuoso «raid» de ofrecimiento comercial, en un radio de unos cien kilómetros, volví a los lugares donde debía estar Amanda, y no la encontré. A la bajada de uno de los vuelos que daba con mi pequeño aparato que llevaba a la espalda, como una mochila, me encontré frente a uno de los falansterios que no hacía mucho se había terminado de construir. Era un socavón como una mina, pero mucho más amplio en su interior, de más contenido. Adentro había hornos muy grandes, prodigiosos y fantásticos aparatos de calefacción. El calor se iba a utilizar doblemente: para el simple pero esencial hecho de calentarse y, a la vez, para energía mecánica, movimiento de telares y otras industrias indispensables, no de lujo. La puerta de entrada, boca más bien, estaba hundida, después de una corta escalera de escalones groseros y que parecían de tierra endurecida. Con el objeto de que no se colara el aire frío exterior, no se abría más que en los momentos en que alguien entraba o salía. Entonces, parecía por su forma singular una boca de cetáceo o más bien de gran pescado moribundo que bostezara. Un poco más adentro estaban aparejados unos tamizadores y calentadores de aire, muy complicados. Cada bostezo parecía tragar un hombre o varios, con cierta pereza mortal, y por el fulgor rojo que dejaba entrever, se adivinaba que las entrañas de ese cetáceo eran de fuego. Todo adentro era una especie de hervidero, y tenía algo de fragua y de alto horno donde se trabajan metales. Pero había por todos lados profusión de lugares de descanso, camas, mesas y otros muebles. Los grandes aparatos de calefacción enviaban tubos de todos calibres, a todos lados. Hombres sudorosos y musculosos daban la última mano a toda esta fábrica.

Consideré que en dispositivos como éste, en refugios indecentes como éste, terminaría la porción de humanidad más apegada a la vida; y me estremecí de horror

y de pena al imaginarme las futuras escenas de crueldad, de hambre, de miseria, de prepotencia brutal, de lujuria sangrienta y aun de antropofagia que se desarrollarían si el combustible duraba más que las subsistencias. Los enormes depósitos internos de provisiones eran guardados por hombres con ametralladoras.

Me alejé de un salto de ese lugar tétrico, pensando en tomar un trago de whisky de mi frasco de bolsillo para reponerme. Siempre me ha gustado tomar en tierra firme y no en el aire. Fui a dar junto a una pared que iba paralela a un camino que conducía al falansterio. Al rato, del otro lado oí unas voces. ¡La voz de Amanda! Una de hombre en la que reconocí a Gould, el poderoso primer accionista y dueño de las «Empresas de Calefacción», decía:

—Sí, m'hijita, no se puede elegir. Si me amas tendrás segura la comida y un asiento junto al fuego... Hasta tanto se vea dónde va a parar esto. Después reanudaremos una vida espléndida.

«Reanudaremos» pensé yo, habla como si ya la hubiera comenzado. ¡Gordo cochino! Él agregaba, continuando su sugestión:

—Pero por ahora, mira el sol.

—Sí, sí, respondía Amanda. ¡Sí, sí, sí!

Miré, yo también, el sol. Su disco se hallaba reducido a la cuarta parte. Conteniendo el aliento y el corazón que parecía reventar, me alejé —sin emplear el aparato «del futuro», como le decía a mis clientes en las giras— en cuatro patas, como los animales prehistóricos.

No fui a la compañía «Alas para el Hombre». Me dediqué a vagar y a saltar con mi aparató cerca del falansterio «El Cetáceo». Volando me reía histéricamente, y cuando me encontraba con algún amigo que usaba el mismo medio de locomoción, departíamos un rato en el aire, como dos coleópteros alegres. Pero cuando bajaba a tierra, tambaleaba. Esperaba encontrar a Amanda y mi vigilancia era estricta.

El frío aumentaba atrozmente.

La tierra cesó en sus arranques. Se había quedado rígida y no presentaba movimiento de rotación apreciable. Por consiguiente, una parte quedaba en la sombra, y era un casco de sueño nocturno; otro en la luz, y era un ojo sin párpado; otra en la penumbra y era un crepúsculo como un insomnio como el que tenía ahora. Al principio se creyó en la permanencia de estas condiciones, pero pronto se echó de ver por parte de los astrónomos que el segmento de la antigua elipse en el campo de traslación, del afelio al perihelio, estaba mucho más abierto, asemejándose a una línea recta. Esta comprobación no era otra cosa que el anuncio de la condena a muerte de la humanidad y de la vida en general en un plazo breve. En efecto, en adelante nuestro apartamiento del Sol, sería cada vez mayor, hasta llegar a ser definitivo.

A nosotros nos había tocado un crepúsculo. En él vagaba torpemente, como mariposa nocturna, ensimismado, cuando de repente, la oscuridad que invadía presurosa, me hizo mirar al Sol. No se ponía, se iba. Estaba casi del tamaño de Venus por las tardes. Me vino un impulso raro y exclamé como adorando, como indio con

los brazos en alto: «Te vas, Vieja Querida, Madre Antigua». Al perderlo se me ocurría el vocativo femenino, maternal.

Sin saber cómo, me encontré frente al hoyo con escalones donde bostezaba la boca del Cetáceo. Mucho tiempo estuve allí helado y agazapado. De pronto vi a varios que venían corriendo y que desaparecían en el subterráneo. De lejos vi a una mujer conocida que corría, seguida torpemente por Gould, el gordo potentado. Bajó los escalones sin elegancia y el gordo Gould, también bajaba con las piernas gordas abiertas, como compás falseado.

Amanda entró, pero el «señor» amoratado y entorpecido por el frío, tambaleó. Con pena, con infinita pena, levanté la pistola automática y la hice ladrar varias veces para desinflar al gordo a quien el dinero y la necesidad daban margaritas...

Algunos llegaban a todo correr gritando: «¡El frío de muerte! ¡Viene el frío de muerte!» y se metían en el antro... El termómetro de alcohol colocado en la boca del Cetáceo bajaba con rapidez aterradora: 40, 50, 70, 80 grados bajo cero.

Caí. Mi última visión fue la de una charca de agua tibia y transparente con islotes de pasto de un verde muy puro. Chapoteábamos Amanda y yo haciendo subir a la superficie el fino lodo del fondo. Ranitas como objetos preciosos y esmaltados nos miraban. De los cielos descendían una luz, una paz y una serenidad que eran como secreta música del alma.

## ADOLFO BIOY CASARES

*Los ingeniosos acuñaron un apellido compuesto, Biorges, para fomentar un equívoco antiguo: el de que Bioy Casares es un discípulo aventajado de Borges. La lectura de las obras respectivas lo desmiente. Entre otros factores, existe el evidente interés de Bioy Casares por la ciencia-ficción, hasta el punto de que puede indicárselo como el autor más importante del género en nuestro país.*

*En efecto, él mismo prefiere comenzar cronológicamente su bibliografía (dejando «caer» algunos títulos anteriores) con La invención de Morel, una novela que hace recordar autores ingleses de la época victoriana, como Wells y Stevenson, o la escritura «blanca» de los objetivistas franceses. Quizás en ese texto la intrusión de un elemento del género (una máquina de materializar recuerdos) sea un poco desubicado, y rompa la tersura a un tiempo metafísica y fantástica del relato, Pero en obras anteriores, como Plan de invasión, Diario de la guerra del Cerdo, Dormir al sol y sus mejores cuentos, dichos elementos son fundamentales para el texto, y se integran a la perfección en un lenguaje cada vez más coloquial, más blando y cotidiano, que se adapta a la perfección a sus personajes, por lo general hombres y mujeres golpeados por lo extraordinario.*

*«La trama celeste» es una de sus obras maestras. Maneja con una multiplicidad de recursos sabiamente equilibrados la intersección de dos universos paralelos, dejando de lado todos los lugares comunes agotados por las variantes norteamericanas del género, matizando todo con su sutil sentido del humor.*

E. E. G.

## LA TRAMA CELESTE

Cuando el capitán Ireneo Morris y el doctor Carlos Alberto Servian, médico homeópata, desaparecieron, un 20 de diciembre, de Buenos Aires, los diarios apenas comentaron el hecho. Se dijo que había gente engañada, gente complicada y que una comisión estaba investigando; se dijo también que el escaso radio de acción del aeroplano utilizado por los fugitivos permitía afirmar que éstos no habían ido muy lejos. Yo recibí en esos días una encomienda; contenía: tres volúmenes *in quarto* (las obras completas del comunista Luis Augusto Blanqui); un anillo de escaso valor (una aguamarina en cuyo fondo se veía la efigie de una diosa con cabeza de caballo); unas cuantas páginas escritas a máquina —*Las aventuras del capitán Morris*— firmadas C. A. S. Transcribiré esas páginas.

### LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN MORRIS

Este relato podría empezar con alguna leyenda celta que nos hablara del viaje de un héroe a un país que está del otro lado de una fuente, o de una infranqueable prisión hecha de ramas tiernas, o de un anillo que torna invisible a quien lo lleva, o de una nube mágica, o de una joven llorando en el remoto fondo de un espejo que está en la mano del caballero destinado a salvarla, o de la busca, interminable y sin esperanza, de la tumba del rey Arturo:

*Ésta es la tumba de March y ésta la de Gwythyir;  
ésta es la tumba de Gwgawn Gleddyffreidd;  
pero la tumba de Arturo es desconocida.*

También podría empezar con la noticia, que oí con asombro y con indiferencia, de que el tribunal militar acusaba de traición al capitán Morris. O con la negación de la astronomía. O con una teoría de esos movimientos, llamados «pases», que se emplean para que aparezcan o desaparezcan los espíritus.

Sin embargo, yo elegiré un comienzo menos estimulante; si no lo favorece la magia, lo recomienda el método. Esto no importa un repudio de lo sobrenatural; menos aún, el repudio de las alusiones o invocaciones del primer párrafo.

Me llamo Carlos Alberto Servian, y nací en Rauch; soy armenio. Hace ocho siglos que mi país no existe; pero deje que un armenio se arrime a su árbol genealógico; toda su descendencia odiará a los turcos. «Una vez armenio, siempre armenio». Somos como una sociedad secreta, como un clan, y dispersos por los continentes, la indefinible sangre, unos ojos y una nariz que se repiten, un modo de

comprender y de gozar la tierra, ciertas habilidades, ciertas intrigas, ciertos desarreglos en que nos reconocemos, la apasionada belleza de nuestras mujeres, nos unen.

Soy, además, hombre soltero y, como el Quijote, vivo (vivía) con una sobrina: una muchacha agradable, joven y laboriosa. Añadiría otro calificativo —tranquila—, pero debo confesar que en los últimos tiempos no lo mereció. Mi sobrina se entretenía en hacer las funciones de secretaria, y, como no tengo secretaria, ella misma atendía el teléfono, pasaba en limpio y arreglaba con certera lucidez las historias médicas y las sintomatologías que yo apuntaba al azar de las declaraciones de los enfermos (cuya regla común es el desorden) y organizaba mi vasto archivo. Practicaba otra diversión no menos inocente: ir conmigo al cinematógrafo los viernes a la tarde. Esa tarde era viernes.

Se abrió la puerta; un joven militar entró, enérgicamente, en el consultorio.

Mi secretaria estaba a mi derecha, de pie, atrás de la mesa, y me extendía, impasible, una de esas grandes hojas en que apunto los datos que me dan los enfermos. El joven militar se presentó sin vacilaciones —era el teniente Kramer— y después de mirar ostensiblemente a mi secretaria, preguntó con voz firme:

—¿Hablo?

Le dije que hablara. Continuó:

—El capitán Ireneo Morris quiere verlo. Está detenido en el Hospital Militar.

Tal vez contaminado por la marcialidad de mi interlocutor, respondí.

—A sus órdenes.

—¿Cuándo irá? —preguntó Kramer.

—Hoy mismo. Siempre que me dejen entrar a estas horas...

—Lo dejarán —declaró Kramer, y con movimientos ruidosos y gimnásticos hizo la venia. Se retiró en el acto.

Miré a mi sobrina; estaba demudada. Sentí rabia y le pregunté qué le sucedía. Me interpeló:

—¿Sabes quién es la única persona que te interesa?

Tuve la ingenuidad de mirar hacia donde me señalaba. Me vi en el espejo. Mi sobrina salió del cuarto, corriendo.

Desde hacía un tiempo estaba menos tranquila. Además había tomado la costumbre de llamarme egoísta. Parte de la culpa de esto la atribuyo a mi *ex libris*. Lleva triplemente inscrita —en griego, en latín y en español— la sentencia *Conócete a ti mismo* (nunca sospeché hasta dónde me llevaría esta sentencia) y me reproduce contemplando, a través de una lupa, mi imagen en un espejo. Mi sobrina ha pegado miles de estos *ex libris* en miles de volúmenes de mi versátil biblioteca. Pero hay otra causa para esta fama de egoísmo. Yo era un metódico, y los hombres metódicos, los que sumidos en oscuras ocupaciones postergamos los caprichos de las mujeres, parecemos locos, o imbéciles, o egoístas.

Atendí (confusamente) a dos clientes y me fui al Hospital Militar.

Habían dado las seis cuando llegué al viejo edificio de la calle Pozos. Después de una solitaria espera y de un cándido y breve interrogatorio me condujeron a la pieza ocupada por Morris. En la puerta había un centinela con bayoneta. Adentro, muy cerca de la cama de Morris, dos hombres que no me saludaron jugaban al dominó.

Con Morris nos conocemos de toda la vida; nunca fuimos amigos. He querido mucho a su padre. Era un viejo excelente, con la cabeza blanca, redonda, rapada, y los ojos azules, excesivamente duros y despiertos; tenía un ingobernable patriotismo galés, una incontenible manía de contar leyendas celtas. Durante muchos años (los más felices de mi vida) fue mi profesor. Todas las tardes estudiábamos un poco, él contaba y yo escuchaba las aventuras de los mabinogion, y en seguida reponíamos fuerzas tomando unos mates con azúcar quemada. Por los patios andaba Ireneo; cazaba pájaros y ratas, y con un cortaplumas, un hilo y una aguja, combinaba cadáveres heterogéneos; el viejo Morris decía que Ireneo iba a ser médico. Yo iba a ser inventor, porque aborrecía los experimentos de Ireneo y porque alguna vez había dibujado una bala con resortes, que permitiría los más envejece dores viajes interplanetarios, y un motor hidráulico, que, puesto en marcha, no se detendría nunca. Ireneo y yo estábamos alejados por una mutua y consciente antipatía. Ahora, cuando nos encontramos, sentimos una gran dicha, una floración de nostalgias y de cordialidades, repetimos un breve diálogo con fervientes alusiones a una amistad y a un pasado imaginarios, y en seguida no sabemos qué decirnos.

El país de Gales, la tenaz corriente celta, había acabado en su padre. Ireneo es tranquilamente argentino, e ignora y desdeña por igual a todos los extranjeros. Hasta en su apariencia es típicamente argentino (algunos lo han creído sudamericano): más bien chico, delgado, fino de huesos, de pelo negro —muy peinado, reluciente—, de mirada sagaz.

Al verme pareció emocionado (yo nunca lo había visto emocionado; ni siquiera en la noche de la muerte de su padre). Me dijo con voz clara; como para que oyeran los que jugaban al dominó:

—Dame esa mano. En estas horas de prueba has demostrado ser el único amigo.

Esto me pareció un agradecimiento excesivo para mi visita. Morris continuó:

—Tenemos que hablar de muchas cosas, pero comprenderás que ante un par de circunstancias así —miró con gravedad a los dos hombres— prefiero callar. Dentro de pocos días estaré en casa; entonces será un placer recibirte.

Creí que la frase era una despedida. Morris agregó que «si no tenía apuro» me quedara un rato.

—No quiero olvidarme —continuó—. Gracias por los libros.

Murmuré algo, confusamente. Ignoraba qué libros me agradecía. He cometido errores; no el de mandar libros a Ireneo.

Habló de accidentes de aviación; negó, que hubiera lugares —el Palomar, en Buenos Aires: el Valle de los Reyes, en Egipto— que irradiaran corrientes capaces de provocarlos.

En sus labios, «el Valle de los Reyes» me pareció increíble. Le pregunté cómo lo conocía.

—Son las teorías del cura Moreau —repuso Morris—. Otros dicen que nos falta disciplina. Es contraria a la idiosincrasia de nuestro pueblo, si me seguís. La aspiración del aviador criollo es aeroplanos como la gente. Si no, acordate de las proezas de Mira, con el Golondrina, una lata de conservas atada con alambres...

Le pregunté por su estado y por el tratamiento a que lo sometían. Entonces fui yo quien habló en voz bien alta, para que oyeran los que jugaban al dominó.

—No admitas inyecciones. Nada de inyecciones. No te envenenes la sangre. Toma un *Depuratum 6* y después un *Árnica 10.000*. Sos un caso típico de *Árnica*. No lo olvides: dosis infinitesimales.

Me retiré con la impresión de haber logrado un pequeño triunfo. Pasaron tres semanas. En casa hubo pocas novedades. Ahora, retrospectivamente, quizá descubra que mi sobrina estuvo más atenta que nunca, y menos cordial. Según nuestra costumbre los dos viernes siguientes fuimos al cinematógrafo; pero el tercer viernes, cuando entré en su cuarto, no estaba. Había salido, ¡había olvidado que esa tarde iríamos al cinematógrafo!

Después llegó un mensaje de Morris. Me decía que ya estaba en su casa y que fuera a verlo cualquier tarde.

Me recibió en el escritorio. Lo digo sin reticencias: Morris había mejorado. Hay naturalezas que tienden tan invenciblemente al equilibrio de la salud, que los peores venenos inventados por la alopátia no las abruman.

Al entrar en esa pieza tuve la impresión de retroceder en el tiempo; casi diría que me sorprendió no encontrar al viejo Morris (muerto hace diez años), aseado y benigno, administrando con reposo los *impedimenta* del mate. Nada había cambiado. En la biblioteca encontré los mismos libros; los mismos bustos de Lloyd George y de William Morris, que habían contemplado mi agradable y ociosa juventud, ahora me contemplaban; y en la pared colgaba el horrible cuadro que sobrecogió mis primeros insomnios: la muerte de Griffith ap Rhys, conocido como *el fulgor y el poder y la dulzura de los varones del Sur*.

Traté de llevarlo inmediatamente a la conversación que le interesaba. Dijo que sólo tenía que agregar unos detalles a lo que me había expuesto en su carta. Yo no sabía qué responder; yo no había recibido ninguna carta de Ireneo. Con súbita decisión le pedí que si no le fatigaba me contara todo desde el principio.

Entonces Ireneo Morris me relató su misteriosa historia.

Hasta el 23 de junio pasado había sido probador de los aeroplanos del ejército. Primero cumplió esas funciones en la fábrica militar de Córdoba; últimamente había conseguido que lo trasladaran a la base del Palomar.

Me dio su palabra de que él, como probador, era una persona importante. Había hecho más vuelos de ensayo que cualquier aviador americano (sur y centro). Su resistencia era extraordinaria.

Tanto había repetido esos vuelos de prueba, que, automáticamente, inevitablemente, llegó a ejecutar uno solo.

Sacó del bolsillo una libreta y en una hoja en blanco trazó una serie de líneas en zig-zag escrupulosamente; anotó números (distancias, alturas, graduación de ángulos); después arrancó la hoja y me la obsequió. Me apresuré a agradecerle. Declaró que yo poseía «el esquema clásico de sus pruebas».

Alrededor del 15 de junio le comunicaron que en esos días probaría un nuevo Breguet —el 309— monoplaça, de combate. Se trataba de un aparato construido según una patente francesa de hacía dos o tres años y el ensayo se cumpliría con bastante secreto. Morris se fue a su casa, tomó una libreta de apuntes —«como lo había hecho hoy»—, dibujó el esquema —«el mismo que yo tenía en el bolsillo»—. Después se entretuvo en complicarlo; después —«en ese mismo escritorio donde nosotros departíamos amigablemente»— imaginó esos agregados, los grabó en la memoria.

El 23 de junio, alba de una hermosa y terrible aventura, fue un día gris, lluvioso. Cuando Morris llegó al aeródromo, el aparato estaba en el hangar. Tuvo que esperar que lo sacaran. Caminó, para no enfermarse de frío; consiguió que se le empaparan los pies. Finalmente, apareció el Breguet. Era un monoplano de alas bajas, «nada del otro mundo, te aseguro». Lo inspeccionó someramente. Morris me miró en los ojos y en voz baja me comunicó: El asiento era estrecho, notablemente incómodo. Recordó que el indicador de combustible marcaba «lleno» y que en las alas el Breguet no tenía ninguna insignia. Dijo que saludó con la mano y que en seguida el ademán le pareció falso. Corrió unos quinientos metros y despegó. Empezó a cumplir lo que él llamaba su «nuevo esquema de prueba».

Era el probador más resistente de la República. Pura resistencia física, me aseguró. Estaba dispuesto a contarme la verdad. Aunque yo no podía creerlo, de pronto se le nubló la vista. Aquí Morris habló mucho; llegó a exaltarse; por mi parte, olvidé el «compadrito» peinado que tenía en frente; seguí el relato: poco después de emprender los ejercicios nuevos sintió que la vista se le nublabá, se oyó decir «qué vergüenza, voy a perder el conocimiento», embistió una vasta mole oscura (quizás una nube), tuvo una visión efímera y feliz, como la visión de un radiante paraíso... Apenas consiguió enderezar el aeroplano cuando estaba por tocar el campo de aterrizaje.

Volvió en sí. Estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Zumbó un moscardón; durante algunos segundos creyó que dormía la siesta, en el campo. Después supo que estaba herido; que estaba detenido; que estaba en el Hospital Militar. Nada de esto le sorprendió, pero todavía tardó un rato en recordar el accidente. Al recordarlo tuvo la verdadera sorpresa: no comprendía cómo había perdido el conocimiento. Sin embargo, no lo perdió una sola vez... De esto hablaré más adelante.

La persona que lo acompañaba era una mujer. La miró. Era una enfermera.

Dogmático y discriminativo, habló de mujeres en general. Fue desagradable. Dijo que había un tipo de mujer, y hasta una mujer determinada y única, para el animal que hay en el centro de cada hombre; y agregó algo en el sentido de que era un infortunio encontrarla, porque el hombre siente lo decisiva que es para su destino y la trata con temor y con torpeza, preparándose un futuro de ansiedad y de monótona frustración. Afirmó que, para el hombre «como es debido», entre las demás mujeres no habrá diferencias notables, ni peligros. Le pregunté si la enfermera correspondía a su tipo. Me respondió que no, y aclaró: Es una mujer plácida y maternal, pero bastante linda.

Continuó su relato. Entraron unos oficiales (precisó las jerarquías). Un soldado trajo una mesa y una silla; se fue, y volvió con una máquina de escribir. Se sentó frente a la máquina, y escribió en silencio. Cuando el soldado se detuvo, un oficial interrogó a Morris:

—¿Su nombre?

No le sorprendió esta pregunta. Pensó: «mero formulismo». Dijo su nombre, y tuvo el primer signo del horrible complot que inexplicablemente lo envolvía. Todos los oficiales rieron. Él nunca había imaginado que su nombre fuera ridículo. Se enfureció. Otro de los oficiales dijo:

—Podía inventar algo menos increíble. —Ordenó al soldado de la máquina—: Escriba, no más.

—¿Nacionalidad?

—Argentino —afirmó sin vacilaciones.

—¿Pertenece al ejército?

Tuvo una ironía:

—Yo soy el del accidente, y ustedes parecen los golpeados.

Se rieron un poco (entre ellos, como si Morris estuviera ausente).

Continuó:

—Pertenezco al ejército, con grado de capitán, regimiento 7, escuadrilla novena.

—¿Con base en Montevideo? —preguntó sarcásticamente uno de los oficiales.

—En Palomar —respondió Morris.

Dio su domicilio: Bolívar 971. Los oficiales se retiraron. Volvieron al día siguiente, éstos y otros. Cuando comprendió que dudaban de su nacionalidad, o que simulaban dudar, quiso levantarse de la cama, pelearlos. La herida y la tierna presión de la enfermera lo contuvieron. Los oficiales volvieron a la tarde del otro día, a la mañana del siguiente. Hacía un calor tremendo; le dolía todo el cuerpo; me confesó que hubiera declarado cualquier cosa para que lo dejaran en paz.

¿Qué se proponían? ¿Por qué ignoraban quién era? ¿Por qué lo insultaban, por qué simulaban que no era argentino? Estaba perplejo y enfurecido. Una noche la enfermera lo tomó de la mano y le dijo que no se defendía juiciosamente. Respondió que no tenía de qué defenderse. Pasó la noche despierto, entre accesos de cólera, momentos en que estaba decidido a encarar con tranquilidad la situación, y violentas

reacciones en que se negaba a «entrar en ese juego absurdo». A la mañana quiso pedir disculpas a la enfermera por el modo con que la había tratado; comprendía que la intención de ella era benévola, «y no es fea, me entendés»; pero como no sabía pedir disculpas, le preguntó irritadamente qué le aconsejaba. La enfermera le aconsejó que llamara a declarar a alguna persona de responsabilidad.

Cuando vinieron los oficiales dijo que era amigo del teniente Kramer y del teniente Viera, del capitán Faverio, de los tenientes coroneles Margaride y Navarro.

A eso de las cinco apareció con los oficiales el teniente Kramer, su amigo de toda la vida. Morris dijo con vergüenza que «después de una conmoción, el hombre no es el mismo» y que al ver a Kramer sintió lágrimas en los ojos. Reconoció que se incorporó en la cama y abrió los brazos cuando lo vio entrar. Le gritó:

—Vení, hermano.

Kramer se detuvo y lo miró impávidamente. Un oficial le preguntó:

—Teniente Kramer, ¿conoce usted al sujeto?

La voz era insidiosa. Morris dice que esperó —esperó que el teniente Kramer, con una súbita exclamación, cordial revelara su actitud como parte de una broma—... Kramer contestó con demasiado calor, como si temiera no ser creído:

—Nunca lo he visto. Mi palabra que nunca lo he visto.

Le creyeron inmediatamente, y la tensión que durante unos segundos hubo entre ellos desapareció. Se alejaron: Morris oyó las risas de los oficiales, y la risa franca de Kramer, y la voz de un oficial que repetía: «A mí no me sorprende, créame que no me sorprende. Tiene un descaró».

Con Viera y con Margaride la escena volvió a repetirse, en lo esencial. Hubo mayor violencia. Un libro —uno de los libros que yo le habría enviado— estaba debajo de las sábanas, al alcance de su mano y alcanzó el rostro de Viera cuando éste simuló que no se conocían. Morris dio una descripción circunstanciada que no creo íntegramente. Aclaro: no dudo de su coraje; sí de su velocidad epigramática. Los oficiales opinaron que no era indispensable llamar a Faverio, que estaba en Mendoza. Imaginó entonces tener una inspiración; pensó que si las amenazas convertían en traidores a los jóvenes, fracasarían ante el general Huet, antiguo amigo de su casa, que siempre había sido con él como un padre, o, más bien, como un rectísimo padrastro.

Le contestaron secamente que no había, que nunca hubo, un general de nombre tan ridículo en el ejército argentino.

Morris no tenía miedo; tal vez si hubiera conocido el miedo se hubiera defendido mejor. Afortunadamente, le interesaban las mujeres, «y usted sabe cómo les gusta agrandar los peligros y lo cavilosas que son». La otra vez la enfermera le había tomado la mano para convencerlo del peligro que lo amenazaba; ahora Morris la miró en los ojos y le preguntó el significado de la confabulación que había contra él. La enfermera repitió lo que había oído: su afirmación de que el 23 había probado el Breguet en el Palomar era falsa; en el Palomar nadie había probado aeroplanos esa

tarde. El Breguet era de un tipo recientemente adoptado por el ejército argentino, pero su numeración no correspondía a la de ningún aeroplano del ejército argentino. «¿Me creen espía?», preguntó con incredulidad. Sintió que volvía a enfurecerse. Tímidamente, la enfermera respondió: «Creen que ha venido de algún país hermano». Morris le juró como argentino que era argentino, que no era espía; ella pareció emocionada, y continuó en el mismo tono de voz: «El uniforme es igual al nuestro; pero han descubierto que las costuras, son diferentes». Agregó: «Un detalle imperdonable», y Morris comprendió que ella tampoco le creía. Sintió que se ahogaba de rabia, y, para disimular, la besó en la boca y la abrazó.

A los pocos días la enfermera le comunicó: «Se ha comprobado que diste un domicilio falso». Morris protestó inútilmente; la mujer estaba documentada: el ocupante de la casa era el señor Carlos Grimaldi. Morris tuvo la sensación del recuerdo, de la amnesia. Le pareció que ese nombre estaba vinculado a alguna experiencia pasada; no pudo precisarla.

La enfermera le aseguró que su caso había determinado la formación de dos grupos antagónicos: el de los que sostenían que era extranjero y el de los que sostenían que era argentino. Más claramente: unos querían desterrarlo; otros fusilarlo.

—Con tu insistencia de que sos argentino —dijo la mujer— ayudás a los que reclaman tu muerte.

Morris le confesó que por primera vez había sentido en su patria «el desamparo que siente los que visitan otros países». Pero seguía no temiendo nada.

La mujer lloró tanto que él, por fin le prometió acceder a lo que pidiera. «Aunque te parezca ridículo, me gustaba verla contenta». La mujer le pidió que «reconociera» que no era argentino. «Fue un golpe terrible, como si me dieran una ducha. Le prometí complacerla, sin ninguna intención de cumplir la promesa». Opuso dificultades:

—Digo que soy de tal país. Al día siguiente contestan de ese país que mi declaración es falsa.

—No importa —afirmó la enfermera—. Ningún país va a reconocer que manda espías. Pero con esa declaración y algunas influencias que yo mueva, tal vez triunfen los partidarios del destierro, si no es demasiado tarde.

Al otro día un oficial fue a tomarle declaración. Estaban solos; el hombre le dijo:

—Es un asunto resuelto. Dentro de una semana firman la sentencia de muerte.

Morris me explicó:

—No me quedaba nada que perder...

«Para ver lo que sucedía», le dijo al oficial:

—Confieso que soy uruguayo.

A la tarde confesó la enfermera: le dijo a Morris que todo había sido una estratagema; que había temido que no cumpliera su promesa; el oficial era amigo y llevaba instrucciones para hacerle la declaración. Morris comentó brevemente:

—Si era otra mujer, la azoto.

Su declaración no había llegado a tiempo; la situación empeoraba. Según la enfermera, la única esperanza estaba en un señor que ella conocía y cuya identidad no podía revelar. Este señor quería verlo antes de interceder en su favor.

—Me dijo francamente —aseguró Morris—: trató de evitar la entrevista. Temía que yo causara mala impresión. Pero el señor quería verme y era la última esperanza que nos quedaba. Me recomendó no ser intransigente.

—El señor no vendrá al hospital —dijo la enfermera.

—Entonces no hay nada que hacer —respondió Morris, con alivio.

La enfermera siguió:

—La primera noche que tengamos centinelas de confianza, vas a verlo. Ya estás bien; irás solo.

Se sacó un anillo del dedo anular y se lo entregó.

«Lo calcé en el dedo meñique. Es una piedra, un vidrio o un brillante, con la cabeza de un caballo en el fondo. Debía llevarlo con la piedra hacia el interior de la mano, y los centinelas me dejarían entrar y salir como si no me vieran».

La enfermera le dio instrucciones. Saldría a las doce y media y debía volver antes de las tres y cuarto de la madrugada. La enfermera le escribió en un papelito la dirección del señor.

—¿Tenés el papel? —le pregunté.

—Sí, creo que sí —respondió, y lo buscó en su billetera. Me lo entregó displicentemente.

Era un papelito azul; la dirección —Márquez 6890— estaba escrita con letra femenina y firme (del *Sacré-Coeur*, declaró Morris, con inesperada erudición).

—¿Cómo se llama la enfermera? —inquirí por simple curiosidad.

Morris pareció incómodo. Finalmente, dijo:

—La llamaban Idibal. Ignoro si es nombre o apellido.

Continuó su relato:

Llegó la noche fijada para la salida. Idibal no apareció. Él no sabía qué hacer. A las doce y media resolvió salir.

Le pareció inútil mostrar el anillo al centinela que estaba en la puerta de su cuarto. El hombre levantó la bayoneta. Morris mostró el anillo; salió libremente. Se recostó contra una puerta: a lo lejos, en el fondo del corredor, había visto a un cabo. Después, siguiendo indicaciones de Idibal, bajó por una escalera de servicio y llegó a la puerta de calle. Mostró el anillo y salió.

Tomó un taxímetro; dio la dirección apuntada en el papel. Anduvieron más de media hora; rodearon por Juan B. Justo y Gaona los talleres del F. C. O. y tomaron una calle arbolada, hacia el límite de la ciudad; después de cinco o seis cuadras se detuvieron ante una iglesia que emergía, copiosa de columnas y de cúpulas, entre las casas bajas del barrio blanca en la noche.

Creyó que había un error; miró el número en el papel era el de la iglesia.

—¿Debías esperar afuera o adentro? —interrogué.

El detalle no le incumbía; entró. No vio a nadie. Le pregunté cómo era la iglesia. Igual a todas, contestó. Después supe que estuvo un rato junto a una fuente con peces, en la que caían tres chorros de agua.

Apareció «un cura de esos que se visten de hombres, como los del Ejército de Salvación», y le preguntó si buscaba a alguien. Dijo que no. El cura se fue; al rato volvió a pasar. Estas venidas se repitieron tres o cuatro veces. Aseguró Morris que era admirable la curiosidad del sujeto, y que él ya iba a interpelarlo; pero que el otro le preguntó si tenía «el anillo del convivio».

—¿El anillo del qué?... —preguntó Morris. Y continuó explicándome—: Imagínate, ¿cómo se me iba a ocurrir que hablaba del anillo que me dio Idibal?

El hombre le miró curiosamente las manos, y le ordenó:

—Muéstrame ese anillo.

Morris tuvo un movimiento de repulsión; después mostró el anillo.

El hombre lo llevó a la sacristía y le pidió que le explicara el asunto. Oyó el relato con aquiescencia; Morris aclara: «Como una explicación más o menos hábil, pero falsa; seguro de que no pretendería engañarlo, de que él oiría, finalmente, la explicación verdadera, mi confesión».

Cuando se convenció de que Morris no hablaría más, se irritó y quiso terminar la entrevista. Dijo que trataría de hacer algo por él.

Al salir, Morris buscó Rivadavia. Se encontró frente a dos torres que parecían la entrada de un castillo o de una ciudad antigua; realmente eran la entrada de un hueco, interminable en la oscuridad. Tuvo la impresión de estar en un Buenos Aires sobrenatural y siniestro. Caminó unas cuadras; se cansó; llegó a Rivadavia, tomó un taxímetro y le dio la dirección de su casa: Bolívar 971.

Se bajó en Independencia y Bolívar; caminó hasta la puerta de la casa. No eran todavía las dos de la mañana. Le quedaba tiempo.

Quiso poner la llave en la cerradura; no pudo. Apretó el timbre. No le abrían; pasaron diez minutos. Se indignó de que la sirvienta aprovechara su ausencia —su desgracia— para dormir afuera. Apretó el timbre con toda su fuerza. Oyó ruidos que parecían venir de muy lejos; después, una serie de golpes —uno seco, otro fugaz— rítmicos, crecientes. Apareció, enorme en la sombra, una figura humana. Morris se bajó el ala del sombrero y retrocedió hasta la parte menos iluminada del zaguán. Reconoció inmediatamente a ese hombre soñoliento y furioso y tuvo la impresión de ser él quien estaba soñando. Se dijo: Sí, el rengo Grimaldi, Carlos Grimaldi. Ahora recordaba el nombre. Ahora, increíblemente, estaba frente al inquilino que ocupaba la casa cuando su padre la compró, hacía más de quince años.

Grimaldi irrumpió:

—¿Qué quiere?

Morris recordó el astuto empecinamiento del hombre en quedarse en la casa y las infructuosas indignaciones de su padre, que decía «lo voy a sacar con el carrito de la Municipalidad», y le mandaba regalos para que se fuera.

—¿Está la señorita Carmen Soares? —preguntó Morris, «ganando tiempo».

Grimaldi blasfemó, dio un portazo, apagó la luz. En la oscuridad, Morris oyó alejarse los pasos alternados; después, en una conmoción de vidrios y de hierros, pasó un tranvía; después se restableció el silencio. Morris pensó triunfalmente: «No me ha reconocido».

En seguida sintió vergüenza, sorpresa, indignación. Resolvió romper la puerta a puntapiés y sacar al intruso. Como si estuviera borracho, dijo en voz alta: «Voy a levantar una denuncia en la seccional». Se preguntó qué significaba esa ofensiva múltiple y envolvente que sus compañeros habían lanzado contra él. Decidió consultarme.

Si me encontrara en casa, tendría tiempo de explicarme los hechos. Subió a un taxímetro, y ordenó al chofer que lo llevara al pasaje Owen. El hombre lo ignoraba. Morris le preguntó de mal modo para qué daban exámenes. Abominó de todo; de la policía que deja que nuestras casas se llenen de intrusos; de los extranjeros, que nos cambian el país y nunca aprenden a manejar. El chofer le propuso que tomara otro taxímetro. Morris le ordenó que tomara Vélez Sársfield hasta cruzar las vías.

Se detuvieron en las barreras; interminables trenes grises hacían maniobras. Morris ordenó que rodeara por Toll la estación Sola. Bajó en Australia y Luzuriaga. El chofer le dijo que le pagara; que no podía esperarlo; que no existía tal pasaje. No le contestó; caminó con seguridad por Luzuriaga hacia el sur. El chofer lo siguió con el automóvil, insultándolo estrepitosamente. Morris pensó que si aparecía un vigilante, el chofer y él dormirían en la comisaría.

—Además —le dije— descubrirían que te habías fugado del hospital. La enfermera y los que te ayudaron tal vez se verían en un compromiso.

—Eso me tenía sin inquietud —respondió Morris, y continuó el relato.

Caminó una cuadra y no encontró el pasaje. Caminó otra cuadra, y otra. El chofer seguía protestando; la voz era más baja, el tono más sarcástico. Morris volvió sobre sus pasos; dobló por Alvarado; ahí estaba el Parque Pereyra, la calle Rochadale. Tomó Rochadale; a mitad de cuadra, a la derecha, debían interrumpirse las casas, y dejar lugar al pasaje Owen. Morris sintió como la antelación de un vértigo. Las casas no se interrumpieron; se encontró en Australia. Vio en lo alto, con un fondo de nubes nocturnas, el tanque de la Internacional, en Luzuriaga; en frente debía estar el pasaje Owen; no estaba.

Miro la hora; le quedaban apenas veinte minutos.

Camino rápidamente Muy pronto se detuvo. Estaba, con los pies hundidos en un espejo fango resbaladizo, ante una lúgubre serie de casas iguales, perdido. Quiso volver al Parque Pereyra; no lo encontró. Temía que el chofer descubriera que se había perdido. Vio a un nombre; le pregunto dónde estaba el pasaje Owen. El hombre no era del barrio. Morris siguió caminando, exasperado. Apareció otro hombre. Morris camino hacia él; rápidamente, el chofer se bajó del automóvil y también corrió. Morris y el chofer le preguntaron a gritos si sabía dónde quedaba el pasaje

Owen. El hombre parecía asustado, como si creyera que lo asaltaban. Respondió que nunca oyó nombrar ese pasaje; iba a decir algo más, pero Morris lo miró amenazadoramente.

Eran las tres y cuarto de la mañana. Morris le dijo al chofer que lo llevara a Caseros y Entre Ríos.

En el hospital había otro centinela. Pasó dos o tres veces frente a la puerta, sin atreverse a entrar. Se resolvió a probar la suerte; mostró el anillo. El centinela no lo detuvo.

Le enfermera apareció al final de la tarde siguiente. Le dijo:

—La impresión que le causaste al señor de la iglesia no es favorable. Tuvo que aprobar tu disimulo: su eterna prédica a los miembros del convivio. Pero tu falta de confianza en su persona, lo ofendió.

Dudaba de que el señor se interesara verdaderamente en favor de Morris.

La situación había empeorado. Las esperanzas de hacerlo pasar por extranjero habían desaparecido, su vida estaba en inmediato peligro.

Escribió una minuciosa relación de los hechos y me la envió. Después quiso justificarse: dijo que la preocupación de la mujer lo molestaba. Tal vez él mismo empezaba a preocuparse.

Idibal visitó de nuevo al señor; consiguió, como un favor hacia ella —«no hacia el desagradable espía»— la promesa de que «las mejores influencias intervendrían activamente en el asunto». El plan era que obligaran a Morris a intentar una reproducción realista del hecho; vale decir: que le dieran un aeroplano y le permitieran reproducir la prueba que, según él, había cumplido el día del accidente.

Las mejores influencias prevalecieron, pero el avión de la prueba sería de dos plazas. Esto significaba una dificultad para la segunda parte del plan: la fuga de Morris al Uruguay. Morris dijo que él sabría disponer del acompañante. Las influencias insistieron en que el aeroplano fuera un monoplano idéntico al del accidente.

Idibal, después de una semana en que lo abrumó con esperanzas y con ansiedades, llegó radiante y declaró que todo se había conseguido. La fecha de la prueba se había fijado para el viernes próximo (faltaban cinco días). Volaría solo.

La mujer lo miró ansiosamente y le dijo:

—Te espero en la Colonia. En cuanto «despegues», enfilás al Uruguay. ¿Lo prometés?

Lo prometió. Se dio vuelta en la cama y simuló dormir. Comentó: «Me parecía que me llevaba de la mano al casamiento y eso me daba rabia». Ignoraba que se despedían.

Como estaba restablecido, a la mañana siguiente lo llevaron al cuartel.

—Esos días fueron bravos —comentó—. Los pasé en una pieza de dos por dos, mateando y traqueando de lo lindo con los centinelas.

—Si vos no jugás al truco —le dije.

Fue una brusca inspiración. Naturalmente, yo no sabía si jugaba o no.

—Bueno: poné cualquier juego de naipes —respondió sin inquietarse.

Yo estaba asombrado. Había creído que la casualidad, o las circunstancias, habían hecho de Morris un arquetipo; jamás creí que fuera un artista del color local. Continuó:

—Me creerás un infeliz, pero yo me pasaba las horas pensando en la mujer. Estaba tan loco que llegué a creer que la había olvidado...

Lo interpreté:

—¿Tratabas de imaginar su cara y no podías?

—¿Cómo adivinaste? —No aguardó mi contestación. Continuó el relato:

Una mañana lluviosa lo sacaron en un pretérito doble-faetón. En el Palomar lo esperaba una solemne comitiva de militares y de funcionarios. «Parecía un duelo —dijo Morris—, un duelo o una ejecución». Dos o tres mecánicos abrieron el hangar y empujaron hacia afuera un Dewotine de caza, «un serio competidor del doble-faetón, creeme».

Lo puso en marcha; vio que no había nafta para diez minutos de vuelo; llegar al Uruguay era imposible. Tuvo un momento de tristeza; melancólicamente, se dijo que tal vez fuera mejor morir que vivir como un esclavo. Había fracasado la estratagema; salir a volar era inútil; tuvo ganas de llamar a esa gente y decirles: «Señores, esto se acabó». Por apatía dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Decidió ejecutar otra vez su nuevo esquema de prueba.

Corrió unos quinientos metros y despegó. Cumplió regularmente la primera parte del ejercicio, pero al emprender las operaciones nuevas volvió a sentirse mareado, a perder el conocimiento, a oírse una avergonzada queja por estar perdiendo el conocimiento. Sobre el campo de aterrizaje, logró enderezar el aeroplano.

Cuando volvió en si estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Comprendió que estaba herido, que estaba detenido, que estaba en el Hospital Militar. Se preguntó si todo no era una alucinación.

Completé su pensamiento:

—Una alucinación que tenías en el instante de despertar.

Supo que la caída ocurrió el 31 de agosto. Perdió la noción de tiempo. Pasaron tres o cuatro días. Se alegró de que Idibal estuviera en la Colonia; este nuevo accidente lo avergonzaba: además, la mujer le reprocharía no haber planeado hasta el Uruguay.

Reflexionó: «Cuando se entere del accidente, volverá. Habrá que esperar dos o tres días».

Lo atendía una nueva enfermera. Pasaban las tardes tomados de la mano.

Idibal no volvía. Morris empezó a inquietarse. Una noche tuvo gran ansiedad. «Me creerás loco —me dijo—. Estaba con ganas de verla. Pensé que había vuelto, que sabía la historia de la otra enfermera y que por eso no quería verme».

Le pidió a un practicante que llamara a Idibal. El hombre no volvía. Mucho después (pero esa misma noche; a Morris le parecía increíble que una noche durara tanto) volvió; el jefe le había dicho que en el hospital no trabajaba ninguna persona de ese nombre. Morris le ordenó que averiguara cuándo había dejado el empleo. El practicante volvió a la madrugada y le dijo que el jefe de personal ya se había retirado.

Soñaba con Idibal. De día la imaginaba. Empezó a soñar que no podía encontrarla. Finalmente, no podía imaginarla, ni soñar con ella.

Le dijeron que ninguna persona llamada Idibal «trabajaba ni había trabajado en el establecimiento».

La nueva enfermera le aconsejó que leyera. Le trajeron los diarios. Ni la sección *Al margen de los deportes y el turf* le interesaba. «Me dio la loca y pedí los libros que me mandaste». Le respondieron que nadie le había mandado libros.

(Estuve a punto de cometer una imprudencia; de reconocer que yo no le había mandado nada).

Pensó que se había descubierto el plan de la fuga y la participación de Idibal; por eso Idibal no aparecía. Se miró las manos: el anillo no estaba. Lo pidió. Le dijeron que era tarde, que la intendencia se había retirado. Pasó una noche atroz y vastísima, pensando que nunca le traerían el anillo...

—Pensando —agregué— que si no te devolvían el anillo no quedaría ningún rastro de Idibal.

—No pensé en eso —afirmó honestamente—. Pero pasé la noche como un desequilibrado. Al otro día me trajeron el anillo.

—¿Lo tenés? —le pregunté con una incredulidad que me asombró a mí mismo.

—Sí —respondió—. En lugar seguro.

Abrió un cajón lateral del escritorio y sacó un anillo. La piedra del anillo tenía una vívida transparencia; no brillaba mucho. En el fondo había un altorrelieve en colores: un busto humano, femenino, con cabeza de caballo; sospeché que se trataba de la efigie de alguna divinidad antigua. Aunque no soy un experto en la materia, me atrevo a afirmar que ese anillo era una pieza de valor.

Una mañana entraron en su cuarto unos oficiales con un soldado que traía una mesa. El soldado dejó la mesa y se fue. Volvió con una máquina de escribir; la colocó sobre la mesa, acercó una silla y se sentó frente a la máquina. Empezó a escribir. Un oficial dictó: Nombre: Ireneo Morris; nacionalidad: argentina; regimiento: tercero; escuadrilla: novena; base: el Palomar.

Le pareció natural que pasaran por alto esas formalidades, que no le preguntaran el nombre; ésta era una segunda declaración; «sin embargo —me dijo— se notaba algún progreso»; ahora aceptaban que fuera argentino, que perteneciera a su regimiento, a su escuadrilla, al Palomar. La cordura duró poco. Le preguntaron cuál fue su paradero desde el 23 de junio (fecha de la primera prueba); dónde había dejado el Breguet 304 («El número no era 304 —aclaró Morris—. Era 309»; este error inútil

lo asombró); de dónde sacó ese viejo Dewotine... Cuando dijo que el Breguet estaría por ahí cerca, ya que la caída del 23 ocurrió en el Palomar, y que sabrían de dónde salía el Dewotine, ya que ellos mismos se lo habían dado para reproducir la prueba del 23, simularon no creerle.

Pero ya no simulaban que era un desconocido, ni que era un espía. Lo acusaban de haber estado en otro país desde el 23 de junio; lo acusaban —comprendió con renovado furor— de haber vendido a otro país un arma secreta. La indescifrable conjuración continuaba; pero los acusadores habían cambiado el plan de ataque.

Gesticulante y cordial, apareció el teniente Viera. Morris lo insultó. Viera simuló una gran sorpresa; finalmente, declaró que tendrían que batirse.

—Pensé que la situación había mejorado —dijo—. Los traidores volvían a poner cara de amigos.

Lo visitó el general Huet. El mismo Kramer lo visitó. Morris estaba distraído y no tuvo tiempo de reaccionar. Kramer le gritó: «No creo una palabra de las acusaciones, hermano». Se abrazaron, efusivos. Algún día —pensó Morris— aclararía el asunto. Le pidió a Kramer que me viera.

Me atreví a preguntar:

—Decime una cosa, Morris, ¿te acordás qué libros te mandé?

—El título no lo recuerdo —sentenció gravemente—. En tu nota está consignado. Yo no le había escrito ninguna nota.

Lo ayudé a caminar hasta el dormitorio. Sacó del cajón de la mesa de luz una hoja de papel de carta (de un papel de carta que no reconocí). Me la entregó:

La letra parecía una mala imitación de la mía; mis T y E mayúsculas remedan las de imprenta; éstas eran «inglesas». Leí:

«Acuso recibo de su atenta del 16, que me ha llegado con algún atraso, debido, sin duda, a un sugerente error en la dirección. Yo no vivo en el Pasaje “Owen”, sino en la calle Miranda, en el barrio Nazca. Le aseguro que he leído su relación con mucho interés. Por ahora no puedo visitarlo; estoy enfermo; pero me cuidan solícitas manos femeninas y dentro de poco me repondré; entonces tendré el gusto de verlo.

»Le envío, como símbolo de comprensión, estos libros de Blanqui, y le recomiendo leer, en el tomo tercero, el poema que empieza en la página 281».

Me despedí de Morris. Le prometí volver la semana siguiente. El asunto me interesaba y me dejaba perplejo. No dudaba de la buena fe de Morris; pero yo no le había escrito esa carta; yo nunca le había mandado libros; yo no conocía las obras de Blanqui.

Sobre «mi carta» debo hacer algunas observaciones: 1) Su autor no tutea a Morris; felizmente, Morris es poco diestro en asuntos de letras: no advirtió el «cambio» de tratamiento y no se ofendió conmigo, yo siempre lo he tuteado: 2) Juro

que soy inocente de la frase «Acuso recibo de su atenta»; 3) En cuanto a escribir Owen entre comillas, me asombra y lo propongo a la atención del lector.

Mi ignorancia de las obras de Blanqui se debe, quizá, al plan de lectura. Desde muy joven he comprendido que para no dejarse arrasar por la inconsiderada producción de libros y para conseguir, siquiera en apariencia, una cultura enciclopédica, era imprescindible un plan de lecturas. Este plan jalona mi vida: una época estuvo ocupada por la filosofía, otra por la literatura francesa, otra por las ciencias naturales, otra por la antigua literatura celta y en especial la del país de Kimris (debido a la influencia del padre de Morris). La medicina se ha intercalado en este plan, sin interrumpirlo nunca.

Pocos días antes de la visita del teniente Kramer a mi consultorio, yo había concluido con las ciencias ocultas. Había explorado las obras de Papus, de Richet, de Lhomond, de Stanislas de Guaita, de Labougle, del obispo de la Rochela, de Lodge, de Hogden, de Alberto el Grande. Me interesaban especialmente los conjuntos, las apariciones y las desapariciones; con relación a estas últimas recordaré siempre el caso de sir Daniel Sludge Home, quien, a instancias de la Society for Psychical Research, de Londres, y ante una concurrencia compuesta exclusivamente de *baronets*, intentó unos pases que se emplean para provocar la desaparición de fantasmas y murió en el acto. En cuanto a esos nuevos Elías, que habrían desaparecido sin dejar rastros ni cadáveres, me permito dudar.

El «misterio» de la carta me incitó a leer las obras de Blanqui (autor que yo ignoraba). Lo encontré en la enciclopedia, y comprobé que había escrito sobre temas políticos. Esto me complació: inmediatas a las ciencias ocultas se hallan la política y la sociología. Mi plan observa tales transiciones para evitar que el espíritu se adormezca en largas tendencias.

Una madrugada, en la calle Corrientes, en una librería apenas atendida por un viejo borroso, encontré un polvoriento atado de libros encuadernados en cuero pardo, con títulos y filetes dorados: las obras completas de Blanqui. Lo compré por quince pesos.

En la página 281 de mi edición no hay ninguna poesía. Aunque no he leído íntegramente la obra, creo que el escrito aludido es *L'Eternité par les Astres*, un poema en prosa; en mi edición comienza en la página 307, del segundo tomo.

En ese poema o ensayo encontré la explicación de la aventura de Morris.

Fui a Nazca; hablé con los comerciantes del barrio; en las dos cuadras que agotan la calle Miranda no vive ninguna persona de mi nombre.

Fui a Márquez; no hay número 6890; no hay iglesias; había —esa tarde— una poética luz, con el pasto de los potreros muy verde, muy claro y con los árboles lilas y transparentes. Además la calle no está cerca de los talleres del F. C. O. Está cerca del puente de la Noria.

Fui a los talleres del F. C. O. Tuve dificultades para rodearlos por Juan B. Justo y Gaona. Pregunté cómo salir del otro lado de los talleres. «Siga por Rivadavia —me

dijeron— hasta Cuzco. Después cruce las vías». Como era previsible, allí no existe ninguna calle Márquez; la calle que Morris denomina Márquez debe de ser Bynnon. Es verdad que ni el número 6890 —ni en el resto de la calle— hay iglesias. Muy cerca, por Cuzco, está San Cayetano: el hecho no tiene importancia: San Cayetano no es la iglesia del relato. La inexistencia de iglesias en la misma calle Bynnon, no invalida mi hipótesis de que esa calle es la mencionada por Morris... Pero esto se verá después.

Hallé también las torres que mi amigo creyó ver en un lugar despejado y solitario: son el pórtico del Club Atlético Vélez Sársfield, en Fragueiro y Barragán.

No tuve que visitar especialmente el pasaje Owen: vivo en él. Cuando Morris se encontró perdido, sospecho que estaba frente a las casas lúgubrementemente iguales del barrio obrero Monseñor Espinosa, con los pies enterrados en el barro blanco de la calle Perdriel.

Volví a visitar a Morris. Le pregunté si no recordaba haber pasado por una calle Hamílcar, o Haníbal, en su memorable recorrida nocturna. Afirmó que no conocía calles de esos nombres. Le pregunté si en la iglesia que él visitó había algún símbolo junto a la cruz. Se quedó en silencio, mirándome. Creía que yo no le hablaba en serio. Finalmente, me preguntó:

—¿Cómo quieres que uno se fije en esas cosas?

Le di la razón.

—Sin embargo, sería importante... —insistí—. Trata de hacer memoria. Tratá de recordar si junto a la cruz no había alguna figura.

—Tal vez —murmuró— tal vez un...

—¿Un trapecio? —insinué.

—Sí, un trapecio —dijo sin convicción.

—¿Simple o cruzado por una línea?

—Verdad —exclamó—. ¿Cómo sabés? ¿Estuviste en la calle Márquez? Al principio no me acordaba nada... De pronto he visto el conjunto: la cruz y el trapecio; un trapecio cruzado por una línea con puntas dobladas.

Hablaba animadamente.

—¿Y te fijaste en alguna estatua de santos?

—Viejo —exclamó con reprimida impaciencia—. No me habías pedido que levantara el inventario.

Le dije que no se enojara. Cuando se calmó, le pedí que me mostrase el anillo y que me repitiese el nombre de la enfermera.

Volví a casa, feliz. Oí ruidos en el cuarto de mi sobrina; pensé que estaría ordenando sus cosas. Procuré que no descubriera mi presencia; no quería que me interrumpieran. Tomé el libro de Blanqui, me lo puse debajo del brazo y salí a la calle.

Me senté en un banco del Parque Pereyra. Una vez más leí el párrafo:

«Habrán infinitos mundos idénticos, infinitos mundos ligeramente variados,

infinitos mundos diferentes. Lo que ahora escribo en este calabozo del fuerte del Toro, lo he escrito y lo escribiré durante la eternidad, en una mesa, en un papel, en un calabozo, enteramente parecidos. En infinitos mundos mi situación será la misma, pero tal vez la causa de mi encierro gradualmente pierda su nobleza, hasta ser sórdida, y quizá mis líneas tengan, en otros mundos, la innegable superioridad de un adjetivo feliz».

El 23 de junio Morris cayó con su Breguet en el Buenos Aires de un mundo casi igual a éste. El período confuso que siguió al accidente le impidió notar las primeras diferencias; para notar las otras se hubieran requerido una perspicacia y una educación que Morris no poseía.

Remontó vuelo una mañana gris y lluviosa; cayó en un día radiante. El moscardón, en el hospital, sugiere el verano; el «calor tremendo» que lo abrumó durante los interrogatorios, lo confirma.

Morris da en su relato algunas características diferenciales del mundo que visitó. Allí por ejemplo, falta el país de Gales: las calles con nombre galés no existen en ese Buenos Aires: Bynnon se convierte en Márquez, y Morris, por laberintos de la noche y de su propia ofuscación, busca en vano el pasaje Owen... Yo, y Viera, y Kramer, y Margaride, y Faverio, existimos allí porque nuestro origen no es galés; el general Huet y el mismo Ireneo Morris, ambos de ascendencia galesa, no existen (él penetró por accidente). El Carlos Alberto Servian de allá, en su carta, escribe entre comillas la palabra «Owen», porque le parece extraña; por la misma razón, los oficiales rieron cuando Morris declaró su nombre.

Porque no existieron allí los Morris, en Bolívar 971 sigue viviendo el inamovible Grimaldi.

La relación de Morris revela, también, que en ese mundo Cartago no desapareció. Cuando comprendí esto hice mis tontas preguntas sobre las calles Haníbal y Hamílcar.

Alguien preguntará cómo, si no desapareció Cartago, existe el idioma español. ¿Recordaré que entre la victoria y la aniquilación puede haber grados intermedios?

El anillo es una doble prueba que tengo en mi poder. Es una prueba de que Morris estuvo en otro mundo; ningún experto, de los muchos que he consultado, reconoció la piedra. Es una prueba de la existencia (en ese otro mundo) de Cartago: el caballo es un símbolo cartaginés. ¿Quién no ha visto anillos iguales en el museo de Lavigerie?

Además —Idibal, o Iddibal— el nombre de la enfermera, es cartaginés; la fuente con peces rituales y el trapecio cruzado son cartagineses; por último —*horresco referens*— están los convivios o *circuli*, de memoria tan cartaginesa y funesta como el insaciable Moloch...

Pero volvamos a la especulación tranquila. Me pregunto si yo compré las obras de Blanqui porque estaban citadas en la carta que me mostró Morris o porque las Historias de estos dos mundos son paralelas. Como allí los Morris no existen, las leyendas celtas no ocuparon parte del plan de lecturas; el otro Carlos Alberto Servian

pudo adelantarse; pudo llegar antes que yo a las obras políticas.

Estoy orgulloso de él: con los pocos datos que tenía, aclaró la misteriosa aparición de Morris; para que Morris también la comprendiera, le recomendó *L'Eternité par les Astres*. Me asombra, sin embargo, su jactancia de vivir en el bochornoso barrio Nazca y de ignorar el pasaje Owen.

Morris fue a ese otro mundo y regresó. No apeló a mi bala con resorte ni a los demás vehículos que se han ideado para surcar la increíble astronomía. ¿Cómo cumplió sus viajes? Abrí el diccionario de Kent; en la palabra *pase*, leí: «Complicadas series de movimientos que se hacen con las manos, por las cuales se provocan apariciones y desapariciones». Pensé que las manos tal vez no fueran indispensables; que los movimientos podrían hacerse con otros objetos; por ejemplo, con aviones.

Mi teoría es que el «nuevo esquema de prueba» coincide con algún pase (las dos veces que lo intenta, Morris se desmaya, y cambia de mundo).

Allí supusieron que era un espía venido de un país limítrofe: aquí explican su ausencia, imputándole una fuga al extranjero, con propósitos de vender un arma secreta. Él no entiende nada y se cree víctima de un complot inicuo.

Cuando volví a casa encontré sobre el escritorio una nota de mi sobrina. Me comunicaba que se había fugado con ese traidor arrepentido, el teniente Kramer. Añadía esta crueldad: «Tengo el consuelo de saber que no sufrirás mucho, ya que nunca te interesaste en mí». La última línea estaba escrita con evidente saña; decía: «Kramer se interesa en mí; soy feliz».

Tuve un gran abatimiento, no atendí a los enfermos y por más de veinte días no salí a la calle. Pensé con alguna envidia en ese yo astral, encerrado, como yo, en su casa, pero atendido por «solícitas manos femeninas». Creo conocer su intimidad; creo conocer esas manos.

Lo visité a Morris. Traté de hablarle de mi sobrina (apenas me contengo de hablar, incesantemente, de mi sobrina). Me preguntó si era una muchacha maternal. Le dije que no. Le oí hablar de la enfermera.

No es la posibilidad de encontrarme con una nueva versión de mí mismo lo que me incitaría a viajar hasta ése otro Buenos Aires. La idea de reproducirme, según la imagen de mi ex libris, o de conocerme, según su lema, no me ilusiona. Me ilusiona, tal vez, la idea de aprovechar una experiencia que el otro Servian, en su dicha, no ha adquirido.

Pero estos son problemas personales. En cambio la situación de Morris me preocupa. Aquí todos lo conocen y han querido ser considerados con él; pero como tiene un modo de negar verdaderamente monótono y su falta de confianza exaspera a los jefes, la degradación, si no la descarga del fusilamiento, es su porvenir.

Si le hubiera pedido el anillo que le dio la enfermera, me lo habría negado. Refractario a las ideas generales, jamás hubiera entendido el derecho de la humanidad sobre ese testimonio de la existencia de otros mundos. Debo reconocer, además, que

Morris tenía un insensato apego por ese anillo. Tal vez mi acción repugne a los sentimientos del *gentleman* (alias, infalible, del  *cambrioleur*); la conciencia del humanista la aprueba. Finalmente, me es grato señalar un resaltado inesperado; desde la pérdida del anillo, Morris está más dispuesto a escuchar mis planes de evasión.

Nosotros, los armenios, estamos unidos. Dentro de la sociedad formamos un núcleo indestructible. Tengo buenas amistades en el ejército. Morris podrá intentar una reproducción de su accidente. Yo me atreveré a acompañarlo.

C. A. S.

El relato de Carlos Alberto Servian me pareció inverosímil. No ignoro la antigua leyenda del carro de Morgan; el pasajero dice dónde quiere ir, y el carro lo lleva, pero es una leyenda. Admitamos que, por casualidad, el capitán Ireneo Morris haya caído en otro mundo; que vuelva a caer en éste sería un exceso de casualidad.

Desde el principio tuve esa opinión. Los hechos la confirmaron.

Un grupo de amigos proyectamos y postergamos, año tras año, un viaje a la frontera del Uruguay con el Brasil. Este año no pudimos evitarlo, y partimos.

El 3 de abril almorzábamos en un almacén en medio del campo; después visitaríamos una «fazenda» interesantísima.

Seguido de una polvareda, llegó un interminable Packard; una especie de jockey bajó. Era el capitán Morris.

Pagó el almuerzo de sus compatriotas y bebió con ellos. Supe después que era secretario, o sirviente, de un contrabandista.

No acompañé a mis amigos a visitar la «fazenda». Morris me contó sus aventuras; tiroteos con la policía; estratagemas para tentar a la justicia y perder a los rivales; cruce de ríos prendida a la cola de los caballos; borracheras y mujeres... Sin duda exageró su astucia y su valor. No podré exagerar su monotonía.

De pronto, como en un vahído, creí entrever un descubrimiento. Empecé a investigar; investigué con Morris; investigué con otros, cuando Morris se fue.

Recogí pruebas de que Morris llegó a mediados de junio del año pasado, y de que *muchas veces fue visto en la región, entre principios de septiembre y fines de diciembre*. El 8 de septiembre intervino en unas carreras cuadreras, en Yaguarão; después pasó varios días en cama, a consecuencia de una caída del caballo.

Sin embargo, en esos días de septiembre, el capitán Morris estaba internado y detenido en el Hospital Militar, de Buenos Aires: las autoridades militares, compañeros de armas, sus amigos de infancia, el doctor Servian y el ahora capitán Kramer, el general Huet, viejo amigo de su casa, lo atestiguan.

La explicación es evidente:

En varios mundos casi iguales, varios capitanes Morris salieron un día (aquí el 23 de junio) a probar aeroplanos. Nuestro Morris se fugó al Uruguay o al Brasil. Otro,

que salió de otro Buenos Aires, hizo unos «pases» con su aeroplano y se encontró en el Buenos Aires de otro mundo (donde no existía Gales y donde existía Cartago; donde espera Idibal). Ese Ireneo Morris subió después en el Dewotine, volvió a hacer los «pases», y cayó en este Buenos Aires. Como era idéntico al otro Morris, hasta sus compañeros lo confundieron. Pero no era el mismo. El nuestro (el que está en el Brasil) remontó vuelo, el 23 de junio, con el Breguet 304; el otro sabía perfectamente que había probado el Breguet 309. Después, con el doctor Servian de acompañante, intenta los pases de nuevo, y desaparece. Quizá lleguen a otro mundo; es menos probable que encuentren a la sobrina de Servian y a la cartaginesa.

Alegar a Blanqui, para encarar la teoría de la pluralidad de los mundos, fue, tal vez, un mérito de Servian; yo, más limitado, hubiera propuesto la autoridad de un clásico; por ejemplo: «según Demócrito, hay una infinidad de mundos, entre los cuales algunos son, no tan sólo parecidos, sino perfectamente iguales» (Cicerón, *Primeras Académicas*, II, XVII); o: «Henos aquí, en Bauli, cerca de Pozzuoli, ¿piensas tú que ahora, en un número infinito de lugares exactamente iguales, habrá reuniones de personas con nuestros mismos nombres, revestidas de los mismos honores, que hayan pasado por las mismas circunstancias, y en ingenio, en edad, en aspecto, idénticas a nosotros, discutiendo este mismo tema?» (íd. íd., II, XL).

Finalmente, para lectores acostumbrados a la antigua noción de mundos planetarios y esféricos, los viajes entre Buenos Aires de distintos mundos parecerán increíbles. Se preguntarán por qué los viajeros llegan siempre a Buenos Aires y no a otras regiones, a los mares o a los desiertos. La única respuesta que puedo ofrecer a una cuestión tan ajena a mi incumbencia, es que tal vez estos mundos sean como haces de espacios y de tiempos paralelos.

## ERNESTO SÁBATO

*Vastamente conocido en él ambiente literario nacional y mundial, Ernesto Sábato ha cimentado su prestigio en una obra absolutamente coherente con sus ideas personales. Es casi imposible separar sus ensayos de sus libros de ficción, en ambos surge una intención generalizadora, un afán de abarcarlo todo, de escribir la novela definitiva. Si esta meta está plenamente lograda o no es algo que no puede dilucidarse en un espacio tan breve. El personaje autor se confunde con el personaje literario tratando de lograr una síntesis total, o como lo expresa el propio autor: «Los personajes de una novela son tan autobiográficos como los de un sueño, aunque sean monstruosos y aparentemente tan desconocidos que aterran al propio soñador... Yo quería ir más lejos y meter al propio autor en la novela, pero no como testigo o narrador sino como un personaje más, en la misma categoría ontológica de los otros»<sup>[4]</sup>.*

*Abbadon, el exterminador, sella la trilogía que iniciara El túnel y prosiguiera Sobre héroes y tumbas. De esta última hemos extraído un fragmento de «Informe para ciegos», tratando de rescatar un momento singular de la prosa fantástica argentina. En él se funden lo místico y lo onírico, recordando algunos pasajes de la búsqueda mítica de la desconocida Kadath, tal como la soñara H. P. Lovecraft.*

J. A. S.

# INFORME PARA CIEGOS

*(Fragmento)*

XXXVI

A medida que fui avanzando aquella claridad aumentaba, hasta que comprendí que la caverna en que creí haber estado era en verdad un formidable anfiteatro que se abría sobre una grandiosa planicie iluminada mortecinamente por una luz entre rojiza y violácea.

Cuando salí del anfiteatro lo suficiente como para abarcar con mi mirada aquel cielo desconocido, vi que la luminiscencia provenía de un astro acaso cien veces más grande que nuestro sol, pero cuyo desfalleciente brillo indicaba que era uno de esos astros ya cercanos a la muerte y que, con los últimos restos de su energía, bañan los fríos y abandonados planetas de su universo con una luminosidad semejante a la que, en la oscuridad de una gran habitación silenciosa, produce una chimenea cuyos leños se han consumido y apenas perduran las brasas finales, rodeadas y casi apagadas por las cenizas; misterioso resplandor rojizo que, en el silencio de la noche, nos sume siempre en pensamientos nostálgicos y enigmáticos: vueltos hacia lo más profundo de nuestro ser, cavilamos sobre el pasado, sobre leyendas y países remotos, sobre el sentido de la vida y de la muerte hasta que, ya casi totalmente adormecidos, parecemos flotar sobre un lago de imprecisas ensoñaciones, en una balsa que a la deriva nos lleva sobre un profundo y crepuscular océano de aguas apenas vivientes.

¡Comarca de melancolía!

Abrumado por la desolación y el silencio, quedé largo tiempo inmóvil, contemplando aquel vasto territorio.

Hacia la región que parecía ser el poniente, sobre el violáceo crepúsculo de un cielo tormentoso pero paralizado, como si una grandiosa tempestad hubiese sido cristalizada por un signo, contra un cielo de nubes que parecían desgarrados y deshilachados algodones empapados en sangre, se recortaban extrañas torres de colosal altura, derruidas por los milenios y acaso, también, por la misma catástrofe que había desolado aquel fúnebre territorio. Esqueletos de altas hayas, cuyas espectrales siluetas cenicientas contrastaban sobre el rojo sangre de aquellas nubes, parecían indicar que un incendio planetario había sido el comienzo o el fin de aquella catástrofe.

En el centro del polígono que formaban las grandes torres se levantaba una estatua tan alta como ellas. Y en su centro umbilical brillaba un faro fosforescente, que habría jurado yo que parpadeaba, si la muerte que universalmente reinaba en aquella comarca no indicara que ese parpadeo no era más que una ilusión de mis

sentidos.

Tuvo la fanática certeza de que allí tendría acabamiento mi largo peregrinaje y que, tal vez, en aquel reducto poderoso encontraría por fin el sentido de mi existencia.

Hacia el septentrión, el melancólico páramo terminaba en una cordillera lunar, que seguramente llegaba a elevarse hasta veinte o treinta mil metros de altura. La inmensa cordillera parecía la espina dorsal de un monstruoso dragón petrificado.

Hacia el borde meridional de la planicie, en cambio, sobresalían cráteres que también recordaban los circos lunares. Apagados y al parecer frígidos, se perdían sobre la pampa mineral hacia los ignotos territorios del sur. ¿Eran aquellos volcanes apagados los que en otro tiempo habían arrasado y calcinado la comarca en sus torrentes de lava?

Desde donde yo estaba, alucinado y estático, no era dable advertir si aquellas colosales torres se levantaban aisladas en la planicie (torres acaso sagradas de ritos desconocidos) o si, por el contrario, se erigían en medio de chatas ciudades muertas que, desde allí, parecían inexistentes.

El Ojo Fosforescente parecía llamarme y pensé que me era fatal marchar hacia la gran estatua en cuyo vientre estaba.

Pero mi corazón parecía haber entrado en una existencia latente, como la de los reptiles en los largos meses de invierno; apenas latía. Y yo sentía la penosa y sorda sensación de que se hubiese encogido y endurecido ante la vista de aquel aciago paisaje. Ningún sonido, ninguna voz, ningún rumor ni crujido se oía en aquel imperio fúnebre, y una indecible melancolía se levantaba como una bruma de aquel territorio de misterio y desolación.

¿Serían realmente solitarias aquellas altísimas torres? Por un instante imaginé que en tiempos pasados podían haber sido el reducto de gigantes feroces y misántropos.

Pero el Ojo Fosforescente seguía atrayéndome y poco a poco aquella atracción fue venciendo mi anodamiento, hasta que comencé a marchar hacia la región de las torres.

Durante un tiempo que me es imposible calcular, porque el astro declinante permanecía fijo en el tormentoso firmamento, marché por la gran planicie plateada.

Y a medida que avanzaba, veía que nada era viviente, que todo había sido calcinado por la lava o petrificado por las ardientes cenizas que aquel cataclismo cósmico había lanzado en edades pretéritas.

Y cuanto más cerca estaba de las torres, mayor era su majestad y su misterio. Eran veintiuna, dispuestas sobre un polígono que debía de tener un perímetro tan grande como el de Buenos Aires. La piedra de que estaban construidas era negra, quizá de basalto, y de ese modo se destacaban con solemnidad sobre aquella planicie cenicienta y contra aquel violáceo desgarrado por las deshilachadas nubes de color púrpura. Y aun derruidas por los milenios y la catástrofe, su altura era imponente y tan gran de como el diámetro del grandioso polígono que formaban.

El centro distinguía ahora con nitidez la estatua de una deidad desnuda en cuyo

vientre brillaba el Ojo Fosforescente.

Las veintiuna torres parecían formar guardia en torno de ella.

La deidad estaba hecha de piedra ocre, pero su pelo eran serpientes de oro, que refulgían con brillo anaranjado a la luz del astro moribundo. Su cuerpo era de mujer, pero tenía alas y cabeza de vampiro, en negro brillante basalto. Sus manos y sus pies terminaban en poderosas garras. En su mano derecha, levantada hacia delante y arriba, mostraba una gran llave. En su mano izquierda mantenía por una tirante cadena a un tigre de tres cabezas, furioso y anhelante de destrucción. La deidad no tenía rostro, pero en el lugar del ombligo refulgía el gigantesco ojo que me había guiado y atraído: ese ojo podía ser una enorme piedra preciosa, tal vez un rubí, pero más bien se me ocurría el reflejo cambiante de un fuego interior y perpetuo, porque su brillo parecía tener vida; lo que en medio de aquella lúgubre desolación producía un escalofrío de pavor y fascinación.

Era una deidad terrible y nocturna, un espectral demonio que debía de tener el poder supremo sobre la vida y la muerte.

La planicie mineral se iba poblando de mortales restos a medida que me acercaba al gran recinto de la diosa: un calcinado y estático museo del horror. Vi hidras que en un tiempo habían sido vivientes y que ahora estaban petrificadas, medusas catatónicas, hipogrifos y centauros cristalizados en frenéticas actitudes de huida. Vi tumbas de héroes, tumbas de años-cadáveres, ídolos de ojos amarillos y silenciosas mansiones abandonadas, diosas de piel veteada como las cebras, imágenes de una taciturna idolatría con indescifrables inscripciones.

Era una comarca donde parecía celebrarse una sola y petrificada Ceremonia de la Muerte. Me sentí de pronto tan horrendamente solo que grité. Y mi grito, en aquel silencio mineral y fuera de la historia, resonó y pareció atravesar centurias y generaciones desaparecidas.

Luego volvió a imperar el silencio.

Entonces comprendí que debía llegar hasta el final; el ojo de la deidad refulgía y me llamaba inequívocamente, con siniestra majestad.

Las veintiuna torres eran los vértices de una muralla poligonal, hacia la que me acerqué en jornadas crecientemente agotadoras. Y a medida que la distancia disminuía su altura era más pasmosa. Cuando estuve a sus pies y dirigí la mirada hacia lo alto, calculé que aquella muralla, al parecer impenetrable, tenía la altura de una catedral gótica. Pero las torres eran probablemente cien veces más altas.

YO SABÍA que en el gigantesco perímetro debía existir una entrada para que yo pudiese entrar en el recinto. Y QUIZÁ SOLAMENTE PARA ESO. Ahora mi espíritu estaba como alucinado por la absoluta certeza de que todo aquello (las torres, la desolada comarca, el recinto de la deidad, el astro declinante) había estado esperando mi llegada y que sólo por esa espera no se había derrumbado hacia la nada. De modo que una vez que yo lograra penetrar en el Ojo todo se desvanecería como un simulacro milenario.

Esta convicción me daba fuerzas para consumir el largo peregrinaje en busca de la puerta.

Y así, después de marchar durante agotadoras jornadas por aquel perímetro colosal, di finalmente con ella.

En la puerta se iniciaba una escalinata de piedra que conducía hacia el Ojo Fosforescente. Miles de escalones debería subir. Temí que el vértigo y la fatiga pudieran vencerme. Pero el fanatismo y la desesperación me poseían salvajemente y empecé el ascenso.

Durante un tiempo que tampoco pude precisar (porque el astro permanecía siempre en el mismo lugar, iluminando aquel territorio sin tiempo), subí la innumerable escalinata, y mis pies destrozados y mi corazón oprimido midieron, en cambio, aquel esfuerzo inhumano, en medio del silencio de la planicie calcinada, del paisaje de ídolos y árboles petrificados, teniendo a mis espaldas la gran Cordillera del Norte.

Nadie, pero nadie, me ayudaba con sus plegarias. Ni siquiera con su odio.

Era una lucha titánica que YO SOLO debía librar; en medio de la indiferencia pétrea de la nada.

El Ojo Fosforescente aumentaba su tamaño a medida que yo escalaba la inmortal escalera. Y cuando por fin llegué ante Él, el cansancio y el pavor me hicieron caer de rodillas.

Así permanecí un tiempo.

Entonces, una Voz que parecía salir de aquel Ojo, cavernoso e imperial, dijo:

—AHORA ENTRA. ESTE ES TU COMIENZO Y TU FIN.

Me incorporé y, ya enceguecido por el rojo resplandor, entré.

Un fulgor intenso pero equivoco, como es característico de la luz fosforescente, que diluye y hace vibrar los contornos, bañaba un largo y estrechísimo túnel ascendente, en que me fue preciso trepar reptando sobre mi vientre. Y aquel fulgor provenía de la boca terminal como de una misteriosa gruta submarina. Fulgor acaso producido por algas, luminosidad fantasmal pero poderosa, semejante a la que en las noches de los trópicos, navegando sobre el mar de los Sargazos, había entrevisto yo mirando con ahínco hacia las profundidades oceánicas. Combustión fluorescente de algas que en el silencio de las fosas submarinas alumbran regiones pobladas de monstruos; monstruos que no salen a la superficie sino en insólitas y terribles ocasiones, propagando la consternación entre los tripulantes de los barcos que tienen la fatalidad de pasar en sus cercanías; sucediendo que esas tripulaciones enloquecen y se arrojan al agua, de modo que las naves, abandonadas a su suerte, como mudos testigos de la calamidad, navegan luego durante años o décadas a la deriva fantasmales y ambiguas, llevadas y traídas al azar por las corrientes marinas y por los vientos; hasta que las lluvias, los tifones de los mares orientales, el poderoso sol de los trópicos, los monzones del Mar Índico y el tiempo (simplemente el Tiempo), pudre y desgarran sus cascos y sus mástiles, hasta que todo concluye carcomido por la

sal y por el iodo, por los hongos y por los peces; y sus restos finales desaparecen en las profundidades oceánicas, muchas veces cerca del mismo monstruo que inició la catástrofe y que, atenta y perversamente, Inexorable, vigiló durante años y años la desvaída y absurda peregrinación de aquella nave condenada.

¿Qué podía haber en aquella gruta que me recordaba los desgarrados años de búsqueda en aquel oscuro barco de carga, navegando bajo las estrellas del Caribe?

Algo atroz me sucedió a medida que ascendía por aquel resbaladizo, crecientemente cálido y sofocante túnel: mi cuerpo se iba convirtiendo en el cuerpo de un pez. Mis extremidades se transformaban repugnantemente en aletas y *sentí* que mi piel se cubría de duras escamas.

El resplandor que había al cabo del pasadizo se hacía más intenso: me atraía y a la vez me aterraba. Y en el silencio sobrecogedor, me parecía percibir nuevamente aquel lejano quejido o llamado, algo que me recordaba, pero como en un sueño, hechos remotísimos que no podía precisar.

Mi cuerpo-pez apenas podía ya deslizarse por aquel agujero y ya no subía por mi propio esfuerzo, pues me era imposible siquiera mover mis aletas: poderosas contracciones de aquel angustioso túnel que ahora era como de caucho me apretaban pero también me llevaban, con incontenible fuerza de succión, hacia el extremo alucinante. Hasta que, de pronto, perdí el conocimiento. Vastas regiones planetarias e inmensas cantidades de tiempo fueron con furia absorbidas como en un Resumidero General de la Existencia. Pero en los pocos segundos mi conciencia una vertiginosa muchedumbre de rostros, que duró el ascenso hacia aquel Centro, pasaron ante catástrofes y países. Vi seres que parecían contemplarme aterrorizados, nítidamente vi escenas de mi infancia, montañas de Asia y África de mi errabunda existencia, pájaros y animales vengativos e irónicos, atardeceres en el trópico, ratas en un granero de Capitán Olmos, sombríos prostíbulos, locos que gritaban palabras decisivas pero desdichadamente incomprensibles, mujeres que mostraban lúbricamente su sexo abierto, caranchos merodeando sobre hinchados cadáveres en la pampa, molinos de viento en la estancia de mis padres, borrachos que hurgaban en un tacho de basura y grandes pájaros negros que se lanzaban con sus picos filosos sobre mis ojos aterrados.

Todo aquello, supongo yo, pasó en segundos. Luego perdí el conocimiento y sentí que me asfixiaba. Pero entonces mi conciencia pareció ser reemplazada por una poderosa aunque oscura sensación: la sensación de haber entrado por fin en la gran caverna y de haberme hundido en sus aguas cálidas, gelatinosas y fosforescentes.

## JUAN-JACOBO BAJARLÍA

*Destacado periodista, es uno de los más prolíficos autores del género fantástico, así como del policial, en el cual ha incursionado, la mayoría de las veces, con seudónimo. Merece destacarse que en 1964 la Ellery Queen's Mystery Magazine premió su relato «El caso del arma invisible».*

*Entre sus obras de ensayo se destaca Sadismo y masoquismo en la conducta criminal (1959), el cual le permite revelar su profundo conocimiento del mundo delictivo, que tan bien describe en su obra policial.*

*También es un conocido poeta y dramaturgo. Su drama Monteagudo (1962) obtuvo cuatro distinciones, entre ellas la del Fondo Nacional de las Artes y la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, en tanto que su obra poética ha sido traducida a varios idiomas.*

*Sin embargo el Bajarlía que nos preocupa aquí es el autor de Fórmula al antimundo o El día cero, posiblemente sus dos mejores recopilaciones de relatos. En ellos se nota formal y temáticamente una mayor influencia de la tradición fantástica europea que de la estadounidense. Sus cuentos siempre están más cerca de lo fantástico que de la ciencia-ficción propiamente dicha.*

*«Desde la oscuridad» es, a pesar de su poca extensión, un ejemplo perfecto de la proximidad de lo fantástico, de lo metafísico, con la literatura expresionista y el lenguaje de la ciencia-ficción.*

J. A. S.

## DESDE LA OSCURIDAD

*A Enrique Anderson Imbert*

—Se acercan.

La frase se propagó como una corriente de electrones. El primer hombre hubiera tenido ya dos mil años. El segundo, mil. El tercero que la pronunció, apenas si fue escuchado.

Dos puntas galácticas, lechosas, avanzaban. Hacía más de dos mil años que se movían y desaparecían, y luego volvían a la oscuridad.

Se acostumbraron. El cosmos era un instrumental preciso, de relojería, un mecanismo perfecto, demoníaco. *El choque jamás se produciría*. Sobre esta idea el hombre había elaborado toda su ciencia.

A los que veían algo más que dos puntas galácticas se les consideraba enfermos. El planeta era una esfera. Se lo podía recorrer en un instante. Las estrellas no dejarían de brillar desde el otro lado, en esa misma zona oscura en que aparecían y desaparecían las puntas galácticas.

Los hombres se movían. Que unos murieran y otros nacieran, significaba muy poco en la Tierra. Los cementerios tenían menos posibilidades de existencia que las *nurserys*. Pero de este lado se alzaba el amor, se construían ciudades y nuevos seres poblaban la superficie. Del otro lado, las guerras parlan monstruos, proyectaban una gangrena que erosionaba la corteza terrestre. De pronto sentían un temblor, un extraño choque subterráneo. *Es un terremoto cuyo epicentro está en NN*. Los que se atrevían a contradecir esa verificación, pasaban a categoría de alienados.

Un día Sussy se desnudó y esperó a Roberto. Un espejo sobre el lateral izquierdo proyectaba su imagen hacia otro espejo en frente del cual trabajaba tecleando en su máquina de escribir. Roberto miró la desnudez de Sussy y se levantó para cruzar las habitaciones. En ese instante oyó un susurro, una voz cautelosa que se acercaba al cuerpo de Sussy. Extrañas ideas le sacudieron la sangre. Había llegado el momento de medir su lealtad. Aseguró la puerta y miró detenidamente el espejo para descubrir al invasor. La voz seguía susurrando y el cuerpo de Sussy, en reposo un minuto antes, comenzaba a retorcerse sobre el lecho. Temblando, Roberto corrió a la habitación de su mujer y observó que en ese instante ella comenzaba a recuperar el equilibrio.

La habitación estaba intacta, con sus puertas y ventanas cerradas herméticamente. No siendo ellos dos, nadie había llegado al lecho de Sussy. Pero Roberto también había observado que al aproximarse a Sussy el susurro se apagaba lentamente mientras ella se recuperaba.

—Sentí como un fuego —dijo Sussy—. Atravesó el vidrio. Fue una mancha que me envolvía.

Roberto abrió la ventana sobre la avenida. La noche estaba oscura, cruzada por las constelaciones. La cerró.

—Se acercan —murmuró.

Mil años después en otra escena similar, con otra Sussy y otro Roberto, se repitieron los mismos hechos. Y Roberto pensó: *Los ángeles tuvieron acceso carnal con las mujeres*. Y subrayó el versículo 2 del capítulo VI del *Génesis*: «Viendo los hijos de Dios la hermosura de las hijas de los hombres, tomaron de entre todas ellas por mujeres las que más les agradaron». Lo mismo hizo en el 4: «En aquel tiempo había gigantes sobre la Tierra; porqué después que los hijos de Dios se juntaron con las hijas de los hombres y ellas concibieron, salieron a luz estos valientes de la antigüedad que fueron varones de nombre». Luego anotó: «Estoy seguro. Son los Grandes Antiguos de Lovecraft (*At The Mountaines of Madness*, VII)».

En otro avatar Roberto abrió la ventana y miró hacia las estrellas. *Si los ángeles eran seres asexuados* —pensó en voz alta—, *no podían tener acceso carnal con las mujeres. Luego, esos ángeles eran seres extraterrestres*.

—Se acercan.

Transcurrieron siete mil años. Los edificios habían crecido como termómetros hacia las galaxias. Los hombres se desplazaban por el espacio con eyectores atómicos, ajustados a la espalda. Las mujeres, desnudas, se controlaban mediante píldoras de colores. Cada color significaba una función distinta. Roja la del amor. Azul la del alimento. Los cementerios también crecían bajo las luces calcinadas. Las ciudades se sumergían y buscaban espacios subterráneos. Nadie leía. Nadie sabía nada. Pero tenían una computadora portátil que les suministraba la sabiduría, la inteligencia de los siglos. (Había una limitación: los pobres no podían adquirir su computadora. Se hacinaban en los portones, en frente de los comercios electrónicos, para intercambiar ideas y detectar noticias lejanas).

Para escribir, Roberto utilizaba una máquina de micro-circuitos. Hablaba y la voz quedaba inscripta, dibujada en el papel. Un día, sobre la lámina del espejo, vio el cuerpo desnudo de Sussy, una imagen que se retorció. Corrió hacia el dormitorio y abrió la puerta. El susurro no había desaparecido. Se hacía más intenso. Sussy gritaba. Cuando quiso avanzar giraron los objetos y dos puntas lechosas, aceradas, penetraron en el edificio.

—¡Se acercan! ¡Se acercan!

Apenas pudo pensarlo. El susurro era tan fuerte como una carcajada. Acaso fuera una carcajada y no un susurro. Después giró todo, el edificio, las calles, las estaciones subterráneas. El mundo comenzó a resquebrajarse y las computadoras enmudecieron. Después se sintió una explosión y el planeta se hizo añicos. Pero un segundo antes, desde ese mismo susurro (posiblemente dentro de esa carcajada), alguien dijo:

—Se multiplicaban y se devoraban dentro de una cabecita de alfiler. En siete millonésimas de segundo pusieron piedra sobre piedra, construyeron ciudades microscópicas y juguetes infinitesimales por donde subían y bajaban. Después

aprendieron a volar. Cuando tuvieron alas y penetraron los secretos de la materia, se «arrojaron hacia arriba». Entonces apreté con mis dos uñas la cabecita de alfiler.

## ALFREDO JULIO GRASSI

*Quizás el escritor con más antecedentes dentro del género, pues escribe desde los once años, y finalizó a los dieciséis su primera novela, Tres tumbas en Venus, que con leves variantes publica mucho tiempo después (1967). En ese entonces era un fan de E. R. Burroughs y los grandes de la «edad dorada» de la cf.*

*En 1951 vende su primer cuento, un tema policial, comenzando en 1957 su asociación con la colección Pistas del Espacio, traduciendo, adaptando o escribiendo la mayor parte de lo editado, generalmente bajo diferentes seudónimos: Fred Seymour, Leslie Sharp, Kennet Sharp, O. W. Buggs, etc.*

*De gran prolijidad, lo que quizás haya conspirado contra la calidad de mucho de lo que producía en ese entonces, publicó relatos en distintas revistas: Vea y Lea, Agro Nuestro (de Rosario), Hablemos Magazine (de Nueva York), El momento (de Maracaibo), Imagen, etc. En 1967 aparece su colección de relatos Y las estrellas caerán, siguiéndole un cuento en la Antología de novelas de anticipación, 9.<sup>a</sup> selección, ed. Acervo, y otros en Ciencia ficción: Nuevos autores argentinos, antología cuya selección y prólogo le pertenecen.*

*Sin embargo su mayor prestigio se lo debe a la historieta, género al que ha dedicado no pocos de sus afanes. En 1954 publica la primera historieta de cf totalmente argentina: Robert Ax, médico del siglo XXX (ver Cronología), a la que le siguieron muchas más. Actualmente escribe los guiones de Galaxia Cero, historieta seriada con dibujos de Lucho Olivera, la que piensa transformar en una colección de relatos.*

*«Las zonas», es un cuento distinto dentro de su producción, insinuando un cambio de estilo que creo muy promisorio.*

J. A. S.

## LAS ZONAS

*«No puedo creer en la existencia de furtivas transiciones cuánticas en la experiencia humana. Debe haber una zona donde lo totalmente inexplicable se une a lo que entendemos como un hecho normal».*

*(Henry Margenau, ESP in the Frameworks of Modern Science)*

*Descendió de la astronave. Inmaculado. Sereno. Hermoso como un dios antiguo. El comandante de la primera misión solar extragaláctica. Su mirada paseó benévola por encima de los representantes de la Federación Tierra que corrían para darle la bienvenida. El objeto alargado que llevaba en la diestra era una pistola láser. El extremo se apoyó en su sien derecha y un haz micrométrico de luz altamente concentrada traspasó su cabeza, ante el gemido angustioso de la muchedumbre que lo había ido a recibir. Luego, sin preocuparse por el orificio que iba de un costado al otro de su cráneo ni por la sangre que manchaba su rostro, echó a andar en medio de la gente, que aterrada se abría para darle paso. La pared que rodeaba el astropuerto pareció no existir ante su paso. La atravesó intangiblemente. Y se perdió en las luces ajenas de la Tierra.*

*Inmaculado. Sereno. Hermoso como un dios antiguo. Inhumano.*

### *MORIR PARA IR AL CIELO*

Todo es gris. Todo es rojo. Todo es violáceo. Todo se hace incoloro y vuelve a ser rojo. Pero no era así. No debía ser así. La posición del electrón no es siempre la misma pero no cambia de posición con el tiempo. Está en movimiento constante pero está inmóvil. Puede pasar simultáneamente por tres orificios ante él, pero no pasa en ninguna dirección. ¡Qué dolor de cabeza espantoso! Debo abrir los ojos y me cuesta hacerlo.

—¿Un poco de sangre, señor? ¿No tiene un poco de sangre? ¡Se lo ruego! ¡Por favor! —la voz es un susurro obscuro. La mano de pordiosero, escuálida, lívida, se extiende hacia mi rostro. La piedad que me embarga es absoluta. La mujer me mira con sus inmensos ojos violáceos. Como el cielo de otoño. Como el aire de la noche. Como la luz tenebrosa que nos baña. Me inclino hacia ella y sus labios se distienden para mostrar dos afilados colmillos muy blancos. Que no duelen ni lastiman. Es voluptuoso. Voluptuoso. Voltuoso. Volspo. Vso...

Muero gritando.

MORIR PARA IR AL CIELO. MORIR PARA IR AL CIELO. MORIR PARA IR AL

## CIELO.

Sí, abuelita. Todas las noches rezaré al Ángel de la Guarda para que me ampare. En vida y en muerte será mi guía. Morir para ir al cielo, abuelita.

Gris. Rojo. Violáceo. Incoloro. Rojo.

*¡Ave César! ¡Los que van a morir te saludan!*

El sol hiere mis pupilas y me fuerza a entrecerrar los ojos cuando salgo a la arena del Circo. El corto y ancho gladio y el redondo escudo me prestan una seguridad que no experimentaba sin ellos. En la ergástula, pequeña, sin aire puro, creí morir. Pero ahora es distinto. Ella estará allí, mirándome combatir. Y no podré perder frente a esos ojos violáceos, profundos, velados por las largas pestañas. Mataré a mi adversario, que ya se acerca con su tridente y su red preparados para el combate. ¡Idiota! ¡Yo no puedo morir!

¿Oh sí? ¿Qué es este dolor profundo? El tridente. El «retiarario» me lo ha clavado cuando alzo el rostro para mirar una vez más el sol dorado. No es justo. Porque moriré. No quiero morir, pero moriré igual, mi sangre derramada sobre la sedienta arena del circo romano. Mientras aquellos ojos violáceos me miran, me miran, me miran.

¿Morir para ir al Cielo?

**¡MORIR PARA IR AL CIELO!**

Gris. Rojo. Violáceo. Incoloro. Rojo...

¡Por Dios y por la Cruz! ¡Muerte a los infieles! ¡Viva el buen rey Ricardo... Ricardo Corazón de León! ¡Matad, que Dios perdona! ¡San Juan de Acre debe caer! Soy el primer caballero que asalta los muros. El primero que, aplastando sarracenos, abre paso a los Cruzados. Estoy seguro de vivir mientras todos mueren. Por la Fe. Por los ojos de ella, que desde algún sitio inverosímil me contemplan. Vivir. Vivir.

La saeta que se clava en mi cota de malla, penetra en mi pecho y atraviesa mi corazón canta otra cosa. La sangre gotea, sale a raudales. Caigo. La vida se va con cada latido del corazón que la agita. ¡Y yo no quiero morir! ¡El cielo es mi recompensa! ¡Y yo no quiero morir!

Pero nadie va al Cielo con vida.

morir para ir al cielo

Morir Para Ir Al Cielo

**MORIR PARA IR AL CIELO**

***¡MORIR PARA IR AL CIELO!***

El aire es azul. Azul intenso, imposible. La marcha sobre la arena candente es pesada, dura, inhumana. Pero marchamos y seguimos adelante. Tengo que llegar hasta ella. Impedir que la lleven más lejos. Que desaparezca en la inmensidad del desierto blanco, bajo ese cielo azul inverosímil. Los ojos de mujer me esperan. Una mirada violácea, increíble, insistente. Me espera.

El pistoletazo suena muy cerca de mi rostro. La bala golpea con fuerza colosal en mi frente. Penetra en mi cerebro. Lo destroza. Me mata sin remedio. Por supuesto. Para ir al Cielo hay que morir antes.

### MORIRPARAIRALCIELOMORIRPARAIRALCIELO

La música, las hierbas aromáticas quemadas en torno, la silenciosa presencia de miles de adoradores. Todo me acompaña en mi ascenso por las escaleras del teocalli hacia el templo. Mientras asciendo, en cada escalón hago una etapa, saco una nota de una flauta de hueso y luego la quiebro. Las flautas son de tibias humanas y suenan dulcemente. «Estoy listo, padre», digo al sacerdote que espera ante el altar de piedra, frente a la estatua de Huitzilopochtli. «Bienvenido, hijo», me contesta él. Me acuesto. Y cuando el antiquísimo puñal de obsidiana baja ritualmente hacia mi pecho veo una vez más los ojos violáceos muy abiertos, muy grandes, muy bellos. Muero alegremente.

### MORIR PARA IR AL CIELO

La sensación es tan placentera que realmente no cabe otro mundo para mí, excepto éste. Muelle, tibio, oscuro. Acogedor. El líquido que me rodea impide que el daño me alcance. El mundo exterior —¿mundo exterior? ¿qué es eso?— llega vagamente con la sensación de profundo bienestar. De... ¡AMOR! No quiero salir de aquí. Quiero quedarme sin que pase el tiempo. Sin moverme. El cuerpo cómodamente flexionado en un arco, los brazos pegados a mis flancos, las manos apretadas en puños Inofensivos, las piernas encogidas para ocupar menos espacio en este universo clausurado y tierno. Y no quiero salir de aquí. Pero la Fuerza es superior a mi voluntad de inercia. Inicio el Viaje. El breve, eterno, infernal viaje. Siento. Experimento. Sufro. Dolor. Luz blanca, sonido. El Mundo. ¡Para entrar en el Mundo hay que nacer! ¡Primero morir para ir al Cielo! ¡Después nacer para entrar en el Mundo! ¿O es al revés? No importa. Luz y sonido me sacuden. Alguien, algo, me cuelga cabeza abajo. Siento un golpe seco. ¿Qué es esto tan desagradable? Yo. Soy yo mismo, que lloró mientras el aire penetra por primera vez en mis pulmones.

NACERNACERNACERNACERNACERNACERNACER  
DIEZNUEVEOCHOSIETESEISCINCO CUATROTRES DOS  
UNO...C E R O

¡Lo hicimos, Dorian! ¡Lo hicimos! ¡Hemos salido del sueño inducido! ¡Estamos en otra galaxia... llegamos a NCG-3115! ¡Y no nos hemos vuelto locos, amor mío! ¡Los primeros seres humanos terrestres que abandonan el Sistema Solar y alcanzan otro Universo conservando la cordura! En el Centro Hiperespacial tenían razón. Bastaba condicionar nuestras mentes para que no se extraviaran con un viaje totalmente ajeno a cualquier experiencia humana previa... para que las creencias ancestrales de la especie no se volvieran contra nosotros y nos aniquilaran. Siempre el hombre, desde las cavernas, supo que para ir al Cielo tenía que morir. Por eso

durante este viaje hemos muerto cien veces, Dorian. En sueños inducidos y crueles, que nos mantuvieron con vida y cuerdos al despertar. ¿Verdad, Dorian? ¡Aquí estamos, querida mía! ¡La primera pareja humana que abandona la Vía Láctea, va a otra galaxia y sobrevive! ¡En el confín del universo extragaláctico! Cuerdos, Dorian. Cuerdos. Cuerdos, Cuerdos, Cuerdos, Cuer...

MORIRPARAIRALCIELOMORIRPARAIRALCIELO

¡NADIE-ESCAPA-DE-LA-LEY!

¡HEMOS IDO AL CIELO: *ESTAMOS MUERTOS!*

La estaca clavada en el corazón. Los ojos violáceos muy abiertos, Dorian. Los colmillos apenas visibles, arruinando la forma perfecta de tus labios. Pero así acaban los vampiros, Dorian. Y no van al Cielo. Son expulsados. Y con ellos, sus víctimas. Sus víctimas.

Pero... ¿qué soy yo? ¿quién soy yo? ¿qué es yo? ¿por qué ese Conejo Blanco pasa frente a la inmóvil astronave mientras mira el reloj de bolsillo y musita cosas comprensibles, espantosas, pisando estrellas, aplastando planetas, hundiendo galaxias?

MORIR...

COMUNICADO DEL CENTRO HIPERESPACIAL DE LA FEDERACIÓN TIERRA;

«Vistos los sucesivos fracasos de las cuatro expediciones extragalácticas tripuladas enviadas rumbo a la Galaxia NGC-3115, se aconseja suspender las experiencias mientras no sea posible descubrir la causa de la desaparición de las astronaves utilizadas. Cabe la posibilidad de fallas mecánicas, pero con casi absoluta seguridad el problema es generado por el factor humano y no por las máquinas. Es posible que el acondicionamiento mental dado a las parejas tripulantes no sea suficientemente adecuado. Tratándose de distancias infinitamente grandes, no es difícil que la mente humana, en su incapacidad para determinarlas y comprenderlas, cree su propio universo con leyes individuales, donde no actúen ni sistemas lógicos ni estructuras físicas generales. Es probable que el Hombre, alejado de su Universo natal, abandone su condición humana y pase a ser algo distinto. O simplemente, a no ser».

*Descendió de la astronave. Inmaculado. Sereno. Hermoso como un dios antiguo.*

## ALBERTO VANASCO

*Los talentos de Vanasco son múltiples. Ha escrito excelentes novelas (Los muchos que no viven, Nueva York, Nueva York, entre las más destacables), dos libros de poemas (Ella en general y Canto rodado), una vida y obra de Hegel, una obra de teatro (No hay piedad para Hamlet) y, no por último menos importante, numerosos relatos de ciencia-ficción, en un principio publicados junto con Goligorsky en la prolífica década del sesenta.*

*«Los eunucos» cuenta con una ventaja por sobre la mayoría de los demás relatos de Vanasco: se estructura alrededor de una idea fuerte y no pierde de vista las vacilaciones personales del protagonista, abandonándolo antes de su decisión definitiva, potenciando así el alcance del texto.*

E. E. G.

## LOS EUNUCOS

Hernán tomaba su cerveza con calma. La reunión era en la avenida del Libertador a las ocho de la noche. Como apenas eran las seis y media todavía tenía tiempo. Podía esperar a que oscureciese y caminar después sin apuro, bajo el fresco, buscando las calles menos concurridas y vigiladas. Llevaba puesta la trusa de reglamento aunque igual se notaba algo, pero ahora ya no le importaba. Se había cansado de aquella permanente tensión. Hacía un rato, sin ir más lejos, cuando acababa de sentarse en el bar, había debido presenciar una operación de descargo: una patrulla de sicarios había descubierto a un réprobo y sin más se había arrojado sobre él para cercenarle las partes pudendas en plena calle.

Terminó con tranquilidad su botella, llamó al mozo y le pagó, sin que el hombre, al parecer, se diera cuenta de nada, y en seguida salió a la calle. El sol se ponía y unas nubes rugosas, cargadas de agua, iban cubriendo el cielo. «Mejor así» pensó. Tomó por Independiente, después dobló hacia el norte y siguió por Liberal. Caminaba por la vereda de los números fraccionarios y por fin cruzó la plaza sombría que además estaba desierta a esa hora. Se sentó en uno de los bancos pero a los pocos minutos empezaron a caer las primeras gotas. Se levantó y sin querer apuró el paso al llegar a Libertador. Ahora algunos hombres pasaban corriendo junto a él, en grupos o solos, enfundados en sus trusas, pálidos y mansos, riendo de la lluvia como mujeres, con sus miradas lánguidas y perdidas. De cuando en cuando resonaba a lo lejos una explosión y pasaba haciendo oír su sirena un artefacto policelular.

Hernán tuvo que ocultarse en un portal al ver acercarse una banda de caponeros con sus cimitarras doradas al cinto. Por suerte, ninguno de ellos se fijó en él y siguieron de largo. En el acrílico cachado de las paredes centelleaba —a través de las gotas de lluvia— el último rayo de sol. A los tumbos pasó un ómnibus simulado, que no levantaba a nadie. En algunos comercios algunas mujeres todavía hacían como que compraban. En una cabina pública un hombre hacía como que hablaba por teléfono. Ésa era la hora en que la ciudad empezaba a girar (para que a la mañana siguiente, al amanecer, los primeros rayos del sol iluminaran la zona de los grandes cuarteles).

Hernán corrió desde el portal y trepó a la acera automática que, como siempre, estaba descompuesta, y caminó sobre los escalones aplanados mientras miraba los avisos que se proyectaban en los televisores adosados al pasamano, pero antes que comenzara la arenga nocturna ya había llegado al aeropuerto. Cruzó la avenida solitaria y entró en el primer hangar del campo de helicópteros. Allí era la reunión.

Acaba de caer un aparato y en esos momentos, allá al fondo, remataban o saqueaban a los heridos. Hernán bajó al sótano y se encontró allí con todos sus compañeros. Lo estaban esperando sentados en camiones de chatarra y restos de

escritorios y muebles. Ahí estaban los cinco, callados, mirando la llama del calentador que alguien había encendido en el centro, sobre el piso, como si esperaran que estallase. El agua hervía. Hernán se sentó en uno de los bultos y sacó una pastilla de yerba: la echó en la pava. Las caras de todos sus amigos se relajaron.

—¿Qué hay de nuevo? —dijo.

Ninguno de los cinco se animó a contestar. Sólo se miraron en rueda como incitándose a hablar unos a otros. Hernán notó algo extraño.

—¿No hicieron nada? —volvió a preguntar.

—No —replicó Migan—. No pudimos hacer nada. Tampoco tenemos intención de hacerlo. Por eso te esperábamos para hablar.

Hernán los observaba y los veía abatidos, temerosos y macilentos, desvalidamente frágiles.

—¿Quieren desistir? —Mathi se acercó y sirvió a cada uno una taza de la infusión aromática.

—No es eso, Hernán —se animó a aclarar Nolo—. Es que la situación ahora es distinta. No podemos movernos ni siquiera dentro de la fábrica. A la calle ni nos asomamos. Ayer cayó Mestrut. Single la semana pasada. Ya ves.

—Ya veo qué —dijo Hernán.

—Sólo eso, ya ves —repitió Nolo.

De pronto Hernán comprendió qué era lo extraño que había mirado entre las piernas, allí mismo donde la trusa debía ajustarle y advirtió que algo había desaparecido, que faltaba lo más importante, que la trusa no estaba del todo ajustada como era de esperarse, esto es, que había ocurrido ya lo que todos ellos durante tanto tiempo y con tanto sacrificio habían estado tratando de evitar. Saltó sobre su compañero Nolo con la intención de palparlo entre las piernas para cerciorarse de que no le faltaba lo que debía tener; pero Nolo se hizo a un lado de pronto, con las manos sobre las ingles, haciéndose un ovillo, dejándose caer al suelo, gritando, como si lo hubieran golpeado exactamente allí.

—No, no —le pedía. Hasta que al final quedó completamente encogido sobre el piso, en uno de los rincones, con los ojos en blanco, echando baba, tal cual.

Hernán miró confundido a los demás. Y algo notó también en sus trusas pero sobre todo en sus caras que le crispó las entrañas: todos ellos sin excepción lo observaban ahora un poco de reajo como en actitud culpable, listos para dar un salto y ponerse fuera de su alcance al menor amago de su parte.

—Migán, vos también —dijo él, pero Migan puso sus manos como Nolo sobre las Ingles y se encogió en silencio—. Vos, Mathi —siguió Hernán, y Mathi se hizo a su vez un ovillo. Hernán se lanzó sobre Olgo para palparlo pero Olgo corrió y escapó por la escalera hasta que el ruido de sus pasos se perdió allá arriba en dirección a la calle. Hernán se sentó aniquilado en un cajón.

—¿Todos? —preguntó.

—Sí, todos —admitió Migán. Hubo entonces un silencio general, allí dentro y

allá arriba, en el aeropuerto—: Pero queremos decirte algo —terminó.

—Ahora todo está de más —dijo él.

—No, no es así. Porque todos seguimos creyendo en la causa, todavía pensamos que teníamos razón, que todo esto hay que cambiarlo. Lo que ha ocurrido no tiene tanta importancia. Nos hemos dejado extirpar para estar tranquilos, para poder trabajar mejor. Nada más. Igual seguiremos luchando juntos, como hasta ahora, hasta el final.

—Claro —dijeron los demás—. Es para seguir luchando, todos juntos.

—Sí —dijo Hernán—, pero ¿ahora con qué? —Se sentía él mismo impotente.

Era como si también le hubieran extirpado algo a él. Se levantó y le pareció que la trusa le quedaba floja. Se sentía más liviano y se preguntó con asco si no se había alegrado de lo ocurrido. Se acercó a la escalera para salir: —Me gustaría ser como ustedes —les dijo— para no despreciarlos.

Subió despacio las escaleras y salió a la calle. Caminó por Liberador. Aquí y allá se derrumbaban algunos edificios cargados de piletas de natación. (Los arquitectos e ingenieros habían olvidado ya las nobles artes de su oficio). Algunas ambulancias hacían como que querían llegar a los lugares de las distintas catástrofes, pero chocaban entre sí en el trayecto, o se descomponían, o simplemente se embotellaban en el tránsito a causa de las calles levantadas, o perforadas. La ciudad le pareció más siniestra y hosca que nunca.

«Tengo que verla a Gloria» pensó, y casi a la carrera se dirigió hacia el Congreso. ¿De qué les había valido resistirse durante tanto tiempo al decreto general de descargo? Desde que él tenía memoria los hombres eran castrados al llegar a la pubertad. Los estudiantes eran los únicos eximidos de tal esterilización: se les prorrogaba el plazo a fin de no privarlo de las energías necesarias para completar sus estudios, pero apenas se recibían, no bien terminaba la ceremonia de entrega de los diplomas, eran mutilados como todo el mundo, a cambio de lo cual se les concedían todos sus derechos civiles. A partir del descargo podían abrir sus bufetes o consultorios o estudios, y tener propiedades y comprar y vender. La población vivía de ese modo con una apariencia de docilidad, como si todos los ciudadanos se hallaran conformes. Se les veía ocupados, apacibles, melancólicos y fúnebres. Muchos de los otros, llegados a la edad apropiada, se cercenaban ellos mismos, obedientemente, hasta con deleite, los órganos de la generación. Las mujeres, a consecuencia de todo esto, eran en su mayoría frías y las muy pocas que no lograban alcanzar ese alto grado de adaptación social se veían obligadas a buscar sus parejas entre los grandes reproductores (como los llamaban) que vivían en la parte alta de la ciudad, que conservaban su virilidad y que, como era lógico, dominaban también no sólo el país sino también el continente íntegro. Estos grandes sementales llevaban la lista de las mujeres insatisfechas, a las que mandaban llamar con algún sirviente cuando tenían necesidad de ellas. A veces las retenían en sus casas durante un año o más, según sus servicios, y en grupos de treinta y cuarenta, hasta que

decidían cambiar de harén. Sus casas resaltaban así especies de grandes serrallos o gineceos en que los demás hombres eran tan sólo las eunucos que las cuidaban.

Los que como Hernán se habían resistido al cumplimiento del decreto expiatorio manteniéndose en la clandestinidad, eran los renegados de aquella sociedad dócil, y, en consecuencia, debían vivir sin ninguna de las ventajas esenciales con que contaban los demás. Tenían que ocultarse permanentemente de las autoridades, de los delatores y, sobre todo, de los contingentes volantes de castración que recorrían la ciudad buscando a aquellos cuyas trusas ajustadas denunciaban que aún se tenía lo que no estaba permitido tener. Cuando una patrulla de sicaros descubría a algún réprobo, se lanzaba sobre él y allí mismo, en la vía pública, llevaban a cabo la operación de descargo con sus grandes cimitarras doradas de filo mellado.

Hernán y sus amigos habían debido hacer proezas increíbles para llevar sus trusas bien ceñidas al cuerpo y no ponerse en evidencia. Los otros, en cambio, obtenían como compensación un trabajo más o menos seguro, una vivienda adecuada y la comida necesaria para su familia es decir, para sus mujeres histéricas y sus hijos bastardos. También recibían a veces —según la mayor o menor obsecuencia de cada uno— alguna que otra prebenda, que era muy apreciada. De este modo tenían la apariencia de haber solucionado todos sus problemas y vivían como si fuesen hombres íntegros. Para Hernán la única, verdadera y valiosa retribución de su rebeldía había sido el amor de Gloria. En su relación con ella había hallado su justificación y su fortaleza.

Sin embargo, aquella noche, al llegar a su casa, cerca de la plaza de los tíos Concesos, la encontró díscola o, por lo menos, apática. No le permitió entrar y le cerró la puerta en la cara, después de decirle que no quería verlo más por ahí. Hernán volvió a llamar, una y otra vez, hasta que ella se asomó de nuevo y entonces él le explicó su situación, lo que había ocurrido y que necesitaba hablar con ella. Gloria salió —mirando hacia un lado y otro como con temor de ser vista en su compañía— y empezaron a caminar por la avenida.

—No quiero que te vean más por mi casa —dijo ella. Iban bajo los grandes árboles frondosos que, en verdad, se resquebrajaban putrefactos. Aún caían algunas gotas y el viento se había calmado.

—No entiendo —dijo Hernán—. Creí que todo andaba bien.

—Eso es lo que vos creías —dijo ella—. Pero lo nuestro terminó hace rato. Aun antes de que nos conociéramos.

Hubo un silencio, al cabo del cual habían llegado frente a las baterías. En ese instante se oían descargas de fusilamientos.

—Todo ha sido un tremendo disparate —siguió ella, después—. Una soberana inmundicia.

—¿Inmundicia? —se dijo Hernán. No veía la relación. Veía solamente el pavimento de acrílico roto bajo sus pies, que ahora además acababa de partirse en dos—. Entonces, quiere decir que no tiene ninguna importancia que nosotros dos, así

como están las cosas...

—¿Qué nosotros qué?

—Podamos querernos o mejor dicho hacer el amor como, como... —no encontraba las palabras.

—¿Cómo Dios manda?

—Eso. Con todo.

Gloria hizo un ruido con la boca que dejaba entender la poca consideración que le daba a ese aspecto de su intimidad.

—El sexo no tiene nada que ver con esto —dijo ella, luego de detenerse en una esquina donde había gente que corría a los ómnibus destartalados que seguían de largo con un ruido infernal—. El sexo es otra cosa. El sexo consiste en el dinero, en el poder, la seguridad, en lo que te permite tener cosas y disfrutarlas y ser como los otros. Eso es lo que Dios manda. El único sexo que yo conozco es el dinero, que es lo único por lo que la gente te respeta. Y es lo que te falta a vos. Lo que vos llamás sexo no es nada, es una ilusión, una mentira, una fabulación. Sexo es lo que tienen los demás que les permite vivir y ofrecer la vida a los otros y no lo que vos te empecinas en defender, eso que precisamente te convierte en un fantasma, en un paria, un muerto en vida. Los únicos eunucos en esta ciudad son vos y tus amigos. No existís, Hernán, eso es lo que te ocurre. Porque pedís cosas que no pueden ser, libertad, igualdad, justicia. Yo preciso un hombre que forme parte de la realidad, que me haga vivir en el mundo y no en ultratumba. ¿Está claro? Tenés que elegir. Hernán. Tu sexo o el de ellos.

A Hernán nunca se le hubiera ocurrido. Gloria se dio vuelta como para regresar:

—Andá. Allí a tres cuadras tenés la Oficina de Descargo. Andá y poné en orden tu legajo. Cuando tengas tu certificado volvé a mi casa.

Gloria se alejó rápidamente por donde habían venido. Hernán, casi sin darse cuenta, se encaminó hacia la Oficina que ella le había indicado, donde se encargaban de la esterilización. De pronto observó que involuntariamente había apurado el paso. Era verdad. Por lo visto, se había quedado solo. Ya no tenía por qué seguir resistiendo. Aunque tal vez sí, y casi se detuvo. Estaba a poco menos de dos cuadras. «Pero todavía tengo tiempo de decidirlo» pensó. Tal vez no era el único, habría muchos como él ocultos por la ciudad. Tratando de mantener prendida esa llama que los hacía hombres. Aunque no podía saberlo. Tal vez era el único. Y siguió caminando. Faltaba apenas una cuadra. «El único», se dijo. Pero ya no le importaba. Llegó así a cincuenta metros de la Oficina de Descargo. Después de todo aún no había entrado. «Todavía estoy a tiempo de echarme atrás», se decía. Bastaba con seguir de largo. Siguió avanzando. Treinta pasos. Veinte. Ya estaba casi frente a la puerta. Pero todavía no la había cruzado. Todavía sentía que llevaba eso. «Aún estoy a tiempo», repitió en voz alta. Ahora eran diez pasos. «Todavía», se dijo. Después diez, y cinco... y cuatro... Cuando llegó frente a la puerta se detuvo un momento.

## ANGÉLICA GORODISCHER

*Nacida en Buenos Aires, pero Rosarina por adopción, Angélica Gorodischer ha desarrollado una obra silenciosa y notable, que nos hacen decir que es, juntamente con Adolfo Bioy Casares, la más importante autora de cf de la Argentina. Sus cinco libros publicados, especialmente Bajo las jubeas en flor (1973) y Casta luna electrónica (1977) así lo atestiguan.*

*«... descubrí la cf de modo bastante casual... y bueno, yo quería escribir eso. Me resistí un poco, pero terminé por decidirme, no sé si muy claramente, o si llevada por mi gusto por lo desmesurado, por lo monstruoso, por los extremos».*<sup>[5]</sup>

*Su obra, algo tardía (comenzó a escribir después de los treinta años) ha sido reseñada con gran detalle por Elvio Gandolfo en el Prólogo. Sólo restaría agregar que la originalidad de su estilo es único dentro de nuestra literatura.*

*De todos sus relatos conocidos se destacan especial mente «Bajo las jubeas en flor», «Los sargazos», «Retrato del Emperador», «Haber ganado el mundo entero», «Onomatopeya del ojo silencioso» y el elegido para esta antología: «Los embriones del violeta».*

*Es un relato extraño, misterioso, poco revelador. Su temática tiene reminiscencias con el libro Solaris, del escritor polaco Stanislaw Lem. Sin embargo su estilo, su prosa tiene una complejidad sólo comparable a esas dos autoras enigmáticas y solitarias: Ursula K. Le Guin en Estados Unidos y Nathalie Henneberg en Francia.*

J. A. S.

## LOS EMBRIONES DEL VIOLETA

Se dio vuelta bajo las mantas, rugieron los torrentes. Alcanzó a detener la punta de un sueño que hablaba de Ulises: escuchó la respiración tranquilizadora de la noche en Vantedour. Bonifacio de Solomea se estiró a los pies de la cama y sacó la lengua rosa para la rutina de un aseo perezoso. Pero no había amanecido, y los dos volvieron a dormirse. Atravesado en el umbral de la puerta, Tuk-o-Tut roncaba.

Del otro lado del mar, los Matronas mecían a Carita Dulce. Habían transportado con cuidado el huevo al aire libre, fijándose dónde pisaban para no tropezar, para no sacudirlo, y lo habían destapado. La cuna enorme se movía al compás de la canción y el sol amarillo pasaba entre las hojas de los árboles y le lamía los muslos. Se movió, se frotó contra las paredes suaves de la cuna y lloriqueó. Los Matronas cantaron y una de ellos se acercó y le acarició la mejilla. Carita Dulce sonrió y volvió a quedarse dormido. Los Matronas suspiraron y se miraron entre ellos, arrobados.

En la isla era por la tarde: los clavicordios tocaban la Sonata N.º 17 en Si Bemol Mayor. Theophilus se preparaba para atacar nuevamente: Saverius había terminado su discurso y él había estado planeando una respuesta brillante. Pero dentro de él resonó la frase: Esta alma también ama a Cimarosa. ¿Se le escapaban las palabras que había pensado decir, la importancia de una conjunción adversativa, el matiz de un adjetivo para calificar un tanto peyorativamente el pretendido modelo universal de la percepción?, y le pareció que Saverius empezaba a mostrarse demasiado satisfecho.

Retorcido como una sogá, barbudo y sucio, oliendo a vómito y a sudor, hizo otro esfuerzo para sentarse. Apoyó con fuerza la mano izquierda en el suelo, apretando, apretando para que no temblara, y se agarró a una mata de pasto. Alzó la derecha, se sujetó al tronco del árbol y empezó a izarse. Estaba mareado y una saliva biliosa le llenaba la boca. Escupió, y un poco de baba se le deslizó por la barbilla.

—Cantemos —dijo—, cantémosle a la vida, al amor y al vino.

Tenía siete soles dentro de la cabeza y dos afuera. Uno era anaranjado y podía mirárselo impunemente.

—Quiero —dijo— un traje. Éste está hecho una porquería. Un traje nuevo de terciopelo verde. Verde, eso es, verde. Y botas altas. Un bastón, una camisa. Y whisky en copones de cerveza.

Pero estaba muy lejos del violeta y no tenía fuerzas para caminar.

La fachada de la casa era de piedra gris. La casa misma estaba incrustada en la montaña, y por dentro estaba minada por incontables corredores a los que no llegaba ninguna luz. Las salas de trofeos estaban vacías: en el monte, los Cazadores asaban carne de ciervos. Había salas tapizadas de negro a las que a veces entraban los Jueces. Todo estaba en silencio como lo estaba la mayor parte del tiempo: las ventanas seguirían cerradas. La cámara de torturas se encontraba en el sótano, y hacia allí

llevaban a Lesvanoos, con las manos atadas a la espalda.

Mientras tanto, quince hombres cansados se acercaban en la oscuridad. Once de ellos habían sido elegidos por sus aptitudes físicas, su valor y su capacidad de obediencia: los cuatro restantes, por sus conocimientos. En el único lugar que no era un pozo destinado a la mayor cantidad posible de funciones útiles, siete se sentaban alrededor de una mesa.

—Digamos que diez horas más —dijo el Comandante.

Leonidas Terencio Sessler pensó que se habían dicho demasiadas cosas en ese viaje, y que por lo visto, seguían y seguirían diciéndose demasiadas cosas. Había habido discusiones, peleas, gritos, órdenes, disculpas, explicaciones, discursos moralizantes (a su cargo, exclusivamente a su cargo). Su intención no había sido nunca resultar moralizador, pero en el deseo de paliar un poco lo que sabía que a los oídos de los demás sonaría como cinismo, algo se modificaba en el proceso oscuro por el que los pensamientos se transformaban en palabras, y terminaba por aplastar con moralejas a todo el mundo. Había tenido tiempo de comparar muchas veces ese proceso con el que, creía, debía producirse en la creación —un poema, por ejemplo: «sé salir antes del día sin despertar la estrella verde»— y había llegado a la conclusión de que la detonación del lenguaje, grito, lenguaje, nombre —otra vez: «habitaré mi nombre»— había sido un error monstruoso, o una broma sangrienta. Eso, según su estado de ánimo; en el segundo caso (cuando llegaba a ser capaz de aceptar la posibilidad de la sospecha de una sospecha: la existencia de dios), chistes interminables y reeditados, auto-biografías desoladas, recomendaciones y presunciones.

—Deberíamos —dijo— suprimir las palabras y comunicarnos con música.

El Comandante se sonrió, torciendo la cabeza como un pájaro de alas cortas, desconfiado.

—No me refiero solamente a nosotros —explicó Leo Sessler—, sino al hombre en general.

—Mi querido doctor —dijo el ingeniero Savan—, según usted, ¿en este momento deberíamos abrir las bocas y emitir una marcha triunfal?

—Ajá.

—¿No es lo mismo si gritamos viva viva, hurra hurra?

—Por supuesto que no.

—Doce notas son poco —dijo Reidt el joven inesperadamente.

—Y veintiocho signos son demasiado —contestó Leo Sessler.

—A ver ese café —dijo el Comandante.

A las once, hora de navegación, aterrizaron en el así llamado Desierto Puma. No era un desierto, sino una vasta depresión cubierta de hierbas amarillas.

—Triste tierra —dijo Leo Sessler.

—Diez horas cincuenta y cuatro —le contestaron.

Y también:

—No dormí nada anoche.

—¿Y quién durmió? —dijo alguien más.

Los cruzaban todos los ruidos precisos, matemáticos, perfectos. El Desierto Puma se extendía, engañosamente reseco, y se elevaba en los bordes como un gran plato de sopa. Los hombres se vestían, cada uno junto a su casillero, con trajes blancos; se ponían duros guantes articulados y botas hasta la rodilla, equipo completo de descenso. Leo Sessler se calzó los anteojos y encima las antiparras reglamentarias, estúpidas precauciones. Savan silbaba.

—Cuando estén listos —dijo el Comandante que siempre era el primero en estar listo—, junto a la cámara de salida —y abrió la puerta.

—¿Usted preferiría morir a quedarse ciego, Savan? —preguntó Leo Sessler.

—¿Cómo? —dijo el Comandante desde la puerta.

—Esos soles —dijo Leo Sessler.

—No hay cuidado —contestó el Comandante—, Reidt el joven sabe lo que hace —y cerró la puerta.

Reidt el joven se ruborizó; dejó caer un guante para poder agacharse y no tener que exhibir la cara ante los demás.

—Morirme —dijo Savan.

Bonifacio de Solomea arqueó el lomo y bufó.

—¿Qué pasa? —preguntó el Señor de Vantedour.

Abajo, aullaban los perros.

En cambio Theophilus tuvo la seguridad del aterrizaje, o, por lo menos, se enteró de que algo había sido visto en el cielo, y que ese algo venía en dirección a ellos. La esperanza había sido reemplazada por el bienestar, relegada y olvidada cuanto antes como algo peligroso. Pero la curiosidad hizo que se mantuviera en contacto con el Maestro Astrónomo. Así supo el lugar en el que eso había caído o bajado, y aunque no le entusiasmaba la idea de viajar sin dormir, hizo que lo comunicaran con el Maestro Navegador.

—Apaguen esa música.

Los clavicordios se interrumpieron en medio de la trigésima sonata.

Un jinete entraba a galope tendido en el patio de honor. El Señor de Vantedour se levantó de la cama, se echó una capa sobre los hombros, y se acercó a los balcones. El hombre gritaba algo allá abajo, venía de los puestos de observación, y señalaba hacia el oeste.

—Después del desayuno —dijo el Señor de Vantedour.

En la habitación no había nadie para escucharlo, salvo Bonifacio de Solomea que aprobó silenciosamente.

Carita Dulce lamía las paredes húmedas de la cuna, y Lesvanoos, atado a la mesa, desnudo, miraba al verdugo y el verdugo esperaba.

Vestido con el traje de terciopelo verde, apoyándose en el bastón, se alejó del violeta cantando. Llevaba una copa en la mano. El sol brillaba en el cristal y en los

botones de perlas de la camisa. Estaba en paz y la felicidad era tan fácil.

Bajaron ocho de ellos, el Comandante, Leo Sessler, el ingeniero Savan, el radiooperador segundo, y cuatro tripulantes más. Todos llevaban armas livianas, pero el único que se sentía ridículo era Leo Sessler.

Savan levantó la cabeza para mirar al cielo, y dijo a través de la mascarilla, con una voz desconocida:

—Reidt el joven tenía razón. Uno de ellos por lo menos, es totalmente inofensivo. Mire para arriba, doctor.

—Gracias, no. Supongo que lo voy a hacer en cualquier momento, sin darme cuenta. El sol siempre me ha inspirado cierta desconfianza. Imagínese cuando me encuentro con dos.

Empezaban a remontar la cuesta suave.

—Cuando salgamos de esta hoya —dijo el Comandante y se detuvo.

Contra el horizonte dorado galopaba un potro, negro a contraluz. Todos se quedaron parados, quietos y mudos, y uno de los tripulantes alzó el fusil. Leo Sessler alcanzó a verlo y le hizo un gesto negativo, el potro seguía galopando a la vista de todos por el borde de la depresión, como ofreciéndose para que lo contemplaran, lleno de fuerza, azotado por el frío de la mañana, animado por ríos de sangre caliente en los ijares y en los remos, las narices dilatadas y burlonas. De pronto desapareció, bajando hacia el otro lado de la pendiente.

—Ah no —dijo el ingeniero Savan—, pero si eso era un caballo.

Y al mismo tiempo:

—¿Ustedes vieron? —preguntó el Comandante.

—Un caballo —dijo uno de los tripulantes—, un caballo mi Comandante, señor, pero no era que no íbamos a encontrar animales.

—Ya sé. Nos hemos equivocado. Bajamos en otra parte.

—Cállese, Savan, no diga estupideces. Hemos bajado exactamente donde debíamos.

—«Pasaron los caballos que corrían al osario, fresca todavía la boca de salvias de la tierra». Solamente que ésta no es la Tierra y aquí no debería haber caballos —dijo Leo Sessler.

El Comandante no le ordenó que se callara. Dijo:

—Adelante.

El Maestro Navegador le había hecho saber que todo estaba preparado. Sentado frente al comunicador, Theophilus escuchaba. Oyó:

—«Pasaron los caballos que corrían al osario, fresca todavía la boca de salvias de la tierra». Solamente que ésta no es la Tierra y aquí no debería haber caballos.

Y después, otra voz:

—Adelante.

Para cuando llegaron al borde del Desierto Puma, el sol amarillo calentaba la parte de afuera de los trajes blancos, pero allí adentro ellos no sentían el calor.

Se detuvieron en el límite de un mundo verde y azul, manchado de puntos violeta. Estaban en la Tierra en la primera mañana de una nueva edad con dos soles y caballos, bosques de robles y sicomoros, parcelas de tierra cultivada, girasoles y sendas.

Leo Sessler se sentó en el suelo; algo le saltaba dentro de las tripas, algo le había sellado la garganta y andaba jugando dentro de él, Proteo, leyendas. Se partió: por favor, tengamos calma. Suponía que Savan estaba pálido y que el Comandante había decidido seguir siendo el Comandante: Leo Sessler sabía que era un hombre enfermo. Pensó que era una suerte que Reidt el joven se hubiera quedado. El Comandante desplegó un mapa y planteó el asunto, dirigiéndose a todos. Lejos, el potro galopaba contra el viento.

—Díganle al Maestro Navegador que ya bajo —dijo Theophilus.

Carita Dulce se encogió, las rodillas contra el mentón. Lesvanoos suplicaba que lo azotaran: el verdugo tenía orden de seguir esperando.

Hacía girar el bastón con la mano derecha y con la izquierda se llevaba el copón a los labios. El whisky chorreaba sobre el terciopelo verde.

—¿Cuántos hombres? —preguntó el Señor de Vantedour.

—Ocho —contestó el vigía.

—La cosa es así —dijo el Comandante—: los datos no coinciden, de modo que debe haber un error en alguna parte. Creo imposible que nosotros nos hayamos equivocado. La alteración debe estar, con seguridad, en la información que nos ha sido suministrada.

Cada hombre responde al ritual lingüístico de su clase, pensó Leo Sessler.

—Se nos ha hablado de vida vegetal pobre, musgos, pastos, y a veces arbustos, y nos encontramos con árboles

Cultivos, eso es más grave (Sessler).

—, hierbas altas, en fin, una vegetación asombrosamente rica y variada. Sin contar con los animales. Según los informes previos, solamente debíamos haber visto insectos, pocos, y algunos vermiformes.

—Está el asunto del agua —dijo Leo Sessler.

—¿Qué?

—Escuchen.

A la distancia, rugían los torrentes.

—El agua, eso es, el agua —dijo el Comandante—, otra incongruencia.

Savan se sentó en el suelo, junto a Leo Sessler. El Comandante tosió.

—Creo —dijo— que se consignaban hilos de agua, intermitentes por otra parte, y estacionales, que se hundían en el suelo. Pero lo importante ahora es resolver qué vamos a hacer. Podemos seguir. O podemos volver y celebrar algo así como un concejo, con la información previa a la vista, para compararla con lo que acabamos de ver.

—Alguna vez vamos a tener que ir —dijo el ingeniero Savan.

—De acuerdo —dijo el Comandante—. Yo había pensado más o menos en los mismos términos. La reunión podrá hacerse después, y la ventaja de seguir reside en que contaremos con datos más amplios. De todas maneras, si alguien quiere volverse —eso involucra también a los tripulantes, posiblemente no al radiooperador segundo—, puede hacerlo.

Pero nadie se movió.

—Sigamos entonces.

Plegó los mapas. Savan y Leo Sessler se pusieron de pie.

—Tengan las armas listas pero nadie las use sin orden mía, vean lo que vieren.

¿Potros? ¿Una cabina de teléfonos? ¿Un tren? ¿Una cervecería? Lo cotidiano: vermiformes e hilos de agua intermitentes y estacionales.

—Todo parece tan tranquilo.

Leo Sessler pensó una de sus frases célebres y se rió de sí mismo. Algún día escribiría sus memorias de hombre solitario, y habría un apartado especial dedicado a sus frases célebres, pequeñas enunciaciones dogmáticas que habían nacido frente a situaciones inesperadas que los demás no comprendían y él tampoco, para tratar de reducirla a su no-moral de la fragilidad humana. Por ejemplo, en este caso, que la belleza, porque lodo esto era de una belleza maternal, no garantizaba una acogida amistosa. No lo había sido, indudablemente, para el Comandante Tardon y la tripulación de la Luz Dormida Tres. Podía haber silenciosas emboscadas. O monstruos. O aquí la muerte podía adoptar formas amables. O sirenas, o simplemente venenos flotantes. O emanaciones que fortalecieran en el hombre el deseo de morir. Lo que no explicaba el potro ni los campos cultivados.

—Eso es un camino —dijo Savan.

Ni los caminos.

Se pararon frente al camino de tierra apisonada.

Ni algo tan familiar como los girasoles.

—Por el camino —dijo el Comandante—. Siempre nos va a resultar más fácil andar por un camino que a campo traviesa.

Hasta un militar de profesión podía tener rasgos admirables, y lo cierto es que esos rasgos admirables podían muy bien formar parte precisamente del conjunto de inclinaciones y cualidades que llevan a un hombre a elegir esa profesión abominable. Eso, decidió Leo Sessler, era demasiado largo, no formaría parte del capítulo de las frases célebres, sino de, veamos, de Las Reflexiones del Atardecer. Los soles estaban sobre sus cabezas, las botas levantaban pequeños remolinos de polvo, un polvo blanco que flotaba un momento y caía suavizando las huellas de pies. El Comandante dijo que caminarían durante una hora más, y que en caso de no encontrar nada nuevo, volverían y programarían una exploración más completa para el día siguiente. El camino atravesaba el bosque de robles. Había pájaros pero nadie los comentó: el potro había resumido a todos los animales que no debían haber existido.

—Efectivamente, es posible —dijo el Señor de Vantedour—. ¿Cómo los oyó?

—Creando un comunicador. Sumamente fácil, hágame acordar que se lo explique.

—Las ventajas de ser experto en electrónica superior —sonrió el Señor de Vantedour—. ¿Por qué vino a verme a mí?

—¿A quién esperaba que fuera a ver? —preguntó a su vez Theophilus—. ¿A Moritz? Kesterren queda fuera de alcance. Y a Leval hay que encontrarlo cuando es Les-Van-Oos, pero me temo que ahora pasa la mayor parte del tiempo siendo Lesvanoos.

—Quiero decir si usted espera que hagamos algo.

—No sé.

—Por supuesto, usted comprende que podríamos hacer cualquier cosa.

—Por cualquier cosa usted entiende suprimirlos —dijo Theophilus.

—Sí.

—Fue lo primero que pensé. Y sin embargo.

—Eso es —dijo el Señor de Vantedour—. Sin embargo.

El camino salía del bosque de robles y Carita Dulce reclamaba caricias, más caricias, mientras el hombre del traje de terciopelo verde caía una vez más, la copa se hacía pedazos, el verdugo tensaba las cuerdas, Lesvanoos aullaba, y el Señor de Vantedour y Theophilus trataban de ponerse de acuerdo sobre qué se haría con los ocho hombres de la Niní Paume Uno.

Leo Sessler fue el primero en ver el muro de ronda y siguió caminando sin decir nada. Oyeron el galope: ¿el potro? Los hombres vieron alzarse al jinete detrás de la próxima cuesta, o tal vez alcanzaron a darse cuenta de las dos cosas al mismo tiempo, el muro de ronda y el jinete que venía hacia ellos. El Comandante hizo un ademán: abajo las armas. El caballo fue sofrenado y el jinete se acercó al paso.

—Con los saludos del Señor de Vantedour, señores. Se los espera en el castillo. —El Comandante inclinó la cabeza, el jinete desmontó y empezó a caminar al frente del grupo, llevando al caballo de la brida.

El caballo era, o parecía, un pura sangre inglés de perfil rectilíneo, de gran alzada. Los arneses estaban hechos de cuero teñido de azul oscuro con estrellas doradas estampadas a fuego. El bocado, la barbada, los anillos para las riendas, y los estribos, eran de plata. Llevaba gualdrapas del mismo color que las riendas, con estrellas en la orla.

—*Equus incredibilis* —dijo Leo Sessler.

—¿Cómo? —preguntó Savan.

—O quizás *Eohippus Salariis improbabilis*.

Savan no preguntó nada más.

El jinete era un hombre joven e inexpresivo, vestido de azul y negro. Los calzones ajustados eran negros, y la casaca era azul con estrellas doradas en la orla. Una capucha le cubría la cabeza y le bajaba hasta los hombros.

El Comandante pidió al radiooperador segundo que llamara a la Niní Paume Uno dando el rumbo que llevaban, sin explicar nada, diciendo que volverían a

comunicarse. El hombre se fue quedando atrás.

Cruzaron una rampa almenada sobre un foso seco, y el puente levadizo. Entraron en el patio empedrado. Había una cisterna y ladridos de perros y hombres vestidos como el guía, olor a animales, a troncos quemados, a cuero y a pan caliente. Rodeados por las torres flanqueantes, las almenas y las saeteras, encabezados por el Comandante para quien toda la marcha tenía que haber sido un suplicio, se dejaron llevar hasta la Puerta de Ceremonia; a medias en la sombra del interior, solamente las piernas en el agujero de luz que hacía el sol sobre el piso de losas de piedra, esperaban dos hombres. El guía se apartó y el Comandante dijo:

—Tardon.

—El Señor de Vantedour, querido Comandante, el Señor de Vantedour. Adelante, quiero presentarles a Theophilus.

Los ocho hombres entraron en el salón.

En la isla, el Maestro Astrónomo componía su décimo-novena memoria: ésta, sobre la Constelación del Lecho de Afrodita. El jefe de jardineros se inclinaba sobre una nueva variedad de rosa ocre moteada. Saverius leía La Doctrina Platónica de La Verdad. La Peonía estudiaba su nuevo peinado. Y en las cocinas sé trabajaba en un ibis de hielo que llevaría en el vientre ahuecado los helados de la comida de la noche.

Lesvanoos había eyaculado sobre las piedras rugosas de la cámara. Flojo y dolorido, con los ojos llenos de lágrimas, los labios resecaos, la garganta ardiendo, alzó la mano derecha y señaló la puerta. El verdugo llamó en voz alta y El Campeón entró con un manto desplegado que echó sobre Lesvanoos, Lo envolvió, lo levantó en brazos y lo sacó de allí.

El hombre del traje de terciopelo verde dormía bajo los árboles. Siete perros aullaban a las lunas.

Carita Dulce se había despertado y los Matronas le hablaban en arrullos, aflautando las voces, imitando balbuceos de niños.

—Confío —dijo el Señor de Vantedour— en que una explicación hará que nos comprendamos mejor.

Estaban sentados alrededor de la mesa en el Gran Salón. En las chimeneas ardían los leños, bufones y trovadores esperaban en los rincones. Los sirvientes trajeron vino y carne asada. Las damas habían sido excluidas de la reunión. Eran los ocho hombres de la Tierra, el Señor de Vantedour y Theophilus. Bonifacio de Solomea trepó sobre las rodillas de Leo Sessler y estudió al hombre con sus ojos amarillos. Tuk-o-Tut guardaba la puerta que daba a la Sala de Armas, los brazos cruzados sobre el pecho.

—Imaginan a la Luz Dormida Tres cayendo hacia el mundo con una rapidez mucho mayor de la prevista.

—Nos vamos a estrellar.

Moritz vomita, Leval parece de piedra. El Comandante Tardon consigue frenar, no mucho, no todo lo que sería necesario, el impulso suicida de la Luz Dormida Tres, que se yergue al fin sobre la tierra desconocida haciéndoles cimbrar los huesos. Pero

el suelo de Salari II es gredoso, reseco y flojo, y cede bajo un costado y la nave se inclina y cae.

—Heridos —dijo el Señor de Vantedour—, estuvimos inconscientes mucho tiempo.

Hay un despertar blanco: el sol entra por las grietas abiertas en la popa.

—Salimos de allí como pudimos. Kesterren era el que estaba peor, lo sacamos a la rastra. La Luz Dormida Tres estaba acostada sobre la llanura.

El mundo es un frío pedazo de cobre bajo dos soles. Kesterren se queja. Mientras Leval se queda con él, subo a la Luz Dormida Tres con Sildor en busca de agua y suero. Tengo las manos quemadas y Sildor está herido en la cara y arrastra una pierna. Afuera ha empezado a soplar el viento, y ya se ha vuelto peligroso pensar.

—Vivimos entre el desierto y la Luz Dormida Tres, manteniéndonos con raciones ínfimas, durante varios días, no puedo decirles cuantos. Todos los instrumentos estaban destrozados y la provisión de agua se iba a acabar muy pronto. Kesterren terminó por reaccionar, pero nos era imposible moverlo, la pierna de Sildor se volvió enorme y rígida, y mis manos estaban en carne viva. Moritz se pasaba el día sentado, con la cara entre las rodillas y los brazos alrededor de las piernas, y a veces sollozaba sin pudor.

A Leo Sessler se le ocurrió (Bonifacio de Solomea dormía sobre sus rodillas) que el pudor puede muy bien dejar de florecer en un mundo desierto, donde no hay agua ni comida ni antibióticos; en un mundo con dos soles y cinco lunas, al que el hombre llega por primera vez en misión precolonizadora para un rápido viaje de reconocimiento, y donde se ve obligado a enfrentar sus pocos, últimos días.

—Yo había decidido matarlos, ¿me comprenden? —dijo el Señor de Vantedour—. Entrar a la Luz Dormida Tres, dispararles desde ahí y pegarme un tiro después. No podíamos salir en busca de agua. Incluso si la hubiéramos encontrado —hizo una pausa, desdeñando hilos de agua intermitentes, estacionales e improbables—, nuestras posibilidades de sobrevivir eran tan limitadas que resultaban casi inexistentes. Algún día desembarcaría otra expedición, ustedes, y encontrarían los restos de la nave y cinco esqueletos con agujeros de bala en la cabeza —sonrió—. Sigo teniendo muy buena puntería.

—Comandante Tardon —dijo Savan.

—Señor de Vantedour, por favor, o simplemente Vantedour.

—Pero usted es el Comandante Tardon.

—Ya no.

El Comandante de la Niní Paume Uno se movió en su sillón y dijo que él pensaba como Savan, que Tardon no podía dejar de ser quien había sido, quien era en realidad. La pregunta de Savan no llegó a ser formulada: suavemente, intervino Theophilus.

—Explíqueles cómo descubrimos el violeta, Vantedour.

—Explíquenos de dónde salió todo esto —dijo el Comandante y abarcó con un

gesto el Gran Salón, los trovadores, las chimeneas de piedra, los sirvientes vestidos de azul, los enanos, la Escalera de Honor, Tuk-o-Tut junto a la puerta de la Sala de Armas adornado de collares, alfanje a la cintura, babuchas en los pies; las caras femeninas tocadas con altos sombreretes blancos que se asomaban a los balcones interiores.

—Es lo mismo —dijo el Señor de Vantedour.

—Dícales que somos dioses —sugirió Theophilus.

—Somos dioses.

—¡Por favor!

Camino alrededor de la nave rota esperando acortar el día. Sildor viene a mi encuentro rengueando y caminamos los dos en círculos muy lentos. Evitamos pisar las dos grandes manchas de luz violeta, como lo hemos hecho desde el principio. Tienen bordes imprecisos y parecen fluctuar, moverse, están vivas tal vez, y tal vez son mortíferas. No sentimos curiosidad, ya que conocemos una respuesta.

—No quiero comer.

—Cállese, Sildor. Quedan provisiones.

—Mentira.

Creo que voy a golpearlo, pero él se ríe. Doy unos pasos hacia él: retrocede sin mirar adonde pone los pies.

—No quise insultarlo —dice—. Iba a explicarle que no quiero comer, pero que daría cualquier cosa por tener un cigarrillo.

—¿De dónde sacó ese cigarrillo? —le gritó.

Sildor me mira espantado, y después recobra su cara de la nave.

—Escuche Comandante Tardon, no tengo cigarrillos. Solamente dije que quería un cigarrillo.

Lo asalto, como si fuera a luchar con él, lo agarro de la muñeca y le alzo la mano, se la pongo frente a los ojos.

Tiene dos cigarrillos en la mano.

—La única solución posible —siguió el Señor de Vantedour— era que estábamos locos.

Y el universo se desploma encima mío, blando y pegajoso. Acostado en el Lecho de Afrodita, oprimido por la tapa de mi ataúd, oigo muy lejos las voces de Sildor y de Leval. Me llaman, tienen un megáfono, sé que hemos dejado atrás los límites, me silban los oídos y sueño con el agua. Me golpean la cara y me ayudan a sentarme. Kesterren pregunta qué pasa. Quiero saber si los cigarrillos existen. Los tocamos y los olemos. Finalmente nos fumamos uno entre los tres y es un cigarrillo. Decidimos suponer por un momento que no estamos locos y hacer una prueba.

—Quiero un cigarrillo —dice Leval y se mira las manos vacías, que siguen vacías.

Lo repite sin mirarse las manos. Imitamos las palabras, los gestos y las expresiones que teníamos en el momento en que se produjo el primer cigarrillo.

Sildor se para frente a mí y dice: No quise insultarlo. Iba a explicarle que no quiero comer pero que daría cualquier cosa por tener un cigarrillo.

No sucede nada más. Me río por primera vez desde que la Luz Dormida Tres empezara a tomar demasiada velocidad, ya dentro de la atmósfera.

—Quiero —dijo— un refrigerador de alimentos con comida para diez días. Una casa de veraneo a orillas de un lago. Un sobretodo con cuello de piel. Un automóvil Senior De Luxe. Un gato siamés. Cinco trompetas.

Leval y Sildor también se ríen, pero hay un cigarrillo.

Dormimos mal, hace más frío que las noches anteriores, y si bien Moritz ya casi no habla ni se mueve, Kesterren no deja de quejarse.

Pero a la mañana siguiente, antes de la hora fijada para el desayuno, si es que lo que habíamos venido comiendo podía llamarse desayuno, me levanté antes que los otros se despertaran y, por intrigado que estuviera con lo de la noche anterior, fui hasta la luz Dormida Tres en busca de los rifles. Cuando miré hacia abajo, la carpa y el infinito mundo pardo que empezaba a Iluminarse con los dos soles, y las manchas violeta que parecía agua, o aguas vivas, pensé que, con todo, era una lástima. No tenía miedo, no me daba miedo eso de morir, porque no pensaba en la muerte. Después del primer acceso de terror durante mi Infancia, había adivinado que esas cosas se aceptan o nos vencen. Pero me acordé del cigarrillo y volví a bajar. Me lo fumé ahí, helado de frío en el viento de la mañana. El humo era de un azul violáceo, casi como las manchas en el suelo de Salari II. Como iba a morir ese día, caminé hasta una de ellas, me paré encima, y comprobé que no sentía nada. Dije quiero una afeitadora eléctrica y la deseé realmente con fuerza, me sentí no como si me estuviera afeitando, sino como si yo mismo hubiera sido una afeitadora eléctrica. Me quemé los dedos con el cigarrillo, y el dolor de la brasa sobre las manos ya quemadas me hizo gritar. Tenía una afeitadora eléctrica en la mano.

Los enanos jugaban a los dados Junto a la chimenea. Los malabaristas y los trovadores los azuzaban. Un contorsionista se tendió como un arco por encima de los jugadores, las llamas de los leños iluminándole la cara. Redes, claves: los sirvientes miraban y se reían.

—Como la muerte —dijo el Señor de Vantedour—, esto era algo que había que aceptar. Y aun cuando estuviéramos locos, si podíamos fumarnos nuestra locura, afeitarnos con nuestra locura, llenarnos el estómago con nuestra locura, era no sólo conveniente sino necesario aceptarlo. Desperté a Sildor y nos paramos cada uno sobre una de las manchas violeta. Pedimos un río de agua dulce y clara, con peces y lecho de arena, a diez metros de donde estábamos, y lo obtuvimos. Pedimos árboles, una casa, comida, un automóvil Senior De luxe y cinco trompetas.

Los ocho hombres pasaron todo el día y se quedaron a dormir en el castillo del Señor de Vantedour. Theophilus volvió a la isla. Bonifacio de Solomea y Tuk-o-Tut desaparecieron detrás del Señor.

Esa noche Reidt el joven tuvo pesadillas. Tres enfermeros con los guardapolvos

manchados de sangre empujaban montaña arriba una silla de ruedas en la que él iba sentado. Al llegar a la cima soltaban la silla y lo dejaban solo, se volvían corriendo por donde habían subido: iban inflando globos, globos que se hinchaban y los izaban del suelo. Él se quedaba en su silla, al borde de un precipicio sin fondo. En la ladera que caía a pico había escalones excavados, y él se levantaba de la silla y empezaba a bajar agarrándose de los bordes de cada agujero. Gritaba porque sabía, que cuando bajara el pie no iba a encontrar el próximo escalón: iba a terminar por soltarse, tanteando con el pie en busca del otro hueco, iba a abrir las manos y a caer y gritaba.

Esa noche el radiooperador primero anotó en el parte un mensaje firmado por el Comandante en el que se decía que habían encontrado un lugar apropiado en el que acamparían para pasar la noche.

Esa noche Les-Van-Oos mató tres serpientes marinas, armado solamente con una lanza, y la multitud lo aclamó. Carita Dulce cerró los ojos dentro del útero-cuna, tanteó entre sus piernas con una mano, y los Matronas se retiraron discretamente. Bajo las estrellas que se desleían, el corazón del hombre del traje de terciopelo verde galopaba y se debatía en su jaula.

Esa noche Leo Sessler se levantó de la cama y acompañado por torrentes y por la luz de las teas, recorrió corredores y subió escaleras hasta llegar a la puerta delante de la cual dormía Tuk-o-Tut.

—Quiero ver a tu señor —dijo Leo Sessler tocándolo con el pie.

El negro se levantó y le mostró los dientes, la mano sobre la empuñadura del alfanje.

Si este animal me da un golpe con eso, me destroza.

—Quiero ver al Señor de Vantedour.

El negro hizo que no con la cabeza.

—¡Tardon! —gritó Leo Sessler—. ¡Comandante Tardon! ¡Salga! ¡Quiero hablar con usted!

El negro desenvainó el alfanje, la puerta se abrió hacia adentro.

—No, Tuk-o-Tut —dijo el Señor de Vantedour—, el doctor Sessler puede venir cuantas veces quiera.

El negro sonreía.

—Adelante, doctor.

—Tengo que pedirle disculpas por esta visita intempestiva.

—Pero no. Voy a hacer que nos traigan café.

Leo Sessler se rió:

—Me gustan esas contradicciones; Un castillo medieval en el que no hay luz eléctrica pero donde uno puede tomar café.

—¿Por qué no? La luz eléctrica me irrita, pero el café me gusta —fue hasta la puerta, habló con Tuk-o-Tut y volvió a sentarse frente a Sessler—. También tengo agua corriente, como habrá visto, pero no tengo teléfono.

—¿Y los demás? ¿Tienen teléfono?

—Theophilus tiene, para comunicarse con Leval cuando Leval está en condiciones de comunicarse con alguien. Kesterren no lo está casi nunca, y Moritz definitivamente nunca.

Era una estancia enorme y los dos hombres estaban sentados en el centro. La cama, sobre una plataforma de madera trabajada, ocupaba la pared del norte. La pared del oeste no existía: tres arcadas sostenidas por columnas daban a una galería con balcones sobre el patio, desde los que se veían también el campo y los bosques. Todo era desmesurado: los techos eran demasiado altos, había pieles en el suelo y colgaduras en las paredes. No se oía nada, salvo la voz poderosa de los torrentes que Sessler todavía no había visto, y hasta eso se adivinaba gigantesco a la distancia.

—¿Qué vamos a hacer, Vantedour?

—Es la segunda vez en el día que me hacen esa pregunta. Y le voy a confesar que no veo por qué tengo que ser yo el que decida. Theophilus me preguntó lo mismo, cuando supimos que ustedes habían llegado, él por medios mucho más perfectos, y, digamos, más modernos que yo. Entonces se trataba de decidir qué íbamos a hacer con respecto a ustedes. Parece que ahora se trata de qué vamos a hacer con respecto a nosotros.

—Yo me refería a todos, a ustedes y a nosotros —dijo Leo Sessler—. Pero le confieso que soy suspicaz en cuanto a mí mismo y a mis motivos. Sospecho que esto, por importante que sea, no es más que una aproximación oblicua para alentarle a que me dé algunas explicaciones.

El Señor de Vantedour sonrió:

—¿No le basta con todo lo que dije durante la comida?

Tuk-o-Tut entró sin llamar. Detrás de él venía un sirviente con el café.

—¿Azúcar? ¿Un poco de crema?

—Gracias, no. Lo tomo así, negro y sin nada de azúcar.

—En cambio yo. Veá, me gusta el sabor de lo dulce. He engordado. Hago ejercicio, salgo a caballo y organizo partidas de caza, pero los placeres de la mesa siguen haciendo estragos —se llevó la taza a los labios—. No es que me importe mucho —y tomó un trago del café dulce.

Tuk-o-Tut y el sirviente salieron. Bonifacio de Solomea los miraba, sentado en la cama, rodeado por su cola.

—No quiero anécdotas, Vantedour. Me interesa su opinión sobre este fenómeno de. No sé cómo llamarlo, y eso me molesta. Estoy acostumbrado a que todo tenga su nombre, su denominación; incluso a la búsqueda maniática del nombre correcto. Y a pesar de eso, yo soy el hombre que abomina de las palabras.

—Me explico que necesite nombres para las cosas; ¿usted no es eso que llaman un hombre de ciencia?

—Ajá. Excelente café.

—De nuestras plantaciones. Tiene que ir a visitarlas.

—Cómo no. Aceptemos eso de que soy un hombre de ciencia. Con sus

contradicciones, claro. Quiero decir, hubiera podido ser «el acupuntor y el salinero, el peajero y el herrero».

—Hoy habló de caballos que corrían hacia el osario.

—¿Cómo sabe eso?

—Theophilus imaginó un aparato, bastante complicado, estoy seguro, con el que se dedicó a escucharlos desde que desembarcaron.

—Eso nos lleva a mi primera pregunta: qué piensa usted de este fenómeno de conseguir cosas de la nada.

—No pienso ya. Pero tengo una infinidad de respuestas para eso —dijo el Señor de Vantedour—. Puedo volver a repetirle que somos dioses, o que se nos ha convertido en dioses. También puedo decirle que es algo sumamente útil, y que si existiera en todos los mundos eliminaríamos muchas cosas superfluas, religiones, doctrinas filosóficas, supersticiones y todo eso. ¿Se da cuenta? Es que no habría preguntas sobre el hombre. Dele usted a un individuo un instrumento todopoderoso, y ahí tendrá todas las respuestas, créame. O no me crea, no tiene por qué creerme: espere a ver lo que el violeta ha hecho de Kesterren, de Moritz y de Leval, o lo que ellos han hecho de sí mismos con el violeta —dejó la taza sobre la mesa—. Theophilus y yo somos los casos más leves, por lo menos seguimos siendo hombres.

—¿Y ustedes dos no podrían haber hecho algo por ellos?

—No existe ninguna razón por la cual tendríamos que hacer algo por ellos. Lo más terrible de todo es que ellos, nosotros también pero ésa es otra historia, lo más terrible es que ellos por fin son felices. ¿Sabe lo que quiere decir eso, Sessler?

—No, pero puedo entreverlo.

—El hecho de que seamos felices pone en cierto sentido un punto final a todo. En cuanto a qué haremos con ustedes, eso también se contesta fácilmente. Theophilus puede diseñar cualquier cosa, un aparato o una poción o un arma que los haga olvidarse de todo, y hasta creer que han comprobado que Salari II ya no existe, que estalló matándonos mientras cumplíamos nuestra exploración, o que se ha vuelto peligroso para el hombre, o lo que sea.

—Nosotros también podríamos utilizar el violeta.

—Lamento desilusionarlo, Sessler, pero no, no pueden. Nosotros descubrimos el medio porque estábamos desesperados. Ustedes no lo están y nosotros nos vamos a ocupar de que no lo estén mientras sigan en Salari II. Le digo esto para evitarle pruebas inútiles: no se trata de pararse sobre una mancha violeta y decir quiero las joyas de la corona para obtenerlas.

—Muy bien, ustedes tienen el secreto y no nos lo van a decir. No crea que no lo comprendo. Pero ¿qué son o qué hay en esas manchas violeta?

—No sé. No sé qué son. Hicimos algunos experimentos, al principio. Cavamos, por ejemplo, y el violeta seguía allí extendiéndose hacia abajo pero no como una cualidad de la tierra sino como un reflejo. Solamente que si usted, parado allí, busca la fuente de ese reflejo, hacia arriba y hacia los costados, no encuentra nada.

Permanecen, un poco fluctuantes siempre, también de noche, o sobre la nieve cuando nieva. No sabemos qué son ni qué tienen. Puedo suponer un par de cosas. Que dios terminó por disgregarse, por ejemplo, y que sus pedazos cayeron en Salari II. Es una buena explicación, sólo que a mí, personalmente, no me gusta. Que cada mundo tiene puntos desde los cuales es posible, bajo ciertas condiciones, no olvidemos eso, obtener cualquier cosa, pero que en Salari II son más evidentes. Según esto, en la Tierra también los habría y nadie los habría descubierto. O casi nadie, y entonces podrían explicarse algunas leyendas. Que esas cosas violeta están vivas y los dioses son ellas, no nosotros. Que nada de esto existe —golpeó el suelo con el pie— y que en Salari II el hombre cambia, sufre una especie de delirio que le hace ver y sentir que todos sus deseos se han cumplido. Que es el infierno y el violeta es nuestro castigo. Y así hasta el infinito. Adopte la que más le guste.

—Gracias, pero ninguna de sus teorías me convence.

—De acuerdo, a mí tampoco. Pero yo ya no me hago preguntas. Y vamos a ver, Sessler, ¿qué clase de hombre es usted?

—¿Cómo?

—Eso, ¿qué clase de hombre es usted? Mañana o pasado irá a ver cómo viven los otros, el resto de la dotación de la Luz Dormida Tres. ¿Qué hubiera hecho usted? ¿Cómo viviría?

—Ah no, oiga Vantedour, eso no es justo.

—¿Por qué? Ya ve cómo vivo yo, lo que quise, lo que pedí.

—Sí. Usted es un déspota, un hombre que no se siente satisfecho si no está en la cima de la pirámide.

—Pero no, doctor Sessler, no. Yo no soy un señor feudal, soy un hombre que vive en un castillo feudal. No envío a nadie al potro, no confisco bienes, no corto cabezas, no me he ocupado de tener señores rivales ni un rey a quien disputarle el poder. No tengo ejército, no hay feudo, el castillo es todo.

—¿Y los habitantes del castillo?

—También nacieron del violeta, claro, y son tan auténticos como aquel cigarrillo y aquella afeitadora. Y le voy a decir algo más; son felices y sienten afecto por mí, afecto, no adoración, porque los concebí así. Envejecen, se enferman, se lastiman si se caen, mueren. Pero están satisfechos y me quieren.

—¿Las mujeres también?

El Señor de Vantedour se puso de pie sin decir nada.

—Entonces, ¿las mujeres no?

—No hay mujeres, Sessler. Debido a las condiciones, digamos tan particulares, bajo las cuales puede obtenerse algo del violeta, no nos ha sido posible a ninguno de nosotros obtener una mujer.

—Pero yo las he visto.

—No eran mujeres. Y ahora, si usted me disculpa, y espero que no me tome por un anfitrión desconsiderado, es hora de que nos acostemos. Queda mucho por hacer

mañana.

A las tres de la madrugada el doctor Leo Sessler salió al patio del castillo, atravesó el puente, bajó la rampa y empezó a caminar bajo las lunas buscando una mancha violeta en la tierra. Desde los balcones de la galería, el Señor de Vantedour lo miraba.

—Hemos encontrado a la dotación de la Luz Dormida Tres —anunció el Comandante.

—¿Cómo murieron? —preguntó Reidt el joven.

—No murieron —dijo Leo Sessler—. Viven, están vivos, saludables y satisfechos.

—¿Y cómo vamos a hacer para llevarlos con nosotros, señor? —preguntó el oficial de navegación—. Cinco hombres son demasiado peso extra.

—No parece que quisieran volver —dijo Leo Sessler.

—Son los dueños y señores de Salari II —casi gritó Savan—. Cada uno de ellos tiene un continente entero para él solo y pueden obtener todo lo que quieren de esas cosas violeta.

—¿Qué cosas violeta.

—No nos apresuremos —dijo el Comandante—. Reúna a la tripulación.

Los quince hombres subieron al vehículo de Theophilus, con el Maestro Navegador a los controles. Se deslizaron por la superficie de Salari II.

—¿Prefieren volar?

—No —dijo Theophilus—. Sigamos así. Conocen tan poco de Salari II.

—Aquí vive Kesterren.

—¿Dónde?

—En cualquier parte, por aquí cerca. Nunca se aleja mucho.

Los hombres caminaban por el campo, probaban suerte en las manchas violeta.

—Hay un vagabundo acostado allí —dijo uno de los tripulantes.

El Señor de Vantedour se inclinó sobre el hombre vestido de harapos color verde. Estaba descalzo y tenía un bastón en la mano.

—¿Y si nos ataca? —dijo uno de los hombres con la mano en la culata de la pistola.

—Dígale que deje eso —le dijo Theophilus al Comandante.

—¡Kesterren!

El Señor de Vantedour terminó por sacudirlo mientras lo llamaba. El hombre de los harapos abrió los ojos.

—Ya no podemos hablar —dijo.

—Kesterren, despiértese, tenemos visitas.

—Visitas de los cielos —dijo el hombre—. ¿Quiénes son ahora los hombres de los cielos?

—¡Kesterren! Ha llegado otra expedición desde la Tierra.

—Están malditos —cerró los ojos otra vez—. Dígales que se vayan, están

malditos, y váyase usted también.

—Óigame Kesterren, quieren hablar con usted.

—Váyanse.

—Quieren contarle algo de la Tierra y quieren que usted les hable de Salari II.

—Váyanse.

Se dio vuelta y se tapó la cara con los brazos extendidos. Tierra y hojas secas caían de los restos del traje de terciopelo verde.

—Vamos —dijo el Señor de Vantedour.

—Pero vea Tardon, no podemos dejarlo en ese estado, está demasiado borracho, le puede pasar algo —protestó el Comandante.

—No se preocupe.

—Se va a morir, abandonado ahí.

—Difícil —dijo Theophilus.

El vehículo bajó frente a la fachada gris de la casa gris en la montaña. La puerta se abrió antes que llamaran y quedó abierta hasta que pasó el último hombre. Después volvió a cerrarse. Caminaron por un corredor oscuro, inmenso y vacío, hasta otra puerta. Theophilus la abrió. Detrás había una sala mezquina, sin ventanas, iluminadas por lámparas que colgaban del techo. Dos mujeres muy jóvenes jugaban a las cartas sobre la alfombra. El Señor de Vantedour se les acercó:

—Salud —dijo.

—Me hace trampas —dijo una de las mujeres mirándolo.

—Mal hecho —dijo el Señor de Vantedour.

—Sí, ¿no es cierto? Pero yo la quiero lo mismo. Soy capaz de perdonarle cualquier cosa.

—Ah —dijo él—. ¿Dónde podemos encontrar a Les-Van-Oos?

—No sé.

—Hay una fiesta —dijo la otra— en alguna parte.

—En la sala dorada —dijo la primera.

—¿Dónde queda?

—No pretenderá que la deje sola, ¿no? No puedo ir con ustedes —pensó un poco—. Salgan por esa puerta, no, por la otra, y cuando encuentren a los Cazadores, pregúntenles.

Siguió jugando a las cartas.

—Tramposa —oyó Leo Sessler antes de salir.

Otro corredor igual al primero y corredores iguales a éste y al anterior, que se abrían en ángulo recto. Llegaron a una sala circular, con un techo de losas de vidrio por el que entraba la luz. Un grupo de hombres comía sentado a una mesa.

—¿Ustedes son los Cazadores?

—No.

—Somos los Gladiadores —dijo otro.

—¿Dónde está Les-Van-Oos?

—En la sala dorada.

El hombre se levantó limpiándose las manos en el taparrabos.

—Vengan.

Recorrieron, atravesaron corredores, hasta la sala dorada.

El Héroe, despatarrado en el Trono de la Victoria, tenía una corona de laureles sobre la cabeza y absolutamente nada más. Trató de ponerse en pie cuando los vio entrar.

—¡Ah mis amigos, mis queridos amigos!

—¡Escuche, Les-Van-Oos! —gritó el Señor de Vantedour abriendo los brazos.

La música, los gritos, el ruido, se tragaban todo lo que se decía.

—¡Vino! ¡Más vino para mis invitados!

El Señor de Vantedour y Theophilus se acercaron al Trono. Leo Sessler los miró mientras hablaban, y vio cómo se reía el Héroe, golpeando con la mano abierta sobre los brazos del Trono. El Trono tenía incrustaciones de piedras preciosas, y los brazos, las patas y el respaldo, remataban en Gorgonas de marfil con ojos de piedras.

—¡Espléndido, espléndido! —aullaba el Héroe—. ¡Traeremos bailarinas, organizaremos torneos! ¡Que sirvan más vino! ¡Escuchen, escuchen! ¡Saluden a los huéspedes, muéstrenles sus habilidades! Vienen de un mundo miserable, no hay héroes allí, ¡no hay más héroes que los que han quedado en las leyendas y en los estados mayores!

Se levantó y caminó, siempre a punto de resbalar, siempre a punto de caer, hasta el centro de la sala seguido por Theophilus y por el Señor de Vantedour. El ruido se aquietó, no del todo; los vestidos dejaron de flamear, la música bajó.

—Vienen de un mundo en donde la gente mira televisión y come sobre manteles de plástico y pone flores artificiales en floreros de cerámica; donde se pagan salarios familiares, seguros de vida, impuestos a las cloacas; donde hay empleados de banco y sargentos de policía y enterradores —las mujeres se reían—. ¡Denles vino! —Cada hombre tuvo que aceptar una copa llena hasta los bordes—. ¡Más vino!

Las jarras se inclinaron sobre las copas y las copas desbordaron y los quince hombres de la Tierra se quedaron quietos mientras el vino les salpicaba las botas y corría por el piso.

—¡Basta, idiotas, esperen a que tomen!

Desnudo y coronado de laureles, el cuerpo lleno de cicatrices y de costras, Les-Van-Oos les daba la bienvenida.

—He visto a la tierra fraccionada volverse estéril bajo el peso de las genealogías —recitaba—, he bajado a las minas, he fabricado cuchillos, he disuelto sal en mi boca, he soñado sueños incestuosos, he abierto las puertas con llaves falsificadas. ¡Denles vino a los hombres opacos de la Tierra, inútiles! ¿No ven que las copas están vacías?

Las copas de los quince hombres seguían llenas. Leo Sessler pensó que le gustaría llevarse a Les-Van-Oos, así como estaba, borracho y obsceno, a algún lugar en el que

podiera seguir haciéndolo hablar; pero que allí, en la fiesta enloquecida, y con la tripulación completa de la Niní Paume Uno detrás de él, lo que quería más que nada, era golpearlo hasta que cayera inconsciente sobre el piso de mármol. Les-Van-Oos era un desecho, flaco y con mataduras, un megalómano babeante y desnudo. Si él lo golpeaba, lo mataría, y los invitados se le echarían encima y lo destrozarían. O tal vez no. Tal vez lo sentarían en el Trono de la Victoria, desnudo. Mientras tanto Les-Van-Oos había visto muchas cosas, había hecho muchas cosas y estaba llegando al borde de sí mismo.

—¡He visto los ritos y los fraudes, he visto migrar a pueblos enteros, he visto ciclones y cavernas y terneros de tres cabezas y tiendas de compraventa! ¡He visto los pecados, he visto a los que los practicaban y he aprendido de ellos! ¡He visto a los hombres comerse unos a otros, y también las huidas! ¡Yo, galeote!

Todo terminó en un hipo y un sollozo. Lo alzaron en brazos y lo llevaron al Trono donde quedó desplomado y jadeante.

—Dejen esas copas y vamos —dijo el Señor de Vantedour.

Leo Sessler paso la suya en el suelo, en el charco de vino sobre el que había estado parado.

Les-Van-Oos pedía a gritos que le sacaran la corona de laureles que le quemaba, que le quemaba la frente.

Los gladiadores habían terminado de comer y se habían ido, dejando platos sucios y sillas volcadas. Las mujeres seguían jugando a las cartas.

Era de noche cuando llegaron a Vantedour.

—Me gustaría ver alguna vez esos torrentes —dijo Leo Sessler.

El Señor de Vantedour estaba a su lado:

—Cuando usted quiera, doctor Sessler. Queda bastante lejos, pero podemos ir en cualquier momento. También tiene que ver los cafetales. Y los invernaderos de Theophilus.

—¿Por qué torrentes?

—En realidad es una gran catarata, mayor que cualquiera que usted haya visto nunca. Es que pasé gran parte de mi vida cerca de una catarata.

—¿Cómo se puede tener una casa cerca de una catarata?

—No era mi casa, yo nunca tuve casa, doctor.

El Señor de Vantedour los condujo a través del patio de honor.

Theophilus volvió a acompañarlos en la comida, y Tuk-o-Tut volvió a pararse frente a la puerta de la sala de armas. El Comandante dijo un discurso y Leo Sessler se rió de él en silencio. El Señor de Vantedour se puso de pie y rechazó con suavidad el ofrecimiento en nombre de quienes habían sido los tripulantes de la Luz Dormida Tres. Bonifacio de Solomea estaba evidentemente de acuerdo, y Tuk-o-Tut frente a la puerta y las mujeres de los sombreretes blancos en los balcones interiores, sonrieron.

—No veo que exista otra solución posible —dijo el Comandante.

—La más sencilla y la más sensata es que dejen todo como está —dijo

Theophilus—. Vuelvan a la Tierra y nosotros nos quedaremos aquí.

—Pero tenemos que hacer un informe y presentar evidencias. No podemos llevarnos a todos, es cierto, pero lo menos a Kesterren que necesita asistencia médica urgente, y quizá también a Leval que necesita que lo traten.

—Usted no ha visto a Moritz —dijo Theophilus.

—Podemos llevar a dos según los cálculos, ya veremos a quiénes.

—Ni hablar. Vuelvan, hagan su informe, pero prescindan de nosotros.

—¿Un informe sin evidencias físicas?

—No será la primera vez. Nadie llevó a la Tierra las columnas de Tammerden ni los glifos de Arfe.

—Eso era menos increíble que.

—Que nosotros.

—De todas maneras hay que poner a esos hombres en tratamiento, es una simple cuestión de humanidad. Y todavía más: cuando lleguen los colonizadores, ustedes estarán ocupando ilegalmente las tierras y tendrán que volver.

—Me atrevo a anunciarle, Comandante —dijo el Señor de Vantedour— que no habrá colonizadores, y que no volveremos.

—¿Eso es una amenaza?

—De ninguna manera. Piénselo fríamente: ¿colonizadores en un mundo donde, si se sabe cómo, se puede obtener cualquier cosa de la nada? No, Comandante, no es una amenaza. No se olvide que somos dioses y los dioses no amenazan, actúan.

—Eso se parece a una frase célebre —dijo Leo Sessler.

—Tal vez algún día lo sea, doctor Sessler. Pero pruebe por favor estas uvas rosadas. Va a tener que visitar también los viñedos.

Leo Sessler se rió:

—Vantedour, me parece que es usted un comediante, y bastante bueno.

—Gracias.

El Comandante no quiso probar las uvas.

—Insisto en que tendrán que volver. Si no con nosotros, con alguna de las próximas expediciones. Voy a incluir en el informe una recomendación para que se les permita llevar algo de lo que tienen, y también las personas que ustedes quisieran que los acompañen a la Tierra —miró hacia los balcones interiores—. ¿Alguna de ellas es la Castellana de Vantedour, comandante Tardon? Usted sabe que las recomendaciones que se hacen en un informe se tienen muy en cuenta.

Theophilus se reía:

—Permítame, Comandante, dos objeciones. En primer lugar, nada de lo producido por el violeta puede abandonar Salari II. ¿No se le ocurrió pensar que lo más lógico hubiera sido que diez años atrás, diez años terrestres atrás, pidiéramos una nave en buenas condiciones para volver a la Tierra? La pedimos. Comandante. Pero éramos lo suficientemente desconfiados, estábamos lo suficientemente bien entrenados, como para ensayar con una nave controlada desde el suelo. Si Bonifacio

de Solomea intentara acompañar a Vantedour a la Tierra, se desvanecería al dejar la atmósfera.

—¡Entonces nada de esto es real!

—¿No? Pruebe una uva rosada, Comandante.

—¡Déjeme de uvas, Tardon! Usted habló de dos objeciones, Sildor, ¿cuál es la otra?

—No hay nadie a quien quisiéramos llevar, aun si pudiéramos, no hay castellana de Vantedour, no hay una sola mujer en todo Salari II.

—¡Oiga! —dijo Savan—. Yo las he visto aquí y en esa casa de locos y en.

—No son mujeres.

Leo Sessler esperaba. Todos hablaron al mismo tiempo menos Reidt el joven que se mantenía pálido y mudo, con las manos entrelazadas debajo de la mesa. El Señor de Vantedour dijo:

—Usted es tan amigo de la evidencia, Comandante. Puede llamarlas y pedirles que se desnuden, ninguno se va a negar. La palabra correcta es efebos.

—Pero esas mujeres en la casa de Leval, ésas que jugaban a las cartas en el suelo, ¡tenían pechos!

—¡Claro que tenían pechos! Les encanta tenerlos. Y nosotros podemos conseguirles hormonas y bisturíes y cirujanos que manejen los bisturíes. Y un cirujano puede hacer muchas cosas, sobre todo si es hábil. Lo que no podemos conseguir es una mujer.

—¿Por qué no? —preguntó Leo Sessler.

Reidt el joven se había puesto rojo y tenía gotitas de transpiración sobre el labio superior.

—Debido a aquellas condiciones especiales e indispensables bajo las cuales deben concebirse las cosas a crear —dijo el Señor de Vantedour—. Si alguno de ustedes hubiera tenido anoche un grabador, o si poseyera una memoria perfecta, encontraría el medio, entre todo lo que dije.

—Eso cambia las cosas, definitivamente —despertó el Comandante.

—¿Sí? ¿El hecho de que por lo menos cuatro de nosotros nos acostamos con muchachos cambia las cosas?

—Por supuesto. Ustedes son, o eran, pero me atrevo a decir que siguen siendo, oficiales de la Fuerza Espacial.

No, se dijo Leo Sessler, no, no, un hombre no puede recorrer el espacio, pisar otros mundos, deslizarse en el silencio, hundirse en las atmósferas, preguntarse si alguna vez va a volver y para qué está ahí, y seguir siendo nada más que un Comandante de la Fuerza.

—Y yo no puedo cargar con la responsabilidad de desprestigiar al Cuerpo

—Nunca he oído una mayúscula con mayor claridad que ésa.

—llevando a la Tierra a cinco oficiales homosexuales.

Entonces Reidt el joven estalló. Leo Sessler cruzó hasta él en dos trancos y le dio

una bofetada.

—¡No pueden! —gritaba Reidt el joven y la sangre del golpe brutal de Sessler le corría desde la nariz hasta la boca, tiñendo y arrastrando las gotitas de transpiración, y seguía gritando y rociando la cara de Sessler con una lluvia rojiza—. ¡No pueden obligarme a estar al lado de esa basura! ¡Basura! ¡Basura! ¡Putos asquerosos! ¡Viciosos inmundos! —otra bofetada—. ¡Bárranlos! ¡Me han ensuciado! ¡Estoy sucio!

Leo Sessler cerró el puño.

—Saquen a ese imbécil de mi casa —dijo el Señor de Vantedour.

Dos tripulantes levantaron al muchacho desmayado, por las rodillas y por las axilas.

—¿Y usted decía que nosotros necesitábamos atención médica? —preguntó Theophilus—. ¿Qué me dice de su tripulación. Comandante? Nosotros estamos razonablemente satisfechos, podemos vivir con nosotros mismos, jugamos limpio; pero las noches de ese tipo deben ser una orgía de sexo y arrepentimiento. ¿Usted se arrepiente de algo, Vantedour?

—Podría hacerlo matar —dijo el Señor de Vantedour—. Haga que se lo lleven de acá y lo encierren en la nave, Comandante, o lo hago degollar.

—Llévenselo —dijo el Comandante—. Está bajo arresto en la nave.

—Usen mi coche —dijo Theophilus.

—Me parece que tenemos que disculparnos.

—Oiga Sessler —protestó el Comandante.

—Le pedimos disculpas por el Incidente, Señor —dijo Leo Sessler, todavía de pie.

—Sentémonos. Le aseguro que ya me he olvidado de ese infeliz. Y por favor, sigan con el postre. Tal vez prefiera los membrillos a las uvas, Comandante.

—Vea Tardon, déjese de hablar de comida.

—Vantedour, Comandante, Señor de Vantedour, y es la última vez que se lo digo; es el precio de mi perdón.

—Si usted cree que puede tratarme como a uno de sus sirvientes.

—Claro que puede, Comandante —dijo Leo Sessler—. Lo mejor es que vuelva a sentarse.

—¡Doctor Sessler, usted también está bajo arresto!

—Lo lamento Comandante, pero ésa es una arbitrariedad que voy a pasar por alto.

El Comandante de la Niní Paume Uno empujó con fuerza el sillón en el que había estado sentado durante la comida, que cayó al suelo con ruido.

—¡Doctor Sessler, voy a hacer que lo expulsen de los Cuerpos Auxiliares! ¡En cuanto a ustedes, en cuanto a ustedes!

Leo Sessler tuvo un instante de pánico. No se puede saber cómo va a reaccionar el corazón de un hombre de cincuenta y ocho años, enfermo, maltratado por el espacio, las gravedades y el vacío, frente a una tensión demasiado grande.

Si el Comandante se muere.

—¡Voy a recomendar que se esterilice a Salari II! ¡Que toda la vida humana o lo que sea desaparezca, termine, muera!

—Si usted se vuelve a sentar, Comandante.

—¡No quiero sus uvas ni sus membrillos!

—Si usted se vuelve a sentar, yo le voy a explicar por qué no le conviene hacer nada de eso.

Carita Dulce dormía y Lesvanoos lloraba en los brazos de las jugadoras de cartas.

El hombre bajo los árboles había recobrado su traje de terciopelo verde, pero éste era de un verde más claro y las botas tenían hebillas plateadas y una cadena de oro le cruzaba el chaleco. Mala cosa, los sueños.

—Cualquiera de nosotros, Theophilus o yo, y hasta Leval o Kesterren, puede aniquilarlos a todos ustedes antes que usted tenga tiempo de dar una orden.

El Comandante se sentó:

—Usted no es tan estúpido como cree que tiene que ser.

—Eso es un elogio, Comandante —dijo Leo Sessler—. Hemos venido, y usted lo sabe, a romper el equilibrio en Salari II.

—Tenemos cómo hacerlo —dijo Theophilus—. De hecho, tenemos ya dos medios, igualmente rápidos, igualmente drásticos.

—Está bien —dijo el Comandante—, ustedes ganan. ¿Qué quieren que hagamos?

Hemos ganado. ¿Qué es eso de hemos? Ahora sí, no hay duda de que alguna vez voy a tener que escribir mis memorias.

—Pero nada. Comandante, absolutamente nada. Salvo mantener al predicador encerrado en la nave, nada. Terminar de comer. Dar un paseo, si quieren. ¿Han visto las cinco lunas? Una de ellas alcanza a dar tres vueltas al mundo en una sola noche. Y después ir a dormir.

El vehículo de Theophilus los llevó hasta el río, y desde allí tuvieron que seguir a pie.

—No hay caminos del otro lado —dijo Theophilus.

Cruzaron el puente colgante: del otro lado sólo habla una pradera cubierta de pasto verde y tierno. Encontraron flores, pájaros, y tres manchas violetas. Los hombres se paraban sobre el violeta y pedían oro, toneles de cerveza, automóviles de carrera; después seguían caminando. Ni el Comandante ni Leo Sessler hicieron la prueba. Pero Savan sí, y pidió una pulsera de platino y brillantes para regalarle a Leda. Hubo un griterío: Savan tenía una pulsera de platino y brillantes en la mano.

—Ya ven, no es tan difícil —dijo el Señor de Vantedour—. Usted, ingeniero, cumplió las condiciones sin saberlo.

—Pero yo no hice nada.

—Claro que no.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Ésa es nuestra ventaja, ingeniero. ¿Y para qué quiere saberlo? Tendría que

quedarse a vivir en Salari II para conservar lo que obtuviera.

Savan miró con tristeza la pulsera de Leda.

Los hombres saltaban, abrían los brazos, pedían cosas en voz alta y murmurando, cantando, rezando, sentados, acostados sobre el violeta. Theophilus les dijo que era inútil y el Comandante ordenó que siguieran.

Consiguieron arrancarlos de las manchas violetas: los hombres no estaban contentos. Leo Sessler podía adivinar lo que sentían por Theophilus y por el Señor de Vantedour. (No se van a atrever: hace demasiado tiempo que viven en una disciplina demasiado estricta. Y de todas maneras saben que todo eso se desvanecería al salir de la atmósfera de Salari II. Pero ¿y si la pulsera de Leda no desaparecía?). La pulsera de Leda pasaba de mano en mano y era toqueteada, olida y mordida por todos. Uno de los tripulantes la frotaba contra su cara y otro sé le colgó de una oreja.

—Es allí.

Ahora había árboles, y se acercaban a una cueva en la ladera de la colina. Tres mujeres viejas, gordas y pesadas, salían a recibirlos.

—Son las matronas.

—¿Los qué?

—Tampoco son mujeres, quiero decir. Moritz los llamaba matronas: son algunas de sus madres.

—¿Y Moritz? ¿Dónde está Moritz?

—Moritz vive dentro de su madre, Comandante.

—Bienvenidos —dijeron las mujeres a coro.

—Gracias —contestó el Señor de Vantedour—. Queremos ver a Carita Dulce.

Leo Sessler compadeció al Comandante.

—Nooo —dijeron las matronas—. Duerme.

—¿Podemos verlo dormir?

—Usted estuvo antes aquí. ¿Por qué quiere molestarlo?

—No queremos molestarlo, se lo aseguro. Estaremos en silencio, vamos a mirarlo solamente.

Los matronas dudaban.

—Vengan —dijo una de ellos—, pero en puntas de pie.

Leo Sessler decidió que no, que jamás escribiría sus memorias: nunca podría describirse a sí mismo caminando en puntas de pie sobre una pradera de Salari II junto a otros hombres que también caminaban en puntas de pie, detrás de tres viejas gordas que eran tres hombres disfrazados, bajo dos soles, uno amarillo y uno anaranjado, hacia la entrada de una cueva en una ladera.

En silencio, en silencio.

Pero la arena del piso de la cueva crujía bajo las suelas, y los matronas se inquietaban.

A la entrada de la caverna había dos matronas. Y dos más allá en el fondo, bajo una luz muy tenue, mecían un enorme huevo sostenido en los extremos por un

aparejo que le permitía moverse y girar.

—Eso qué es —dijo el Comandante.

—Shhh.

—Eso es el Gran Útero, la Madre —le susurró Theophilus.

—Shhh.

Leo Sessler lo tocó. El huevo era gris y fibroso. Tenía una ranura que corría horizontalmente, como si las dos mitades pudieran separarse. Podían separarse.

Los matronas sonreían y les señalaban al hombre dentro del huevo, el mentón contra las rodillas, los brazos alrededor de las piernas, sonriendo en sueños. El interior del huevo era húmedo, cálido y blando.

—¡Moritz! —dijo el Comandante casi en voz alta.

Los matronas alzaron los brazos, despavoridos. Carita Dulce se movió, sin despertarse y lloriqueó. Uno de los matronas señaló la salida: era una orden. Leo Sessler volvió a cambiar de opinión: escribiría sus memorias.

Esa noche fueron huéspedes de Theophilus: clavicordios en vez de torrentes.

—Hace unos meses era peor —dijo el Señor de Vantedour—: música china antigua.

La mesa era de cristal, con patas de ébano fileteadas en oro. En los mosaicos ocre y dorado del piso, ningún dibujo se repetía jamás. La Dama y el Unicornio los miraban desde los lápices. Los tripulantes se sentían incómodos, se reían mucho, se codeaban y se hacían chistes: tenían cuatro tenedores, cuatro cuchillos y tres copas alrededor del plato. Mucamos vestidos de blanco pasaban las fuentes y el mayordomo estaba de pie detrás de la silla de Theophilus. Leo Sessler se acordaba del hombre-feto encogido dentro del útero-cuna viscoso y cálido, y se preguntaba si el recuerdo lo dejaría comer. Pero cuando trajeron sobre una mesa rodante las esculturas de hielo y una de ellas empezó a incendiarse con una llama azul, descubrió que había comido de todo, esperaba que con los cubiertos correspondientes, y que comería también las frutas escarchadas y los helados cuando las esfinges y los cisnes se derritieran. El Comandante hablaba en voz baja con Theophilus. Saverius, Leo Sessler se había dado cuenta, no tenía idea de qué tenedor era el que había que usar con el pescado (él sí: era el único del que estaba completamente seguro) y no le importaba, ni a Theophilus tampoco. El Maestro Astrónomo anunció que les leería la Introducción a su Memoria sobre la Constelación del Lecho de Afrodita. Habían visto de lejos a La Peonía al entrar; Theophilus la había saludado pero no la había llamado para que se reuniera con ellos. Leo Sessler hubiera querido verlo de cerca y hablar con él. Eso sí, había rosas ocre moteadas en el centro de la mesa.

—Pero hay que ocuparse de ellos, por lo menos de Moritz.

—¿Por qué? —preguntó Theophilus.

—Está enfermo, eso no es normal.

—¿Usted es normal, Comandante?

—Me muevo dentro de la normalidad.

—Mírelo así —dijo el Señor de Vantedour—: un tratamiento psiquiátrico, porque efectivamente, podemos conseguirle un psiquiatra a Moritz, lo haría sufrir durante años, ¿para qué? Contando con el violeta, como contamos todos, empezaría, sano, curado, dado de alta, por pedir una madre, y eso iría cambiando o hipertrofiándose otra vez hasta convertirse en un útero cuna. Eso es lo que él quiere. Así como Leval quiere oscilar entre el heroísmo y la humillación, y Kesterren quiere hundirse en una borrachera eterna, y Theophilus quiere Cimarosa o música china, helados dentro de estatuas de hielo, filósofos alemanes y tapices, y yo quiero un castillo del siglo doce. Cuando se tiene la posibilidad de conseguirlo todo, uno termina por ceder a sus demonios personales. Lo cual, no sé si se habrá dado cuenta, Comandante, es otra manera de describir la felicidad.

—¿La felicidad! ¿Estar encerrado chupando las paredes de la propia cárcel? ¿Pasar de las aclamaciones a un sótano donde lo azotan a uno y le ponen hierros al rojo en las ingles? ¿Vivir inconsciente en una borrachera continua?

—Y, sí, Comandante, eso también puede ser la felicidad. ¿Cuál es la diferencia entre encerrarse en un útero artificial y sentarse a la orilla del río a pescar dorados? Aparte de que uno puede freír el dorado y comérselo, y de que el sol da un aspecto muy saludable. La satisfacción, el placer, quiero decir. Es tan legítimo un medio como otro: todo depende del individuo que busca la felicidad. Entre empleados de banco y funebreros, si usted me permite citar a Les-Van-Oos, es posible que el útero sea el espanto y la pesca del dorado lo deseable. ¿Pero en Salari II?

Ya no había esfinges ni cisnes. Leo Sessler cortó una naranja escarchada y la encontró rellena de guindas y las guindas a su vez estaban rellenas con la pulpa de la naranja.

—Lo mismo, Comandante, lo mismo —contestaba el Señor de Vantedour—. El útero, las borracheras, el látigo.

El Maestro Astrónomo carraspeó y se puso de pie.

—Van a oír algo muy interesante —dijo Theophilus.

Los mucamos pusieron tazas de cristal cortado para café, frente a cada uno. En los globos transparentes el vapor de agua comenzó a condensarse y a oscurecerse.

—Introducción a la Memoria sobre la Constelación del Lecho de Afrodita —dijo el Maestro Astrónomo.

Esa noche, en Vantedour, fue el castellano el que recorrió galerías y bajó escaleras hasta la habitación del doctor Leo Sessler. Llevaba a Bonifacio de Solomea en los brazos, y Tuk-o-Tut los seguía.

—Buenas noches, doctor Sessler. Me he tomado la libertad de venir a visitarlo.

Leo Sessler lo hizo pasar.

—Y de pedir que nos trajeran café y coñac.

—Me parece muy bien. Oiga, ya no voy a tener tiempo de ver los cafetales ni los viñedos.

—De eso quería hablarle.

—Quiero decir que nos vamos mañana.

—Sí.

Trajeron el café. Tuk-o-Tut cerró la puerta y se sentó en el corredor.

—¿Por qué no se queda, Sessler?

—No crea que no lo he pensado.

—Así yo me enteraría, por fin, si usted es el hombre que supongo.

—Pedir una casa austera —dijo Leo Sessler—, toda blanca por dentro y por fuera, paredes, techo chimenea. Con un hogar y un catre de campaña, un armario, una mesa y dos sillas, y ponerme a escribir mis memorias. Probablemente iría a pescar dorados una vez por semana.

—¿Qué se lo impide? ¿Le molesta no poder tener una mujer?

—Francamente, no. Nunca me acosté con un hombre, nunca tuve amores homosexuales, si se exceptúa una amistad fronteriza a los trece años, con un compañero de colegio, pero eso está dentro de la normalidad, como diría nuestro Comandante. No voy a retroceder espantado, como Reidt el joven. Yo también creo que es imposible mantener para Salari II la moral sexual de la Tierra. ¿Se ha preguntado alguna vez qué es una moral, Vantedour?

—Claro, conjunto de reglas que deben seguirse para hacer el bien y evitar el mal. No creo haber oído nunca algo más idiota. Conozco un solo bien, doctor Sessler, no violentar a mi hermano. Y un solo mal: pensar demasiado en mí mismo, y he practicado los dos. Por eso lo que le hago es un ofrecimiento, pero si usted quiere irse, no voy a insistir.

—Sí, he decidido que quiero volver.

—Me gustaría saber por qué.

—No estoy muy seguro. Por oscuras razones viscerales, porque no caí en Salari II con una nave destrozada, porque no he tenido tiempo de crear aquí una Tierra alrededor mío y según mis dominios personales, porque siempre he vuelto y esta vez también quiero volver.

—¿Con quién vive en la Tierra?

—No, no es ésa la razón por la que le digo que no. Vivo solo.

—Muy bien, Sessler, lo despediremos con fanfarrias. Pero quiero advertirle algo. Toda la tripulación de la Niní Paume Uno va a olvidar lo que vio aquí.

—¿Es cierto entonces?

—En ese momento no. Ahora sí es cierto.

—¿Cómo se las van a arreglar?

—Cosas de Theophilus. Nadie se va a dar cuenta de que hay algo que se les mete en el cerebro. Media hora después de cerrar las escotillas de la nave, todos van a estar seguros de haber encontrado un mundo peligroso, devastado por las radiaciones que probablemente mataron a la dotación de la Luz Dormida Tres. El Comandante va a informar que no hay posibilidades de colonización, y va a recomendar un período de cien años hasta la próxima exploración.

—Lástima. Es un mundo amable. Pienso escribir mis memorias, ¿sabe Vantedour? Y lamentaré tener que describir a Salari II como a un mundo muerto y letal. En este momento no puedo imaginarlo, pero supongo que eso vendrá solo.

El Señor de Vantedour sonreía.

—Me asombra que me lo haya dicho —agregó Leo Sessler.

—¿Sí? Le voy a decir otra cosa. Nadie puede obtener nada del violeta si no se siente como lo que quiere obtener. ¿Se da cuenta? Por eso es imposible crear una mujer. Cuando la primera vez Theophilus deseó un cigarrillo tenía tantas ganas de fumar que se identificó, no con el fumador sino con el cigarrillo. Fue cigarrillo: se sintió tabaco, papel, humo, tocó las fibras. Fue cada fibra. Yo lo dije la otra noche, hablando de la afeitadora, la segunda experiencia si no contamos el otro cigarrillo, con el que pasó lo mismo, claro. Les dije que me había sentido, no como el hombre que se afeita, sino como la afeitadora. Pero lo perdieron en medio de todas las cosas que dije, que era lo que yo esperaba.

—Así que era tan simple.

—Sí. El ingeniero Savan debe estar muy deseoso de esa mujer. Por un momento se sintió alrededor de la muñeca de ella y deseó la pulsera. Por eso usted no obtuvo nada anteanoche. Pero si quiere probar ahora, podemos ir hasta el violeta.

—¿Usted sabía?

—Lo vi desde el balcón. Esperaba que lo ensayara, claro. Ahora puede conseguir lo que quiera, cualquier cosa.

—Gracias, pero creo que será mejor no probar. Y de todas maneras sólo me duraría una noche y resulta que mañana voy a haber olvidado.

—Es cierto —dijo el Señor de Vantedour y se levantó—. Lamentaré no leer sus memorias, doctor Sessler. Buenas noches.

Bonifacio de Solomea había quedado en la habitación, y Leo Sessler tuvo que abrirle la puerta. Tuk-o-Tut venía hacia ellos, y Bonifacio de Solomea saltó hacia los brazos que le tendía el negro.

En la escalerilla de la Niní Paume Uno, la dotación se volvió y saludó. Leo Sessler no hizo el ademán militar sino que agitó una mano. La población de Vantedour retrocedió al cerrarse las escotillas, cuando la nave, empezó a jaderar.

Amarrado a su asiento, Leo Sessler recorría Salari II con los ojos cerrados. Dentro de veinte minutos, diecinueve minutos cincuenta y ocho segundos, diecinueve minutos cincuenta y tres segundos lo olvidaría. Nadie hablaba. Reidt el joven tenía la cara hinchada, diecinueve minutos.

El Comandante le decía a alguien que se hiciera cargo. Leo Sessler jugaba con el cierre de la correa; el Comandante decía que se iba a sentar inmediatamente a escribir el borrador del informe sobre Salari II, tres minutos cuarenta y dos segundos.

—¿Va a hacer alguna recomendación especial, Comandante?

—Es claro. Si quiere que le diga francamente lo que pienso, creo que Salari II es una emergencia, atiéndame bien, una e-mer-gen-cia.

Leo Sessler galopaba sobre las praderas de Salari II y el aire le zumbaba en los oídos, dos minutos cincuenta y un segundos.

—Como tal, voy a recomendar una expedición de salvataje.

—¿A quién piensa salvar, Comandante?

—¿Se puede saber de dónde viene ese zumbido? —el Comandante sacó el micrófono de su soporte—. Verifiquen procedencia zumbido agregado —y lo volvió a colocar.

—Para regularizar la situación de los tripulantes de la Luz Dormida Tres

Dos segundos. Uno.

El zumbido dejó de oírse.

—, que deben haber muerto bajo las radiaciones.

Leo Sessler pensó apresuradamente en Salari II, el último pensamiento, y lo recordó verde y azul bajo los dos soles. El Desierto Puma, el potro, Vantedour, Theophilus, Vantedour, Bonifacio de Solomea, Kesterren, La Peonía, el puñetazo a la mandíbula de Reidt el Joven, Vantedour, el Trono de la Victoria. Carita Dulce encerrado en el útero, las cinco lunas y el Señor de Vantedour ofreciéndole que se quedara en Salari II y advirtiéndole que lo olvidaría todo, pero él no olvidaba.

—Es lamentable —decía el Comandante—, lamentable que ni siquiera hayamos podido salir en busca de restos como evidencia para adjuntar al informe, pero esa radiación nos hubiera matado, aun con los trajes. Reidt el joven no se equivoca. ¿Quién era el físico de la Luz Dormida Tres?

—Jonás Leval, creo.

—Ah. Bueno, doctor, me voy a poner a redactar el borrador de ese informe. Hasta luego.

—Hasta luego, Comandante.

No he olvidado, no olvido.

Lamentaré no leer sus memorias, doctor Sessler, había dicho el Señor de Vantedour.

—Lamentaré no leer las memorias del doctor Sessler —dijo el Señor de Vantedour.

—¿Usted cree que Sessler es de fiar? —preguntó Theophilus.

—Ajá. Y si no lo fuera, imagínese el cuadro.

—Catorce hombres hablando de un mundo radiactivo, y él describiendo castillos medievales y úteros gigantescos.

—¿Por qué lo condenó a no olvidar, Vantedour?

—¿Usted cree que fue una condena?

En la Niní Paume Uno el Comandante escribía, Savan tomaba café, Reidt el joven se frotaba la mejilla.

—Me habré golpeado al despegar.

Leo Sessler estaba sentado frente a una taza de café que no había tocado.

—Deben estar lamentando que las rutas hayan quedado cerradas por este lado

para la colonización —dijo Theophilus.

—Lástima —dijo el ingeniero Savan—. Con esto quedan cerradas por este sector las rutas para la colonización durante mucho tiempo.

Kesterren cantaba abrazado a un árbol, Carita Dulce pasaba la lengua por las paredes húmedas de la cuna-útero, Lesvanoos bajaba la escalera hacia los sótanos, el Señor de Vantedour decía:

—Y quejándose de la porquería de café que están tomando.

—Este café es un asco —dijo el oficial de navegación—. Nunca se puede conseguir buen café en una nave de exploración. Los cruceros de lujo, éstos llevan buen café.

Theophilus se rió:

—Y deseando poder tomar el café que sirven en los cruceros de gran turismo.

Leo Sessler no había probado el suyo.

—«Y allá se fueron» —dijo— «al ruido de élitros de la tierra, los grandes Itinerantes del sueño y de la acción; los Interlocutores ávidos de lejanías y los Denunciantes de abismos mugientes, grandes Interpeladores de albuces en los confines» —pero nadie alcanzó a oírlo.

## ALICIA B. SUÁREZ

*Cuando me puse en comunicación con Alicia me enteré que hacía ya casi cuatro años que no escribía. Me había interesado su relato «Samantha» publicado en una presunta Antología de la ciencia-ficción latinoamericana. Representaba lo que podría definirse como la «línea» Bradbury, estilo que no parecía tener cultores en la Argentina. El relato incluido aquí pertenece a su producción de esos años, y es de esperar que su publicación la estimule a seguir escribiendo.*

*Nació en Lomas de Zamora, donde desde muy joven comenzó a leer ciencia-ficción en la recién nacida Minotauro, editorial que formó y marcó el gusto literario de dos décadas de lectores. Su autor favorito es Bradbury, y más recientemente Ballard. Ha publicado cuentos en distintas revistas: Karina, Cronopios, Para Ti, Nocturno, y en general donde pudo, pues bien dice Gandolfo en el Prólogo, que los autores y lectores argentinos jamás tuvieron (excepto Más Allá) un lugar donde canalizar su producción o sus intereses. Actualmente se desempeña como auxiliar de química en un laboratorio medicinal.*

*«En el dorado mes de los monstruos» es un relato que combina muy bien el lirismo con la causticidad, lo fantástico con lo cotidiano, y que a despecho quizá de ser algo extenso, destaca una figura literaria de gran potencial.*

J. A. S.

## EL DORADO MES DE LOS MONSTRUOS

Una mañana, los niños abandonaron sus casas y corrieron hacia la plaza en una carrera frenética, cruzando calles, saltando muros y tropezando en las veredas; abriéndose nuevas lastimaduras en las rodillas y el rostro sobre viejas cicatrices rosadas. Se habían lanzado a la loca carrera durante semanas, con las bocas abiertas bebiendo el viento que les reseca las encías, les inflamaba las gargantas.

Los niños tenían siete años, y ocho y nueve años. Días y noches, mientras las hojas caían de los árboles, en todas las aceras y los porches y los patios y los garajes, los niños habían martillado, modelado y decorado las armaduras y construido las espadas. Habían pulido las hachas, labrando las empuñaduras de bronce, tallando las de madera. Habían atado las bolas con pinches como erizados puercos espines a los extremos de los látigos, con el viento cantando y respirando en sus oídos.

Se detuvieron jadeantes, a unos metros del ruedo y elevaron las cabezas al unísono, como un mar de girasoles ofreciendo sus pétalos a los cálidos rayos amigos. Observaron, tensos y expectantes, la gran copa del árbol desnudo. Caminaron en torno lentamente, el aliento detenido en algún rincón de los pulmones; retrocedieron, se tendieron de espaldas sobre el pedregullo, giraron y se doblaron en mil poses distintas, mil acrobacias flexibles, las pupilas ansiosas siempre fijas en el esqueleto de madera, escrutando todos los ángulos, todas las ramas oscuras y nudosas.

—Está pelado... —susurró alguno.

Silencio. Un largo minuto de quietud, de músculos estáticos. Inmóviles los acróbatas en su última pirueta sobre el suelo rojo.

—¡Está pelado!

El viento continuó silbando. El aliento detenido en los pulmones sopló en el viento con un soplido mentolado, tibio.

—Los Monstruos... ¡Los Monstruos comienzan hoy!

Los niños de siete, ocho y nueve años corrieron, saltaron, rugieron, se precipitaron dentro del ruedo arrojándose arena y, como si despertasen de un sueño agitado se lanzaron de pronto a una carrera a través de la plaza, hacia el montículo de hojas crocantes. Se quietaron repentinamente, jadeando a un paso del jardinero pequeño y gris.

—Señor Jackson.

El señor Jackson introdujo solamente su mano en el pecho y de algún oculto y misterioso bolsillo secreto extrajo una hoja. Una gran hoja marrón, lustrosa; como si el señor Jackson la hubiese frotado con un mágico unguento.

—Oh...

Los niños dejaron escapar nuevamente su aliento liviano, alargando los menudos dedos sucios.

—¿A qué hora, señor Jackson?

—La última... la última —musitó el señor Jackson observando la hoja, como si los niños no estuviesen allí—. Cayó muy temprano, a las seis y... doce. Cayó lentamente, pero muy, muy lentamente, como si supiera que era la última...

Los niños permanecieron extasiados, las palabras susurrando en sus oídos.

Después, el señor Jackson guardó la hoja, que indicaba el comienzo de los Monstruos durante un mes, un largo mes de combate, y los niños se alejaron, esperanzados y felices.

—¿Qué día es hoy, Olivier?

—Primero, primer día del Mes Dorado.

—Primer día del Mes Dora... pero necesito la fecha, la fecha del día de hoy. Diecisiete... ¿diecisiete?

—Sí, mamá.

Olivier empujó la puerta de tejido y salió al patio, pisando sobre el césped recién cortado, percibiendo el olor del alcohol que emanaba de sus manos y de la herida que le surcaba la sien y la mitad de la frente. Pensó en la manía de su madre, siempre anotando cosas en su álbum y sus cuadernos y libretas; no le encontró explicación alguna ni la buscó siquiera. Era probable que todos tuvieran manías; era cuestión de no pensar mucho en ellas.

—¡Olivier!

Ahí estaba Randy, mostrando su sonrisa del otro lado del cerco, en el patio de su casa. Algo destelló en su hombro y Olivier advirtió que llevaba puesta la armadura.

—Hola. ¿Has estado practicando?

—Ajá. Ganaré mi Hoja de Oro este año.

—Eres muy chico.

—¡Qué crees...! ¡Christopher la ganó cuando tenía siete! Yo cumplí ya los ocho, Olivier. O-cho... —separó las sílabas acentuándolas con énfasis.

—Ayer su madre le llevó flores...

—Quién...

—La madre, la madre de Christopher; se cumplió un año.

—Sí. Cuando yo muera como un héroe también me llevarán flores.

—Debe ser feo morir.

—¿Morirse? No... Te quedas dormido y no despiertas nunca. Y sueñas; si antes de morir te golpeó un Monstruo sueñas que un Monstruo te golpea y si mueres porque le atropelló un coche, siempre sueñas la misma escena con el coche. Debe ser aburrido. Una vez vi una película que...

Una ráfaga suave trajo una música lejana y en la hora inmediata al mediodía, cuando los viejos se adormilan y los niños escapan a la siesta, Olivier pensó en la muerte misteriosa.

—... en realidad no estaba muerto, porque era muy valiente...

¿Cómo sería morir?

—... y cuando el médico loco le acercó la aguja para...

—Mi hermano gritó.

—¿Qué...?

—Clarence gritó antes de morir. Sólo una vez.

—Ah... ¿Y Alano? ¿También gritó?

—No. Alano nunca gritó.

La música se alejó vibrando en el viento, latiendo acompasada. Se alejó repentina y nuevamente retornó suave y perezosa.

—Clarence lo hacía bien; tenía estilo. Fue una pena que se dejara golpear la cabeza. El Monstruo era muy fuerte, lo recuerdo, y él debió haber elegido el hacha.

—Randy observó la frente de su amigo—. Tú te has dejado golpear también.

Olivier se llevó la mano a la herida y la rozó apenas con las yemas de los dedos.

—Mi padre es un buen entrenador —dijo sin inflexión alguna, como si todos lo supieran y no tuviese sentido aclararlo.

Randy compuso un gesto de seriedad, exagerado y condescendiente.

—Olivier, —reflexionó—. Olivier tú eres mi amigo. Pero debo decirte que no ganarás tu Trofeo, como no lo ganaron tus hermanos...

—¿Por qué?

—Yo ganaré mi Hoja de Oro este año, no tú. Lo sé. Voy a continuar con mi espada.

Se alejó con su armadura brillante y Olivier lo contempló un momento. El sol había huido y la música no se escuchaba ya.

\* \* \*

Había comenzado el atardecer y los niños ya no estaban en sus casas con sus entrenadores, los hermanos de quince años, los padres sudorosos y fatigados moviéndose como Monstruos, manoteando el aire y recibiendo las acometidas de los pequeños Gladiadores.

Las gargantas se contraen ahora, se lastiman. Los aullidos enronquecen y se amalgaman al aullar del viento frío. Y los hombres, junto a los niños de siete, ocho y nueve años susurran en sus oídos:

—Gana, debes ganar el Trofeo...

Y los niños se lanzan al ruedo, de pronto solos, la blanda arena amarilla bajo las suelas de goma, la masa de abrigos rojos y verdes, de lana y de paño, de manos y rostros gesticulantes arriba, en torno.

—¡Pega! ¡Mata... Mata!

No hay que elevar la vista. Los cuerpos rojos y verdes engullirían, succionarían. Sólo permanecer allí, aguardando que reine el silencio. Sin pensar.

Sin pensar.

Hay que distender los músculos, sentirlos estremecerse apenas en los hombros y

contraerse en el estómago. Acusar el leve espasmo en los tendones y hallar el relax como un sosiego cálido, placentero.

Rápido, un minuto, no más. Un minuto que dura el silencio.

Una fracción de segundo antes que la masa estalle en el fragor del fuego en las gargantas y el torbellino en los brazos de lana verde y marrón, el delgado y enervante sonido de los goznes al girar se escucha con un deleite morboso y la compuerta abierta deja escapar, tras el Monstruo, el olor del aceite y los plásticos y los metales de las consolas y computadoras.

El Monstruo ha salido y está sobre la arena, estático y hermoso, la cabellera oscura, los largos tentáculos blancos y flexibles.

Mientras el niño se coloca la coraza y elige las armas, los otros niños y sus entrenadores, los padres y los hermanos adolescentes piensan, con un dolor maravilloso en los pensamientos exaltados y precisos, que sólo si el Monstruo vence podrán saber si ha sido programado para perdonar... o para exterminar.

El niño lanza la enorme espada en un movimiento desgarrado, tomando la empuñadura con las dos manos; la hoja de doble filo hende el aire con un sonido sibilante y dos tentáculos quedan seccionados, la hoja corta el aire nuevamente pero el Monstruo se retrae y en un segundo los tentáculos elevan al pequeño Gladiador y lo arrojan a la arena. La espada le ha caído sobre el rostro enrojecido trazando un surco de sangre en la mejilla.

—¡Mátalo, Monstruo, mátalo!

Claro. Un golpe, un golpe ahora...

—¡No te dejes vencer...!

Qué pesada era la espada.

—¡... no, no por ese niño tonto!

Como si el Monstruo comprendiese y pensara: «No los defraudaré, no; venceré al pequeño Gladiador».

El niño sintió el peso del Monstruo sobre su cuerpo menudo. Estiró el brazo en un esfuerzo supremo y alcanzó la espada. Los nudillos le blanquearon en torno a la empuñadura. Algo se había enroscado en su cuello y una oleada roja como la sangre, pesada, opresiva, ceñida por el cráneo se debate tras su frente, a punto de estallar en los oídos. Elevó el brazo por sobre la cabeza y unió ambas manos aferrándolas al puño de la espada. Un tentáculo cayó sobre su rostro golpeándole la boca. Entonces, el arma trazó una breve línea y se abatió sobre el Monstruo hundiéndose en la oscura cabellera.

\* \* \*

Olivier deslizó la navaja en el bolsillo de su jean y observó detenidamente las letras de su nombre grabadas en la gruesa rama del almendro. Le parecieron hermosas, rudas y desparejas, como debían ser. Cerró los ojos y las tocó suavemente

con los dedos extendidos, nombrando las letras mentalmente. Lo repitió tres veces como un rito, hasta que el sonido de las tijeras de podar se hizo consciente en sus oídos y miró a su padre, allá abajo, cercenando las pequeñas cabezas verdes, tan pronto como en su mente se formaba la imagen del ruedo en la plaza y los combates con los Monstruos. Vio como saltaban las hojas por sobre el brazo de su padre.

«Eso está bien para él».

Eso estaba bien. Las afiladas cuchillas chocando y abriéndose, chocando y abriéndose, cortando, emparejando, matando. Inconscientemente, deseó no asociar siempre a su padre (ahora moviendo las tijeras) con las espadas y las lanzas y la arena y los montículos de hojas crocantes.

«Es lo que quieres. La muerte no es importante para, ti».

¡Oh, si tan sólo hubiese podido vencer al Monstruo azul! Evitar las púas que se hundían en su carne y le causaban un dolor agudo, lacerante.

«Clarence y Alano lo intentaron; eran valientes...».

¿Qué sería de ellos ahora que habían muerto? Quizá morir no fuese tan malo.

«—Te quedas dormido y no despiertas nunca».

Su padre los había amado. Mucho.

Había que golpear. Golpear y golpear y golpear y sangrar.

«Papá, tú también eres maniático...».

Sangrar y sentir el dolor. Sin mirar la masa de lana verde y marrón y de paño azul, sin percibir el odio de la masa planeando sobre la cabeza anhelando Intacta la integridad del Monstruo, estirando los dedos hacia la Hoja de Oro, la laminilla brillante, pulida, dorada.

No habían ganado. Su padre no había tocado jamás la Hoja brillante.

«Ni Alano, ni Clarence, ni...».

Parecía que podía no llegar a tocarla nunca. Transcurrir los días y días y él permanecer allí, rozando las verdes hojas saltando sobre su brazo, manejando hábilmente las tijeras, matando con saña, con placer.

El hombre cesó de mover las manos sobre el cerco, giró de pronto y Olivier lo vio, lo descubrió simplemente, con el rostro bronceado y la blanca camisa arrugada. Era sólo un hombre en un patio, embelleciendo su hogar, entrenando durante treinta días a su hijo derrotado, encaramado a un viejo sin hojas.

«¡Oh, papá!».

Su padre no tenía nueve años. Muchos nueve años habíanse acumulado sobre sus hombros y cuando pasaron más y más no respiraría ya, no respiraría de pronto y se quedaría dormido...

«—... y no despiertas nunca».

Y sería inútil llamarlo y llamarlo como había llamado a Clarence.

Su padre nunca había viajado a las estrellas; cuando todavía existían los viajes y los cohetes no se habían cubierto de óxido y musgo. Era tan caro... Ni siquiera a otro lugar del planeta, cruzando océanos y kilómetros y kilómetros de tierra desconocida.

Pero la Hoja, la Hoja estaba allí, a unas cuerdas, en la plaza. Sólo sangrar, golpear y sentir el dolor.

Él se dormiría de pronto, un día cualquiera y la Hoja continuaría estando lejos, en la cúspide de la copa más alta, sin caer lenta, muy lentamente como la última hoja que conservara el señor Jackson, sin tocar la tierra blandamente, sin ocupar el hueco de las manos.

El hombre sonrió y le hizo un gesto amistoso, desnudando los grandes y parejos dientes blancos en una sonrisa cordial, afectuosa. Olivier lo miró sin sonreír. La ternura le subió a la garganta y los párpados bajaron y subieron rápidamente percibiendo la humedad en las pupilas.

«Tú no puedes combatir, no tienes siete años ni ocho ni nueve...».

Ahora las tijeras se movían frenéticamente y las hojitas saltaban y caían como las gotas de un surtidor.

Él, sólo estaría allí, combatiendo con las afiladas cuchillas todas las veces que el Monstruo verde se elevara demasiado. Aguardando todos los otoños.

Olivier se deslizó, aferrado a la rama con las manos y los pies, de cara al cielo plomizo. Algo, tras los maxilares se contraía y obstruía la garganta. Permaneció así hasta que los brazos le dolieron y se descolgó, los pies primero, luego las manos, flexionando las piernas para atemperar el choque con el suelo cubierto de césped. La ternura lo invadía, tenaz, acrecentándose hasta la piedad. Dejó que las lágrimas le rodaran por las mejillas, el ruido de las tijeras de podar en los oídos. Era como caminar bajo el agua buceando en la oscuridad; buceando sin saber hacia donde.

—Papá... papá...

Ahora correría hacia él y permanecería a su lado. Posaría la mano en su brazo percibiendo el movimiento del músculo bajo la tela. Sólo se quedaría mirando el aletear de las manos, murmurando despacito, inaudible:

—Mata, mata.

Pero las lágrimas... estaba bajo el agua aún; ya sin bucear. No debería haber lágrimas. Y continuaría la ternura. Sólo aguardar a que las mejillas secan. No se extinguiría la piedad, como una cosa Inconmensurable, doliente, profunda.

\* \* \*

Había escuchado las voces, la roja sangre apelmazándole los cabellos rubios.

—¡Ya no luches! ¡Has perdido, has perdido!

Había quedado sobre el ruedo, los granos amarillos chirriando entre sus dientes.

—¡Mátalo, Heraldo, mátalo!

No escuchó. No escuchó de pronto. Pudo girar sintiendo el dolor que atenazaba las entrañas y abrir la boca al viento frío que se había tornado fuego y bajaba silbando a los pulmones.

Las pupilas dilatadas escrutaron el árbol pelado; lenta mente. Las pupilas se

apartaron y descendieron los párpados esperando la luz cegadora de la Hoja dorada, brillante.

Dos segundos.

Los ojos se abrieron y no había hoja. Ninguna hoja. Otra vez recorrer el tronco, subiendo hasta la rama, la última rama. Tan alta, tan lejana danzando en el viento. No había hoja.

Estaba, estaba... debía de estar allí; sólo que no la veía. Eso, eso era; no podía verla.

El fuego crepitó en los pulmones desgarrando el pecho. Estaba... quizás estirando el brazo, quitando esa cosa gris que se Interponía. Algo brillaba al final del brazo; algo filoso, pesado. Se sentía remoto. Apartar esa cosa, apartar...

—¡Muere...!

Ya no escuchaba. Como matar una mosca. El golpe en el aire... ¡Zip!

Abrir los ojos y buscar la hoja.

El fuego, el fuego era tan intenso. Más y más Intenso cada vez. Las llamas alcanzaban la garganta y ascendían.

Ahora. Sólo ganar, ganar esa vez.

El Herald de la Muerte, gris acerado, metálico, gélido descargó el golpe mortal y disipó el fuego en la garganta y el dolor en las entrañas. Los párpados se abatieron y una llama rebelde se enredó en el corazón como un postrer áspid candente.

El corazón latió una vez. Otra vez.

Y se detuvo para siempre.

\* \* \*

Las voces de los chicos se escuchaban formando parte de la plaza, del ruedo, de las tardes grises del Mes Dorado, el viento alejándolas y acercándolas, desvaneciéndolas poco a poco en los confines del pueblo.

Los hombres y los hermanos de quince años caminaban llevando a los niños de la mano, o a los cadáveres de los niños en los brazos.

Olivier y su padre, de la mano como dos amigos, andaban lentamente sobre el ronroneante pedregullo rojo.

—¿Duele, Olivier?

—No... no, sólo un poco.

No dolía mucho realmente. El grotesco Monstruo había perdonado. Pero había combatido como el más poderoso gladiador, hincando la doble hilera de afiladas sierras impulsadas por las batientes mandíbulas en la carne tierna, desgarrando la sedosa piel tostada por el sol de nueve veranos.

—Deberían acorazarse también los brazos.

—No lo permiten, lo sabes. La coraza cubre el pecho y la espalda.

—Claro... A tu madre no le gustará ver eso.

—Lo sé, es el sweater que ella me regaló.

Aún no se encendían las luces en la calle y el viento se sintió pasar reptando a ras del suelo, gimiendo sobre la gris chatura del asfalto, elevándose sobre las casas y los cercos. Una niña cruzó pedaleando rauda en su bicicleta, el largo cabello negro ondulando sobre la espalda.

—¡Adiós, Oli! —saludó con su voz chillona.

—Adiós... ¡Detesto que me diga Oli!

—Seguro que ella no lo sabe. No es de por aquí, ¿no?

—Vive del otro lado de la plaza. ¿Por qué tiene que decirme Oli?

—Las mujeres abrevian siempre los nombres. Hace frío; creo que estoy sintiendo frío.

—El chico que a ella le gusta obtuvo el Trofeo completo hace dos años.

—¿Dos años? Dos años... ¡Bruce! ¿Le gusta Bruce a esa niña...?

—Ajá. Tú sabes como son las chicas.

—Seguro; no es el frío, pero el viento... —el hombre subió el cuello de su campera y caminó más de prisa. Allá estaba la mujer pálida, quieta, con una sorda desesperación apagándole las pupilas. Dos casas; ahora una y ahora estaban frente a ella. Se detuvieron.

—Señora... lo siento. Lo siento —sabían que no tenía Trofeo. Todos lo sabían.

—Ya no nos queda otro; y no habrá más niños, ¿comprende? —las palabras enmudecieron en los labios blancos y las pupilas hablaron mil cosas atropelladas, siempre fijas en una remota lejanía.

—Me apena lo de... Randy —dijo Olivier—. De veras. Era mi amigo.

—Sí —los labios blancos se movieron—. Era tu amigo...

El viento silbó una canción brevísima y las hojas crocantes le siguieron, danzando en sus giros caprichosos.

—... pero tú continuarás combatiendo y quizá logres el Trofeo completo este año. Randy no. Todo el pueblo tendrá su Hoja de Oro. Muchos tienen tres y cuatro y más... Una planta. ¡Una planta! Y, ¿qué será de nosotros durante los treinta días del Mes Dorado? Sin lanzas ni espadas ni garrotes... Ya no habrá más niños en esta casa; el médico dijo que...

—Puede adoptar un niño. Uno en edad de combatir —dijo el padre de Olivier—. Muchos lo están haciendo últimamente.

—Un niño en edad de combatir.

—Sí. Adiós, señora.

—Adiós. —La mujer se quedó muy quieta, los pálidos labios murmurando: un niño, un niño en edad de combatir...

Olivier caminó junto a su padre, pensando en una taza de chocolate caliente. El hombre pensó que no debió haberle sugerido a la mujer la idea del niño. Aunque había permanecido inmóvil, sin cambiar la expresión de sus pupilas, sabía que esa noche ella hablaría con su esposo. Y pronto habría allí otro Randy rubio y sonriente.

Un ganador tal vez, ante los ojos de Olivier.

Ahí estaba el señor Lancing, obeso y feliz.

Tendría que detenerse un momento.

—Hola, Lancing.

—Que tal, amigo.

—Le devolveré las tijeras de podar mañana...

—¡Oh, no hay cuidado! No las necesito ahora. ¿Por qué no entran? Quiero que vean algo. ¿Cómo fue tu combate, Olivier...? ¡Ah, es una fea herida esa del brazo! Le diré a Ethel que te la cure.

—No, no señor Lancing. Mi madre querrá curármela.

—¡Oh, sí! Comprendo.

—Pienso que... quizá sea un poco tarde y Ethel esté ocupada...

—¡Nada de eso! Ella sólo está descansando. Pase; y tú también, Olivier.

El living estaba a oscuras y el señor Lancing se deslizó evadiendo los muebles. Algo manipuló en un rincón, como si corriera una cortina. Después, un leve tintineo, como un susurrar de cristales. Un movimiento hacia la ventana, y la luz penetró repentinamente, inundándolo todo.

—¡Ahí la tienen! —dijo el señor Lancing radiante de orgullo.

Y ahí estaba la planta. Pequeña; una pequeña plantita dorada, de rumorosas hojas de oro, crocantes y bellas. Ahí estaba el título del señor Lancing, su rango, su posición. Seis hojas de oro.

—¡Oh...! —exclamó Olivier.

—Hermosa —dijo su padre.

—Sí, sí, es bellísima —corroboró el hombre obeso y feliz—. Quería mostrársela cuando estuviese completa.

—¿Lo está?

—Sí. Ésa es la última hoja. La obtuvo Billy; los otros ya son mayores.

—Claro. ¿Cómo está Billy?

—Muy bien, muy bien; casi recuperado. Sólo quedará ciego.

Olivier cerró los ojos e instintivamente se aguzaron sus oídos tratando de captar los sonidos. Las voces, el canto del viento afuera, amortiguado por las paredes.

—Así no podrá ver el horror —estaba diciendo el señor Lancing.

—Parece que estamos haciendo la guerra ahora y el verdadero horror no vendrá.

—¡Ah! Lo leyó, lo leyó también usted... —el señor Lancing se excitó un poco.

—¿Qué cosa?

—El periódico. Está en el periódico esa nota. ¿Piensa usted igual?

—No la leí.

—¿No lee los periódicos?

—Poco. No son agradables las noticias y yo no puedo aliviar nada. «¡Tensión y angustia dominan al mundo!». Tensión y angustia. Deben ser las palabras más utilizadas por todos los habitantes de este planeta. Uno lee las historietas, los

resultados de los Torneos con los Monstruos, las noticias insignificantes pensando que podrá salvarse del resto evitando leerlo. Pero está ahí y los grandes titulares lo atrapan. No es necesario leerlo todo; sólo los titulares. Uno cierra el diario y lo dobla y lo estruja pensando que quizá la próxima mañana sea en la que se encuentre arrastrándose como un gusano en medio de la destrucción, con un extraño olor rodeándolo y un extraño sabor en la boca, sin saber que ocurrió durante la noche.

—Sí. Algo así decía la nota. Sin sentido, sin sentido. Usted puede descargar sus tonterías si se encuentra deprimido y se le ocurre. ¡Pero no escribirlas para que todos las lean! Pienso que los periodistas no deben tener amigos. ¡Estúpidos hombrecitos esparciendo insensateces! ¿Sabe lo que pretenden? Despojarnos de nuestras tradiciones; eso, eso mismo. Le diré lo que decía la nota: hablaba de los Monstruos como algo... denigrante y brutal. Decía que el horror y la destrucción se habían hecho necesarios de tanto aguardarlos sin saber cuándo sobrevendrían. Que por eso habíamos creado nuestros Monstruos, para calmar el desasosiego de no saber cuándo tendríamos el desastre encima. Una forma inconsciente de herirnos destruyendo lo que más amamos porque es condición humana el aniquilarse mutuamente... ¿Lo escucha usted? ¿Lo escucha...?

—Sí.

—Aún hay más. ¡Increíble! Se atrevió a repudiar la decisión de trasladar los Monstruos también a la primavera, alegando que luego vendrían el verano y el invierno y que después no sería un mes de cada estación sino toda la estación con todos sus días y todas las horas con todos sus minutos y segundos, sin comer ni respirar. Y que cuando todos los segundos de nuestro tiempo estuviesen cubiertos con los Monstruos, entonces sí, sobre vendría el horror. Pero eso no es todo. ¡No, señor! Criticó también la idea que propone crear otras categorías con combatientes de edades más avanzadas y que incluyeran también gladiadores femeninos. ¿Cómo pretenden que nos distingamos si todo está estacionado a la espera de la guerra y ya no hay viajes a las estrellas ni modelos especiales de automóviles?... Nada. ¡Nada! ¿Es que puede a alguien ocurrírsele algo con menos sentido? ¿Alguien puede pensar así? ¡Es preferible no pensar!

—Sí, es preferible no pensar.

El señor Lancing extrajo un gran pañuelo y se enjugó el sudor que le humedecía el rostro.

—Pero recibió su merecido —bufó—. Claro que sí. Debió ser rescatado de manos de cientos de ciudadanos sensatos y amantes de las tradiciones de nuestro querido planeta.

Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron en silencio observando la planta de oro, convenientemente iluminada, destellando suavemente.

—¿Cuánto tiempo hace que aguardamos? —dijo al cabo el padre de Olivier.

—A veces pienso que no tanto, no tanto como pretendemos.

—Bien, creo que debemos irnos. Es muy linda su planta.

—Gracias, gracias; realmente lo es.  
—Hasta pronto, Lancing.  
—Adiós, señor Lancing.  
—Nos veremos, amigos.

\* \* \*

—Olivier, no habrá Trofeo para nosotros.

Lo había dicho tan sencillamente, que pareció que nunca habían existido los entrenamientos y las heridas y los rugidos de los Monstruos y sus fauces y sus púas.

—¿Qué? Oh...

Otra vez los recuerdos. Clarence y Alano; y de pronto también Randy. Y el hombre sonriente de rostro amistoso y cordial, empuñando las tijeras.

Olivier bebió lentamente el chocolate tratando de evitar que la piedad y la absurda ternura le desfiguraran las facciones. Había escuchado la charla de Lancing sin comprender mucho, sabiendo sólo que él estaba íntegro, ni ciego ni con miembros amputados. Estaba vivo porque los Monstruos habían sido bondadosos y habían perdonado. Pero no había Trofeo. Antes que su padre muriese, algún día, él correría a la casa de los Lancing y tomaría la planta. La pondría ante los ojos de su padre, cerca, muy cerca y dejaría que percibiese el olor del oro y tocase las pequeñas hojas brillantes y escuchase el tintineo de las laminillas entrechocándose. Hasta que el vecino obeso viniese desesperado y furioso en busca de su preciado Trofeo.

—Papá... ganaré; ganaré, padre, ganaré. Quiero ganar...

\* \* \*

El sol no se veía aún y todo era silencio. Era tan temprano que el hombre sentía el frío en la punta de los dedos como un dolor en la carne, junto a los huesos. Caminaba de prisa escuchando el sonido de sus pasos en las aceras desiertas. Y el amortiguado sonido de las suelas sobre el pedregullo de la plaza. Se sentó en un banco y aguardó. El eco lejano de unas campanas le llegó a los oídos, y luego el lastimero aullido de un perro vagabundo.

Aguardó.

Una silueta pequeña se deslizó como un fantasma, los árboles ocultándolo a veces, el pedregullo crujiendo a su paso. Parecía que cantaba muy quedo. Penetró al ruedo y desapareció tras la compuerta, en la morada de los Monstruos.

El hombre en el banco continuó aguardando. Hasta que el oscuro fantasma salió del ruedo y se alejó con su vacía lata de aceite y sus herramientas a la espalda.

Entonces, el hombre se incorporó lentamente. Caminó sobre el suelo crocante, sobre la fría arena dorada, y se sumergió en el mecánico mundo de la Muerte y el

Perdón. Después, nuevamente aguardó. Sólo aguardó.

\* \* \*

Era el día. Vencer o morir. El Heraldo de la Muerte no perdonaba; sólo sabía matar si resultaba triunfante.

Olivier saltó al ruedo. Podía perecer como Randy, yaciendo quieto y sin respirar. O alcanzar la Hoja de Oro.

La masa se agitó y vibró y aulló volcánica, enfebrecida, bullente.

—¡Morirás!

«—Hazlo con el hacha» —había dicho el padre, (¿dónde estaría?).

Olivier ajustó su armadura. Tomó el hacha filosa y contundente y entonces la compuerta se abrió con lentitud. Los goznes chirriaron (así debía ser) y los niños y los hombres se habían aquietado ya, silentes y tensos.

El Heraldo de la Muerte avanzó y los goznes volvieron a chirriar.

Respirar muy hondo apresando el oxígeno en los pulmones, exhalándolo serenamente. Sin oír, sin pensar.

—¡Mata, Heraldo, mata!

El tiempo se escapa. Pero Olivier aún puede recordar aquella primera vez de pisar las arenas, el terror enroscado a la garganta, todas las bocas abriéndose y cerrándose, los brazos en alto y cayendo, extendiéndose, prietos los puños. El mundo en contra. El odio en la plaza. Aún puede recordar. El primer grito del padre, allá arriba, allá lejos, inalcanzable, de pronto distinto —ya para siempre— instándolo a matar.

El Heraldo está muy cerca y ataca. Olivier lo esquiva; lanza un hachazo y retrocede. Y avanza y acomete y siente el dolor. El viento lo azota con amplias ráfagas frías. Le mueve los cabellos, le humedece las pupilas.

«—Con el hacha. Rápido, sin temor...».

El Heraldo le ha herido la mano y el rostro. Olivier lo ve avanzar y ya los pensamientos lo abandonan. Ya no recorre con la memoria todos los rostros sin hallar el rostro familiar. Su mente, por primera vez una máquina fría —ni ternura, ni piedad— se concentra en el Monstruo Supremo programado para matar, sólo para matar, y le asesta un hachazo en el pecho. Tremendo brutal. Y un hachazo en la cabeza, el Heraldo ya vencido sobre la arena amarilla. Y un hachazo más.

Clarence.

Y otro.

Alano.

Parece que hablan los golpes, que hablan con ronca voz. El Heraldo no se mueve casi. Emite un extraño sonido agónico. Olivier deja caer los brazos, aún sosteniendo en el derecho el arma. Grita la masa, aúlla. Hasta que las cuerdas vocales se desgarran y se laceran las gargantas y ya no hay gritos sino un inmenso estertor, un aliento gigantesco que se mezcla al viento y lo torna tibio. Olivier no escucha. Es esta

vez la primera. No escucha realmente. En algún lugar, en algún lugar de la plaza está el hombre cordial, amistoso. En algún lugar...

El hacha vuelve a bajar ahora y el golpe mortal secciona casi el cuello, en el resquicio que deja la coraza como lugar vital. La arena reseca absorbe la sangre roja... parece roja. Siempre fue negra la sangre del Heraldo de la Muerte, circulando por las arterias de nylon. Algo tras aquella acorazada piel gris acero se asemeja a una pulpa, una pulpa rojiza.

Olivier eleva la cabeza y allá en la lejanía, cruzado por las ramas oscilantes de las copas sin hojas de los árboles, el cielo está pintado color de escarlata. Una ráfaga helada lo estremece y una melancolía rara le recorre el alma.

Su padre ha desaparecido. Ya no percibe su presencia. No puede adivinar al hombre de sonrisa afectuosa en ningún lugar de la plaza. En ningún lugar. Todo parece simple, tan natural... Estar allí, con el Heraldo a los pies. Como cuando su padre dijo: «... no habrá Trofeo para nosotros». Y se desvanecieron los Monstruos y el dolor, y aquél misterioso horror remoto e indescifrable.

Entonces, fue la primera vez de regresar cruzando la plaza solo, sin escuchar los gritos de los niños, con una laminilla de oro en el hueco de la mano.

\* \* \*

—¡Olivier! ¡Oh, Olivier...!

Su madre lo vio llegar y le tendió los brazos. Inconscientemente notó una ausencia, una parte del juego que faltaba.

Pero era maravilloso, era tan maravilloso ver a Olivier homenajeado por los otros niños, hermosamente enrojecido por la sangre!

—Tengo que anotar..., voy a anotar ahora —e imaginó a su álbum engalanado con aquella nota: «Día en que Olivier ganó la Hoja de Oro».

—¡Es tan hermosa, tan hermosa!

Una sombra de tristeza y resignación le cruzó de pronto las pupilas.

—Olivier, ya no habrá Monstruos.

—No, mamá, mañana cumpla diez años.

—Estoy sintiendo frío. Vamos adentro.

—Ya no habrá Monstruos... —murmuró Olivier— ya no.

## MAGDALENA A. MOUJAN OTAÑO

*Argentina con un 50% de sangre vasca en sus venas, la Dra. Magdalena Aracelli Moujan Otaño es junto con Guillermo Boido y Alberto Vanasco la única participante de esta antología que tiene lo que se puede definir como «formación clásica» para el género: es doctora en matemáticas.*

*Egresada de la Universidad de la Plata, fue miembro de la Comisión Nacional de Energía Atómica y del Instituto de Física de Bariloche. Ejerció la docencia en las Universidades de Buenos Aires, La Plata, Tecnológica Nacional, Católica Argentina, y durante un año (1967) en la Universidad Nacional de Ingeniería de Lima, Perú. Actualmente se desempeña en la Cátedra de Matemática Aplicada de la Universidad Católica de La Plata.*

*Ha escrito artículos de divulgación para la revista Mundo Atómico durante los años 1953 y 54 y cuentos en las revistas Vea y Lea y Nueva Dimensión.*

*En esta última revista publicó «Bicho'e parra en órbita» y el cuento que incluimos aquí, que tuvo el honor de perturbar a la censura haciendo secuestrar el número en el que apareció sin que pudiera ser distribuido. Su estilo parece compartir algunas características similares: observación aguda de situaciones, humor (a veces corrosivo), lenguaje coloquial (no en este cuento, por lo menos no local) con Angélica Gorodischer.*

*Quizá algunos piensen que un cuento sobre vascos tiene poco que hacer en una antología argentina pero, al fin y al cabo somos un pueblo de emigrantes y ¿quién no tiene sangre española o italiana en sus venas?*

*El fin, quizá previsible, no desmerece un relato pleno de humor e ironía.*

J. A. S.

*Aldiaren zentzumaz euskotarra naiz<sup>[7]</sup>.*

Los baskos<sup>[8]</sup> nada tenemos de racistas. No somos raza, sino especie. Una especie que al mezclarse con la otra sigue dando como resultado baskos puros. El Evangelio dice algo sobre levadura y mostaza que no recuerdo bien, pero que creo tiene con esto algo que ver. Me basta considerar mi propio caso, pues por la ascendencia me corresponde sólo un 50% de basko, y cada vez que me presentan un francés, el gabacho me pide cuentas por lo de Roncesvalles. (Dicen que los moros nos ayudaron, pero no es cierto, hicimos solos la tarea. Y no es cierto que atacáramos a traición, haciendo rodar peñas y provocando avalanchas. Fue de frente, y las peñas las alzábamos en vilo, y cuando faltaban las peñas nos despeñábamos nosotros. Bueno, ellos, pero cuando un basko habla, por su boca habla la especie entera).

Es sabido que cuando un gobierno no nos gusta, emigramos. En general la violencia nos desagrada, somos gente pacífica, enemiga de matar, sobre todo si no es a mano limpia. Generalmente los que emigramos hacemos la América. Ése ha sido mi caso, y Jainkoa<sup>[9]</sup> me ha castigado por haber querido ser tan rico, pues he estado siempre solo. Porque hay que ver que los baskos nacidos aquí son distintos. Debe ser la abundancia de terreno llano y fértil, el basko es montañés, por eso aquí muchos baskos han degenerado transformándose en estancieros, y después en niños bien, gente sin las virtudes de la raza. Si hasta juegan rugby, en lugar de practicar los deportes nobles y tradicionales: hachar o arrancar árboles de cuajo, barrenar piedras, y para los refinados pelota y frontón (a mano, mejor que a cesta o a pala).

Con esto de estar solo he pensado y leído mucho sobre la especie baska, y he sabido que somos un misterio, que nada tenemos que ver con el resto de los habitantes de Europa, que parece que siempre hemos vivido ahí, junto a los Montes Cantábricos, los Pirineos y el mar. Que algunos dicen que descendemos de los atlantes, cosa que no creo, porque Jainkoa no destruiría un continente poblado por baskos. Que siempre tuvimos el mismo estómago fuerte, la misma forma de ser y la misma lengua. Que nuestro especial tipo de sangre ha dado mucho que cavilar. Y que en resumidas cuentas nadie sabe nada sobre nuestro origen, y que lo único que hay sobre esto es una leyenda, la de Aitor y Amagoia, que llegaron a aquel lugar en tiempos muy remotos, y sus siete hijos, que fundaron las siete provincias: Zaspik-bat.

He vuelto muchas veces a la Euskalerría, y mucho la he recorrido, aunque no he podido quedarme, pues árbol trasplantado soy. He tratado de ver cuanto se ha hallado

de nuestros antepasados prehistóricos, y muchas veces he trepado hasta la Gruta de Orio, y mirando aquellos dibujos en sus paredes he pensado que los baskos siempre tuvimos mucho de niños y que siempre hemos sido los mismos.

Tengo parientes en la Euzkalerria, pero no me he atrevido a verles, pues hubo un feo lío, cuando la primera Guerra Carlista, entre mi abuelo y el bisabuelo de ellos. He cuidado en mi testamento de dejarles todo lo que tengo. Quizás entre ellos haya alguno con suficiente cabeza como para averiguar algo sobre el origen de nuestra especie.

Todo esto empezó cuando después de saber que el tío Isidro había muerto en América, sin que ello me entristeciera, Jainkoa me lo perdona, nunca había visto al tío Isidro, llegó la noticia de que yo era su único heredero. Pensé que ahora podría comprar una barca nueva y corrí a casa de Gregoria, a pedirle que nos casáramos. Luego supe que el dinero era más de lo que yo pensaba y le propuse una locura: pasar nuestra luna de miel en el extranjero. Contra lo que yo esperaba, ella aceptó. Nos casamos en la iglesia de Guetaria y viajamos a Málaga, y luego a Palomares. Estábamos allí cuando chocaron los aviones y se desparramaron las bombas de hidrógeno y tanto trabajo hubo para subir la que había caído al fondo del mar. (La sacaron porque era el Mediterráneo, que en el Cantábrico otra cosa hubiera sido). Y unos meses después me dice el Doctor Ugarteche:

—Mira Iñaki, mejor es que estés prevenido sobre el hijo que esperáis. Gregoria y tú habéis recibido una dosis muy fuerte de radiación. —Y siguió hablando, repitiendo muchas veces la palabra «genética», diciendo muchas cosas que no entendí y preguntándome otras que son demasiado íntimas para repetir las, Gregoria la cabeza me partiría.

Xaviertxo<sup>[10]</sup> llegó muy bien, sólo que tardó once meses. Era un niño muy robusto, que a los tres meses partía una vara de un dedo de grueso con sus manitas. En un basko eso no llama la atención. Pero lo que sí nos extrañó fue que a los cuatro meses hablase el euskera mejor que cualquiera de nosotros, incluido el Padre Lariaun. El Doctor Ugarteche, cuando le veía, solía decir cosas no muy comprensibles, repitiendo muchas veces: «mutación favorable». Un día me llamó aparte y me dijo:

—Mira Iñaki, ahora puedo decírtelo. Tu mujer y tú habéis quedado afectados genéticamente para siempre por la radiación recibida. Pero, Jainkoarieskerrak<sup>[11]</sup>, parece que ha sido para bien. —Y agregó otras cosas sobre el deber de traer al mundo más críos como ese.

Jainkoa nos mandó seis más; Aránzazu, Josetxo<sup>[12]</sup>, Plácido, Begoña, Izaskun y Malentxo. Todos, Jainkoarieskerrak, sanos y robustos como el que más. Y todos hablaron perfectamente el euskera a los cuatro meses, y leyeron, escribieron e hicieron cálculos a los nueve.

Cuando Xaviertxo cumplió ocho años viene Gregoria y me dice:

—Mira Iñaki, Xaviertxo quiere ser físico.

—¿Quiere fabricar bombas? Eso no es cristiano.

—No Iñaki, dice algo así como que quiere estudiar la estructura del continuo espacio-tiempo.

—Primero tendrá que hacer el bachillerato.

—No Iñaki, quiere empezar ya a estudiar en la Universidad. Y dice que tenemos que ir pensando lo mismo para Aránzazu y Josetxo, para dentro de poco tiempo, que tendrán que ir a estudiar electrónica a Bilbao. En cuanto a él, le apena irse al extranjero, pero dice que por ahora estudiará física teórica, y para física teórica, Zaragoza.

—Pero Mujer, mira que sólo tiene ocho años.

—Y qué vamos a hacerle, Ikañi, si superdotado es.

Y siendo superdotado, en Zaragoza le recibieron, y a los trece años era doctor en física. Aránzazu y Josetxo de modo parecido se portaron en Bilbao, y los más pequeños parecían también inclinarse hacia la física o la ingeniería y yo recordaba siempre el testamento del tío Isidro, donde había escrito cuánto le agradecería que alguno de la familia estudiase el origen de los baskos, y pensaba que mis hijos, pese a ser superdotados, no habrían de cumplir el deseo del difunto.

Pronto Xaviertxo nos dijo que tenía que viajar a Francia, Estados Unidos o Rusia, para perfeccionar sus estudios. El Padre Lartaun dijo que París no era lugar para un muchacho de su edad.

—En cuanto a Estados Unidos o Rusia, países herejes son, de modo que no sé qué decirte, y por otro lado no debes cortar la carrera del pequeño. Lo mejor, Iñaki, es que lo decida la madre.

Por una vez Gregoria no sabía qué decidir, pero al fin tuvo una idea brillante. Se fue a San Sebastián, y con licencia del Padre Lartaun vio todas las películas del Festival Internacional que allí daban. Volvió bastante escandalizada, y decidida a enviarle a Rusia, diciendo:

—Allí, por lo menos, mujeres ligeras de ropas no verá.

Xaviertxo pasó cuatro años en Rusia. Lo primero que hizo fue derrotarles al campeón mundial de ajedrez. Los rusos, en seguida, le pusieron de profesor en Akadem gorodok, y los alumnos de Xaviertxo grandes cosas hicieron. Los rusos a Xaviertxo el oro y el moro le ofrecieron con tal de que no les dejara: querían nombrarle Académico, y Héroe de la Unión Soviética, darle el premio Lenin y un palco, de por vida, en el Teatro Bolshoi, pero Xaviertxo no aceptó.

—Mirad, Ama eta Aita<sup>[13]</sup>; no soporto estar lejos de vosotros y del Cantábrico. Además allí me dan grandes laboratorios, y muchos ayudantes, todo lo que yo quiera para poder investigar, pero no me dejan trabajar en el problema que más me interesa. Dicen que mis teorías contradicen la Dialéctica de Marx y Engels y que mi máquina es una contradicción en sí misma.

—¿Qué máquina, Xaviertxo?

—Una máquina del tiempo. Naturalmente, sólo un proyecto es.

—Pues si te dicen que no la construyas, debes construirla. El que contradice a un

euskalduna lo que hace no sabe —dijo Gregoria muy firme, y en ese mismo momento decidió que Xaviertxo, Aránzazu y Josetxo salieran para Estados Unidos.

Allí los tres pasaron dos años. Los yanquis, con tal de que se quedaran, les ofrecieron grandes contratos, muchos automóviles, ciudadanía honoraria y un rancho en Texas cuyas paredes íntegramente pantallas de televisión eran, pero mis hijos no aceptaron.

—Nosotros no soportamos estar lejos, Ama eta Aita, y además los yanquis no quieren ni oír hablar de la máquina del tiempo. Dicen que es una contradicción en sí misma y un peligro para el «American way of Life».

—Pues si todos dicen que no hay que construirla, debéis construirla cuanto antes —dijo firmemente Gregoria—. Lo que haréis será construirla aquí.

—Pero necesitaremos más gente que trabaje con nosotros, y muchos instrumentos, y una computadora, y muchos libros.

—Eso puede hacerse —dije yo—. Nunca os dijimos cuán ricos somos, pero el tío Isidro nos dejó una cantidad enorme de dinero, repartida en muchos bancos de Europa. —Les dije la cantidad y ellos se santiguaron. Aránzazu comentó:

—El tío Isidro no puede haber sido todo lo honrado que un basko debe ser.

—No debes hablar así de él, pues muerto está. Y debo deciros que en su testamento pone que le alegraría que alguien de la familia averigüe de dónde venimos los euskaldunas, cosa que parece nadie sabe. ¿Sirve para eso la máquina del tiempo, Xaviertxo?

—Sirve.

—Pues entonces a construirla.

—Pero está el problema de la gente. Habrá que traer extraños, y necesitaremos algo así como un instituto científico.

—Pues el Instituto lo fundaremos nosotros. Y funcionará aquí, junto al Cantábrico. Y lo dirigirás tú, y la gente que te dé la gana traerás a trabajar contigo. Y aquí estudiarán tus hermanos más pequeños, que no tendrán así que viajar al extranjero, y con gente extraña tratar.

Fundamos el INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DE LOS ORÍGENES DE LOS BASKOS en un valle cercano a Orio, bien escondido entre las montañas y bien alejado de las carreteras, para que nadie molestase. Sobre unas ruinas muy viejas que allí había construimos un bonito edificio de piedra, grande como para que en él se albergaran y trabajaran todos los que en él proyecto de Xaviertxo intervendrían, y le agregamos una capilla y un frontón. Luego Xaviertxo, Aránzazu y Josetxo viajaron a Bilbao, y empezaron a encargar material para el trabajo científico, y a su buscar gente que se les uniera en la tarea.

—Necesitamos gente muy, muy capaz, pues el problema muy difícil es. Y muy honrada, para que no venda la máquina a quien la use para mal.

—Pues busca entre los baskos que sepan de estas cosas, que ellos no te traicionarán. Y para los extranjeros, impón que hablen el euskera. El extranjero que lo

aprenda muy inteligente ha de ser, y bueno además, pues Jainkoa no dejaría aprender el euskera a un malvado. El Demonio estuvo aquí siete años, y con nadie entenderse pudo.

En un plazo de dos años el Instituto empezó a funcionar. Había en él treinta físicos e ingenieros, hombres y mujeres, aparte de mis hijos. De esos treinta, quince eran baskos, y el resto extranjeros: catalanes, gallegos, castellanos y un argentino de sangre baska, llamado Martín Alberdi, que siempre bromeaba y a Gregoria llamaba Doña Goya.

—Yo trabajo aquí porque ustedes me son enormemente simpáticos, Aránzazu especialmente —decía—, pero este asunto de la máquina del tiempo no puede tener éxito. Imagínese, Doña Goya, que con una máquina del tiempo uno podría viajar al pasado y matar a su abuelo. Y entonces, adiós uno, y agur máquina. ¿No ve que la idea contiene una contradicción fundamental?

—Ninguna contradicción veo, pues a ningún basko se le ocurriría a su abuelo matar, así que un basko la máquina puede construir —contestaba Gregoria.

Nuestros hijos, en cambio, había veces que no estaban tan seguros. El problema, según decían, muy difícil estaba resultando, y los cálculos eran terriblemente complicados, pese a contar con la computadora JAKIN AISUGURRA<sup>[14]</sup>, íntegramente construida en Eibar.

—Es un problema que con la lógica común no podemos manejar. Demasiadas paradojas. Otra lógica necesitamos, que aún no ha sido construida.

Un día Xaviertxo dijo que las cosas iban demasiado mal, y que no era cosa de hacer perder tanto tiempo a la gente, y que esto era derrochar la herencia del tío Isidro, y que el Instituto mejor haría en dedicarse a algo más productivo. Su madre le regañó entonces como antes nunca lo había hecho.

—Parece que basko no fueras, pues echarte atrás quieres. ¿Has olvidado que tu madre nació en Guetaria, lo mismo que Sebastián Elcano?

—Barkatu Ama<sup>[15]</sup> —dijo Xaviertxo, y volvió a escribir fórmulas. Al fin Malentxo, la más pequeña, les dio la solución, inventando la nueva lógica que necesitaban.

Entraron entonces en lo que ellos llamaban la ETAPA EXPERIMENTAL PREVIA y con unos extraños aparatos algunas cosas raras hicieron con mi boina, que a mí trucos de feria me parecieron. Sin embargo ellos excitadísimos estaban, y decían que había que empezar a verlo todo de una manera totalmente distinta, y el argentino Martín Alberdi me decía que se había producido la GRAN REVOLUCIÓN EN LA FÍSICA, algo mucho más importante que la Relatividad, y que la Teoría Cuántica y la Bomba Atómica, y luego me llamó aparte, y con una cara de zozobra que en otro me hubiera engañado me dijo:

—Don Iñaki, las grandes potencias se nos van a echar encima para arrebatarnos EL SECRETO. Y aquí no se toman medidas de seguridad. ¿Cómo es que no hay guardias? ¿No desconfían de nadie? ¿Han estudiado nuestros antecedentes?

—Mira Martín. Sólo a ti se te puede ocurrir hacer bromas sobre la honradez de tus compañeros. ¿Y de dónde has sacado que no tenemos guardias? —le señalé a mis tres perros, Nere, Txuri y Beltxa, que echados al sol estaban—. Y sabes que hay otros más, perros y perras de buena raza, pescadores y pastores, y que a los baskos otra clase de guardianes no nos gustan, y a ti tampoco.

Con su carácter tan distinto, Martín trabajaba muchísimo, y Xaviertxo decía que era muy, pero muy inteligente, y Aránzazu lo miraba con buenos ojos, y todos le queríamos mucho. Él solía decirme:

—Sus hijos serán superdotados, pero yo soy muy vivo.

Y pronto empezó a llamar Ama a mi mujer, y Aita a mí, y luego, con su habitual falta de respeto, Ama Goya y Aitor.

Después de los experimentos con mi boina, mis hijos y sus compañeros pasaron un tiempo armando un extraño chisme metálico, lleno de lucecitas de colores. Muy bonito era, y los muchachos le llamaron PIMPILIMPAUSA<sup>[16]</sup>.

—Y ahora habrá que probarlo —dijo Xaviertxo, un poco preocupado—. Alguien tiene que ir.

—Naturalmente, debes ir tú —digo Gregoria—. Y como es natural, toda tu familia contigo irá. —Y nadie pudo discutir cosa tan justa.

En el día de San Sebastián el Padre Lartaun ofició misa en la capilla del Instituto y bendijo a PIMPILIMPAUSA, a la que Gregoria había pedido que una imagen pequeña del Sagrado Corazón pegaran. Habíamos colocado a PIMPILIMPAUSA alejada del edificio, en el centro mismo del valle. Nos colocamos alrededor, toda la familia, incluidos los tres perros, Txuri, Beltxa y Nere. Nuestros amigos, desde el edificio del Instituto, cantaron para despedirnos;

«Agur Jaunak,  
Jaunak agur,  
Agur ta erd...»<sup>[17]</sup>

Xaviertxo apretó un botón rojo y la máquina zumbó. Xaviertxo dijo:

—Parece que no ha funcionado.

Desde el edificio volvieron a cantar:

«Agur Jaunak,  
Jaunak agur,  
Agur ta erdi...»

y vuelta a apretar el botón rojo, y nuevo zumbido, y caras cada vez más desoladas entre los jóvenes.

Después de probar dos o tres veces más, Xaviertxo dijo:

—Fracasamos.

Estuvimos un rato callados y luego Xaviertxo se echó la boina hacia atrás, rascó las cabezas de los perros y con cara triste se echó a caminar hacia las montañas. Gregoria dijo que mejor era dejarle solo, y que al día siguiente discutiríamos si convenía revisar a PIMPILIMPAUSA para ver por qué había fallado o empezar directamente a fabricar otra máquina. Los tres perros por esta vez no hicieron caso de lo que Gregoria decía y detrás de Xaviertxo se marcharon.

Nadie habló cuando al Instituto regresamos. Xaviertxo no volvió en toda la noche, y los tres perros tampoco, y en el Instituto nadie durmió. Amaneció, y pasaron unas dos horas desde el amanecer, y de repente oímos en la montaña el Irrintzi<sup>[18]</sup>, y oímos los ladridos de Nere, Txuri y Beltxa, y vimos que los perros a todo correr bajaban la montaña, y detrás de ellos, a grandes saltos, Xaviertxo, y con él otro hombre con traza de basko también. Y llega Xaviertxo y dice:

—Lo que ha pasado es que el radio de acción mucho mayor que lo previsto ha sido. Me eché a caminar, y crucé los montes, y con este pescador me encontré en la playa. Él me vio la boina echada hacia atrás y me ofreció ayuda para lo que necesitara. Comenzamos a charlar, y como ocurre siempre, empezamos a hablar mal del gobierno central, y de lo poco que respeta los Fueros. Y él me dice que lo peor son los flamencos que se ha traído consigo Don Carlos. Y yo casi pierdo el sentido y le pregunto la fecha. Y hoy estamos a 7 de julio de 1524. Lo que ocurre es que nos hemos venido al pasado todos, con el Instituto, con todo lo que hay en el valle.

—Diría que esto cosa del Diablo es, si en Euskera no hablarais. Además, si Sebastián Elcano, el de Guetaria, dio la vuelta entera sin caerse, habrá que pensar que cualquier cosa es posible —dijo el pescador.

Martín, con cara preocupada, llamó aparte a Xaviertxo para decirle:

—Hermano, tené cuidado, que me parece que este tipo te está metiendo el perro.

Fue muy difícil convencerle, pese a que cuando las pruebas en el laboratorio había estado tan seguro, y sólo aceptó la verdad después de ver, desde lo alto de un monte, con sus prismáticos, dos carabelas que al puerto de San Sebastián se acercaban; después de comprobar que la carretera de San Sebastián a Guetaria había desaparecido y después de visitar Guetaria y no hallar la estatua de Sebastián Elcano, pero hallar en cambio sí a Sebastián Elcano.

—Lo que me sorprende, Doña Goya —decía después Martín en la comilona que dimos en el Instituto, mientras se servía sardinas asadas y sidra—, es que con estas ropas baskas del siglo veinte, y este idioma euskera que hablamos, no llamemos la atención en el siglo dieciséis. ¿Es posible que en cuatro siglos los baskos no hubieran cambiado nada?

—Un pueblo que no evoluciona. Grave, grave —decían los demás extranjeros, saboreando el bacalao y las anguilas al pil pil.

—¿No les decía yo? —continuaba Martín—. En las provincias vascongadas los neolíticos son llamados nueva oleros, y son muy mal vistos. —Y todos reían.

Muchas bromas hicieron, y mucho comimos y bebimos, y bailamos la ezpatadantza, y aureskos y zortzikos, aunque tuvimos que llamar al orden a Martín, que se había unido a nuestro grupo de txistularis<sup>[19]</sup>, y cada tanto el ritmo cambiaba y tocaba cosas que de baskas nada tenían. Y después nos reunimos para decidir qué haríamos.

—Pues saltar de nuevo atrás —dijo Gregoria—, pues muy lejos del origen aún estamos.

Pasó la noche del 7 al 8 de julio de 1524, y al amanecer todos, incluido el pescador que había dado a Xaviertxo la buena nueva, nos preparamos para dar otro salto al pasado. El Padre Lartaun mucha preocupación tenía.

—Es que, sabéis, nuestros antepasados mucho en convertirse tardaron. Natural es, pues somos un pueblo terco. El próximo salto nos ha de llevar a tierra de paganos.

PIMPILIMPAUSA funcionó de nuevo. Esta vez se hicieron muchos cálculos, y dijeron que iríamos al siglo octavo, y allí fuimos. El valle no había cambiado, pero cuando nos movimos, ya no estaban ni Guetaria, ni San Sebastián, ni el castillo sobre el Monte Urgull. Pero las barcas de pesca en el Cantábrico eran las mismas, y en todas había perros blancos, negros o de pelo áspero, color castaño, muy parecidos a Txuri, Beltxa y Nere. A nadie llamábamos la atención cuando con otros baskos por los caminos nos cruzábamos. Alguna vez nos preguntaban, en un euskera igual al nuestro, si por ahí habíamos visto alguna partida de godos. Más o menos la mitad de los baskos que encontrábamos eran cristianos.

—En cuanto a los demás —decía el Padre Lartaun—, dicen que la nueva religión buena es, pero que cambiar la religión de los padres es cosa mala. Hice mal en llamarles paganos, pues siguen la religión natural...

—¿Y usted no les predica. Padre?

—¿Predicarles? Bueno, algo intenté, pero ya sabéis que conseguir que un basko cambie de idea es algo muy, pero muy difícil...

Un grupo de caminantes pasó, y a comer en su caserío fuimos invitados. Avergonzados estábamos por no poderle decir de dónde (de cuándo) veníamos. Hasta el Padre Lartaun estaba de acuerdo en que la verdad parecería cosa demasiado extraña, cosa del Diablo, o del Basajaun<sup>[20]</sup>. Había que mentir, diciendo que éramos baskos del otro lado de las montañas, y a ningún basko le agrada mentir. Aceptamos la hospitalidad, comimos y bebimos (angulas, tocino con habichuelas rojas, queso y sidra), bailamos aureskos, cantamos, agradecimos y nos despedimos con el Agur. Y otro salto dimos en seguida, muy avergonzados por haber mentido. El Padre Lartaun estaba ahora preocupadísimo.

—¿Es que no os dáis cuenta? Vamos ahora a una época en la que todavía el Salvador no habrá venido.

Allá fuimos. Y en lo que se veía el cambio no era mucho. Casas y pueblos eran casi todos los mismos que habíamos dejado. Se bailaba, se cantaba y se comía lo mismo, y todos nos entendíamos perfectamente, en un euskera sin traza de cambio

alguno. Claro que la cruz faltaba, y el Padre Lartaun estaba siempre preocupado.

—Es que mi deber sería predicar a los paganos. ¿Y cómo voy a predicar, si Cristo todavía no nació?

—Si no puede predicar, profetice Padre —le dijimos— no habrá profecías más seguras que las tuyas —le dijo, riendo, Martín, que por otro lado estaba escandalizado de encontrar baskos iguales a lo que los baskos siempre serían.

Nuevamente aceptamos la hospitalidad de la gente, con mucha vergüenza por mentir acerca del lugar y el tiempo de los que veníamos. Comimos angulas, y sardinas asadas, y tocino con habichuelas rojas, y todos nos preguntaban si no habíamos visto a esas gentes del Sur, que estaban cruzando las montañas con aquellos monstruos de largas narices. El Padre Lartaun contó algo sobre Asdrúbal, Aníbal y su familia, y todos le miraron con gran respeto. Martín empezó a contar unos chismes sacados de un libro de esos que no deben ser leídos llamado «Salambó», pero Xaviertxo no le dejó continuar, diciéndole:

—Los baskos amigos fueron, según la historia, de los cartagineses. Alterarías la historia si los convencieras de que los cartagineses eran, son, unos degenerados.

Y como alterar la historia es grave responsabilidad, Martín no siguió hablando.

Volvimos a saltar al pasado, ahora mucho más atrás, y sin embargo todo era muy parecido a lo que habíamos dejado, sólo que había menos caseríos, y muchas gentes entraban y salían de las cuevas de las montañas, y muchos vivían en ellas. Ya no nos sorprendía que todos fueran tan parecidos a nosotros, ni que nuestro idioma fuera el de ellos.

Trepamos hasta la gruta de Orio, y entramos en ella, mientras decía Martín:

—Hoy está de moda ser espeleólogo. Va a tener que pasar una punta de miles de años para que la moda vuelva.

Luego decía, mirando aquellas pinturas:

—Quizá con el próximo salto podamos conocer al artista que decoró esta cueva.

Nos hicimos amigos de los pescadores, y en sus barcas salimos al mar, con Nere, Txuri y Beltxa, que mostraron su habilidad en la pesca del bonito. El Cantábrico estaba mucho más poblado, y hasta vi grandes cachalotes cerca de la isla de Santa Clara.

Tuvimos una reunión y Xaviertxo, muy preocupado, nos advirtió:

—Debemos decidir ahora. PIMPILIMPAUSA frágil es, y un nuevo salto la arruinará. ¿Volvemos a nuestro tiempo, o seguimos hacia el pasado para enterarnos, en definitiva, de cuál fue nuestro origen?

—Esto es cosa para votar, y debe ser votada —dijo Gregoria. Y trajo habas blancas y negras y tomó mi boina—. El que esté por volver, eche una haba negra. El que esté por seguir, eche una haba blanca.

Así se hizo, y al volcar mi boina sólo habas blancas cayeron.

Dimos el salto. Y lo dimos para no hallar traza de ser humano en estas tierras. Entre hielo y nieve trepamos a la gruta de Orio, y en ella no había pintura alguna. Y

PIMPILIMPAUSA no funcionó más.

De todo eso han pasado algunos años. Desde entonces muy contentos hemos vivido. No importa el frío, que es mucho, pues tenemos buen abrigo y trabajamos duro, y para el alimento ahí está el Cantábrico, libre de hielo y con pesca tan abundante. Mis hijos y sus amigos se lanzan al mar, a sacar peces y cazar cachalotes y ballenas, acompañados de Nere, Txuri y Beltxa y otros muchos perros, hijos y nietos de los tres perros pescadores. Van en barcas iguales a las de siempre, que ellos han construido con madera acopiada aquí antes del último salto. Y llegan muy lejos.

Todos estamos a gusto. Claro que nos preocupa que falte tanto tiempo para la fundación de la Santa Madre Iglesia, sobre todo porque como el Padre Lartaun no es obispo, no puede ordenar a nadie. Jainkoarieskerrak, el buen cura está muy fuerte, y tendremos para rato religión como la de nuestros padres. Para después habrá que confiar en la providencia.

Se han formado ya algunas familias. Aránzazu y Martín se casaron y tienen una hijita. A la niña le encanta dibujar y constantemente lo hace sobre las paredes de la gruta de Orio, donde vive con sus padres.

Estamos muy contentos, porque vivimos, en lo esencial, como hemos vivido siempre. Y muy conformes, pues PIMPILIMPAUSA cumplió su cometido y sabemos al fin quienes dieron-dimos-daremos (lío este difícil hasta para Jainkoa), origen a los baskos. Nosotros y los nuestros: gu ta gutarrak.

## GUILLERMO BOIDO

*La inclusión de Guillermo Boido en una antología de relatos de ciencia-ficción puede asombrar a quienes sólo lo conozcan como autor de dos precisos, ajustados libros de poemas: Situación (1971) y Poemas para escribir en un muro (1976). El asombro puede disminuir si se toma en cuenta su formación científica (es profesor de matemáticas) y desaparecer cuando se conoce la forma en que los intereses científicos y los literarios se pusieron en contacto. Según él mismo declara en un reportaje: «Creo que llegué a la poesía por intermedio de la ciencia-ficción, que en mi adolescencia se llamaba “fantasía científica”, por obra y gracia de una revista inolvidable, Más Allá, y también de algunos escritores que hoy son clásicos del género, en especial Bradbury».*

*En su primer relato publicado, Boido desarrolla, con un barroco fluir coloquial, una hipótesis posible para el actual auge editorial de triángulos de las Bermudas, recuerdos del futuro y secretos de las Pirámides.*

E. E. G.

## REDACTOR PARA INVASIÓN SE NECESITA

*El libro que recitas, oh Fidentino, es mío.  
Mas cuando lo recitas mal comienza a ser  
tuyo.*

*Marcial*

### I

—Francamente, Mallory —dijo Charles Berlifz— creo que deberíamos encarar la redacción de mis memorias. Es que me siento un poco viejo, ¿sabe? No, por favor, no nos engañemos. Usted es algo más que un colaborador para mí, es —cómo decirlo— un amigo. Un hermano, casi. Será porque yo siento que no he tenido una familia. Dígame, Mallory, ¿ha sido feliz en su infancia? Lo suponía. Club de exploradores, amigos, juegos de pelota. Ah, querido mío, no sabe cómo lo envidio. Tiene razón, la infancia es un país sin retorno. Anote eso para incluirlo en nuestro próximo libro. Bien, ¿qué decíamos? Ah, sí, la infancia. Yo no he tenido infancia, créame. Pero hombre, ¿cómo supone que he hecho para aprender treinta idiomas? Quemándome las pestañas, libro sobre libro, y mi padre con la vara. Ah, niñez, juventud, perdidas para siempre. Quince años para treinta idiomas. A razón, de veamos, dos idiomas por año. ¿Cómo dice? Pero no, qué voy a tener facilidad. Era mi padre y su maldita vara. Clases de rumano por la mañana, de catalán por la tarde y de sajón medieval por la noche. Y antes de acostarme, mi padre tomándome exámenes con la vara. Una preposición mal empleada y par, un varazo. Un genitivo vacilante y ñácate, otro varazo. ¿Leyó a Kafka, Mallory? Ya me parecía. Yo tampoco. Pero mi padre sí. Parece que Papá Kafka usaba el método de los varazos, y así consiguió que su hijo aprendiera la literatura. En fin, conmigo la cosa era diferente, estaban las academias, yo era el heredero, ¿comprende? Treinta idiomas, treinta, Dios mío. Pudieron haber sido setenta si el viejo no hubiera reventado a tiempo. Ah, usted no puede imaginarse, Mallory. La vida, amigo mío, es una herida absurda. Ya sé, ya sé, mi querido. Un padre es un padre. Pero yo tuve algo así como treinta padres, cada uno con su respectiva vara, ¿me entiende? Claro que pude habérmelas arreglado bastante bien con esa cadena de academias que, no nos engañemos, es una mina de oro. Pero no, no bastaba. Y claro, algo de eso será. Bueno, mi querido, pero no se meta con el psicoanálisis. Sí, sí, los dioses, ya sé, el superyó, en fin. Mis buenos dólares de analista me cuesta. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? El Karma, el destino, eso será, no sé, usted lo ha escrito en uno de mis libros. Porque, ¿qué es el hombre? Ahí tiene. ¿Qué es, eh? Un dios vencido, una pasión inútil. Anote eso, anote. ¿Quién? Bueno, no creo que nos lea, así que póngalo nomás. ¿En qué estábamos? Ah, sí, los dioses.

Pero no, caramba, ni por un momento. Paparruchas. ¿Por qué cree que contraté a esos periodistas, esos psicólogos de masas, trucadores de fotografías y lectores de Charles Fort? Pura charlatanería, amigo mío. Qué atlantes ni niño muerto. ¿Usted cree que alguien ha leído realmente a ese plomazo de Platón, que encima era marica? Ni Donnelly lo leyó. ¿Donnelly? Un chiflado. No, qué van a ser chiflados éstos. Ja. Chiflado von Nädiken. Flor de vivo. ¿Favio *qué*? Ni la menor idea. Ah, en nuestro editor en Río de Janeiro, a ver de qué se trata. Lo que faltaba, en lugar de comprar nuestros libros los tiendo. ¿Y dónde queda eso? Bueno, telegrafíe luego a escriben ellos. Y bueno, de algo tendrán que vivir, serán pobres, qué sé yo. ¿Cómo dice? Tal vez, por qué no. Podríamos enviar una expedición a esas pampas, a alguna montaña de por allí. Gauchos astronautas, no está mal. Anote, anote, después vemos. ¿Una revista? No, no me había dicho nada, Mallory. ¿Cómo dice que se llama? *Anales de epistemología*. Comprendo. Literatura para minorías. Ah, qué bien. Permítame. Mmmm. Pero mire un poco. ¿Y a éste quién lo conoce? Mistificación, inatingencia y equívoco metodológico. Qué barbaridad, uno les devuelve la fe y así nos pagan. Pero no, Mallory, no me refiero a eso, sea un poco más espiritual, caramba. Y además, ¿quién va a leer esto? Si tira dos mil ejemplares. ¿Cuánto se vendió de *El Triángulo*, eh? Qué le van a ir a la gente con la epiostología o como se llame. Si la gente se engrupe sola. ¿Cuántos ejemplares piensa vender si les dice la verdad? Que todo eso es un cuento. ¿O no estuvimos buceando juntos en las Bermudas? ¿Y acaso vimos algo? Ahí tiene. Bueno, Cousteau tampoco vio nada, pero él se puede dar el lujo de decirlo. Al fin y al cabo su negocio es otro. Lo nuestro es diferente Mallory. Casi mesiánico, diría. Y es tan fácil. No se ofenda, hombre, si no lo digo por su trabajo, por supuesto. Me refiero a la técnica general de persuasión psicológica. Y si no, fíjese en esta secuencia: ¿Existió la Atlántida? Nadie lo sabe. Se trata, pues, de un misterio. Claro que no es el único. Algunos estudiosos, en un tono de *absoluta certeza*, afirman que ciertas culturas antiguas, como la atlántica, poseían el rayo láser y la energía atómica. Fascinante, ¿verdad? Sigamos; Uno de ellos es el señor Archibald Khavisse, rentista Jubilado de Green Town, Illinois, experto en cuestiones extraterrestres, quien ha publicado un *extraño* libro en el que revela las asombrosas similitudes entre las lenguas quichua y japonesa. Para designar a la leche, los quechuas dicen *ñu-ñu* y los japoneses, *g'yu-g'yu*. Esto es *muy* inquietante, sostiene Khavisse. ¿Quién enseñó el japonés a los quechuas? ¿Ve? Ya tiene al lector en el bolsillo. Le agrega unos geoglifos, dos o tres serpientes marinas, un par de citas homéricas y listo. Gilgamesh, sí, cómo no, también puede ser. Fotos, desde luego. De cualquier cosa, hombre, lo importante es el epígrafe. Ah, y no olvide, por favor, el carbono catorce. Mucho carbono catorce, Mallory, esto es científico, recuerde. Y ya que estamos, mi querido, insista en que la incredulidad de los científicos es perniciosa para el hombre común. Gente sin imaginación, ¿comprende? Nosotros, en cambio, no nos aferramos a ningún dogma. Al fin y al cabo, ¿quién puede probar que la Dama de Elche no era una sacerdotisa de la Atlántida, eh? ¿O que en Betelgeuse no hay enanitos verdes? No

uno de esos epistiólogos, seguramente. Está bien, está bien, perdóneme, es verdad que todo esto me lo enseñó usted. Sé que conoce su oficio. ¿Pero no le digo que lo considero un hermano? Si hemos andado tanto juntos. A propósito, mi querido, esta vez no podrá venir conmigo al Tibet. Ya sabe, esa aldea cercana a Lhasa. Bueno, no veo porqué no podamos inventar algo con las explosiones. Y yo qué sé, serán fenómenos sísmicos, cazadores furtivos. Podríamos quemar un poco el pasto. Si hay pasto. Y sacar unas buenas fotografías. ¿Cómo dice? Perdóneme, Mallory, pero tengo que pedirle que no insista. El editor me exige esas quinientas páginas para el verano próximo y su trabajo está muy atrasado, de modo que iré solo esta vez. No, no puede postergarse, tiene que ser de inmediato, no vaya a ser cosa que von Nädiken me gane de mano, como pasó con las ruinas de Palenque. Que Ike tenga listo mi avión particular a las ocho, en el aeropuerto. Y que no olvide la Voigtlander. Iremos en vuelo directo a Lhasa. No y no. Es definitivo, Mallory. Cumpla con su parte y se acabó. Que para eso le pago. Y muy bien. ¿O acaso no se compró también usted su casita en los acantilados de Long Island? Así me gusta, mi querido. Escriba, Mallory, escriba. Yo lo traduciré luego al bengalés antiguo. Alcanza para todos, mi viejo, los dioses son inagotables. Eso es. Me gusta, Mallory, no necesita varazos.

## II

—Lo siento, Charles —dijo el agente N-18 bis—. No nos quedaba otra alternativa. Razones de seguridad, ¿comprende? Y, sí, por supuesto que nos están buscando. Pero le aseguro que Ike hizo un buen trabajo. Claro que lo saben, pero no hablarán. Mejor dicho, ya hablaron. Dijeron que nuestro destino eran las Bermudas. Y qué le parece. Estamos en los titulares de todos los periódicos del mundo. Todavía tienen esperanzas de encontrarnos No muchas, claro. Ese triángulo es mortal, no lo olvide Ah, sí, fue terrible. Los hubiese visto. Estaban muy apenados. ¿Cómo? Por televisión, tenemos excelentes aparatos aquí abajo. Buena gente, Charles, debe sentirse orgulloso. Y muy sensatos. Ya han designado a mi sucesor Provisoriamente, claro está, hasta que aparezcamos. ¿Cómo que no es correcto? La tristeza es la tristeza. Y punto. Los negocios son otra cosa. ¿Qué hubiera hecho usted en su lugar? Ahí tiene. Pero quédese tranquilo, es un redactor de primerísima línea. El *Viaje final al Triángulo* será un éxito, no lo dude. Por supuesto, nada va a ganar si se pone violento. Y para que sepa, debería estar agradecido, sí señor. Porque le he salvado la vida. Así es. Hubo muchas discusiones acerca de lo que debíamos hacer con usted. No quiero exagerar, pero le confieso que algunos miembros del Consejo exigieron la pena de muerte, en vista del crimen que estuvo a punto de cometer contra nosotros. Tampoco faltan halcones por acá. Y otros proponían enviarlo al zoológico de Arturo. Dijeron que no quedaría mal junto a los enanitos de Betelgeuse. A propósito, ¿cómo lo supo? Ah, comprendo. Sí, en el sexto planeta del segundo sistema de Betelgeuse.

Le diré, no exactamente verdes sino más bien tornasolados. Pero de un humor terrible. Créame, Charles, no se sentiría a gusto con ellos. Es verdad, me costó trabajo convencerlos. Tuve que usar toda esa retórica que usted conoce, insistir en los importantes servicios que nos ha prestado, en suma, un verdadero duelo verbal con el Coordinador. ¿Cómo dice? Así es. En realidad, usted tenía razón: son paparruchas y engaños. No, jamás. Ni en Palenque, ni en las Bermudas. Y Platón, pobrecito, solamente quiso escribir una ficción política. Sin falsa modestia, le diré, no hemos dejado demasiados rastros. Algún repuesto de astronave en el jurásico, tal vez. Lo de Lhasa es otra cosa, un sabotaje. No fue posible prever lo. Nada importante. Un traidor que se acobardó ante la proximidad del combate. Porque al fin hemos decidido Invadirlos abiertamente, ¿sabe? Es inminente. En Lhasa, acertó. El Dalai Lama es uno de nuestros mejores estrategas. Como lo oye. Allí establecerán una cabeza de puente los ejércitos del espacio exterior. Y desde aquí brindaremos apoyo logístico. Claro, olvidé decírselo. Ésta es una avanzada submarina, aunque usted le daría otro nombre; la Atlántida. Ya ve, Charles, ha encontrado lo que decía buscar. En el golfo de Bengala. Ahora comprenderá por qué no podíamos dejar que fuera a Lhasa, tan de improviso. Había demasiada radiactividad en esa aldea. Y para cuando llegue von Nädiken habremos borrado toda huella. Su asesor le inventará algo bien descabellado, por supuesto, pero muy distinto de lo que en realidad ha ocurrido. Y luego lo convencerá de volver a las Bermudas, a México o a cualquier otro lugar donde nunca hemos estado. ¿Cómo? Desde luego que los colaboradores de von Nädiken son todos agentes nuestros. También, sí. Y ya le hemos colocado uno a Fabio Zarpa, en Buenos Aires. Y, con uno alcanza. Ike, justamente, es ideal. Alguna vez fue librero ahí, conoce bien el paño. ¿No lo hacemos tan mal, eh? Ah, no, nada que ver. De eso se encarga otro Departamento. El nuestro opera a nivel masivo. Con los científicos debemos utilizar otros recursos. Una punta de flecha donde no corresponde, un pedernal neolítico en un estrato pleistocénico, algún huesito acondicionado para desorientar a los expertos en radioisótopos, en fin, tratamos de que no haya teoría arqueológica que resista. Debemos evitar los riesgos innecesarios, ¿no le parece? El hombre de Piltdown, es cierto. Lamentable. Qué se le va a hacer, errar también es no humano. Pero fuera de eso, le diré, entre nosotros, los muchachos de la sección Contradicciones son una luz Ya verá. ¿Pero quién habló de hacerle daño? Me ofende, si aquí somos supercivilizados. Además usted me resulta simpático. Han sido muchos años, amigo mío. Nunca olvidaré esas expediciones submarinas, esas presentaciones de libros, esos largos viajes por las ruinas incaicas. Y sobre todo, en los atardeceres de Long Island, esas caminatas por aquella callecita arbolada, ¿se acuerda? Si habremos andado por allí, con su mujer y sus gatos. Tiene un no sé qué, ¿vio? La callecita, desde luego. Sí, sí, comprendo. Pero no va a ser posible. Razones de seguridad, claro. Me imagino, me imagino. Ah, sí, ése es otro detalle. Mis congéneres me han hecho la misma pregunta. Porque, ¿qué utilidad podría prestarnos acá un aborigen de superficie? Le explicaré. La invasión es inminente, ya sabe. Seremos los

amos de la Tierra. Y aquí se nos presenta un problema, cómo le diré, de imagen, ¿comprende? Eso mismo. No somos seres repulsivos ni queremos hacer daño a nadie. Sólo queremos gobernar en paz. Bueno, Charles, esclavos no es la palabra. Colaboradores, usted lo ha dicho. Habrá que extirpar la ponzoña de esa literatura de consumo que nos presenta como déspotas sedientos de sangre. Dioses, ahí está. Amables pero al mismo tiempo severos. Demiurgos que han regresado para restablecer el sentido de la existencia humana. Veo que comprende, amigo mío. Nuestra presencia asignará un significado al dolor y a la muerte, acabará con las guerras y libraré a esos pecadores del terror a la historia. Vaya anotando, Charles. El karma, muy bien, aniquilaremos el karma. Inauguraremos una ontología no contaminada por el tiempo. El eterno retorno. La abolición de la irreversibilidad. El decrecimiento de la entropía. Todo futuro fue pasado. ¿Quién? Bueno, ya qué importa. Y además no lo escribió él. Anote, anote. Ésa es la palabra: promoción. Debemos promover una imagen vendedora, crear un aura paternal en tomo de los invasores. De los amigos del espacio, gracias, Charles. Se sentirá orgulloso, mi querido, será una tarea mesiánica. Devolveremos la fe a esos seres perdidos. Escribiremos libros, muchos libros, y tendrán que leerlos hasta que el amor descienda sobre ellos y puedan comprender finalmente la infinita devoción de los dioses por este miserable planeta. ¿Qué le parece? Trabajaremos juntos, como siempre. Yo le diré lo que debe escribir. Y claro que no habrá competencia. Lectura obligatoria. Sí, claro, von Nädiken también. Ya arreglaremos detalles. ¿Cómo? No, de ningún modo. Bueno, Charles, no creo que esté en condiciones de elegir. Somos amigos, de acuerdo, pero me parece un abuso de confianza. Además, entre nosotros no se estila. Debería bastarle, le salvé la vida, ¿no? Pudo haber sido ejecutado sin más trámite. Está bien, está bien, veré qué puedo hacer. Tengo un amigo en el Departamento de Retribuciones. Es cierto, ésa es una dificultad que no habíamos previsto. No, en inglés no. Tampoco. Pero Charles, ya no habrá Naciones Unidas. Y, qué otro remedio queda. Bueno, no es para tanto, qué importancia tiene, un idioma más o menos. Será un juego de niños para usted. Pero sí, ya me contó, cálmese. Por favor, no me mire así, yo no tengo la culpa, le aseguro que esos enanitos de Betelgeuse son terribles. Uf, ni se imagina cómo huelen. Bien, verá: es algo así como el chino de ustedes, un poco más complicado quizá. Pero no mucho, no crea. No precisamente, sino el antiguo. Ideográfico. Por razones estéticas. No sé, tendría que consultar, pero serán unos ochenta mil idiogramas. Y, tal vez en unos cinco años, a razón de diez horas diarias. Es que si no, no rinde. Pero ¿qué le pasa? No llore, hombre, qué dirían sus lectores si lo vieran. De acuerdo, podrá conservar su muñequito. Muy lindo. Muy parecido a usted. Ah, me imaginaba Pero Charles, no lo golpee, pobrecito. Venga, venga, vamos. Así me gusta. Claro que no lo voy a abandonar Más que un amigo, un hermano casi, ya lo creo. Y qué se le va a hacer. ¿La soledad? Y cómo no. Ahí en el espacio interestelar no es fácil sobreponerse a la vacuidad de la vida, créame. Extraterrestre o no, Charles, qué importa, no supondrá que soy un monstruo, ¿verdad? Un país sin

retorno, quién lo duda. Igual que usted, por supuesto, ¿o cree que nació de un huevo? Muy lejos, en el otro extremo de la Galaxia. No, desde aquí no se ve. Pájaros, sí, y un río. De amoníaco líquido. Una maravilla, viera. Y no, el contrato no me lo permite. No crea que no me gustaría. Y, tal vez. El viejo criado, es posible, por la voz. Como un hermano, Charles. Y sí, tantos años. Pero no, si es suyo, téngalo. Bueno, muchas gracias. Muy lindo. ¿Quiere que le diga una cosa? A veces creo que tampoco yo he tenido una familia. No sé por qué le digo esto. Qué curioso. Aquí donde me ve, yo soy ingeniero. Ingeniero espacial. Especialista en orbitación de Cefeidas. ¿No lo sospechaba, eh? No, nunca fue mi vocación, si yo odiaba las matemáticas. Lo que yo quería era escribir comedias de equívocos galácticos, le juro, de esas que transmiten por el canal hiperespacial, ¿vio? Bueno, ya las verá. Son espantosas. Pero yo era un niño entonces, y la niñez es sagrada, ¿no cree? Y, a fuerza de memoria. Libro sobre libro, quemándome las pestañas. Qué raro, esto no debería ocurrirme. Debe ser el muñequito. Bueno, usted me lo regaló, es mío, ¿no? Si no lo voy a romper. Tiene razón, no sé qué me pasa. Ah, Gran Espíritu, creí haber olvidado todo eso hace mucho tiempo. Mis buenos dracmas astrales de sintetista me había costado. Sintetista. No, qué psicoanálisis, si Freud también era un agente nuestro. Psicósíntesis. Una rama de la matemática aplicada. Olvidar para curarse. Charles, esto es espantoso, ¿qué me está pasando? Recuerdo. Maldita sea, yo sabía que conmigo no iba a funcionar. Le dije a la computadora: vea, doctora, lo nuestro es imposible, no hay permanencia, si yo odio las matemáticas. Y ahora recuerdo. Ecuaciones diferenciales por la mañana, cálculo tensorial por la tarde, mecánica ondulatoria por la noche, qué horror, se lo dije, doctora, no va a funcionar. No, Charles, ya le expliqué, somos super civilizados. No era necesario. Y además, el látigo neurónico de rayo láser era mucho más efectivo. Exactamente. Antes de acostarme. Una función de onda mal integrada y paf, una descarga. Un percentil equivocado y ñácate, otra descarga. Y el viejo que no reventaba nunca. ¿Me comprende, Charles? Usted sí que es un amigo. Deje, deje, que aprenda. Y si se rompe qué importa. No, no se preocupe, ya me siento mejor, gracias. Pero si no estoy llorando, no demasiado. Mucho mejor, créame. Y, si, es verdad, estamos hechos de la materia de los sueños. No lo anote, para qué. Si ya ve cuáles han sido mis sueños. Gran Espíritu, por qué habré recordado, yo le dije, doctora. Siempre tratando de huir de mí mismo, lejos, al otro extremo de la Galaxia. Qué voy a ejercer la ingeniería, nunca lo hice. Me acuerdo. Estaba desesperado. Vagando de nebulosa en nebulosa. Fui a esa agencia de colocaciones en Fohmalhaut y vi el aviso electromagnético. Redactor para invasión se necesita. Absoluta reserva. Mentí. Dije que había escrito aquellas comedias. Me contrataron, y ahí empezó todo. ¿Y ahora, Charles? ¿Qué vamos a hacer ahora? No podré continuar, he recordado, se acabaron los dioses. Tenga su muñequito, ¿quiere? Es imposible, Charles, los dioses no tienen infancia. Tampoco, tampoco sirve. Si todos los psicoanalistas son agentes nuestros. No hay salida. Ah, Gran Espíritu, nunca más. Tiene razón, la vida es el cuento de un idiota. De sonido y de furia, lleno, precisamente. Pero deje, si ya estoy bien, sólo

estaba pensando. Dígame, entre nosotros, ¿no cree que deberíamos leer a Kafka?

## ELVIO E. GANDOLFO

*Cuentista, poeta y crítico, Elvio E. Gandolfo hace en el prólogo de este volumen un aporte fundamental a la cf argentina: un enfoque profundo y erudito. Su labor de crítico se sumó a la de editor en la revista El lagrimal trifurca, labor que compartió con su padre Francisco (vital y jocundo poeta) y en la cual no faltaron las impecables ilustraciones e historietas de Sergio Kern (su hermano).*

*Ha publicado cuentos, notas críticas y artículos en diversos diarios, revistas y antologías. En 1975 compiló con Samuel Wolpin la antología 45 cuentos siniestros para Ed. de la Flor. Ha hecho numerosas traducciones de autores de cf, entre ellas cuentos de Bester, Dick, Bayley, y especialmente de C. S. Lewis, cuya trilogía está realizando para Ediciones Andrómeda (quien en breve publicará su primer libro de relatos: Vivir en la salina).*

*Su obra es variada y oscila de la ciencia-ficción a lo fantástico cotidiano, siempre desde un trasfondo totalmente subjetivo y por momentos opresivo. Desde el punto de vista del estilo tendríamos que emparentarlo con el escritor uruguayo Mario Levrero y con algunos cuentos de Angélica Gorodischer. Sin embargo carece de la tendencia escatológica de muchos de los relatos del primero y todavía no domina los diálogos con la precisión de la autora rosarina.*

*«El manuscrito de Juan Abal» es una obra madura, con influencias de H. P. Lovecraft, que expresa un mundo desafortado al que no nos costará reconocer si miramos con atención: es el nuestro.*

J. A. S.

## EL MANUSCRITO DE JUAN ABAL

*El segundo cajón del escritorio contiene un solo objeto: un recipiente de acero, rectangular y chato. Tirando de las puntas se separa con un suave ruido en dos mitades, como las petacas para llevar botellas en los viajes. Al abrirse cae un cuaderno de tapas duras forrado en nailon. Sobre sus páginas hay anotaciones manuscritas, con subtítulos cada cierta cantidad de páginas. La carátula dice:*

### LA CIUDAD DE LAS VACAS

Relato verídico

De Juan Abal

*y sobre la segunda página, comienza:*

### Prólogo

Reúno en este cuaderno las notas que tomé en la ciudad de las vacas y tiempo después, cuando ya dormía tranquilo en esta casa. Pava explicar algunas de las fallas y carencias de mi relato, daré un breve detalle de los días anteriores a mi llegada a la ciudad, algunos de mis intereses y cómo me decidí a visitarla.

Antes de que aparecieran las primeras bandadas de vacas trabajaba de profesor suplente en una escuela nocturna. Eran menos de diez horas semanales que apenas alcanzaban para sobrevivir y comprar algunos libros sobre dos temas que me interesaban: la antropología y la arqueología. Cuando llegaron las vacas y la vida urbana quedó dispersa, desorganizada quién sabe hasta cuándo, me retiré a una casa desocupada de los suburbios. Sólo tuve que defenderla un par de veces en los primeros dos años. Dos bandadas de vacas que atacaron con desgano, y que pude espantar con unos pocos disparos. No hubo molestias humanas: nadie parecía querer vivir en esa zona imprecisa entre la ciudad y el campo. Aproveché para leer algunos gruesos volúmenes de arqueología y antropología, de difícil traslado, que llevé a la casa con una carretilla, en un domingo de sol. En los años anteriores la preparación de las clases, las charlas con los amigos o las ocasionales relaciones con una mujer me habían impedido concentrarme en ellos. Ahora los leía con calma, sin preocuparme si demoraba una semana o meses. Cuando comenzó a hacérseme evidente que utilizaba aquellas descripciones de sociedades primitivas o de viejas ruinas como una huida al vacío y el sin sentido del exterior, a la soledad de las calles y a falta de contacto con otras personas, tuve las primeras noticias sobre la ciudad de las vacas.

Una plaza cercana atraía a los que pasaban por el suburbio. Se habían instalado quioscos que vendían provisiones para viaje, y se formaban ruedas alrededor de fuegos encendidos al caer la noche. Allí mencionaron la ciudad y también allí pensé que ese mito era la forma particular de los que me rodeaban para huir del mismo vacío que yo olvidaba en los libros. Sin embargo los datos confluían siempre en una zona precisa de las montañas, y hasta hubo un viajero que mostró objetos extraños, que no parecían adaptarse al uso de las manos o cualquier otro apéndice humano. Sentí renacer el interés que me producían las mejores descripciones, los mejores croquis o interpretaciones de las sociedades distantes en el tiempo o en el espacio.

Me intrigaba sobre todo imaginar la vida cotidiana de aquella ciudad, pensar muebles posibles para los cuerpos gigantescos y alados. Advertí que caía en el peor antropomorfismo. Y comencé a preguntarme por detalles menos concretos: los juegos, las costumbres, la organización de la ciudad, la estructura sobre la que habrían armado su vida, y la forma en que se reflejarían culturalmente los vuelos nocturnos, los ataques a las ciudades, los posibles «colaboracionistas» humanos (había más de una anécdota mencionándolos).

Al fin decidí partir, dirigirme a la ciudad de las montañas. Compré implementos y víveres, los completé con algunos que ya tenía y llevé conmigo una libreta de anotaciones bien encuadernada. Este cuaderno es el resultado de aquella aventura. Lo he escrito tomando como base lo que anoté durante el viaje de ida y la estadía en la ciudad. Al principio pensé ordenar los datos alrededor de algunas hipótesis. Luego, por motivos diversos, algunos de los cuales surgirán del texto mismo, decidí dejar la descripción desnuda de lo que vi, tratando de evitar tanto los detalles innecesarios (el largo viaje hasta la montaña, las imágenes «poéticas») como las teorías que, dados mis escasos conocimientos, sólo podrían ser seudocientíficas.

Resultó un texto breve, ni más ni menos ordenado que las anotaciones de un viajero ocasional que atraviesa regiones remotas o recién descubiertas. Las condiciones difíciles del momento impedirán quizá por mucho tiempo darlo a conocer en forma impresa, o al menos mimeografiada. Mientras escribo estas pocas líneas de introducción, me preparo para abandonar esta casa. Copio cuidadosamente el original en estas páginas. Lo mismo haré en los demás lugares por donde pase o me establezca un tiempo. Me gustaría que el libro diera dos o tres Ideas precisas sobre la ciudad de las vacas o aquellos que, como yo antes de visitarla, sólo hayan oído imprecisas referencias en reuniones o en los caminos.

J. A.

### *La llegada*

La ciudad de las vacas está en la cordillera occidental. Llegar no es difícil, en términos de ascensión. Pero el acceso está oculto por dos piedras enormes, afiladas en

punta, que casi tocan el suelo y que parecen colgadas del espacio. Al trasponerlas, se descubre un corredor lo bastante ancho como para que dos vacas vuelen lado a lado sin tocar las paredes con las alas. Atravesarlo me llevó aproximadamente una hora. Al fin pude ver una luz titilante. Tuve miedo, y pensé en girar en redondo y salir de aquella gruta, bajar la montaña, volver a la casa en la ciudad. No pude. Vacilante, aplastándome más que nunca contra la pared, me aproximé al círculo de luz.

Me asomé y vi un valle enorme y bultos acostados entre el parpadeo de teas y hogueras que ardían con un extraño color azul. Excitado, me limpié los anteojos y me los puse. Ahora distinguía vacas de distinto tamaño y pelaje volando sobre el valle. Lo hacían con movimientos lentos, planeantes, y no recordaban en absoluto a las bandas firmes, decididas, que incursionaban sobre las casas y las ciudades: el conjunto era pacífico, calmo. Los bultos acostados a veces se movían como acomodándose. Los que volaban se perdían de vista a medida que se alejaban del resplandor del fuego, y sólo podían verse como vagas formas fantasmales. En comparación con una de las antiguas ciudades humanas la de las vacas era casi silenciosa. Sólo algunos mugidos largos, poco estridentes, surcaban el aire. Muy lejos, sobre la orilla opuesta del valle, creí distinguir el brillo tembloroso de un arroyo, y vegetación, árboles. Ganado por la paz del paisaje, di unos pasos hacia adelante.

Estaba parado sobre un pequeño talud, qué sé cortaba en seco y caía a pico cincuenta o sesenta metros. Yo no tenía alas. Me limpié los lentes y miré a los costados, buscando salientes en la roca, quizás escalones. Un mugido poderoso, a pocos metros, me aturdió hasta dejarme sordo. Sobre mí, en un talud más grande, había una vaca que al reflejo de las llamas parecía violeta. Me miraba fijamente con sus grandes ojos, y no se movió. Estuvimos así durante unos minutos, contemplándonos. Era extraño, pero no me sentía asustado. De pronto el animal levantó vuelo. Por primera vez veía una vaca levantando vuelo, no volando. Se desprendió del talud con un pequeño impulso, recogió apenas las patas y planeó sobre la ciudad dormida, hasta perderse de vista.

Retrocedí y me senté con la espalda contra la pared, junto a la boca de entrada al valle, sin saber qué hacer. Poco después reapareció la vaca. Planeó con pereza y en vez de aterrizar sobre el talud superior lo hizo en el mío. Nos miramos por segunda vez con fijeza. Mi imagen se reflejaba en su gran globo ocular, húmeda, deformada y brillante. Hizo un gesto lento con la cabeza, como mirando hacia atrás. Lo repitió con calma un momento más tarde. Al fin comprendí que me señalaba un asiento de cuero colocado sobre el lomo, entre las dos alas.

Me acerqué al animal y con un par de movimientos quedé instalado en la montura. No le taloneé los flancos, aunque el impulso era fuerte. El asiento pareció dar un pequeño salto hacia adelante, y volamos.

## *La ciudad desde el aire*

La ciudad pasaba bajo nuestras alas a unos veinte metros. Era una masa gris azulada de cuerpos y fogatas. Me intrigaba el color del fuego, distinto a los que había visto hasta entonces. Traté de distinguir con qué material estaban hechas las teas, pero me fue imposible. La vaca había aumentado la velocidad, batiendo las alas con un sonido blando y pesado, y sólo podía ver las separaciones regulares entre cada montón de bultos. Estábamos cruzando el valle en línea recta. Decidí mirar hacia adelante y pude advertir que la visita no me había engañado: nos acercábamos a un grupo de árboles y un arroyo de montaña, que formaba un pequeño lago sobre el fondo del valle. Pude ver, antes de descender planeando, una cerca irregular y numerosas formas más pequeñas que las anteriores, acostadas bajo lo que parecían ser tinglados de chapa.

Cuando la vaca asentó las cuatro patas y pude deslizarme por su lomo áspero hasta tocar suelo, advertí de inmediato que estaba entre seres humanos, en lo que podría llamarse la colonia humana de la ciudad de las vacas.

## *La colonia humana*

Aunque parezca extraño no me sentí reconfortado y hasta me alegré de que la mayor parte, sino todos, estuvieran durmiendo. La vaca alzó vuelo a mis espaldas, con un mugido lento que se iba apagando a medida que se alejaba.

Supuse que debía buscar un lugar para acostarme. Vi un tinglado bajo el que dormían sólo dos personas. Caminé hacia él, saqué la colchoneta de la mochila y la estiré. Creía estar excitado, pero me dormí en seguida.

Desperté con la sensación de que me enfocaban con una linterna. Era la luna llena que se asomaba por encima de las paredes del valle. Acunado por los mugidos y el silencio, volví a dormirme.

Cuando un codo se hundió en mi costado, abrí los ojos por segunda vez. Era de día, el sol estaba alto. Salí de la colchoneta y me paré, un poco aturdido. A mi alrededor se desperezaban hombres, mujeres y niños. A mi lado un tipo gordo, de movimientos pesados, se disculpaba por haberme golpeado.

Me fijé con más atención en los que me rodeaban. Pude advertir que la mayoría eran gordos, de movimientos pesados. Y algo más, que me extrañó: permanecían sin excepción bajo los tinglados, sin salir a desperezarse al sol, como estaba haciendo yo, provocando las miradas incómodas y rencorosas de todos. Decidí volver al tinglado y esperar los acontecimientos.

Una vaca se descolgó del cielo. No pude distinguir si era la misma de la noche. En vez del asiento traía un gran recipiente entre las alas. Inclinandolo a uno y otro

lado fue volcando su contenido en unas piletas largas y delgadas, poco profundas, que había en las orillas de los tinglados. Los gordos y gordas que me rodeaban hundían la cara en aquella mezcla, de color indefinido pero agradable a la vista y al olfato. Hice lo mismo. Era una pasta nutritiva y sabrosa. Me sorprendió descubrir sabor a carne. Cuando me sentí satisfecho, me aparté.

Mis dos compañeros de tinglado siguieron comiendo. Me acerqué a uno de ellos. Me interesaba conocer algunos detalles básicos sobre el funcionamiento de la ciudad, si estábamos prisioneros o no. Pero el gordo retiró la cara del recipiente, fue deslizándose la espalda por uno de los postes hasta quedar sentado, y comenzó a roncar casi de inmediato. Me dirigí al otro, alarmado porque sus ojos indicaban también que estaba por dormirse. En vez de atenderme realizó algunos movimientos cerca del techo del tinglado. Estaba bajando una lona que lentamente se transformaba en pared mientras llegaba al suelo. La aseguró bien y repitió la operación con los otros tres costados. Noté que no había aberturas. Antes de que cayera la última me colé por debajo y salí. Pude ver que los ojos entrecerrados del gordo se abrían con asombro.

### *Los disidentes*

Afuera el sol picaba sobre la piel. Los tinglados estaban dispuestos regularmente, como las manzanas de una ciudad, y tenían casi todas las lonas bajas. Al fondo de la «calle» por la que iba, pude reconocer la cerca que había visto desde el aire la noche anterior. Supuse que era el límite de nuestro corral (en ese momento se me ocurrió la palabra corral). Decidí llegar a ella y seguirla hasta encontrar una entrada, o una salida, o algo o alguien que me diera una pista sobre nuestra condición. Me detuve a mitad de camino. Una de las barracas estaba abierta, sin las lonas bajas, y sus ocupantes, tres hombres delgados y quemados por el sol, estaban tendidos en medio de la «calle» con los brazos abiertos y los ojos cerrados, como en una playa. Me acerqué y saludé en voz alta. Uno de ellos se puso en pie ágilmente y me dio la mano. Los otros dos se habían sentado con las piernas cruzadas. Me informaron sobre lo que quería saber.

Habían llegado hacía meses. La mayoría de la población de los tinglados era anterior. La cerca tenía puertas a intervalos regulares, por las que se podía entrar y salir a placer. Ellos ya habían recorrido la ciudad y preferían no contarme nada. Tampoco acompañarme. Cuando los interrogué sobre la gordura y los movimientos de la mayoría, me informaron que se debía a que ninguno tomaba sol o aire durante el día, sólo alzaban la lona por la noche, o al mediodía, para comer. Además tragaban en exceso la mezcla servida por las vacas, y eso los deformaba. Los tres habían notado esa evolución y decidieron alimentarse estrictamente mientras tuvieran hambre, y no dejar de tomar sol y aire. Me invitaron a jugar a diversos deportes en un claro que se abría entre los tinglados. Para guiarme dibujaron un planito de la colonia sobre un papel y me lo dieron. No pudieron en cambio dibujar los contornos de la ciudad. Me

dijeron que ya me daría cuenta por qué cuando saliera. Les pregunté qué motivos los habían llevado hasta la ciudad. «La curiosidad», contestaron casi todos. Les pregunté si había más personas como ellos. Me dijeron que pocas. Un par de tinglados más (los señalaron con una cruz en el plano) en un total de setenta y cinco.

Por último me acompañaron a la barraca y me entregaron un extraño arnés de cuero. Me dieron a entender que si me sentía perdido en la ciudad y con ganas de volver al «pueblo» no tenía más que ponérmelo y alzar la mano derecha. Les agradecí, me despedí y caminé hacia la cerca.

Tenía una altura aproximada de dos metros. Estaba formada por tablones anchos y desparejos. Seguía los contornos del terreno, y era por lo tanto irregular. Había recorrido unos cien metros cuando encontré una abertura. No tenía puertas ni cerrojos. Era una simple abertura cuadrada, de un metro y medio de altura. Me agaché y pasé.

### *La ciudad propiamente dicha*

La ciudad parecía comenzar a unos doscientos metros de la cerca. Hasta allí el suelo era liso y limpio. Luego se veían amontonamientos de pasto y desperdicios, vacas descansando y agitando las colas, postes de madera, contra los que se refregaban el anca algunos animales y, destacándose por encima del resto, a intervalos bastante grandes, unas construcciones tan desparejas y distintas entre sí que al principio las confundí con formaciones naturales. Empecé a caminar.

Una hora más tarde estaba desilusionado. Lo que había visto al principio se repetía sin variantes. Además las vacas parecían hacer sus necesidades en cualquier sitio y a cada momento me encontraba con media pierna hundida en bosta. Había seguido al principio una línea recta, esperando encontrar un edificio o formación más grande que las anteriores, o un espacio abierto que indicara una plaza o lugar de reunión. No los hallé. Todo parecía crecer y distribuirse al azar, repetirse al infinito.

Descorazonado, busqué un lugar donde sentarme, un sitio libre de desperdicios. Así descubrí algo distinto: una plataforma casi perfectamente circular, de unos tres metros de diámetro, bien limpia y que al tacto parecía de cemento. Me senté en el borde y me sequé la transpiración con la manga. Me sentía casi descompuesto por los olores y el calor. Tuve que hacer esfuerzos para no dormirme.

De pronto un mugido mucho más intenso que los que había oído hasta entonces en la ciudad sonó encima mío. Pensé en un ataque y me aterroricé. Salté de la plataforma y corrí como un poseído. Me detuve a cien, metros, sin aliento. Me di vuelta y pude ver entonces una vaca enorme que caía como una tromba, no hacia mí, sino hacia la plataforma que acababa de abandonar. Me preguntaba cómo se detendría a tal velocidad y a tan poca distancia de la superficie lisa y dura, cuando el impacto del cuerpo sacudió literalmente el suelo hasta donde yo estaba. Las vacas que me rodeaban se acercaron entonces hasta rodear el círculo, ocultando lo que sucedía.

Decidí arriesgarme y trepé a uno de los postes. En la parte superior estaba quemado: posiblemente fuera una de las teas que brillaban por la noche. Me paré encima y miré hacia el círculo.

Con toda calma, las vacas destrozaban lo que quedaba del cadáver. En un primer momento, pensé en canibalismo. Me sentí descompuesto y casi caí del poste. Pero seguí mirando. Pude notar entonces que no había ninguna excitación en la labor de las vacas. Arrancaban trozos de piel y carne con los dientes, pero no los mascaban: los iban depositando en los bordes de la plataforma. Pude notar también dos o tres toros, que actuaban con los bordes de las alas, sobre los que se veían trozos de metal grandes y afilados como cuchillas de carnicero. Ni siquiera el esqueleto dejaron intacto. Lo desarmaron meticulosamente y trozaron los huesos en tamaños regulares. Mientras lo hacían, la multitud comenzó a desconcentrarse y ocupar los sitios que habían abandonado al estrellarse la vaca, hasta que todo quedó como antes, excepto la plataforma, ahora roja, sobre la que se apilaban huesos, cuero y carne en prolijos montones. Para bajar del poste tuve que evitar al animal que rumiaba debajo.

Ocupé la hora siguiente tratando de encontrar un camino de regreso al «pueblo». No pude hallarlo. El sol ahora era intenso y levantaba un vaho húmedo y maloliente del suelo. A mis costados vela vacas rumiando, durmiendo, o espantándose insectos con movimientos de la cola o las alas, indiferentes. Si levantaba la vista podía distinguir apenas las siluetas de las que volaban en el aire fresco y puro que debía flotar más allá del relente en el que me sentía hundido como en un agua espesa. No podía mantener mucho la cabeza en alto: gruesas lágrimas, que no podía contener, me oscurecían la visión. Comenzaban a arderme los ojos y sentía en la frente dos bandas de sudor, una fría y la otra hirviente, que se alternaban entre sí. Recordé entonces las instrucciones de uno de los disidentes. Me coloqué el arnés de cuero que tenía bajo el brazo. Me pasaba por debajo de los brazos y me cruzaba el pecho y la espalda. Una parte saliente de cuero, semicircular, quedaba sobre la espalda, como una manija gigante. Alcé el brazo derecho y algo me arrebató hacia arriba, alejándome de aquel infierno.

### *Regreso*

Tardé en advertir que volaba por encima de la ciudad, colgando del hocico de una vaca. El viento fresco me despejó. Traté de orientarme y calcule el rumbo hacia el «pueblo», pero la vaca giró en dirección exactamente opuesta. Me concentré entonces en la ciudad vista desde arriba. Resultaba tan incoherente como caminar por ella. Los postes, las construcciones irregulares y los círculos de cemento se sucedían sin ningún orden o disposición especial. Pensé que quizás hiciera falta ver el conjunto completo, desde el borde mismo del valle, que se alzaba a más de quinientos metros sobre nosotros. Dudaba que tuviera más sentido.

Un momento después volábamos sobre los tinglados. Debía ser mediodía, porque

habían levantado las lonas, y pude ver antes de aterrizar que las cubetas alargadas estaban manchadas con restos frescos de pasta, La vaca me soltó, sin posarse, en una de las «calles».

Cuando me recuperé tenía hambre. Me acerqué a uno de los recipientes y junté un poco de mezcla con la mano. Comí ávidamente hasta dejar el fondo reluciente. Me dirigía a otro cuando recordé las precauciones de los disidentes, Dejé de sentir hambre.

Recordaba con cierta exactitud la parte de la cerca que había sobrevolado la vaca. Tomándola como referencia saqué el planito y traté de guiarme. Mientras caminaba, los gordos grises y torpes hacían bajar lentamente las lonas, mirándome a veces asombrados, a veces coléricos, suavemente coléricos, con los ojos cargados de sueño.

Cuando llegué al tinglado de los flacos no encontré a nadie. Recordé entonces el claro del que me habían hablado y, a pesar del agotamiento, seguí la marcha.

Estaban jugando a una variante del fútbol. Lo hacían con una pelota de pasta alimenticia seca, que rodaba bien sobre el suelo apisonado del claro, aunque rara vez rebotaba o se alzaba en el aire. Me saludaron con gestos de alegría y jugaron un rato más. Me dejé caer sobre la lona de uno de los tinglados que rodeaban la «cancha». Cuando dejaron de jugar se acercaron y me preguntaron sobre la recorrida. Mientras les contaba asentían, con poco interés. Evidentemente la experiencia de cada uno de ellos había sido similar. Luego me uní al juego, y seguimos hasta el atardecer. A la noche regresamos entre el susurro de las lonas que se alzaban. Dormí como un tronco.

### *Teorías y discusiones*

Pasaron los días. No supe cuáles eran los juegos de las vacas, cuáles sus ritos, cuáles sus actividades cotidianas. No pude encontrar una forma de ver la ciudad como un todo. Tampoco mis compañeros.

Llegamos a apreciarnos. En lo que se refería a la ciudad estaban atascados en el mismo punto que yo. Todos habían recorrido el laberinto de bosta, postes, círculos y formas incoherentes sin poder desprender del conjunto un esquema de la organización de la ciudad.

Había tratado de descubrir una relación entre los mugidos y las circunstancias exteriores, pero sólo lograron hacer una distinción entre el mugido fuerte de ataque o «suicidio» (no se nos había ocurrido otra definición para las bruscas caídas y el posterior destrozo sobre los círculos de cemento) y el mugido suave de cuando estaban por dormirse o circulaban blandamente sobre la ciudad.

Por supuesto desarrollábamos hipótesis, salíamos una y otra vez del «pueblo», intercambiábamos la información que cada uno recogía. Siempre había un detalle que anulaba la teoría trabajosamente construida. Yo había descubierto que las antorchas nocturnas estaban armadas con una especie de tela formada de polvo de huesos de

vaca, carne y hojas de hierba entremezcladas con la pasta alimenticia y puestas a secar al sol hasta quedar rígidas como chapas. Las envolvían alrededor del poste y ardían largamente con un resplandor azulado. Imaginé entonces que las muertes voluntarias eran el sacrificio de los miembros más viejos del grupo para contribuir a la vida del resto. Pero otro de nosotros descubría que también novillos voladores morían así, y un tercero traía la noticia de que en un círculo lejano, cerca de la entrada al valle, un cadáver había quedado tal como había caído, hasta podrirse y dejar sólo el esqueleto al sol. Un nuevo ejemplar se precipitó sobre él, haciéndolo polvo, y esta vez sí se produjo el destrozamiento paciente y prolijo.

Tampoco descubrimos el lugar donde preparaban la pasta alimenticia. Ni vimos que construyeran un nuevo círculo, o clavaran un nuevo poste. Como si el amasijo confuso de la ciudad fuera una cosa dada desde siempre, imperturbable. Como si las vacas mismas lo fueran: no habíamos visto ningún alumbramiento, ningún novillo de patas y alas temblequeantes.

Nos desorientaba el carácter amorfo de todo lo que no fuera el «pueblo». No podíamos tomar puntos de referencia suficientes como para advertir una nueva construcción, un nuevo detalle. Fracasaban los intentos de planos o mapas. Se detenían sobre la valla del «pueblo». Más allá se contradecían mutuamente, y generaban discusiones interminables, a veces violentas. Volvían a coincidir en los límites externos del valle, en la disposición de la entrada, del arroyo y en los contornos de las montañas que nos rodeaban.

### *Llegadas y motivos*

Casi no llegaban nuevos flacos. De vez en cuando una vaca dejaba caer un ser humano que se sumaba a los gordos. No se construían nuevos tinglados, y enterrábamos a los muertos, bastante escasos (uno cada varias semanas) junto al arroyo, sin colocar cruces ni marcas especiales. La mayoría había olvidado su nombre, incluso el lugar de donde venía. Entre los flacos no murió nadie mientras estuve.

Hartos de las discusiones sobre la ciudad, nos dedicamos a hacerlas sobre el «pueblo». Interrogábamos a los recién llegados, preguntándoles por qué venían. Casi todos huían de algo o de alguien, o eran vegetarianos que imaginaban una vida paradisíaca, llena de vegetales, en el valle de las vacas. Se unían encantados, aliviados, al sistema de los «gordos», y una o dos semanas más tarde perdían todo rasgo identificadorio.

Nos dedicábamos a los deportes con violencia creciente. Las acciones sucias y las fracturas o contusiones eran cada vez más frecuentes, no haciendo ni siquiera diferencia de sexo. Pienso ahora que a los ojos de los gordos nuestra vida y nosotros mismos debíamos ser tan indiferenciados y absurdos como ellos para nosotros.

## *El clérigo*

De todos los que llegaron el único realmente distinto fue un padre franciscano, alto y delgado, que tenía un propósito bien definido: convertir a las vacas a la religión cristiana. Primero los disidentes creíamos que bromeaba, y nos reímos mucho, palmeándolo, como si lo felicitáramos por su sentido del humor. Pero luego de sonreír unos momentos, comenzó a endurecer el rostro, hasta quedar mirándonos fanáticamente con sus ojos celestes, casi blancos, como un profesor rodeado de alumnos imbéciles. El grupo se fue deshaciendo entonces, algunos murmurando por lo bajo «está loco». Los pocos que quedamos le explicamos las dificultades de comunicación, la falta de un lenguaje similar al humano entre las vacas, e incluso el aparente sinsentido de la ciudad misma.

—Dios proveerá —nos dijo, otra vez sonriente al ver nuestra buena voluntad. Y nos contó satisfecho anécdotas acerca de cómo San Francisco conversaba con los pájaros y los peces, animales que en esa época habrían sido tan distintos e incomunicados para con nosotros como lo eran ahora las vacas. Advertimos que discutir con él era imposible y nos apartamos. Ya sentí cierta pena, porque pensaba que la desilusión sería mucho peor en él que en nosotros, siendo mayor la distancia entre sus esperanzas y la realidad.

Durante los primeros días, el monje se limitaba a salir a unos pasos de la cerca, donde, alzando los brazos al cielo, comenzaba a imprecar la doctrina cristiana a cuanta vaca vagara cerca o rumiara en los límites de la ciudad. Luego aprendió a utilizar el arnés y se dedicó a tratar de convencer a las vacas transportadoras. Volaba con un brazo en alto, tratando de hacer llegar su voz, por encima del hombro, a los oídos del animal. Consiguió resentirse bastante el cuello, y tuvo que guardar reposo.

Acechó entonces a la vaca alimentadora, todas las mañanas. Y enfrentó animosamente su desinterés. El colmo fue una mañana en que lo oímos mugir, tratando de imitar los sonidos que había oído en la ciudad. Fue variando luego el sonido, dándole una cadencia rítmica, casi melódica. La vaca esta vez lo miró fijamente y aflojó los músculos, en actitud de descanso. No levantó vuelo hasta que el monje se calló, agotado. Tanto los gordos como los disidentes lo contemplábamos inmóviles, como si estuviéramos presenciando un acto de magia.

A partir de entonces le cantó a la vaca todas las mañanas, y lo mismo hacía ya curado de su tortícolis, con las vacas transportadoras. No consiguió, a mi parecer, convertir a las vacas al cristianismo, pero a veces, en las horas de mayor calma, era posible oír mugidos que se diferenciaban de los que habíamos escuchado hasta entonces. El monje, que no dormía bajo tinglado sino al cielo abierto, asentía, sonriente y satisfecho.

Comía menos que todos nosotros. Se servía la pasta alimenticia en una escudilla de madera que traía en un bolsillo del hábito, donde guardaba también una Biblia de cuero y un gastado ejemplar de «Las florecillas de San Francisco».

Yo, y creo que el resto de los disidentes, no sabíamos qué pensar de él. A veces me atacaba la compasión y la pena, pensando que todo aquello era ridículo, que el propósito del monje era una imbecilidad desde un principio y que lo único que había conseguido era una simple variación sonora en el mugido de las vacas. Otras veces no podía evitar la admiración, y creía que había conseguido penetrar en el misterio de la vida vacuna más que todos nosotros juntos. Lo cierto era que su espíritu estaba muy lejos del desánimo que yo le había pronosticado. Cortó un trozo de chapa del techo del tinglado y lo dobló en forma de embudo. Equipado con este rudimentario amplificador se hacía llevar sobrevolando la ciudad y emitía sin cesar sus mugidos melódicos. Lo hacía con la obsesión y la continuidad, valga la contradicción, de un endemoniado.

No se dio por satisfecho hasta oír, una noche fresca y tranquila de luna llena, un mugido enteramente similar a los suyos, que procedía de la zona más alejada de la ciudad. Cabeceó suavemente, siguiendo el ritmo.

—Es el Himno a las Cosas de Dios —musitó.

Al día siguiente comió la misma porción de pasta de siempre y se despidió de nosotros con fuertes apretones de mano, sonriendo con los dientes desaparejos y marrones, y parpadeando con sus ojos acuosos. Penetró en el relente de la ciudad como quien entra en un lugar conocido, a paso firme y agitando con fuerza el brazo en señal de despedida. Iba, al menos cuando partió, hacia el agujero de entrada.

Durante su estadía se había negado terminantemente a dejarse ganar por la desilusión. Ni siquiera pudieron deprimirlo los aparentes suicidios.

—Por algo será que lo hacen —decía—. Y he observado que muchas veces lo llevan a cabo sin mugir, como quien se deja caer mansamente. Los caminos del Señor son inescrutables.

Tampoco se dejaba atrapar por lo que él llamaba herejías. Uno de nosotros le planteó la posibilidad de que las vacas tuvieran su propia religión, su propio rito.

—Toda la naturaleza viene de un solo punto —contestó sonriendo—. Y si no, muéstrame el templo donde adoran el Dios que tú dices, o la estatua o la imagen que lo representa, o los movimientos de las vacas que puedan recordar un ritual.

Y el disidente callaba, derrotado.

Nos fue imposible no extrañarlo cuando dejamos de verlo. Luego el tiempo, el ritmo regular de las comidas, el fracaso de nuestras averiguaciones y la violencia de los juegos fueron borrando su delgado recuerdo. Hasta nos parecía natural, y siempre escuchado, el tono melódico de algunos mugidos.

## *Violencia*

Al fin llegó el aburrimiento. Comencé a extrañar la ciudad humana, dormir en un colchón, sentarme en una verdadera silla, orinar en un baño. Si hubiera encontrado algo de lo que buscaba, hubiera sido distinto. Pero nuestros fracasos y vueltas en

redondo se habían vuelto tan rutinarias como un horario de oficina. El propósito primitivo era ahora algo abstracto, sin interés, una quimera como cualquier otra. Esa frustración se traducía, como ya dije, en una violencia cada vez menos contenida entre los disidentes. Las peleas y actos bruscos ya no se limitaban al campo de juego. Muchas veces lo que comenzaba como una broma terminaba con una pierna o una mandíbula fracturada, y la escasez de medios para primeros auxilios hacía más larga y dolorosa la cura, realimentando así el circuito de violencia.

Un hecho sirvió para decidirme. Buscaba febrilmente la manera de salir. Un día lo dediqué a contornear la ciudad y llegar al talud donde se abría el orificio de entrada. Se alzaba sobre un pared lisa como un vidrio, a una altura de cincuenta metros. No me explicaba cómo había partido el monje. Quizás había confiado en el Señor y había levitado hasta el talud. Volví al tinglado con un fuerte mal humor.

A la noche, cuando apenas comenzaba a dormir, sentí que algo caía a mi lado. Era la mujer con la que había convivido mi compañero de tinglado. Lo tenía inmovilizado apoyando las dos rodillas sobre los hombros de él, y en el brazo derecho agitaba un arma: un trozo de chapa del tinglado filoso como un cuchillo.

El muchacho reaccionó con una violencia inusitada. La golpeó con las rodillas en la espalda. La mujer cayó hacia adelante y rae raspó el brazo con el cuchillo. Me aparté y en el momento en que volvía al ataque el puño de mi compañero la detuvo con tanta fuerza que oí cómo le crujían los huesos de los nudillos.

Estaba desmayada. Los dos resollábamos como animales. El resto de los disidentes nos rodeaba. Los gordos miraban desde sus tinglados sin moverse, como peces-luna tras el vidrio de un acuario. Uno de los flacos comenzó a darle cachetaditas a la desmayada.

—Pegarle así a una mujer —dijo mirándome.

Las explicaciones sobran. La pelea del día siguiente sería entre él y yo.

No pude dormir. Me fui alejando del tinglado hasta llegar al arroyo. Dejé caer los brazos dentro del agua clara y fresca. Lavé el raspón lo mejor que pude y me senté contra un tronco.

Tenía que haber una salida. De mi interés por la antropología había pasado en menos de tres meses a esa existencia al mismo tiempo aplastada y violenta. No había descubierto un solo elemento claro en la vida de las vacas. Y corría el peligro de morir, sin desearlo en absoluto, asesinado por uno de los disidentes.

## *Partida*

Desperté antes del alba. Tenía que irme ese mismo día. El único medio era que una de las vacas me llevara. Pero no habíamos descifrado un solo gesto de comunicación. Y entonces me asaltó una idea. Había un gesto: ponerse al arnés y levantar la mano derecha. Siempre lo habíamos hecho en la ciudad. ¿Qué pasarla si lo hacía en el «pueblo» mismo?

No pude esperar. Fui hasta el tinglado y recogí el arnés. Los flacos dormían. Apenas asomaba el sol. Aún no había llegado la vaca alimentadora, y los gordos roncaban en montones grises. Caminé hasta la valla y alcé el brazo derecho.

Pasaron unos minutos. Varias vacas me habían visto. No sabía si algunas se dedicaban especialmente al transporte, o si podía hacerlo cualquiera.

Pasaron varios minutos más. A mis espaldas pude oír cómo se desperezaban los gordos, con movimientos y bostezos de hipopótamos. Comenzó a ganarme la desesperación, el temor de ser atrapado por la rutina del «pueblo» por última vez.

Una vaca pasó muy cerca, agitando el aire con las alas. Quizás había alzado vuelo desde el costado mismo de la valla. En un impulso levanté también el brazo izquierdo. Quedé con los dos puños erguidos, como un adorador del sol que se alzaba, aún incompleto, frente a mí.

La vaca giró con elegancia, enganchó el hocico en la «manija» del arnés y siguió vuelo. Me sentí arrancado del piso, y el «pueblo» se fue achicando bajo mis pies. Curiosamente no enfilamos hacia el talud sino hacia arriba, hacia el borde irregular del valle. Bajé la cabeza y miré.

Por primera vez tenía una visión completa de la ciudad. Era una mancha parduzca, de contornos casi redondos. Sobre un extremo el arroyo ponía una pincelada limpia y brillante, entrecortada a tramos por el verde de la vegetación. Lo más parecido a un orden eran los tinglados y las calles del «pueblo». Me maldije por no haber preguntado más sobre cómo había nacido, demasiado concentrado en desentrañar la ciudad de las vacas. Partía sin saber si los tinglados los habían construido las vacas mismas, con Improbables herramientas, o si lo había hecho algún primitivo grupo de humanos, previendo nuevas llegadas. Era demasiado tarde para contestar; las posibilidades de respuesta se iban alejando con la imagen misma del «pueblo». A medida que nos acercábamos a los bordes dentados del valle, iba sintiendo más frío y una sensación desagradable en los oídos, como si los tímpanos quisieran escaparse. Respiré hondo, como en los aviones de la antigua época, pero fue inútil. Al fin, cuando ya la vaca se elevaba por encima de la montaña, y la imagen de la ciudad se perdía tras unas delgadas nubes, me desvanecí.

Desperté con la sensación agradable del vaho que surgía del hocico de la vaca. Tenía un poco de sangre seca en la nariz. Apenas me agaché para mirar hacia abajo un tirón fuertísimo roe invadió la espalda. Las correas de la mochila, que hacían presión sobre los hombros desde hacía horas, me habían acalambrado los músculos. Me moví con más lentitud.

Volábamos sobre las primeras estribaciones de la cordillera. Podían verse ya los colores mezclados, las vetas violetas, marrones, anaranjadas de la llanura. Pensé que íbamos a bajar allí, pero estaba equivocado.

La vaca siguió volando, interminablemente. Al mediodía sentía ríos de sudor en la espalda, y tenía la impresión de que las correas de la mochila iban penetrando tanto en la carne que terminarían por cortarme limpiamente los brazos. Una hora después

decidí desembarazarme de ella: ya no la aguantaba. Desabroché las hebillas y la ayudé a deslizarse por la espalda. El bulto cayó a plomo durante unos metros y luego se abrió, como si hubiera estallado, desparramando la ropa, la colchoneta y algunos útiles de cocina en un caos instantáneo, que dejé de ver de inmediato.

El clima se fue haciendo más fresco, los colores que desfilaban bajo mis pies viraban lentamente a los distintos matices del verde. Cuando el sol estaba poniéndose, vimos una anchísima faja brillante en la lejanía. Era el río, el mismo río junto al que había pasado cuando partí. Por un momento pensé que iba a dejarme en el mismo lugar donde había comenzado el viaje, cerca de la plaza de los fogones. Cuando llegamos a las riberas advertí que estábamos mucho más al norte, y seguíamos subiendo en el mapa. Al fin vimos las suburbios de una gran ciudad. La vaca comenzó a bajar, no hacia los edificios y las casas, sino hacia el agua misma. Toqué la superficie con los pies, levantando una doble ala de agua a los costados, que me refresco el rostro durante unos segundos. El hocico se inclinó gentilmente y me sumergí de golpe, con violencia, en las aguas marrones.

Me costó volver a la superficie. Estaba completamente agotado. Me dejé flotar con lentitud hacia la orilla. La costa estaba cubierta de camalotes. Seguí flotando, paralelo al borde del camalote, hasta llegar a una punta seca.

Me arrastré unos metros para apartarme del agua y me di vuelta hasta quedar de espaldas. Una brisa ligera me refrescaba. Me dormí.

### *La vieja ciudad. La libreta de notas.*

Desperté al amanecer del día siguiente. Me sacudí la arena y me interné en el barrio donde había «desembarcado». Encontré una casa vacía bastante conservada. Durante unos días me limité a descansar y alimentarme, con animales pequeños que cazaba en los bordes del camalote con frutas. Había borrado de mi mente los sucesos de la ciudad de las vacas. Luego fueron surgiendo, uno por uno, y recordé la libreta donde había tomado notas. Creía haberla perdido en el aire, con los demás implementos de la mochila, pero al lavar el pantalón que había usado en el vuelo, la descubrí en el bolsillo posterior. La hojeé con un interés creciente, como quien lee un viejo diario íntimo, aunque habían pasado sólo quince días.

Decidí entonces que los pocos datos recogidos merecían difundirse, y comencé a copiarlos ordenadamente en un cuaderno, agregándole párrafos para formar una continuidad. Pensaba, una vez hecho esto, escribir un verdadero libro, donde clasificaría todos los datos y desplegaría una cierta cantidad de hipótesis, y hasta analogías con sociedades humanas. Al fin decidí dejar un relato cronológico y sencillo, sin agregados. Como dije en el prólogo, he decidido partir de esta casa. Los habitantes de la ciudad, o al menos de las zonas que he recorrido, son gente huraña y agresiva, que suele recibir a los visitantes a balazos. Hay uno, inclusive, en la zona residencial del sur, que ha montado defensas dignas de un cuento fantástico, con

espejos, catapultas y arcos enormes. Se dedica psicóticamente, además, a pintar carteles contra las vacas.

Poco a poco me fue ganando el ansia de ver otra gente, de intercambiar ideas, de encontrar a alguien que también hubiese estado en la ciudad. Semejante persona apareció unos días antes de partir, cuando ya había preparado unos cuantos bultos y un vehículo, cuando ya había comenzado a copiar estas líneas. Por lo que pueda Interesar, agrego este encuentro como apéndice.

### *Apéndice*

Se trataba de un personaje extraño, de unos cuarenta y cinco años, vestido íntegramente de negro, salvo la camisa blanca, sobre la que colgaba una corbata roja delgadísima. Se acercó a la casa apoyándose en un bastón casi de su altura. Se cubría la cabeza con un sombrero de alas anchas y dobladas. Le pregunté qué quería desde el primer piso. Se asombró al oír la voz y pidió comida y descanso. El ala del sombrero hacia sombra sobre un rostro delgado y barbudo, de ojos brillantes.

Mientras cenábamos dejé caer al pasar una referencia a la ciudad de las vacas. «Yo también estuve» dijo entonces, con su voz cuidada y culta, sonriendo. A diferencia mía, tenía varias hipótesis, que él creía confirmadas por la realidad. Yo las encontré extrañas, demasiado fantásticas para mi gusto. De todos modos transcribo su relato.

Había llegado a la ciudad hacía cinco años, o sea dos años después de la aparición de las vacas. Según él la ciudad había existido previamente y era la base del poder que permitió a las vacas expandirse y desorganizar por completo la vida en las ciudades. Él había llegado con uno de los primeros grupos de humanos, atraído por las noticias de una expedición de andinistas que habían visto la ciudad desde el borde del valle.

Los tinglados se habían ido construyendo en una especie de colaboración: las vacas aportaban las planchas de chapa y los humanos levantaban las paredes. En los primeros tiempos no había diferencias notables entre gordos y disidentes. Pensaba que habían surgido con posterioridad a su partida. Habían intentado sembrar las orillas del arroyo y los alrededores de los tinglados con legumbres y hortalizas, en un intento por crear una verdadera colonia. Lentamente se fue infiltrando sin embargo el desánimo, fomentado por la facilidad con que las vacas podían alimentarlos. Ante ese estado de cosas, él había decidido partir.

En cuanto a las vacas mismas, parecía haber contemplado mucho más qué yo. Por ejemplo, había presenciado su vida sexual. Según sus palabras —que sospecho falsas— las vacas copulaban en el aire. Un toro y una vaca planeaban por encima de la ciudad, y de pronto mugían al unísono. La vaca planeaba con más rapidez, en una especie de juego previo a la unión. El toro iba elevando cada vez más el tono de sus mugidos. Al fin los dos cuerpos enormes se encontraban en el aire, con un ruido de

succión tan intenso que rebotaba contra los bordes del valle. En la vorágine de la cópula ambos iban cayendo. Casi siempre conseguían acabar antes de tocar el suelo, y se separaban, planeando lentamente, agotados. En otras ocasiones el encuentro era tan apasionado que los dos cuerpos se estrellaban con un estruendo terrible.

La muerte de ejemplares inocentes ocasionadas por estas caídas habrían sido el origen de los círculos de cemento, que en un principio se colocaron en el perímetro de la ciudad, convenido así en la zona habilitada para la copulación aérea. Con el paso del tiempo, y la organización cada vez más perfecta de la ciudad (¿Qué organización? pensé, sin interrumpirlo), los encuentros sexuales se fueron haciendo cada vez más ocultos e individuales y menos aéreos, hasta que los círculos de cemento perdieron su sentido. Adquirieron uno nuevo inmediato. Quizá por la intensa represión de lo sexual (se comenzó a castigar el coito público, aún en el perímetro: a los culpables se les cortaba las alas de raíz) hubo una serie de suicidios. Ejemplares aislados, de ambos sexos, se dejaban caer sobre los círculos de cemento como bombas. La ciudad contestó utilizando esos cuerpos con un criterio de utilidad. Se crearon las nuevas antorchas (hasta entonces eran sólo de madera, y ardían con excesiva rapidez) y entonces la ciudad adquirió el aspecto y las actividades que yo mismo había presenciado en mi visita.

Carlos Van Doren (así se llamaba mi visitante) era pintor. Cuando terminó de contar, abrió una pequeña valija de madera y me mostró varios trabajos suyos. Eran vistas generales de la ciudad de las vacas, pero parecían pertenecer más al mundo onírico que al real. Abundaban las cópulas aéreas, con el fondo de la ciudad, no como era sino deformada sutilmente, como si estuviera asentada sobre una esfera y no sobre el suelo plano. Aquel tono intenso, de colores vívidos, de sus cuadros, fue un detalle más para dudar de sus declaraciones. Llegué a pensar que Van Doren nunca había visitado la ciudad, que había ido creando una ciudad propia con retazos de información, una ciudad que se adaptaba a su estilo pictórico y que había dado por resultado aquellas hermosas visiones.

No discutí con él. Cenamos amistosamente y le mostré mis propias notas. El interés con que las leyó confirmó aún más mis sospechas acerca de su estadía en la ciudad: leía como quien lee material informativo inédito. Cuando terminó me felicitó calurosamente por la cantidad de datos que había recopilado, le restó importancia a la falta de una teoría general que uniera todos los eslabones («Es tarea de otra gente» dijo, «y no veo la importancia que pueda tener para usted») y me pidió permiso para copiar algunas de las notas. No tuve inconvenientes. Incluso le solicité que viera el trabajo que yo mismo había hecho tomándolas como base. Luego de leerlo decidió copiarlo en su integridad, para llevarlo y difundirlo. Me sentí feliz, ya que era mi propio deseo. Comenzaba a amanecer y decidimos descansar.

Al otro día Van Doren dedicó casi toda la mañana a copiar la historia que se ha leído. Sólo varía en que no tiene prólogo, y carece de este apéndice. Al mediodía partió, a pesar del calor, con su ropa negra, su sombrero, su valijita y su largo bastón.

Para diferenciar mi relato de los relatos como el de Van Doren (más basados, a mi juicio, en la imaginación que en la observación) es que lo he subtitulado «Relato verídico». Espero, una vez más, que sea útil a quien lo lea.

## SUPLEMENTO – ESBOZO PARA UNA CRONOLOGÍA COMENTADA DE LA CIENCIA-FICCIÓN ARGENTINA

Esta cronología no pretende ser completa ni definitiva, sino dar simplemente un panorama de la historia de la cf en la Argentina que, por ser en muchos casos extra literario, no es muy difundido. Hemos preferido comenzar la cronología en 1947, por ser la primera vez que en el país aparece una publicación enteramente dedicada a la cf. Los antecedentes pueden ser rastreados en el prólogo de Elvio Gandolfo.

**1947** — Agosto. *Hombres del Futuro*. Primera revista argentina de cf. 3 números. Formato grande, traducciones regulares, incluía novelas, cuentos y artículos. Obras importantes: *A la gloria por la ruta de los astros*, de E. Hamilton (N.º 1), *El rebelde*, de E. F. Russell (N.º 2) y *La llama negra*, de S. Weinbaum N.º 3).

**1953** — Mayo. *Urania* (La revista del año 2000), editada en Rosario y dirigida por Julio A. Echeverría. Basada en la revista homónima italiana. 2 números. Selección y traducciones regulares, incluía novelas, cuentos, lecciones de inglés y notas de ajedrez. Obras importantes: *Guerra en la galaxia*, de E. Hamilton (con el seudónimo de John Gordon).

Junio. Revista *Más allá* (de la Ciencia y de la Fantasía), de Ed. Abril, con la dirección de Horacio De Angelis y la diagramación de Oscar Díaz. Material de la revista estadounidense *Galaxy*. Buenas selecciones, traducciones regulares, incluía novelas, cuentos, artículos, notas científicas, entretenimientos e ilustraciones. La sección de correspondencia fue fundamental para el contacto y nucleamiento de los fans. Obras importantes: *El día de los trífidos*, de J. Wyndham; *Crónicas marcianas*, de R. Bradbury; *El hombre aniquilado*, de A. Bester; *Las cavernas de acero* y *Guijarro en el cielo*, de I. Asimov; *Mundo de ocasión*, de F. Pohl y C. M. Kornbluth; *Amo de títeres*, de R. Heinlein.

**1954** — *Robert Ax, médico del siglo XXX*, una de las primeras, sino la primera historieta de cf totalmente argentina. Se publicó en la revista *Superhistorieta* con el guión de A. J. Grassi y dibujos de C. Clemen. *Bull Rockett*, con guión de H. G. Oosterheld, era anterior (1951) pero fue dibujada por un extranjero (Campani).

**1955** — Agosto. *Crónicas marcianas*, de R. Bradbury, primer título de *Ediciones Minotauro*, hasta hoy la más prestigiosa colección de cf y durante muchos años la

única en publicar en la Argentina. Dirección de Francisco (Paco) Porrúa, quien realizó la mayor parte de las traducciones, generalmente con el seudónimo de Francisco Abelenda. Más de 50 títulos. Traducciones y selección excelentes. Títulos importantes: *Más que humano*, de T. Sturgeon; *El color que cayó del cielo*, de H. P. Lovecraft; *Hacedor de estrellas*, de O. Stapledon; *Playa terminal*, de J. G. Ballard; *La mano izquierda de la oscuridad*, de U. K. Le Guin.

Setiembre. Fundación del *Club Baceaa* (Buenos Aires Club Experimental de Aeromodelismo y Astromodelismo). Presidente: Julio Castelvi. Efectuaba reuniones de *fans* y tenía una importante biblioteca especializada en cohetería y cf.

**1956** — Febrero. *El tanque invencible*, de H. G. Oesterheld, volumen inicial del primer y único serial de cf argentina: *Bull Rockett*, el ya conocido personaje de historieta, y sus dos ayudantes, Bob Gordon y Pig. 9 volúmenes. Eran bolsilibros de venta en los quioscos y la tipología de sus personajes los emparentaba con *Doc Savage*, la serie estadounidense.

Marzo. *Partida*, de C. M. Kornbluth, primer volumen de la colección *Fantaciencia*, de Jacobo Muchnik Editor. 13 títulos. Buenas traducciones y selección. A partir del N.º 14 comenzó a ser publicada por Fabril Editorial. Títulos importantes: *Sombras en el sol*, de Chad Oliver y *La isla del dragón*, de J. Williamson.

*El satélite chiflado*, primer antecedente fílmico de cf en una película nacional. Dirección: Julio Saraceni; guión: Máximo Aguirre; fotografía: Ricardo Younis; reparto: Rafael Carret, Jorge Luz, Zelmar Gueñol, Guillermo Rico, Beba Bidart, Pascual Nacaratti, José Comelles y Ethel Rojo; duración: 77 minutos, en blanco y negro.

**1957** — Enero. *Un viaje al pasado*, de Evan Hunter, primer volumen de la colección juvenil *Robin Hood del Espacio*, Ed. Acmé. Alrededor de una docena de volúmenes. Títulos principales: *Islas en el cielo*, de A. C. Clarke y *Rebelión en el espacio*, de R. Heinlein.

Mayo. *La ciudad oculta*, de Chester S. Geier, volumen inicial de la colección *Pistas del Espacio*, 14 números, en su mayoría traducidos y adaptados por A. J. Grassi. Selección irregular, incluía algunos cuentos y una historieta. Obras importantes: *Los humanoides*, de J. Williamson.

Junio. Desaparece la revista *Más Allá*, golpe mortal para el *fandom* argentino.

Setiembre. *El Eternauta*, historieta que comienza a aparecer en la revista *Hora Cero Semanal*. Un hito del *comic* argentino. Creación de H. G. Oesterheld, el más talentoso guionista argentino, con dibujos de Solano López. Más tarde se edita completa en tres volúmenes, y recientemente (1976) aparece una edición encuadernada. Ver

## Bibliografía.

**1958** — Diciembre. *Sherlock Time*, otra gran historieta de H. G. Oesterheld y dibujos del gran Alberto Breccia.

**1960** — *Argentine Science Fiction Review*, primer *fanzine* argentino (en inglés), editado por H. R. Pessina. 1.ª serie: 7 números; 2.ª serie: 4 números.

Noviembre. *El planeta grande*, de Jack Vance, volumen inicial de la colec. *Utopía*, de Malinca Editores. 3 volúmenes. Presentación para quioscos y traducciones flojas.

**1961** — Marzo. *Nivel 7*, de M. Roschwald, volumen 14 de la colec. *Fantaciencia*, primero y único con el *copy* de Fabril Editora. Los volúmenes restantes fueron apareciendo en la colec. *Libros del Mirasol*. Títulos importantes: *Un guijarro en el cielo*, de I. Asimov y *La nube negra*, de F. Hoyle.

**1962** — Octubre. Se funda el *CAFC (Club Argentino de Ficción Científica)*. Funcionó en el Ateneo Iberoamericano. Allí se realizaron numerosas reuniones y conferencias. Tenía una importante biblioteca especializada en cf y una publicación: *Ficción Científica y Realidad*. Sus miembros más conspicuos fueron: Héctor R. Pessina (fundador y presidente), Gladis Abulafia, Jorge Avena, Mario Cabana, Jorge Diez, Abel Fernández, Alejandro Lerena, Pablo Michalowski, Ricardo Pociello, Félix Rodríguez Trelles y Jorge A. Sánchez.

*Mort Cinder*, historieta de H. G. Oesterheld y A. Breccia comienza a aparecer en la revista *Misterix* (2.ª época).

**1964** — Setiembre. Revista *Minotauro*, de la ed. homónima, y bajo la dirección de Ricardo Gosseyn (F. Porrúa). 10 números. Muy buena selección de cuentos, sin ilustraciones, presentación fría, más que una revista era una excelente antología. Material basado en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*.

Setiembre-Octubre. Revista *Planeta*, director Louis Pauwels (direc. local: Ricardo Gosseyn). Vehículo principal de lo que se dio en llamar «realismo fantástico». 26 números. Posteriormente se publicaron otros 7 con el nombre de *Nuevo Planeta*. Contenía artículos de todo tipo, especialmente científicos y de divulgación, y algunos cuentos de cf. En el N.º 1 apareció *Hypnos*, de H. P. Lovecraft.

**1965** — Julio. Revista *Géminis*, dirigida por H. G. Oesterheld. 2 números. Material basado en la revista *Galaxy*. Selección despareja, traducción regulares, tenía ilustraciones. Trató de repetir el éxito de *Más Allá*, pero careció de lanzamiento

publicitario.

**1966** — Junio. *Memorias del futuro*, de Alberto Vanasco y Eduardo Goligorsky, en Ed. Minotauro. Primer libro de autores argentinos en colecciones especializadas.

Octubre. *El sentido de la ciencia-ficción*, de Pablo Capanna, ed. Columba. Uno de los mejores ensayos (a nivel mundial) sobre el género. Ver Prólogo.

**1967** — 15 y 16 de setiembre. *Bairescon*. Primera convención de Ciencia Ficción Argentina, organizada por el Club Argentino de Ficción Científica. Fue presidida por H. R. Pessina, oficiando de secretario Jorge Avena. Asistieron entre otros los escritores A. Vanasco y E. Goligorsky, el editor Francisco Porrúa y el señor Francisco Pujadas, presidente del Centro de Anticipación Científica «Antelae», de Mar del Plata.

Noviembre. *Jula*, sensacional historieta «estilo Barbarella», en el primer y único número de la revista *Cuadernos de Mr. Crusoe*. Guión: Carlos del Peral; dibujos: Guillermo Thiemer.

Diciembre. *Cuentos Argentinos de Ciencia Ficción*, de Ed. Merlín. Primera antología de autores nacionales.

**1968** — Febrero. El *fan* Pablo Michalowski construye una réplica exacta del robot Robby, con el que se presenta con gran éxito en programas de televisión. Un gran esfuerzo individual.

Marzo. *Antelae*, primer y único *fanzine* del club homónimo de Anticipación Científica de Mar del Plata.

Junio. Desaparece la revista *Minotauro*.

Julio. *Mardelcon*. Segunda Convención de Ciencia Ficción Argentina, organizada por el Centro de Anticipación Científica «Antelae», de Mar del Plata. Fue presidida por F. Pujadas, oficiando de secretario Juan Berkliacic. Asistieron entre otros los escritores Alfredo J. Grassi, A. Vanasco y J. J. Bajarlía, los señores Marcial Souto en representación del Uruguay, Héctor R. Pessina por el Club Argentino de Ficción Científica de Buenos Aires y Francisco Porrúa por Ed. Minotauro.

Octubre. Revista *2001: Periodismo de Anticipación*, dirigida por Enrique Loiácono. Se dedicó especialmente al fenómeno ovni y sólo publicó algunos relatos cortos de cf. Tenía formato convencional, poca seriedad y mucho sensacionalismo. Lentamente se fue convirtiendo en un semanario de tantos.

Noviembre. Revista *LD* (Literatura Dibujada), dirigida por Oscar Masotta. Publicación dedicada a la historieta, reprodujo episodios de *Flash Gordon* y *Mort*

*Cinder*, así como *Neutrón*, serial del italiano Guido Crepax.

Junio. *El lagrimal trifurca*, revista literaria editada en Rosario, dedicada especialmente a la poesía. Publicó cuentos, notas y artículos sobre cf y literatura fantástica. 13 números. Hasta el N.º 8 dirigida por Francisco y Elvio Gandolfo, en adelante sólo por el segundo.

Revista *Nueva Dimensión*, de Ed. Dronte. Española, pero de tanta calidad que no podemos dejar de mencionarla. Más de 90 números. Directores: Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil. Sus características especiales, especialmente los primeros veinte números, fueron la buena impresión y las excelentes ilustraciones.

**1969** — Octubre. *El alienígena solitario*, *fanzine* bilingüe (inglés-español), de H. R. Pessina.

*Invasión*, la más importante película de cf argentina. Director: Hugo Santiago; guión: J. L. Borges y Hugo Santiago, sobre argumento de J. L. Borges y A. Bioy Casares; fotografía: Ricardo Aranovich; reparto: Lautaro Murúa, Olga Zubarry, Juan Carlos Paz, Martín Adjemian, Daniel Fernández, Roberto Villanueva, Oscar Cruz, Jorge Cano, Ricardo Ormellos y Leal Rey; duración: 124 minutos, en blanco y negro.

**1970** — *Omicrón*, *fanzine* unitario, el primero dedicado a cine fantástico, editado por H. R. Pessina.

Diciembre. *Gilgamesh*, historieta con guión y dibujos de Lucho Olivera, en la revista *D'Artagnan*.

**1971** — Julio. *La Ficción Científica*, fascículo de la colección *Capítulo Universal*, del CEAL, en el volumen dedicado a las Literaturas Marginales. Texto de Luis Gregorich.

**1972** — Octubre. *Los argentinos y la ciencia-ficción*. Suplemento especial de cf del diario *La Opinión*. Ver Bibliografía.

**1973** — Junio. *Materia gris*, de W. Hjortsberg, primer título del *Grupo Editor de Buenos Aires*. 13 títulos, en tres colecciones: *Fotón*, *Selecciones de Fotón* y *Antologías de Fotón*. Características: selección despareja, malas traducciones y presentación pobre. Títulos importantes: *Planeta silente*, de C. S. Lewis y *La gran hora*, de F. Leiber, ambos muy mal traducidos.

Agosto-setiembre. *Nueva Dimensión* N.º 49. Dedicado a la revista *Más Allá*. Un gran homenaje de la hasta ahora mejor revista a la gran pionera. Selección de cuentos de escritores argentinos y notas críticas.

Octubre. *Bajo las jubeas en flor*, de Angélica Gorodischer. El mejor libro argentino de cf publicado hasta la fecha.

**1974** — Marzo. *Destrucción*, de R. Barjavel, primer volumen de la colección de cf de *Emecé*. Más de 20 títulos. Características: selección, presentación y traducciones irregulares. Títulos importantes: *Cita con Rama*, de A. C. Clarke y *El mundo invertido*, de C. Priest. Actualmente la colección se publica en España con el sello Ultramar.

Abril. *Los genocidas*, de T. Disch, volumen inicial de la colec. *Galaxia*, de ed. Sudamericana. 4 títulos. Características: selección floja, buenas traducciones, presentación pobre. Títulos importantes: *Una rosa para el Eclesiastés*, de R. Zelazny.

Mayo. Revista *Skorpio*. Una nueva tónica en revistas de historietas con la dirección de Alfredo Scutti. Varios seriales de cf: *Henga*, *Galaxia Cero*, *Ronar de Atlantis* y *Yo, Ciborg*.

Julio. *Obras completas*, de Jorge Luis Borges. Nuestro mejor escritor en una recopilación imprescindible.

Diciembre. *Obras completas de la ciencia-ficción*, selección de S. Moskowitz, con la que inicia sus publicaciones Ed. Dronte Argentina. En general reimpressiones de obras que ya habían aparecido antes en España en otras editoriales. Traducciones en general malas.

**1975** — Mayo. *Gestarescala*, de P. K. Dick, primer volumen de la colec. *Azimut*, de Ed. Intersea, bajo la dirección de E. A. Machalsky. Alrededor de 10 títulos. Características: presentación floja, selección y traducciones irregulares. Títulos importantes: *La otra oportunidad*, de P. J. Farmer y *La casa de la muerte*, de T. Disch.

Mayo. *Nueva Dimensión/Extra N.º 6*. Conteniendo *El abismo del tiempo*, y otros relatos de H. P. Lovecraft. Ediciones Dronte Argentina comienza a editar la continuación de los volúmenes especiales de la rev. española. Llegan hasta el volumen N.º 13, Características: Ediciones bastante descuidadas, muy poco parecidas a las españolas.

*En las profundidades*, de A. C. Clarke, volumen inicial de la colección *Nueva Dimensión*, de Ed. Dronte Argentina. Se publica simultáneamente aquí y en España. Salieron hasta el volumen 9, luego sólo continuó la serie española. Características: selección despareja, malas traducciones.

Diciembre. *Los mitos de Cthulhu*, de H. P. Lovecraft, en la versión de historieta de Alberto Breccia. Publicada originalmente en Italia por la Ed. Quipos.

*La caja de sorpresas*, cortometraje (súper 8) de Carlos Jerusalinsky, basado en el cuento homónimo de Ray Bradbury. Ganador del 1er. Premio (categoría argumental) del concurso Uncipar 1976. Se puede encontrar el guión, junto con un reportaje al autor, en la revista *Cine al margen* N.º 2, Rosario, 1976.

**1976** — Enero. *El que acecha en el umbral*, de H. P. Lovecraft y A. Derleth, con el que inicia sus publicaciones Ed. *Fantaciencia* (2.ª época). 10 títulos. Los volúmenes iniciales eran muy flojos, luego mejoró notablemente su presentación. Selección despareja, traducciones regulares. Títulos importantes (todos ya habían aparecido en castellano): *Extrapolación*, de T. Sturgeon y *Trama estelar*, de B. Aldiss.

Febrero. *Tralfamadore*, *fanzine* con cuentos y notas críticas. Colaboraron Claudio Bollini, Eduardo A. Giménez, Hermes Gosso, Fernando Morales, Daniel y Marcelo Shapces y Norma Viti. Intentó ser el vocero de un Club de Ciencia Ficción de Buenos Aires, el cual sólo fue una expresión de deseos.

Junio. *Tiempo de cambios*, de R. Silverberg, primer y único volumen de Ed. Tiempo Cero, bajo la dirección de M. Souto. Buena traducción, presentación floja. Anunció muy buenos títulos.

Julio. *La casa en el límite*, volumen inicial de Ed. Andrómeda. Dirección de Jorge A. Sánchez y asesoramiento de Héctor R. Pessina. Más de 15 títulos. Dos colecciones: *Más Allá* (ciencia-ficción) y *El Golem* (literatura fantástica). Tapista: Oscar Díaz; colaboradores: Roberto Dulce, Elvio E. Gandolfo, Hermes Gosso, A. Laurent, Ramón Lima, Juan Carlos Prieto Cané, R. Queen y Anneliese von der Lippen.

Octubre. *La Revista de Ciencia Ficción y Fantasía*, de Ed. Orión. Dirección Martín Renaud, selección y preparación de textos de Marcial Souto. 3 números. Características: formato y diagramación idénticas a la de la vieja revista *Minotauro*, selección despareja, excelentes traducciones. Repitió el error de su antecesora: era más una antología que una revista.

**1977** — Abril. *Alas nocturnas*, de R. Silverberg, primer volumen de *Nebulae Argentina*, de Ed. Sudamericana. Se publican simultáneamente aquí y en España, con numeración y presentación diferente. Más de 10 títulos. Selección, presentación y traducciones irregulares.

Mayo. *Guía para el lector de Ciencia Ficción*, de Aníbal M. Vinelli. Obra de gran utilidad para lector que se inicia. Ver Prólogo.

Junio. *Las llaves de diciembre*, cuentos de F. Pohl, D. Knight, R. Zelazny, selec. de M. Souto, volumen inicial de Ed. Entropía, bajo la dirección de Marcial Souto. Presentación correcta y buenas traducciones.

Julio. *¿Qué pasa con la ciencia-ficción?* Suplemento especial de cf del diario *La*

*Opinión*. Artículos de Aníbal M. Vinelli, Claudio España, Pablo Capanna y Ernesto Schóó.

Agosto. *Los monstruos de la fantasía*, 2.º suplemento de cf del diario *La Opinión*. Artículos de Aníbal Vinelli, Emilio J. Corbiere, J. J. Bajarlía, Moira Soto y Claudio España.

Noviembre. Revista *Umbral Tiempo Futuro*, bajo la dirección de Nahuel Villegas. Su material (cuentos, artículos e ilustraciones) es totalmente nacional y en general bastante flojo. Es de desear que los futuros números mejoren, sobre todo no confundiendo el hecho literario (la ciencia-ficción) con el ocultismo o los ovnis.

Diciembre. *Las máquinas del tiempo*, suplemento especial de cf del diario *Clarín*. Ver Bibliografía.

*H. R. Pessina y J. A. S.*

Nota: Se agradece muy especialmente la colaboración prestada por Jorge Avena, J. C. Prieto Cané, Kermes Gosso, Alfredo Grassi hijo, Pablo Michalowski y Ricardo Pociello.

## NOTA SOBRE LOS CUENTOS

Los relatos de este volumen fueron tomados de las siguientes fuentes:

- *El zapallo que se hizo cosmos*, de Macedonio Fernández. En *Papeles del Recienvenido*, CEAL, Buenos Aires, 1966.
- *Utopía de un hombre que está cansado*, de Jorge Luis Borges. En *El libro de Arena*. © by Emecé Editores, Buenos Aires, 1975.
- *Finis*, de Santiago Dabove. De *La muerte y su traje*, Ed. Calicanto, Buenos Aires, 1976.
- *La trama celeste*, de Adolfo Bioy Casares. De *La trama celeste*, Ed. Sur, Buenos Aires, 1967.
- *Informe para ciegos* (fragmento), de Ernesto Sábato. De *Sobre héroes y tumbas*, Fabril Editora, colec. Libros del Mirasol, Buenos Aires, 1963.
- *Desde la oscuridad*, de Juan-Jacobo Bajarlía. De *Cuentos extraños*, Ediciones La Tabla de Esmeralda, Buenos Aires, 1977.
- *Las zonas*, de Alfredo Julio Grassi. Inédito.
- *Los eunucos*, de Alberto Vanasco. De *Memorias del futuro*, Círculo de Lectores, Buenos Aires, 1976.
- *Los embriones del violeta*, de Angélica Gorodischer. De *Bajo las jubeas en flor*, Ed. de la Flor, Buenos Aires, 1973.
- *El dorado mes de los monstruos*, de Alicia B. Suarez. Inédito.
- *Gu ta gutarrak*, de Magdalena A. Mouján Otaño. Inédito.
- *Redactor para invasión se necesita*, de Guillermo Boido. Inédito.
- *El manuscrito de Juan Abal*, de Elvio E. Gandolfo. Inédito.

## BIBLIOGRAFÍA

1. VIAJE MARAVILLOSO DEL SEÑOR NIC-NAC, de Eduardo L. Holmberg (fragmento) en *Los argentinos en la luna* Edic. De la Flor, Buenos Aires, 1968.  
CUENTOS FANTÁSTICOS, de E. L. Holmberg. Estudio Preliminar de Antonio Pagés Larraya. Edit. Hachette, Buenos Aires, 1957.  
HOLMBERG, EL ÚLTIMO ENCICLOPEDISTA, de Luis Holmberg. Francisco Colombo editor, Buenos Aires, 1952.
2. LAS FUERZAS EXTRAÑAS, de Leopoldo Lugones. Edit. Huemul, Buenos Aires, 1967.  
CUENTOS FATALES, de Leopoldo Lugones. Edit. Huemul, Buenos Aires, 1967.  
CIENCIA Y FICCIÓN EN LOS CUENTOS DE LEOPOLDO LUGONES, de Robert M. Scari. Revista *Iberoamericano* N.º 30, Pittsburgh, 1964.  
LEOPOLDO LUGONES Y LAS RAÍCES DE LA LITERATURA FANTÁSTICA EN EL RÍO DE LA PLATA, de Paula Speck. Revista *Iberoamericana* N.º 96-97, Pittsburgh, 1976.  
EL MUNDO FANTÁSTICO DE LUGONES, de Gaspar Pío del Corro. Universidad Nacional de Córdoba, 1971.  
LUGONES Y EL DESTINO TRÁGICO. EROTISMO, TEOSOFISMO, TELURISMO, de Bernardo Canal-Feijóo. Edit. Plus Ultra, Buenos Aires, 1976.
3. NOVELAS CORTAS - TOMO I, de Horacio Quiroga (Prólogo de Angel Rama). Edit. Arca, Montevideo, 1967.  
CUENTOS 1905-1910 - TOMO IV, de Horacio Quiroga (Prólogo de Angel Rama. Edit. Arca, Montevideo, 1967.  
EL SALVAJE, de Horacio Quiroga. Ed. Losada, Buenos Aires.  
EL DESIERTO, de Horacio Quiroga. Ed. Losada, Buenos Aires.  
EL DESTERRADO: VIDA Y OBRA DE HORACIO QUIROGA, de Emir Rodríguez Monegal. Ed. Losada, Buenos Aires, 1968.
4. PAPELES DE RECIENVENIDO - POEMAS - RELATOS, CUENTOS, MISCELÁNEA, de Macedonio Fernández. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1966.  
EPISTOLARIO, de Macedonio Fernández – Volumen II de las *Obras Completas*. Edic. Corregidor, Buenos Aires, 1976.  
TEORÍAS de Macedonio Fernández. Volumen III de las *Obras Completas*. Edic.

Corregidor, Buenos Aires, 1974.

MUSEO DE LA NOVELA DE LA ETERNA, de Macedonio Fernández - Volumen VI de las *Obras Completas*. Edic. Corregidor, 1975.

MACEDONIO FERNÁNDEZ, de J. L. Borges, Marechal, Adolfo de Obieta y otros. Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969.

5. FICCIONES, de Jorge Luis Borges. Emecé, Buenos Aires, o Alianza Editorial, Madrid.

EL INFORME DE BRODIE, de Jorge Luis Borges. Emecé, Buenos Aires, o Alianza Editorial, Madrid.

PRÓLOGOS, de Jorge Luis Borges (incluye prólogos a Bioy Casares, Bradbury, Macedonio Fernández y Stapledon). Torres Agüero Editor. Buenos Aires, 1975.

INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA NORTEAMERICANA, de Jorge Luis Borges y Esther Zaborain de Torres (incluye capítulo sobre la ciencia-ficción). Edit Columba, Buenos Aires, 1967.

OBRAS COMPLETAS, de Jorge Luis Borges. Emecé, Buenos Aires.

LA EXPRESIÓN DE LA IRREALIDAD EN LA OBRA DE JORGE LUIS BORGES, de Ana María Barrenechea. Paidós, Buenos Aires, 1967.

BORGES: UNA TEORÍA DE LA LITERATURA FANTÁSTICA, de Emir Rodríguez Monegal. Revista *Iberoamericana*. N.º 95, Pittsburgh, 1976.

EL LABERINTO DEL UNIVERSO: BORGES Y EL PENSAMIENTO NOMINALISTA, de Jaime Rest. Ed. Librerías Fausto, Buenos Aires, 1977.

LA MUERTE Y SU TRAJE, de Santiago Dabove. Edic. Calicanto, Buenos Aires, 1976.

RECUERDO DE SANTIAGO DABOVE, de Hugo Loyácono. Suplemento cultural de *El cronista comercial* N.º 17, Buenos Aires, 1975.

6. LA INVENCIÓN DE MOREL, de Adolfo Bioy Casares. Emecé, Buenos Aires, o Alianza Editorial, España.

PLAN DE EVASIÓN, de Adolfo Bioy Casares (Prólogo de Alberto Manguel). Edit. Kapelusz, Buenos Aires, 1974.

HISTORIAS FANTÁSTICAS, de Adolfo Bioy Casares. Emecé. Buenos Aires.

DIARIO DE LA GUERRA DEL CERDO, de Adolfo Bioy Casares. Emecé, Buenos Aires.

DORMIR AL SOL, de Adolfo Bioy Casares. Emecé, Buenos Aires.

UN NUEVO SURCO, de Adolfo Bioy Casares. En revista *Crisis* N.º 9, Buenos Aires, enero de 1974.

DE LA FORMA DEL MUNDO, de Adolfo Bioy Casares. En *La Opinión Cultural*, Buenos Aires, 4/7/77.

ADOLFO BIOY CASARES, de Ofelia Kovacci. Edic. Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1963.

LA INVENCION DE MOREL: LECTURA Y LECTORES, de Maribel Tamargo. Revista *Iberoamericana* Nros. 96-97. Pittsburgh, 1976.

7. LOS RELATOS, de Julio Cortázar. Círculo de Lectores, Buenos Aires, 1976 (es la recopilación más completa de sus cuentos).
8. MÁS ALLÁ. Nros. 1 al 48. Editorial Abril, Buenos Aires, 1953/57.  
GÉMINIS Nros. 1 y 2. Buenos Aires, 1965.  
MINOTAURO Nros. 1 a 10. Edic. Minotauro, Buenos Aires, 1965.  
NUEVA DIMENSION N.º 49. Barcelona, 1973.
9. EL ETERNAUTA, de H. G. Oesterheld y Solano López, volumen encuadernado con la totalidad de la historieta. Edic. Record, Buenos Aires.  
SHERLOCK TIME y MORT CINDER, de H. G. Oesterheld y Breccia. En diversos números de la revista *Pif Paf*, Edic. Record, Buenos Aires.  
MORT CINDER, en mejor reproducción. Revista *Zeppelin*, Barcelona, 1973.  
GILGAMESH de Lucho Olivera, MARK y otros títulos de Robin Wood. En diversos números de *El Tony* y *D'Artagnan*. Edit. Columba, Buenos Aires.
10. LOS ARGENTINOS EN LA LUNA, recopilación de Eduardo Goligorsky. Edic. De la Flor, Buenos Aires, 1968.  
CUENTOS ARGENTINOS DE CIENCIA FICCION. Edit. Merlín, Buenos Aires, 1967.  
CIENCIA FICCION. NUEVOS CUENTOS ARGENTINOS. Calatayud-Dea Edit., Buenos Aires, 1968.  
ECUACION FANTASTICA. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1966.  
PRIMERA ANTOLOGIA DE LA CIENCIA-FICCION LATINOAMERICANA, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1970.  
PLENIPOTENCIA, de Emilio Rodríguez. Edic. Minotauro, Buenos Aires, 1967.  
MEMORIAS DEL FUTURO, de Alberto Vanasco y Eduardo Goligorsky. Edic. Minotauro, Buenos Aires, 1966.  
ADIÓS AL MAÑANA, de Alberto Vanasco y Eduardo Goligorsky. Edic. Minotauro, Buenos Aires, 1966.  
NUEVAS MEMORIAS DEL FUTURO, de Alberto Vanasco. Ed. Andrómeda, Buenos Aires, 1977.  
A LA SOMBRA DE LOS BÁRBAROS, de Eduardo Goligorsky. Edic. Acervo, Barcelona, 1977.  
FÓRMULA AL ANTIMUNDO, de Juan-Jacobo Bajarlía. Ed. Galerna, 1970.  
EL DÍA CERO, de Juan-Jacobo Bajarlía. Ed. De la Flor, Buenos Aires, 1972.  
EL GRIMORIO, de Enrique Anderson Imbert. Edit. Losada, Buenos Aires, 1961.  
EL GATO DE CHESHIRE, de Enrique Anderson Imbert. Edit. Losada, Buenos

Aires, 1965.

LA SANDÍA Y OTROS CUENTOS, de Enrique Anderson Imbert. Edit. Galerna, Buenos Aires, 1969.

Y LAS ESTRELLAS CAERÁN, de Alfredo Julio Grassi. Bolsilibro M.E.S.A. Extra, Buenos Aires, 1967.

LOS ARGENTINOS Y LA CIENCIA FICCIÓN. Suplemento especial de *La Opinión* (incluye notas de Osvaldo Soriano y Pablo Capanna, cuentos y reportajes), Buenos Aires, 8/10/72.

11. OPUS DOS, de Angélica Gorodischer. Edit. Minotauro, Buenos Aires, 1967.  
BAJO LAS JUBEAS EN FLOR, de Angélica Gorodischer. Edic. de la Flor, Buenos Aires, 1973.  
CASTA LUNA ELECTRÓNICA, de Angélica Gorodischer. Edic. Andrómeda, Buenos Aires, 1977.  
EL AYER DE LAS RATAS, de Angélica Gorodischer. Revista *Nueva Dimensión* N.º 2, Barcelona, 1968.  
ECCE DEUS, de Angélica Gorodischer. *La Opinión cultural*, Buenos Aires, 8/10/72.  
LA OBRA (de Angélica Gorodischer), de Elvio E. Gandolfo. Revista *El lagrimal trifurca* N.º 13, Rosario, 1975.
12. EL SENTIDO DE LA CIENCIA FICCIÓN, de Pablo Capanna. Edit. Columba, Buenos Aires, 1966.  
LA TECNARQUÍA, de Pablo Capanna. Barral editores, Barcelona, 1973.  
LA RUTINA DE LO FANTÁSTICO, reportaje a Pablo Capanna. *La Opinión Cultural*, Buenos Aires, 1976.  
CIENCIA FICCIÓN: REALIDAD Y PSICOANÁLISIS, de E. Goligorsky y M. Langer. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1969.  
GUÍA PARA EL LECTOR DE CIENCIA FICCIÓN, de Aníbal M. Vinelli. Edit. Convergencia, Buenos Aires, 1977.  
LAS MÁQUINAS DEL TIEMPO. Suplemento especial del diario *Clarín* (incluye notas de Bajarlía, Lynch, Roque de Pedro y Mauricio Abadi), Buenos Aires, 1/12/77.  
NOUVEAU MONDE, MONDES NOUVEAUX (*Aperçu de la SF dans les pays d'Amérique Latine*) de Bernard Goorden. Ed. del autor. Bruselas, Bélgica, 1978.

E. E. G.

# Notas

[1] «Acerca de los problemas de una antología y algunas cosas más», introducción al libro *antología No Euclidiana/1*, Ed. Acerbo, colec. Ciencia/Ficción N.º 15, Barcelona, 1976. <<

[2] Único cuento argentino publicado en una revista de ciencia-ficción norteamericana (*Magazine of Fantasy and Science Fiction*). <<

[3] De *El Libro de Arena* © Emecé Editores, Buenos Aires, 1975. <<

[4] Orlando Barone: *Diálogos Borges-Sábato*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1976.

<<

[5] *Reportaje*, en el libro *Casta Luna Electrónica*. Ver Bibliografía. <<

[6] Nosotros y los nuestros. <<

[7] Basko soy, y con sentido del humor. <<

[8] Ortografía correcta. <<

[9] O Jaungoikoa: El Señor que está allá arriba. <<

[10] Pronúnciese «Shaviercho». <<

[11] Gracias a Dios. <<

[12] «tx» se pronuncia como «ch» en castellano. <<

[13] Madre y padre. <<

[14] Hocico inquisitivo. <<

[15] Perdón madre. <<

[16] Mariposa. <<

[17] «Adiós señores. Señores adiós. Adiós y medio...». <<

[18] Grito de júbilo o de guerra. <<

[19] De «txistu», silbo, silbato. Quienes ejecutan música con txistu. <<

[20] El Señor del bosque, en la mitología de la tierra baska. <<